

SANTIAGO MORATA

**EL CONSTRUCTOR DE
PIRÁMIDES**



Pàmies

Primera edición: octubre de 2011

© 2011 de Santiago Morata Cotaina

© de esta edición: 2011, ediciones Pàmies
C/ Esteban Palacios, 10 #42
28043 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-88-1

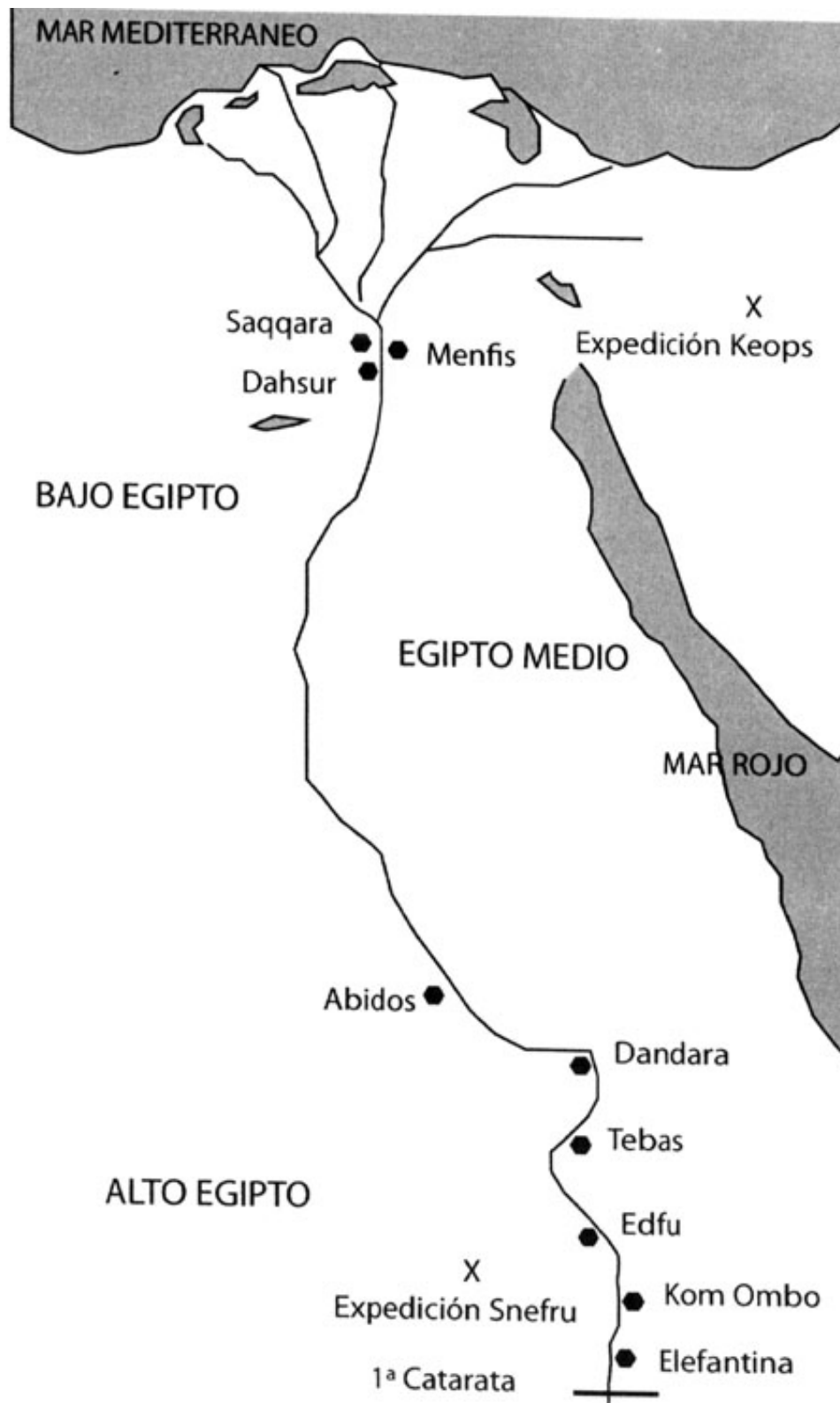
Diseño de la colección y maquetación de cubierta: Javier Perea Unceta
Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Depósito legal: M-34344-2011

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

Esta novela está dedicada a mis amigos.
Los que siempre han creído en mí,
para que sigamos compartiendo risas
en torno a una buena cena.
Si los escritores estamos locos, como dicen...
Vosotros sois la mejor terapia.



PRÓLOGO

Escribir una novela es relativamente fácil, sólo hay que crear una historia en tu mente y dar vida a tus personajes imaginarios. Si el tema es el Antiguo Egipto, la imaginación, mezclada con toques orientales nos puede llevar por derroteros interesantes. Pero no deja de ser sólo una novela.

Cuando un autor decide hacer novela histórica, debe saberse deudor de los personajes a los que da vida, contrayendo un compromiso con ellos mismos y con el público a quien está dirigida la misma, ya que pondrá a disposición de éste último nombres, tiempos lejanos, y porque no, sus vidas arrancadas de un pasaje de la historia. De ahí que el autor, que se atreve con este fascinante género literario, debe ser extremadamente cuidadoso y no confundir al lector, ávido de conocimiento. Deberá adentrarse e investigar tanto en la historia real de sus personajes que casi se pueda mascar aquel tiempo, ya que solo así será capaz de transmitir a sus lectores sus experiencias vividas con aquellos, y harán de las páginas de su obra un reto y un querer saber más. No en vano, este tipo de género, junto con el cine histórico, ha sido el chasquido que ha despertado vocaciones que han llevado a muchos jóvenes del todo el mundo a dedicar su vida a la egiptología.

Con su primera novela dedicada a la fascinante civilización egipcia, **La Sombra del Faraón**, (2008), Santiago Morata nos introducía de una forma magistral en el convulso periodo del reinado del rey hereje Aj-en-Aton.

Con esta nueva novela, **El Constructor de Pirámides**, el autor se remonta en el tiempo. La historia arranca durante la dinastía IV (hacia el 2613-2498 a.C), cuando la organización social creada durante la época tinita llegó a su máximo esplendor y desarrollo.

El rey era considerado como un dios viviente. Fue la era de las grandes pirámides, época que conoció un alto momento civilizatorio en el arte, la sociedad y la política. Este sería el modelo que imitarían una y otra vez los egipcios de épocas posteriores. Santiago Morata, en **El Constructor de Pirámides**, nos va introduciendo de una forma amena y grácil por los tortuosos vericuetos de la corte menfita, donde personajes reales como Esnefru o el apuesto Jufu, más conocido por su nombre griego de Kheops, amarán, intrigarán y se perpetuarán en la historia por ser los promotores de estas

magníficas moles de piedra que son las pirámides de Egipto, y que han intrigado al hombre desde su mismo momento de construcción.

El relato arranca con motivo de la muerte del gran rey Huny, cuando sube al trono del Alto y Bajo Egipto, como nuevo soberano de la Tierra Negra, su hijo Esnefru, nacido de la reina Mer-es-Anj, una esposa secundaria del rey que, sin embargo, le dio a éste un vástago varón para sucederle en el trono. Por el hermoso nombre que lleva la reina Mer-es-Anj, que significa *Aquel que vive (el rey), la ama*, puede parecernos que, desde su nacimiento, estaba predestinada a ser la consorte que daría continuidad a la dinastía.

Sin embargo, en principio, sabemos a partir de la historia que los hechos parecen que no la favorecían en absoluto para alcanzar tales cotas de poder. Desconocemos los extraños vericuetos que llevaron a la joven reina a situar a su hijo como heredero principal y único del rey Huny. Hemos de intuir las grandes intrigas, favores y asesinatos que se cometerían en las lujosas dependencias palaciegas donde las esposas del rey vivían, todas juntas, en un intento de sobrevivir y, con ellas, sus vástagos.

Sobre el "cómo" y el "por qué" construyeron las pirámides, estas cuestiones siempre han sido objeto de controversias. La construcción de una pirámide tal vez no sólo supone problemas o cuestiones meramente técnicas. Arqueólogos y arquitectos, astrónomos y astrólogos, matemáticos y toda clase de místicos y visionarios han intentado encontrar el significado de estas gigantescas construcciones que desafían la horizontalidad del desierto. Algunas de estas interpretaciones no tienen fundamento y se basan únicamente en el intento de justificar peregrinas teorías. Otras, sin embargo, parecen basarse en datos objetivos y verificables.

Existen dos posiciones al respecto: la de los positivistas y la de los simbolistas. Los primeros, entre ellos Borchardt, Petrie, Speleer, Edwards, afirman que la concepción de la pirámide es únicamente el resultado de una suma de intentos, durante varias generaciones, de arquitectos que alcanzan como resultado una forma arquitectónica perfecta, fruto también, en todo caso, de las posibilidades técnicas de un instante determinado.

La otra teoría, la de los simbolistas, parte del criterio de que, la forma, e incluso la técnica, superan el mero ámbito de lo funcional o de lo estético para ser portadoras de significados de carácter simbólico.

Aunque no podemos exponer las innumerables interpretaciones existentes en torno a las pirámides, conviene sintetizar al menos el pensamiento de uno de los primeros egiptólogos que pensó en las pirámides como algo más que una tumba: Ernesto Schiaparelli.

En su artículo "Il significato simbolico delle piramidi egiziane" (1884), Schiaparelli, a partir de pequeños amuletos de forma piramidal hallados en los ajuares funerarios, asoció la pirámide al disco solar que surge entre dos

montañas. Así, pues, había que considerar a la pirámide en el seno de un marco más amplio de construcciones y de formas naturales, que extendía el inmediato culto al "ka" del rey muerto a otras divinidades de carácter solar, como el dios Ra y la diosa Hat-Hor. Schiaparelli, en su teoría, recogía el pasaje de Plinio en el que éste afirma que los obeliscos eran rayos de sol petrificados, de modo que la idea generadora de un obelisco no sería una combinación casual de líneas geométricas, sino que representaría un haz de rayos solares que irradia desde la pequeña pirámide que construye en su extremo superior y que desciende verticalmente para dar calor y fertilidad a la tierra.

Las pirámides serían, en consecuencia, escaleras que permiten a los reyes ascender a las regiones celestes como el símbolo de la energía que hace posible la existencia de la vida.

El primer rey que entiende que su destino tras la muerte es unirse a las estrellas será el rey Dyeser, que intentará construir una pirámide superponiendo una serie de mastabas, una sobre otra, hasta alcanzar la cota deseada sin colapsar. El siguiente soberano, Huny, irá más allá, pero sus arquitectos no consiguieron dar con la solución. Y sería su hijo y sucesor Esnefru el único rey a quien se le pueden atribuir la construcción de tres pirámides.

Fue, en este momento, cuando el nombre de un arquitecto y el de su familia se unieron a los nombres de los soberanos para los que construían: Nefer-Maat y su hijo Hemi-Unu. El primero, fue quien, tras varios fracasos e intentos, dio con el álgebra perfecta en virtud del cual la pirámide pasó de ser romboidal a contar con aristas proporcionadas. El segundo, su hijo Hemi-Unu fue el gran hacedor de la pirámide más famosa del mundo, la del rey Jufu (Kheops), que, en la actualidad, está considerada como una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Capítulo tras capítulo se nos irán sumando personajes de la historia como la hermosa reina Hetep-Heres, madre del todo poderoso Jufu (Kheops), o la pobre Meryt-ef-es, quien tuvo que casarse con dos reyes para que estos pudieran sentarse en el trono de Egipto, tal como mandaba la tradición: primero fue con Esnefru y, después, con Kheops.

Toda ésta será la trama que se nos mostrará a lo largo de las páginas de este libro, entre las volutas brumosas de la mirra y el almizcle, inundando las estancias palaciegas. Allí las mujeres de la corte fueron tejiendo la historia en su universo cerrado.

Todo invita a iniciar el viaje que nos propone Santiago Morata. Marchemos de su mano conducidos por su imaginación: él es en esta historia el

testigo imposible que vivió y sintió todo lo que recoge en las páginas de este magnífico libro.

Madrid, 25 de Julio de 2011.

Teresa Bedman
Egiptóloga del I.E.A.E
Co-Directora de la Misión Arqueológica Española
Proyecto Visir Amen-Hotep
Luxor — Egipto

Nota del Autor

La transcripción de los nombres propios egipcios en cualquier lengua moderna ha sido un problema desde los orígenes mismos de la egiptología. Estudiado por egiptólogos como Gardiner, que propone adaptaciones a la forma griega, ya que la transliteración a la fonética egipcia era literalmente ilegible, Daumas, que propone suprimir los signos diacríticos, Fernández Galiano, que propone aunar propuestas en castellano, etc. Podría continuar. La controversia sigue.

En todo caso, como novelista, yo propongo la forma más común y fácilmente comprensible para el lector. Pido perdón a los egiptólogos:

Aj-en-Aton. (Akenatón)

Esnefru (Snefru)

Jufu (Keops)

Huny (Huni)

Mer-es-Anj (Meresanj)

Dyeser (Djoser)

Hemi-Unu (Hemiunu)

Hetep-Heres (Heteferes)

Meryt-ef-es (Merittefes)

1

SNEFRU

Año 2.619 a.C.

El trono era duro e incómodo, a pesar de los mullidos cojines de plumas de las aves más veneradas. Se preguntaba si era su destino ingrato, o tal vez alguna extraña maldición, lo que le hacía tan poco acogedor; pues cualquier hombre hubiera encontrado aquel asiento el más confortable del reino, pero él lo odiaba. Haría llamar una vez más a su Saw, su médico especialista en encantamientos, para que lo inspeccionara. Tal vez había dejado pasar algún hechizo oculto.

El griterío de la muchedumbre le atacaba los sentidos. El bamboleo leve de los portadores le irritaba y la música de los tambores, que a su intendente de protocolo tanto le gustaba, le estaba volviendo loco.

Ni siquiera encontraba placer en las caras de los habitantes de Menfis. ¡Falsos! Buscaban el morbo y la sofisticación. Escudriñaban su cara y asistían al desfile del lujo y la victoria con la indiferencia de los que se saben en la capital del mundo y asisten a un espectáculo más al que tienen derecho, como si el faraón estuviera a su servicio y no al revés. Los nobles a los que había despojado de su poder le miraban con odio, y los comerciantes que se enriquecían veían coartado el techo de su creciente pujanza. Y allí no había gentes llanas, pues no se les permitía el acceso. Eran los cortesanos, gentes de alta cuna, ricos, etc., los que le examinaban como si fuera un esclavo que comprar. No había gratitud en sus ojos, como sí veía en los habitantes de los pequeños pueblos de campesinos en las riberas del Nilo bendito, que agradecían los pequeños y rudimentarios canales que regaban sus tierras; campesinos que le ofrecían con amor los frutos de su trabajo y que hubieran dado su vida por él. Por el contrario, aquellos fatuos de ojos críticos juzgaban sus vestidos como poco dignos, y su aparición teatral les serviría de morboso entretenimiento entre banquetes que costaban lo que muchos de aquellos canales.

No quería volver. Se había encontrado tan bien fuera del ambiente opresivo de la corte que hubiera prolongado eternamente la expedición a Nubia si no fuera porque la reina había muerto. De no ser porque interrumpía su mejor momento en muchos años, incluso lo hubiera celebrado, pues nada le unía a ella salvo su sangre real, que le había dado el trono y una hija bellísima a

la que adoraba, aunque tampoco la veía a menudo tras su ingreso como novicia en un templo de Isis.

Llevaba mucho tiempo sin visitar a su reina Heteferes en su alcoba. No compartían las ceremonias ni aceptaba su presencia en actos protocolarios, en los que cualquier concubina la representaba. No. Él era muchas cosas, pero no un hipócrita. Ella sabía que no obtendría más de él, y bastante hacía comportándose con total cortesía, respetando su cargo, atribuciones económicas y cuantos costosos caprichos se le ocurrieran para irritarle. Incluso vivía en palacio, aunque totalmente incomunicada de sus dependencias.

Y ahora le fastidiaba de nuevo muriendo en el peor momento. Odiaba representar lo que no era o sentía. Y su mal humor era evidente. El pueblo lo tomaría como el sentimiento lógico de aquel que pierde a su esposa, pero tanto le daba que supieran la verdadera causa. Presidiría las ceremonias y buscaría un conflicto que le permitiera volver a salir de Menfis. O se inventaría una guerra. No aguantaba más.

Ni siquiera se dio cuenta de que la comitiva se había detenido y los gritos habían desaparecido hacía rato, una vez habían entrado en palacio.

—Padre.

Levantó la cabeza, sorprendido de su propia abstracción. La sonrisa de sus hijos le devolvió a la vida. No había muchas cosas que le alegrasen, y esa era una de ellas, por mucho que sus caras le recordasen a su madre y lo poco amable del acto con el que los creó. Abrazó con cariño a Kanefer y, cuando hizo lo propio con Keops, notó su rigidez, tan evidente como la del trono que acababa de dejar.

—¿Hijo?

—¿Es que no tienes sangre en las venas?

La alegría se agrió en su garganta. Reprimió la ira que amenazaba con ascender entre bilis por su estómago. Miró a su hijo. Su cara redonda y sus labios gruesos que tan encantadores parecían cuando era un pequeño retoño llorón habían mudado en una eterna mueca tensa y crispada, de ojos estrechos y apariencia desconfiada e introvertida. Sin perder su cara de niño, su exagerada expresividad revelaba sus propósitos como si estuvieran escritos en un papiro, lo que le hacía previsible, aunque también amenazador y cruel.

—¿Qué ocurre?

Keops rechinó los dientes. A sus diecisiete años era inteligente y muy culto, pero despiadado.

—¡Te insultan! ¡Nos insultan a todos!

Por más que esperase aquella cantinela, siempre le dolía. No podía explicar a su propio hijo la verdad, y ésta le quemaba en la boca, tanto como los ácidos que ningún médico sabía contener.

Y callaba, mirando a su hijo con cariño. No podía hacer más. Algún día él recibiría los frutos de sus esfuerzos sin aguantar la quemazón de sus úlceras. Entonces le contaría todo.

—¡Todo el mundo lo ha visto! ¡Te ningunean! Todo este desfile no vale para nada sin la bendición de Ra. Y no se han dignado a enviar una delegación mínimamente acorde a la importancia de tu vuelta. Los nobles te odiarán por esto, y te recuerdo que no te conviene desafiarlos más.

—No es tan importante. Y los nobles... ¡Que me odien! Más me van a odiar. El país funciona mejor sin ellos y sus ínfulas de poder y codicia, alejados de la realidad del pueblo.

—¡No puedes vivir sin el amparo de los dioses! Despreciaste a Ptah y ahora Ra te da la espalda. ¿Cómo va a respetarte el pueblo si tus mandatos no están legitimados por un dios?

Snefru levantó la vista, que había bajado mientras hablaba, por lo poco convencido de su propia respuesta. Pero la alarma volvió a tensar su estómago y alertar su alma.

—¿Esa frase es tuya?

El instante de vacilación de su hijo le reveló mucho al faraón, que se sintió asqueado. Los nobles contra los que tanto había luchado para lograr la preeminencia del poder real trataban de actuar sobre él a través de su propio hijo. Pero la rabia habitual se sobrepuso a la duda.

—¿Y por qué no habría de darte yo un buen consejo? ¿Qué es lo que te extraña?

—Hablas con la voz de otros. Y no me gusta. Prefiero aguantar tu ponzoña habitual sabiendo que eres tú, y no otro en tu boca.

—¡No soy un espía...! Y a veces me preguntó si aún soy hijo tuyo.

El semblante lívido de Keops no decía lo mismo, pero, por suerte, Kanefer acudió con su bondad habitual, tomándole del brazo en un gesto que conmovió a su padre. ¡Qué gran político sería! Con su ayuda, y la de su hermano, algún día sería el más grande faraón de las dos tierras... Y tal vez algo más.

—Padre... —Miró a Keops con aire ofendido—. Hay algo que debes saber. En tu ausencia...

Snefru sintió que su cabello se erizaba. No quería saber de qué se trataba. Sólo quería descansar de una vez. Estaba harto de los golpes traicioneros. Kanefer esperó a que su padre digiriera que algo malo se avecinaba y pudiera prepararse para ello. Él sabía de sus ataques de acidez, fruto de las reacciones contenidas.

El faraón miró a su hijo mayor agradeciéndole ese suspiro de paz. Sería un gran rey. Era respetuoso sin perder su energía, justo al contrario de Keops, cuya rectitud rayaba el fanatismo, lo que tal vez le haría un magnífico visir al servicio de su hermano. Asintió, preparándose para la noticia.

—Tu sacerdote de confianza. El tío Rahotep.

Una pequeña tormenta estalló dentro de él.

—¡No! ¡Dioses!

Cayó desmadejado. No podía creerlo.

—¡No! —sollozó—. ¡Estoy maldito!

Keops no pudo contenerse más. Y esta vez, Kanefer no intentó frenarle.

—¡Le han matado! No podían permitir que alguien con buen corazón hablase en su nombre. Era tu amigo y una persona buena, a pesar de representarles, y han querido herirte de esa manera tan mezquina. ¡Tenemos que vengarnos! Por eso no te han acompañado en el desfile. Tengo a la guardia preparada. Podemos salir esta noche y detenerles por sorpresa. Entraremos en el templo...

Snefru chirrió los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas y le pitaron los oídos.

—¡Basta! Keops. ¡Calla! —Miró a sus hijos—. Si han sido ellos, tened por seguro que van a pagarlo. Esto colma cualquier otra provocación. Jamás sabréis el daño que me han hecho... Que os han hecho, con esto. No era un simple sacerdote. Era mucho más. El sucesor de Imhotep, correo de los dioses...

Calló, dándose cuenta de que estaba hablando demasiado. Su hijo lo tomó como una muestra de debilidad.

—Parece dolerte mucho más que la muerte de madre.

—¡No te atrevas a juzgarme! No sabes nada de mis sentimientos.

—Pero veo lo que parecen reflejar.

El faraón suspiró como un niño.

—Vuestro tío era tan importante... ¿Qué digo? Era mucho más importante para vosotros que yo mismo o que vuestra madre. Con su falta no seréis ni la mitad de competentes como rey y visir que con sus...

Dejó pasar una larga pausa. Sus hijos la respetaron brevemente, pues su dolor era tan evidente que le costaba respirar, pero enseguida volvieron a la carga. Esta vez fue Kanefer.

—Nosotros vemos lo que vemos, pues no nos das mucho que podamos sacar en claro. Y lo que vemos nosotros es lo que ve tu pueblo.

—Comprendo, pero ahora dejadme solo. Tengo que... investigarlo. Saber qué ha ocurrido realmente. —Señaló a Keops—: Mal visir serás si actúas sin analizar los hechos. Podrán utilizar tu carácter contra ti. No lo olvides.

—Tal vez seré mejor rey que tú.

—¡Jamás! Tu destino no es ser rey. Recuerda que estás hablando con el faraón, que puede que olvide ser tu padre y te trate como mereces. ¡Largaos!

Kanefer asintió, complacido por la respuesta juiciosa, que también ponía a su codicioso hermano en su sitio, aunque preocupado por el semblante lívido y el rictus de dolor de su padre.

Keops volvió la vista para supurar la rabia en su redondo rostro fuera del alcance de los que le ninguneaban.

Pero no había más que decir. El faraón había dado por terminada la entrevista y ni sus hijos podían cuestionar una orden real. Caminaron lentamente hacia la puerta.

—¡Hijos! —llamó cuando ya cruzaban el umbral dorado. Se volvieron a una. Snefru miró a su hijo pequeño. Sus ojos brillaban—. Muchas cosas van a cambiar. Vais a sentirnos orgullosos de vuestro padre.

2

HARATI

Año 2.619 a.C.

Harati sintió el brazo de su hijo caer pesadamente sobre su cara y sonrió, abriendo los ojos. Barruntaba que casi era la hora. Su momento favorito del día. Se levantó de la enorme estera que compartía con su mujer, Nefret, y su hijo adolescente, Tui. Se sacudió el calor y respiró hondo para llenar su cuerpo de aire nuevo. Si por él fuera, dormirían la mayor parte del año en la terraza, pero según su amada esposa era una costumbre de demonios.

Tras desperezarse, se acercó al rostro de la bella mujer que los dioses le habían regalado y la besó en los ojos con cariño.

—Despierta, mi vida. Es hora.

Su mujer torció el gesto y se dio la vuelta. Harati volvió a sonreír. Perezosa y con mal carácter... pero suya.

Tomó la escalera de mano, bajando al piso inferior, cuidando de no pisar a la vieja Mek, una cobra casi desdentada que apenas cazaba ya ratones. La cogió con cariño, pero con cuidado, pues, aunque vieja, su mordedura aún causaba mucho dolor. Hacía mucho que había pagado una pequeña fortuna al nubio que se la vendió. Su mera presencia ya era una garantía, famosa en toda la comarca como signo de distinción, ya que muy pocos podían pagarla. Y eran menos los nubios que dominaban el arte de domesticar a tan peligrosos y traicioneros animales, por más que fueran la imagen de la diosa Uadjet, venerada con fervor en el bajo Egipto. Harati incluso tenía un pequeño altar a Horus, patrón de los antídotos contra mordeduras de serpiente.

La dejó en su cesto. Más tarde su hijo cazaría algún ratón como premio por haber vivido una noche más luchando contra los espíritus malignos y el mal de ojo.

Suspiró mientras admiraba su estupenda morada. No hubiera destacado entre las mansiones comunes de la capital, pero sí era cara para las casas de adobe bastamente encalado de la región. La había concebido a su medida, sin lujos, pero con una comodidad que ya quisiera el mismísimo faraón de Egipto. No tenía las pinturas que su esposa le había pedido, ni los acabados en maderas nobles que había que mantener periódicamente con un coste tremendo, pero era fresca y racional. Los pocos días del mes de Mesore en que la noche era fría, se

podía calentar con un pequeño fuego gracias a los estrechos conductos de barro que repartían el calor por las estancias. En la temporada más cálida, su casa era famosa por ser un oasis, y ni los jardineros más caros conseguían moldear las plantas trepadoras de distintas especies y entrelazarlas para disfrutar del estupendo olor nocturno que refrescaba la estancia y aliviaba el calor. Tras la crecida, las flores alegraban el ánimo del más oscuro, y sólo el cariño con el que trataba cada pétalo lograba trenzar el entramado de flores de distintos colores y tamaños que revestían la casa mejor que cualquier pintura, estatua o avenida de esfinges en la capital. Harati consideraba la piedra fría y muerta, aunque eterna e impresionante. La naturaleza era vida y belleza.

Salió al exterior. En efecto, los primeros rayos del sol rascaban los surcos de sus tierras, manifestación del dios Kheper, un escarabajo que empuja el sol y cuya personalidad tornaba a Atón al mediodía y a Atún al anochecer. ¡Qué maravillosa visión! La humedad del amanecer, que comenzaba a evaporarse y levantaba los olores que le embrujaban y le recordaban que la tierra era algo más que el material que creaba sus cosechas, junto con el agua del Nilo sagrado y la gracia de los dioses. Aspiró con fuerza el aroma del jazmín que rodeaba su casa y que de noche ascendía por las aperturas en las paredes para refrescar su dormitorio. Tardaría bien poco en esconderse hasta la noche siguiente y quería comenzar a trabajar con aquel olor divino en su nariz.

Miró al sol sin dejar de sonreír. Abrió los brazos y levantó la voz al cielo.

—Gracias, Kheper, por la vida que me has dado y por la que ayudas a insuflar. Gracias por la dicha de contemplar el brillo de las flores de lino al amanecer y los brazos de mi esposa al caer el día. Gracias por un hijo que tanto esperé y por la tierra que me ha sido dada.

—¿Papá?

Se volvió. Había lágrimas en sus ojos. Su hijo le traía el desayuno. Papilla de cebada y leche. Ignoró la inocente insolencia del pequeño, que le apartaba de sus deberes religiosos que más tarde retomaría.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz. Porque los dioses nos tratan bien. Estamos sanos y no podría desear otra vida distinta a esta.

—Pero mamá dice que somos pobres y nuestra vida es miserable.

Harati sonrió.

—Está en la naturaleza de las mujeres la ambición desmedida que las aparta de la felicidad. Te citaré unos versos de las enseñanzas de Ptahoptep:

Si deseas que tu conducta sea buena, apártate de todo mal y guárdate de la codicia, que es una enfermedad incurable. Con ella es imposible la intimidad: hace resentido al buen amigo, aparta al empleado fiel de su señor, envilece al padre y a la madre y también a los hermanos, y separa a la esposa del marido.

Acarició a su hijo, haciéndole sonreír, y continuó:

—Dime: ¿no crees que gozamos de una posición privilegiada? ¿No crees que estamos bendecidos por los dioses? Compárate con el resto del poblado. ¿Qué necesitas para ser feliz? El buen Osiris en forma de lengua de agua nos bendice cada año, fecundando a la diosa Isis —tomó un puñado de tierra en su mano— y venciendo al malvado dios Seth y su aridez. Los dioses Mi Sodpu y Horus son patrones de las caravanas de asnos que se adentran en el desierto para recoger las resinas perfumadas, la miel silvestre, los metales y piedras preciosas, haciendo que vuelvan sin pérdida ni ataques de los Shasu y Shagaz, los miserables ladrones beduinos que visten la lana de la pécora impura y secan los pozos. Así ha sido desde el principio de los tiempos, salvo los periodos en que los dioses entraron en conflicto y olvidaron protegernos; pero eso no ha ocurrido en todos los años de tu vida, pues eres bendito de Ra. Desde que te fue insuflada la vida, no he conocido sino ventura.

El chico calló, sonriendo tímidamente. Harati nunca necesitaba de mucho para convencerle.

—Yo os necesito a ti y a tu madre, y la satisfacción de que la tierra y los dioses me traten bien. Los bienes que codicia tu madre no son sino baratijas que los hombres y mujeres de palacio encarecen con su arrogancia. En época de mala crecida pierden su valor y los cambian por comida. No hay activo más real que la tierra misma, ni nada que satisfaga más que ver crecer a un hijo sano e inteligente como tú.

Tui sonrió. La alegría de su padre era contagiosa.

—Madre se compara con las gentes de la capital.

—Así es. Y nosotros rezamos para que ese pequeño defecto le sea perdonado por el buen Osiris en el último juicio.

—¿Y por qué cuando yo me confundo en la escuela me pegan con la vara y madre tiene un defecto que pasamos por alto?

Harati rió a carcajadas. ¡Cualquiera se atrevía a darle un azote con la vara a su esposa!

—Todos tenemos defectos. El saberlo nos ayuda a ponerles remedio. A veces no queremos reconocerlos, como tu madre, pero para eso estamos nosotros. Cuando se quiere a alguien, se le quiere por sus virtudes, pero sobre todo, con sus defectos. Damos gracias por lo primero y obviamos lo segundo, que no podemos compensar, pues la familia es el conjunto equilibrado de los atributos de sus miembros. Todos somos uno. Además, tu madre compensa cualquier defecto con la belleza que me regala y con el bien máspreciado que tengo.

—¿Cuál?

—Tú. Pero ya basta de cháchara, que el sol aprieta. —Hizo un gesto teatral de sumisión a su hijo, poniendo una rodilla en tierra—. Decidme, mi señor: ¿qué vamos a hacer hoy?

La cara del niño se iluminó.

—¡Hoy vamos a cazar a los topos y serpientes que estropean la cosecha!
Harati se plegó en una pequeña reverencia.

—Sí, mi señor capataz. Ordenad cómo he de hacerlo, pues este pobre campesino indigno no conoce las técnicas que han hecho famoso a su excelencia en las dos tierras.

3

GUL

Año 2.619 a.C.

Gul se preparaba para su jornada habitual, que consistía en pasar revista a sus hombres —hablando brevemente con ellos para escuchar sus necesidades, denuncias o informaciones—, y ponerse a las órdenes del rey, preparando sus expediciones o acompañándole al consejo como su guardia de más confianza.

No podía haber escogido un destino que le satisficiera más, teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraba cuando perdió la batalla contra el que ahora era su amigo, el faraón de Egipto.

Recordaba cómo cambió tanto. No hacía apenas un año era el jefe indiscutible de las tribus del norte de Nubia, posición ganada tras muchos años de luchas para consolidar su supremacía. Hubiera sido el rey si las tribus hubieran tenido conciencia de reino, aunque bajo su mando eran, de hecho, un estado unificado...

Y ahora era un servidor. Un soldado del enemigo eterno. Sonrió a la amable paradoja.

Sin embargo, cuando recordaba el día de su captura, daba gracias al destino por cruzarle con un hombre justo.

Siempre recordaba el mal olor. Cuando se cruzaba con un puesto de esclavos del mercado, o una letrina pública, siempre le venía a la cabeza aquel día, mientras intentaba respirar entre el hedor de la sangre y los excrementos de sus hombres, atados juntos, preguntándose qué había hecho mal en la vida.

Mantenía los ojos cerrados, negándose a torturarse con la visión de la vergüenza. No había sido capaz de defender a su pueblo. Habían sido derrotados por un ejército sin duda más moderno y numeroso, pero de hombres débiles.

Intentó reflexionar.

Tal vez su pecado fue la arrogancia. Continuaba menospreciando a aquellos norteos, y lo cierto es que no tenía ninguna excusa. Incluso les habían vencido en el cuerpo a cuerpo.

Les hubieran superado igualmente en el combate final, pero la mitad de las fuerzas egipcias habían tomado sus poblados, con las mujeres, viejos y niños. Y él, como responsable que era, había tomado la decisión de mantenerles con vida a cambio de su propia esclavitud. Sin duda lo merecía.

Un compañero tiró de las sogas y casi le disloca un hombro. Se tragó un rugido de dolor. No hubiera sido digno.

Aún no sabía qué harían con ellos. Suponía que les matarían, ya que no todos conservarían la dignidad. Se consideraban cabezas de su familia y anteponían su destino al de sus mujeres. Y entre los suyos, hasta ahora le habían respetado por la simple causa de su fuerza en combate singular y su capacidad de gobierno justo, pero ahora...

El alma se le encogía con cada pensamiento. Pero no lo exteriorizaría. Él era la cabeza de muchos, y aunque caído, no deshonoraría a generaciones de bravos nubios.

Escuchó su nombre. Le desataron, aunque eran cinco o más los que le llevaban apuntándole con sus arcos cortos. Aún le temían.

—Bajad las armas. No nos atacará. Ha demostrado su nobleza. Dejadnos.

Abrió los ojos. Un curioso personaje caminaba hacia él. No era fuerte, ni sus músculos destacaban entre sus miembros, y una leve barriga sobresalía de su túnica sucia. Pero era digno y valiente. Como había sido él.

—Vamos a bañarnos. Los dos estamos sucios.

Se acercaron al río. Escogieron un remanso entre la fuerte corriente.

—¿No teméis a las fieras?

—Contigo no.

Se lavaron durante un buen rato. Finalmente se sentaron a secarse en una gran roca.

—¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Lo que vosotros queráis.

Gul miró al extraño hombrecillo, cuyo tamaño doblaba. Sin embargo, su seguridad le hacía sentirse pequeño e intimidado. No le había ocurrido jamás, ni temía en modo alguno la muerte. Pero aquel ser le desconcertaba.

—Explícate.

—Habéis luchado con fuerza, nobleza y dignidad. Vine aquí para controlar una rebelión de bandidos que sé que no tienen nada que ver con vosotros. Y defendisteis vuestra tierra con bravura.

—Imponemos nuestra ley.

—Había oído hablar de vosotros, pero quería saber si esto era cierto o no.

—Entonces, ¿nos vais a liberar?

—Si lo queréis así, por supuesto. Sé que buscaréis a los bandidos y acabaréis con ellos. Sin embargo, quiero proponerte algo.

No estaba en situación de juzgarle, pero sí trató de saber de él a partir de los rasgos de su cara. No era joven, aunque su temple era el de una persona de edad más avanzada de la que aparentaba. Sus ojos eran grandes y redondos, lo

que indicaría vulnerabilidad en un rostro vulgar, pero su mirada era serena como la de un león, y no conocía a muchos capaces de sostener la suya. De igual manera, su rostro redondo hablaría de excesos y pereza en un hombre corriente, pero sus pómulos eran firmes y el gesto de su boca le decía que no hablaba a la ligera. Su voz era frágil y ligeramente ronca, pero el tono que conseguía no admitía duda. Estaba acostumbrado al mando y lo ejercía sin contemplaciones. Hablaba con gran economía de movimientos en sus labios y, a veces, sus párpados parecían caerse, lo que daba la impresión de que estaba ya de vuelta de casi todo en la vida.

El nubio asintió con la cabeza, invitándole a continuar. Sin duda, merecía su respeto.

—Necesito de vosotros en Menfis. Seríais mi guardia personal. A cambio garantizaría la prosperidad de vuestro pueblo. Construiríamos diques y canales que irrigaran vuestras tierras y seguiríais controlando vuestro país desde vuestra capital a través de correos que yo os proporcionaré. Mantendréis vuestra independencia y tomaréis vuestras decisiones, pero seremos un solo país, y se os trataría igual que a cualquier otra región, con todas las ventajas. Contribuiréis al granero real en época de buenas cosechas y éste os alimentará cuando sean malas.

—¿Y qué queréis a cambio?

—Vuestra fidelidad. Vuestra sabiduría y consejo sin tapujos. Se os presentaría como esclavos de guerra, pero sólo para engañar a los corruptos. Seréis mis hombres de confianza y no responderéis ante nadie más.

—¿Y si caéis en desgracia? La posición de un general es efímera.

El hombrecillo sonrió.

—La del faraón no.

Gul levantó la cabeza, asombrado.

—¡Pero vos habéis participado en combate!

Snefru rió.

—En realidad, bien poco; pero al igual que la confianza comprada de un corrupto es peligrosa, la de un soldado que confía en tu brazo en la batalla es sincera. Y como tú, he de hacerte respetar. No somos tan diferentes. De hecho, nos parecemos mucho, pero yo te he superado con justicia.

Gul se permitió una sonrisa triste.

—Lo que menos importaba eran los bandidos.

—Es cierto. Pero podrías haberme vencido en combate. Incluso ahora podrías vengarte. Estoy a tu merced. —Abrió los brazos—. Pero creo que no me vas a atacar.

—¿Y cómo sabéis que no voy a hacerlo?

—Porque necesitas tanto como yo alguien en quien confiar para controlar a tu pueblo. No somos diferentes. Eres un hombre de honor.

Gul y Snefru se miraron. De pronto encontraron el contraste del color de su piel, de sus músculos y su volumen, y los dos rieron a carcajadas hasta agarrarse.

—No. No somos diferentes.

4

MEHI

Año 2.619 a.C

—¡Malditos!

Estaba rabioso. Sabía positivamente que había entregado el mejor proyecto del concurso para la construcción del complejo funerario de un noble muy rico. No había discusión posible bajo ninguna lógica. Entre cualquier punto de vista, tanto el más riguroso de las matemáticas y la física del cálculo de los pesos y tensiones, como la misma estética, la comodidad o los aspectos religiosos, era el mejor sin falsa modestia.

Pero se lo habían dado a otro.

Estampé los rollos de papiro contra la pared, con rabia y lágrimas en los ojos.

Había sido el alumno con más talento de toda la escuela. Mis maestros hablaron maravillas de mí...

Pero no era noble.

Maldije sus aires de superioridad y sus párpados caídos. Sus papadas y su mirada hosca. Sus palabras indiferentes y su incomodidad evidente. Si pudieran, me enviarían a cavar zanjas y golpear rocas hasta que mi espalda se mellase como el filo de las sierras. Mi presencia era un insulto a la casta noble que tradicionalmente ocupaba los puestos de constructor de confianza del faraón... De cualquier constructor. Y tras la revolución que diezmó su poder, sólo las instrucciones precisas de acoger a un tanto por ciento de alumnos escogidos de las aldeas más pobres les había privado de tal placer. No podían echarlos de las escuelas, aunque ninguno llegaba a superar las pruebas...

Salvo yo.

Y por la sola razón de que el propio faraón presenció las pruebas aquel año y los constructores no pudieron ignorar mis exámenes perfectos. Era un arquitecto de pleno derecho, pero jamás construiría nada.

—¡Maldito su dios Ptah y malditos sus nobles engreídos! —exclamé en voz alta.

Le di una patada a los rollos. No podía permitirme estropearlos, pues los pagaba de mi propio bolsillo, ni que se ensuciaran en las paredes de la estancia

húmeda, oscura e insana, poblada de insectos, en la que apenas dormía. Pero me daba igual. Para lo que me iban a valer...

Tendría que dedicarme a otra cosa. Lo había intentado todo. Desde las obras colosales de ingeniería, los templos, los palacios, las casas... siempre en trayectoria descendente. Volví a jurar en voz alta.

—¡Sólo me faltaba diseñar un establo!

Las lágrimas dieron paso a una risa loca e insana.

—¡Y se lo darían a otro!

—¡Se lo darían a otro!

Golpeé los papiros de nuevo, loco de rabia.

—¡Arquitecto Mehi!

Me volví de un salto. El susto me hizo jadear. Si alguien había oído uno sólo de mis juramentos o reproches sería el final de mi inédita carrera. Acabaría tirando de las sogas que arrastraban las piedras, con la espalda doblada en menos de un mes. Me sorbí las lágrimas y me estiré, intentando componer una postura digna mientras rezaba a la dulce Isis que me perdonara. Sólo ella era tan benévola para concederme esta gracia improbable. Había blasfemado sobre el sagrado nombre del dios de los constructores, artesanos y artistas, la piedra angular de su sociedad, cuyo símbolo se transmitía de padres a hijos como la condición de constructor, cuyo ritmo tradicional sólo yo había roto. Era el peor de los crímenes y no tenía ninguna justificación; nadie me apoyaría ni alegaría atenuantes por mi situación.

—Te llaman de palacio.

Adapté mis ojos a la luz que me cegaba y sólo me permitía ver dos figuras oscuras. Eran un funcionario escriba y un soldado. Me asusté.

—¿Habéis oído algo?

—Te llaman de palacio —repitió con tono airado—. No me suelen hacer esperar, salvo que quieras que sea la policía quien te convenza.

Asentí avergonzado. Dejé las tablillas y disimulé haciendo como que ordenaba los rollos que había arrojado, mientras levantaba una fachada respetable en mi cara. Estaban a punto de llevarme hacia mi condena segura y aún me avergonzaba la suciedad e insalubridad de mi alojamiento, indigno de la condición noble cuyo símbolo no encontraba en las insignias de ninguno de aquellos dos arrogantes funcionarios.

Nos pusimos en marcha. Un par de veces escudriñé la mirada del escriba, pero era como mirar el rostro de una esfinge.

Aquel día no advertí la grandiosidad de Menfis, que siempre me maravillaba. No miraba los edificios sembrados de estatuas en forma de dioses que los flanqueaban, ni las avenidas de esfinges, ni tan sólo el adobe de las casas más humildes. Sólo el empedrado y la arena. Se diría que volamos a palacio sin apenas cruzar las calles. Tan asustado estaba.

Fui introducido por uno de los edificios de servicio después de que el soldado revelara un santo y seña. Me dejaron en una pequeña sala tras cruzar un laberinto de pasillos y estancias que tampoco intenté descifrar. Tanto me daba. Se fueron. Ni siquiera habían cumplido con la formalidad de atarme. Al fin, levanté la vista para intentar entretener mi miedo. La estancia era oscura y anónima. Se me ocurrió que nada bueno podía salir de ahí.

Apenas se divisaba la riqueza de la decoración porque habían corrido unos gruesos cortinajes improvisados que cubrían las ventanas y aperturas en los muros que normalmente iluminarían la sala, al servicio de magníficas pinturas; tallas que emocionarían al más insensible y muebles que imitaban a animales con tal fidelidad que asustaban a los más rudos. Era el escenario ideal para un juicio escondido. No habría público ni juez. Tal vez unos pocos nobles airados. Me pregunté si me golpearían o se limitarían a ordenar que me llevaran a algún sucio arrabal para matarme. No mancharían las finas baldosas con la sangre de un indigno. Tal vez ni siquiera usarían la imagen del dios al que había insultado, como era costumbre.

Quizás quisieran matarme allí mismo sin derramar sangre, ahogado por las manos de hierro de un guardia.

Sentí frío a pesar de la falta de ventilación y el calor no aliviado por las brisas que repartían los canales que tan bien conocía por haberlos diseñado tantas veces. Se decía que repartían el aire fresco tan bien como las voces de los presentes, lo que no era muy aconsejable para un palacio de la envergadura del que pisaba, donde los rumores decían que los espías campaban a sus anchas. No iba a ser una reunión cálida entre colegas. Casi me reí ante lo estúpido de mi ironía.

Pasó una hora en la que apenas me atreví a respirar, esperando en cualquier momento a un juez o un policía.

No era buena cosa que te llamaran con aquel protocolo. O te agasajaban o te enviaban a trabajos forzados. No había término medio, y resultaba evidente que no me habían agasajado, con lo que no quedaba mucha alternativa.

Seguro que me había denunciado alguno de los arquitectos para los que trabajaba por poco más que la miseria que me servía para pagar la habitación que ocupaba en aquella inmunda casa, que apestaba a los perros que se criaban abajo. Se apropiaban de mis papiros y los presentaban como suyos, cobrando auténticas fortunas y llevándose la fama de un trabajo bien hecho...

—¿Constructor Mehi?

Apenas me sobresalté. Era una manera muy cortés de llamar a un condenado. Pensé que, para ser un verdugo, tenía muy buena educación, a la que no respondí hasta que un gruñido de impaciencia me hizo levantar la cabeza.

Me sirvió para encontrarme cara a cara con el faraón de Egipto.

Me miró interrogante. Yo sabía que tenía que hablar, pero mis labios parecían de piedra. Al fin, sólo pude obligar a mis rodillas a doblarse y caí sobre el rico embaldosado, con la mirada gacha.

—¡Levántate! No seas imbécil. No estamos en un estúpido consejo.

Al fin levanté la mirada y obligué a mi cuerpo a obedecerme, totalmente sonrojado. Snefru me tomó con su brazo sobre mis hombros y me llevó hacia un par de sillas, empujándome con mano firme. Aún no podía creer que fuera él. Sólo le había visto el día del examen, y recordaba su cara porque hubiera jurado que sus ojos brillaron cuando le miré.

—Me han dicho que eres el mejor constructor del reino. ¿Es así?

No me atreví a contestar. Sólo miraba sus ojos, profundos como la noche. Suspiró.

—Dime: ¿en qué crees?

Su franqueza me paralizó de nuevo. ¡Vaya pregunta! Pero debía esforzarme en encontrar la respuesta adecuada. Me miré las manos temblar, aunque la conciencia vergonzante de no soportar su mirada me dio coraje para responder lo primero que se me ocurrió. Al fin y al cabo, si iba a morir, no mentiría.

—Creo en mis manos. En mí y en mi ingenio, pues si he llegado hasta aquí sin nobleza, es sólo gracias a ellas.

Snefru sonrió con ironía.

—¿Y en Ra?

Sus ojos me dijeron que no esperaba de mí una postura servil, y ya me había crecido tras atreverme a contestar la primera vez. Si no había pedido ya mi cabeza, tal vez no lo hiciera aunque me metiera un poco más entre las fauces del león.

—Sólo si el templo que construya está consagrado a él. Hasta ahora no me ha ayudado, ni mucho ni poco, así que estamos en paz.

Lo dije casi con arrogancia. Estaba harto de disimular ante todos, y si mi destino era ser castigado por mi origen humilde, al menos diría lo que pensaba al faraón de Egipto antes de morir. Los dioses tal vez me juzgarían con benevolencia si me encontraban simpático.

Pero Snefru rió con ganas, mientras yo me preguntaba qué opinaría Osiris de mi comentario el día de mi muerte. Se me acercó tanto que me pregunté si no me sorbería el alma, como decían los supersticiosos. Afortunadamente, se limitó a susurrar muy bajito en mi oído:

—Necesito, pues, de tus manos y tu ingenio. Pero más que eso, valoraré por encima de todo tu fidelidad a mí. Ni a mi visir, ni a los sumos sacerdotes, ni a funcionarios, ni policías, ni rebeldes ni extranjeros. Sólo me rendirás cuentas a mí. Sé lo suficiente como para hablar contigo de tú a tú en construcción, religión y astronomía, así que nos entenderemos bien.

Asentí entusiasmado.

—¿No me vais a matar?

Snefru negó con la cabeza, con gesto airado, como si hablara con un idiota.

—Yo no. Necesito de tus servicios, aunque tal vez, después de todo, sí te cueste la vida. No creo que me sobrevivas, ni a mi morada de eternidad, que quiero que levantes. Una pirámide perfecta. Como dos veces la de mi padre.

Yo ya estaba tranquilo. No sólo no me iba a castigar, sino que me daba un empleo. Pasé de las fauces de los demonios al mismo lomo de la diosa Nut. Sin embargo, el encargo era tan impresionante que me sentí pequeño e incapaz.

—Construiré lo que dispongáis con mis propias manos, si hace falta.

—No es lo que imaginas. Es mucho más que eso... pero tiene su contrapunto. Será muy peligroso. Todos te temerán, pues te daré poder, y te envidiarán por eso. Atentarán contra tu vida, y tal vez ni yo pueda garantizar tu seguridad.

Yo asentí como si fuera un soldado: con un golpe de cabeza que me hizo crujir el cuello. Mi rey sonrió con amargura.

—Es tan sencillo y tan complicado como esto: te ofrezco ser el más grande constructor tras Imhotep... y una vida corta, en consecuencia.

Quedé impactado por la revelación. Mis mejillas ardían. Imhotep dedicó toda una vida a la construcción, así que, fuera lo que fuera aquello que el faraón quisiera de mí, no llevaría unos pocos años. Viviría para beber de la gloria.

—Acepto. Os agradezco vuestra decisión. Os juro que no os defraudaré. Al menos en mi intento. Pero me ocultáis algo.

—¿Cómo te atreves? —rugió el rey, agarrándose la base del estómago con una mano crispada.

—Recordad que soy constructor y sé lo que es una pirámide perfecta, lo que representa y la dificultad que entraña una construcción de las medidas que sugerís. Recordad que estoy al corriente de los intentos y de los continuos fallos. Si, como decís, voy a dejar mi vida en el intento, creo que tengo derecho a saber con qué armas puedo luchar, y, francamente, en este momento, por mucho ingenio que tenga no veo cómo puedo triunfar donde los mejores arquitectos del reino han fracasado.

Vi al faraón de Egipto pasar de la ira a la reflexión, al disgusto, de nuevo a la reflexión, a la suspicacia, al miedo y a la certidumbre. Todo eso en breves segundos. Asistí asombrado a la tormenta interior que sus ojos, y levemente su expresión, denotaban. Me dio mucho miedo pensar que en unos instantes había juzgado sobre mi destino e iba a escuchar el veredicto. Pensé que debía insistir mientras pudiera.

—Majestad: si habéis indagado sobre mí, sabréis que no quiero riquezas ni poder. Sólo quiero construir y servirlos, por encima de absurdos poderes establecidos hace generaciones. Si soy un buen constructor, debéis dejarme construir, pero no creo que sea justo que me encarguéis un imposible sin conocer todas las razones. Mi fidelidad a vos y el éxito de mi misión se basan en esta premisa. Si no fuera sincero os estaría haciendo muy flaco favor.

El faraón me hizo un gesto con la mano, muy claro. Callé, pues, mientras pensaba.

—¿Hasta qué punto me servirás?

—Por encima de cualquier hombre.

—¿Y por encima de cualquier dios?

—Con las armas necesarias, sí.

Asintió con la cabeza. Se le veía aún reticente. Volvió a acercarse para susurrar. Resultaba triste verle ocultarse en su propio palacio.

—Antes te he hablado de Imhotep. Dejó muchas enseñanzas. Algunas escritas. Las más, heredadas por sus hombres de confianza por la vía de la palabra. El maldito Imhotep fue testigo y causante del cambio de cosmogonía que supuso el traspaso del poder religioso y la concepción del mundo, de la vida...

—Y de la muerte. De Ptah a Ra.

—Así es. Y, sin embargo, aún mantenía muchas de las creencias antiguas, como el poder del verbo.

—El viejo colegio sacerdotal de Menfis dice que Ptah creó el mundo a través del verbo, con una palabra, con la acción del corazón, fuente de inteligencia, y de la lengua, centro de la voluntad.

—Y, en consecuencia, era reticente a transcribir muchos de sus pensamientos. Prefería transmitirlos por la palabra. Y con eso, muchos de sus conocimientos más importantes se perdieron en el camino. Eran tan celosamente custodiados que murieron con sus guardianes.

Yo callé, impresionado. Parecía a punto de revelar algo tan importante que daba miedo.

—El conocimiento más preciado es aquel que describe la función de las pirámides y la forma de enterrar para que el cuerpo y el alma sobrevivan.

—Pero eso no es nuevo. La pirámide mantiene el cuerpo incorrupto.

El faraón sonrió tristemente.

—¿Y el alma?

—Pasa por el juicio de Osiris.

—Sí, pero va donde van todas. La tuya, la mía y la del campesino más humilde.

Yo tartamudeé, buscando una solución.

—No comprendo...

—Imhotep supo cómo preservar el cuerpo, pero también el alma del faraón de manera que llegue a su lugar más legítimo. Junto a los dioses.

El sudor frío cubrió mi cuerpo. La revelación era tan importante que quedé sin habla, blanco como la leche.

—¿Queréis decir...?

Sonrió como se sonríe a un niño ignorante. Se acercó de nuevo, susurrando con tanto cuidado que, si no fuera por lo importante de las palabras, pensaría que estaba loco.

—Sabía cómo hacerme un dios inmortal.

Sentí que me mareaba. El faraón se levantó y me sirvió agua del vaso más lujoso que jamás había visto, aunque no me fijé en eso. Bebí tan deprisa que me atraganté. Me costó un buen rato asimilar la noticia y empezar a comprender. Pero, antes que nada, un pensamiento acuciante necesitaba ser disuelto, como una necesidad del cuerpo satisfecha.

—¿Por qué me contáis esto? ¿Qué tengo yo que no tengan los arquitectos y constructores de vuestra confianza?

—¿Y quién te dice que no confío en ti?

—No me conocéis.

—Te equivocas. Yo te puse donde estás porque se hizo notorio en una pequeña aldea un niño de gran inteligencia. Yo mismo acudí a verte y te traje a la capital, te puse en manos de maestros y seguí tus pasos. Tus aptitudes te llevaron a construir. Habrías llegado a ser lo que hubieras querido. Incluso veía con agrado tu conciencia social.

—Pero... ¿Habéis sido testigo de mi infelicidad...?

—¿Infelicidad? ¡Niño ingrato! Te he dado la mejor educación que un hombre puede tener en el mundo, todo cuanto hubieras deseado en tu miserable aldea, la capacidad de llegar hasta donde tú quieras. ¿Y me reprochas tu infancia?

—¿Y mis padres?

—Murieron. Eras huérfano. La casa de vida que yo fundé te acogió temporalmente y tus acciones llamaron la atención de un viejo juez que te apadrinó. ¿Qué infancia crees que hubieras tenido?

Me sentí enrojecer de vergüenza.

—Tenéis razón. Disculpadme. Es sólo que no sabía...

—¿Qué yo controlaba tus pasos? ¿Qué querías? ¿El afecto de un padre? Si hubiera manifestado favor hacia ti, se te hubieran comido como a un pollo. Te protegí en la medida en que pude hacerlo sin interferir en tu formación, y en lo que mi deber me dejaba libre.

—Así que, después de todo, no soy tan bueno como apuntaba de crío, si habéis tenido que empujarme.

—En absoluto. Has crecido y te has formado tú solo. Yo no he hecho nada más que evitar que los nobles te quitaran de en medio sólo por tu origen.

—¿Y por qué no me criasteis como un noble? Todo hubiera sido más fácil.

—No. No serías tú. No tendrías coraje, ni sabrías el valor del trabajo, de la soledad, de las horas de estudio, la amistad... no hubieras forjado el orgullo

poderoso que tienes, ni la dignidad social, ni conocerías la rabia, ni el tesón. No. Con todo lo que has estudiado, es más importante la persona que eres que los conocimientos que atesoras, pues sin lo uno no florece lo otro, como un buen jardín sin una buena tierra. Todo lo que eres, lo que has hecho, tus estudios, tu formación, incluso los proyectos que te han sido rechazados... Todo te lleva hasta aquí. Porque sólo tú eres capaz de llevar a cabo esta misión y en nadie más confío, pues, aunque no te lo parezca, te conozco desde hace tanto que te he sostenido en mis brazos, casi desde tus veinte años de vida.

Las lágrimas aparecieron en mis ojos. Después de todo, la figura paterna que tanto había echado de menos, existía. Nada menos que el faraón de Egipto. Sonreí. No pude evitarlo. Resultaba irónico. Pero todo lo que decía era cierto. Todos mis pasos me llevaban a aquella misión, y mi orgullo me decía que nadie más la llevaría a cabo con éxito. Me levanté para componer la reverencia más sentida que en mi vida haya hecho. Dudo que cuando muera y conozca a Osiris le brinde un saludo con más respeto. Mi rey me tomó por los brazos y me hizo sentar de nuevo. Con esos gestos breves, las deudas de toda una vida quedaban zanjadas. Me limpié con la mano yforcé un gesto profesional para volver al tema que nos ocupaba. Volví a acercarme a su oído.

—Hablábamos de que Imhotep sabía cómo hacer de un hombre un dios... ¿Y por qué...?

—¿...No hizo dios a Djoser? No lo sé. Tal vez no tuvo tiempo de poner en práctica sus conocimientos. Ya sabes que la primera pirámide fue sólo un adelanto poco desarrollado. Hubiera necesitado dos o tres vidas para construir una pirámide perfecta. O como te he dicho, tal vez el conocimiento fuera una responsabilidad tan grande que decidió por su rey.

—¿Le negó la inmortalidad al faraón Djoser?

—Quizás. Piensa que un genio de la magnitud de Imhotep debía sentirse frustrado por servir a un ser inferior a él, como su rey. Tal vez quería el poder real y la inmortalidad para él.

—O tal vez Djoser simplemente no la mereciera y no se la dio.

—Tal vez. El caso es que sus herederos en el conocimiento tampoco lo dieron a ningún faraón. Lo mantuvieron bien guardado y sólo se atisbaron algunas pistas que dejaron, quizás porque se negaban a que el secreto muriera con ellos.

—¿Y nadie jamás lo puso por escrito?

—No se sabe. Se dice que hay una copia escrita, que custodia un personaje anónimo oculto como un grano de arena en el desierto. He puesto dos hombres de confianza a buscarlo, pero es una posibilidad tan ínfima que apenas es digna.

—Y si me permitís la pregunta: ¿cómo llegó la conciencia del secreto a vos?

El rey volvió a sonreír.

—Llegados a este punto, creo que ya sabes perfectamente que voy a confiar en ti, por encima de cualquier otra persona. Aunque si me fallas...

—Llegados a este punto, ya sabéis que no voy a fallaros en cuanto a mi compromiso y fidelidad. Pero no es flor de un día. Contáis con ambos desde que asististeis a mi examen y obligasteis a que me fuera aprobado como dictaba Maat. Quizás falle en capacidad o en ejecución, pero no en firmeza.

—Entonces, no me fallarás. El hombre que da todo de sí, no está obligado a más, ni nada más debe reprocharse.

Sellamos el pacto con un apretón de manos contra antebrazos. Sentí que de igual manera podría estar el rey tratando con un importante dignatario o un amasador de adobe. Snefru no era una persona corriente. O tal vez su mérito era que, siendo rey, sí era una persona corriente. Una buena persona que sabía ganarse el corazón de sus amigos.

—El secreto llegó a mí como cebo, por parte de los sacerdotes de Ra. En la sucesión veían peligrar su poder, probablemente porque sabían que el sumo sacerdote de Ptah también intentó seducirme. No es común que un solo candidato tenga el beneplácito de los dos dioses, pues con ambos supe tratar, y el poder religioso se convirtió en una puja entre uno y otro. Supe protegerme en las negociaciones, pues ambos me hubieran matado y puesto a otro más débil de carácter en mi lugar, al que pudieran manejar, pero si seguía vivo, tenía el apoyo de al menos uno de los dos sacerdotes.

—Y Ra puso la mayor oferta.

—La inmortalidad. Sí. Entonces era joven y se convirtió en una obsesión. Llegó a costarme la salud y el sueño.

—Pero vos habéis cumplido con Ra. Jamás tuvo tanto poder.

—Así es, pero no contaban con que tenía personalidad propia. Aumenté el poder religioso de Ra y cercené el poder social, cortando sus conexiones con la nobleza y disminuyendo el poder económico de los grandes terratenientes a favor del pueblo. Prefiero el amor de los campesinos al de los nobles, que mañana apoyarán a un rey de otra familia y matarán a mis hijos si hay otro que les promete más apoyo.

—Comprendo. Cumplisteis a vuestra manera y ellos se negaron a cumplir con su parte.

—Así fue.

—O tal vez era mentira.

El faraón negó sonriendo. Esperaba mi comentario.

—No. El secreto es cierto.

—¿Cómo lo sabéis?

Sonrió de nuevo ante mi embarazo al hacer una pregunta insolente, pero no fue una sonrisa zorruna como la primera, sino amarga.

—Porque el último guardián del secreto era mi medio hermano y amigo, Rahotep, que ha desaparecido. Representaba a Ra y a los nobles ante mí, y ellos, tal vez temerosos de que se ablandara y me entregara el secreto a cambio de

menos de lo que esperaban, se apoderaron de él y le mataron. Ni me han entregado su cuerpo. Quizás teman que se haya hecho tatuar el secreto en su piel. —Sonrió con tristeza.

De nuevo la sorpresa y el sudor.

—¡Pero si era vuestro maestro, vuestro sacerdote personal! ¡Vuestro más querido amigo!

—Por eso mismo no pude obligarle a contármelo, si él no quería hacerlo.

—Se encogió de hombros—. Tampoco hubiera podido hacerlo. Era un hombre muy tozudo.

—¿Era?

—Temieron que al llegarle la vejez se conmoviera y me lo diera al fin, pues en nadie más confiaba. Y yo cumplí con creces. Tarde o temprano lo esperaba de él... Y le han matado para evitarlo.

—Pero tal vez sólo lo han secuestrado. Si no os han entregado su cuerpo...

—No lo creo. No me lo entregan para hacerme pensar que está vivo y obligarme a negociar de nuevo, pero ni lo creo, ni voy a negociar con ellos nada más. Les he dado tanto, y ellos me han dado tan poco, que nada que no sea el secreto tiene ningún valor para mí, y después de toda una vida, sé que no me lo van a dar. Ya hubieran permitido al buen Rahotep entregármelo. Y yo siempre cumplí con todas sus exigencias. No. Está muerto. Que Osiris sea condescendiente con él por haberme privado de ser un dios.

—¿No le odiáis?

—¿Odiar a alguien que te ha enseñado todo lo que sabes? ¿Que ha cuidado a tus hijos? ¿Que te ha ayudado a enriquecer el país y ser conocido por el pueblo con más cariño que si en verdad hubiera llegado a ser un dios? No. Nunca podría odiarle. Le echo de menos tan dolorosamente como un hijo a su padre. Tú deberías comprenderlo mejor que nadie.

Me permití un leve gesto, poniendo mi mano sobre la suya. Aquel hombre acababa de ganarse mi fidelidad con más fuerza que cualquier orden real.

—¿Quién más conoce de la existencia del secreto?

—Tú, yo y Uni, mi escriba de confianza.

—Le conozco. Y me tranquiliza. —Le miré fijamente—. ¿Aún tenéis la esperanza de que yo os haga inmortal donde Rahotep no pudo?

Él rió, aunque era una risa amarga.

—No, amigo mío. No pido imposibles. Pero tal vez mi hijo Kanefer sí será un buen dios. Yo he negociado con ellos de manera tan mezquina que he perdido la fe. No valdría para dios. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Dudé si soportaría una insolencia más, pero no podía callarme.

—Habéis dicho que cuando os tentaron erais joven y vuestra inmadurez os hizo obsesionaros...

—¿Y?

—Con esa carga...

—¡Habla de una vez!

—¿Habéis encontrado la madurez?

Me miró con sus pintadas cejas arqueadas. Tal vez preguntándose si debía responder a mis caprichos. Mantenía la sonrisa lúgubre. Me pareció mucho más viejo y sabio de lo que aparentaba. Tardó mucho en responder, y no por decidir si lo hacía o no, sino porque buscaba la respuesta.

Al fin rió con amargura.

—Si un hombre enfermo se aferra a la vida como a una tabla entre un remolino de aguas embravecidas, ¿cuánto más no me esforzaré yo en alargar y saborear cada momento de una vida que se escapa tan rápido, sabiendo lo que se me niega?

Callé durante varios minutos. El rey sonrió al ver mi gesto sombrío, como animándome. «Al fin y al cabo, todos vamos a pasar por lo mismo», parecía decir.

Pero yo no era Rey, ni se me había prometido la vida eterna. Al fin, reaccioné levantándome. La entrevista había terminado. Le di la mano.

—Os agradezco vuestra decisión de confiar en mí.

El faraón me miró con pena en los ojos.

—Y yo te pido perdón por ella.

HENUTSEN

Año 2.619 a.C.

Despertó entre dolores. El día anterior había sido especialmente duro para una novicia. Una auténtica paliza física. Fregar y fregar. Unas pocas horas de rezo y apenas una ceremonia que exaltase su triste corazón y que diese sentido al amargo día. ¡Qué estúpida había sido! Ciertamente que no había tenido nada que decir en la decisión de ser ordenada sacerdotisa de Isis. Incluso había aceptado la idea con ilusión. Pero... ¡Ay! Tenía que hacer alguna idiotez. No se le ocurrió sino decir a su padre que quería ser tratada como una novicia más para servir mejor a la diosa.

La sonrisa que arrancó a su padre, el faraón de Egipto, cada día más preocupado por los asuntos de estado, le supo a gloria entonces, pero ahora, con las manos llenas de ampollas y el ánimo bajo los dominios de Geb, maldecía su propia tontería. Una sonrisa no valía aquello. Su padre la habría olvidado a los pocos minutos y ella arrastraba las consecuencias, suficientemente duras como para llorar por ello.

Recordaba las veces que había acudido a las ceremonias con su madre dando como ofrenda los manjares más ricos de palacio a los sumos sacerdotes, recién lavados, rapados y purificados, como acostumbraban dos veces al día, aunque en todo el tiempo que había pasado en el templo jamás había visto a un sacerdote arreglarse de manera tan pulcra.

Ahora ni siquiera tenía acceso a las más sencillas ofrendas y tenía que conformarse con recrearlas con los ojos cerrados mientras cantaba con las otras novicias, ignorando la poco agraciada voz de la vieja que las trataba peor que su padre a los esclavos que acababa de conquistar. Nunca volvió a ver a uno de aquellos sacerdotes, y le constaba que la ausencia de pelo, cuya razón principal era evitar la lujuria dentro del templo, donde la actividad sexual estaba terminantemente prohibida, no frenaba a aquellos impuros y ni siquiera su carácter sagrado mermaba apenas su sed de mujer. Varias novicias de origen humilde no servían sino de concubinas. Ella jamás correría aquel destino, pues su sangre era divina y no osarían tocarla y provocar a la diosa y al propio faraón, pero eso no menguaba un ápice su miedo cuando veía que una de las niñas era llamada en mitad de la noche.

Se lavó las manos frotándoselas con polvo de talco y natrón para que se le cerrasen las ampollas. Había intentado amenazar a la vieja para tener acceso a sus cosméticos de palacio.

—Por muy novicia que sea, si mi padre ve de qué modo soy tratada, se enfadará.

Todo lo que había pretendido era un poco de jugo de Aloe para sus manos y una mejor alimentación y trato, pero la vieja bruja Aj no había nacido ayer.

—Sois la princesa y yo sólo una vieja institutriz. Si no queréis ser tratada como una novicia más, sólo tenéis que decir una palabra y recuperareis el trato que merecéis volviendo a palacio. —Alargó la pausa—. Vuestro padre acatará vuestra decisión. Los niños, niños son.

Terminó la frase con una sonrisa maliciosa de dientes oscuros por el consumo de adormidera. Aquella insolencia le hirvió la sangre a la joven princesa, pero tras el sonrojo, se obligó a regalar a la vieja una reverencia.

—El natrón está bien.

Y volvió a su fregoteo con lágrimas de rabia en los ojos.

«¡Ya cambiarán los papeles bien pronto, bruja!»

Ni siquiera se había podido despedir del viejo sacerdote que les había instruido, su querido tío. Y hacía pocos días se había enterado de que había muerto. Se rumoreaba que los nobles seguidores de Ptah, y los viejos regidores religiosos que controlaban los destinos de la cosmogonía por encima de sumos sacerdotes, no habían permitido que el buen sacerdote se dejara guiar por el amor que sentía hacia la familia real y el propio faraón y no hubiera aceptado sus directrices, intentando actuar sobre el rey, que valoraba por encima de todo la fidelidad a su persona por encima de cualquier estamento o mandato.

Se decía que el mismísimo faraón estaba tan afectado por la noticia que se había recluso en palacio sin atender ningún asunto civil o religioso.

Y ni siquiera podía ir a su casa a ofrecerle su amor a su padre, ni tan sólo se le había permitido acudir a las ceremonias de entrada a la luz de su tío, ni respetado su dolor ante la muerte de su maestro. Se preguntaba si su padre sería consciente de que tal vez se estuvieran vengando de él a través del maltrato a su hija. ¡Y su maldito orgullo le impedía correr a palacio a averiguarlo!

En poco tiempo había perdido a su madre y ahora al viejo maestro. Y no podía llorar a ninguno de los dos.

6

KANEFER

Año 2.619 a.C

Al heredero al trono lo despertó su criado particular antes del alba. Ni siquiera tuvo que tocarlo. Escuchó los pasos del sirviente y ya estaba de pie. Ni un bostezo, ni un gesto de cansancio. Se lavó con agua que le fue traída de las tinajas de cobre, donde se purificaba para evitar venenos e impurezas. Vistió su faldellín y una breve capa de lino y salió de su cámara seguido del criado, al que no dirigía la palabra.

Pasó sin mirar las cámaras, como si los vanos de las puertas se abrieran a su paso y no fuera él quien caminara entre ellas, una y otra vez, hasta el exterior, al jardín que miraba al Nilo sagrado donde los sacerdotes ya le esperaban.

Tomó las ofrendas de la mesa sin sentir siquiera la menor tentación de llevarse uno de aquellos manjares a la boca y, sin hablar, escuchó los rituales, mil veces oídos ya, de las voces rutinarias de los sacerdotes sin dejar de mirar al cielo mientras el disco solar se abría paso entre las colinas pétreas.

Sabía sin duda que él sentía más devoción que todos los sacerdotes juntos, y sólo la férrea disciplina que se imponía el que un día sería faraón obligaba a aquel absurdo número teatral todos los días. Sería una buena propaganda para el pueblo que su faraón fuera tan meticuloso en sus labores religiosas. No le importaban aquellos hipócritas. Ya tendría tiempo de hacer cambios. Desde que murió Rahotep nada tenía sentido, aunque en memoria a él seguía mirando al cielo cada día, orando por su eternidad y repitiendo su nombre para que cobrase vida en su nueva forma. Se sentía solo, ya que su padre estaba demasiado ocupado. Además, desde que volvió de Nubia y se enteró de la desaparición del viejo, cambió de tal manera que pareció renegar del mundo, como si nada tuviese ya importancia.

Hacía tiempo que quería hablar con él. Encontrar las palabras oportunas entre el cariño de un hijo que echa de menos a su padre y se preocupa por su ánimo y el heredero del trono ante el faraón de las dos tierras. Era difícil, y siempre primaba la formalidad ante el cariño, aunque sabía lo mucho que su padre apreciaba sus buenas maneras y sus gestos apacibles, sobre todo en

presencia de su hermano Keops, que era capaz de alterar hasta a la mismísima Isis.

¡Ay, Keops!

Se preguntaba qué le habían hecho para que germinase un carácter tan difícil. Él, menos que nadie, no tenía la culpa de haber nacido primero, ni mucho menos de ser el favorito de su padre. Su hermano no sabía que era su propio derrotismo y su creciente rencor lo que hacían de él un indeseable capaz de hacer que el faraón prefiriera los asuntos de estado a una charla íntima con sus hijos.

—Majestad.

Miró a los sacerdotes, que le llamaban cohibidos por sacarle del trance. Les miró con enfado. Que pensasen que se hallaba en comunicación con los dioses en lugar de echando de menos a su viejo maestro.

Se encaminó a la parte de palacio donde se llevaba a cabo su instrucción. No había mucho ya que pudieran meterle en la cabeza ni en el corazón que no supiera por vía del buen Rahotep, sabio entre los sabios. Sus maestrillos sustitutos apenas podían dejar entrever un breve destello de luz entre la oscuridad del tedio, así que les escuchaba durante apenas una hora y les dejaba con expresión de reproche, mientras hacía que le trajesen de comer. Al menos aprovecharía el tiempo.

—¿Dónde está mi hermano?

Los maestros se miraron inquietos, dándose cuenta de que no habían sido escuchados.

—Lo ignoramos, majestad. Suponemos que durmiendo.

Kanefer les miró largamente. Malos los profesores que se arredraban ante la mirada de su alumno, por más faraón que fuera. Así hubiera hablado el viejo. Ellos no eran satélites, estrellas que brillaban sólo junto al sol. Y se había hecho la oscuridad.

—He terminado con vosotros. No os quiero más aquí, a no ser que os haga llamar. No hay nada más que podáis enseñarme, salvo vuestros defectos.

Les dejó sin más. Preguntó por su padre.

Estaba enfermo, le respondieron.

Se fue sin más hacia su cámara personal, entrando sin pedir permiso. No lo necesitaba.

Los dos sabían cuál era la enfermedad. Los dos la sentían. Pero sólo uno de ellos la dejaba ver. Claro que era el faraón y podía hacer lo que quisiera.

—Padre.

—Hijo mío.

El rey se levantó a toda prisa. Kanefer agradeció en silencio que estuviese sin reservas para él.

—¿Qué te ocurre?

—No me siento bien.

—No es nada físico. Tú lo sabes y yo también.

El faraón calló durante un buen rato. Kanefer sabía respetar esos silencios, hasta que su padre se sentía con fuerzas para responder.

—Me siento solo.

—No estáis solo. Estoy yo... y algún hijo más debéis tener.

Snefru sonrió la broma sin malicia.

—Rahotep era muy importante para mí.

—Pues apenas hablabais con él.

—Hay cosas que no necesitan expresarse para tener constancia firme de su existencia. Y el viejo sabía muchas cosas que con su simple presencia me daban seguridad, aun cuando no me las dijese. Pero ahora que se ha ido, la falta de esas cosas me abruma.

—Padre, no os comprendo.

El faraón se levantó con energía. De repente no pareció estar enfermo, y abrazó a su hijo con fuerza.

—Ven. Salgamos. Llevo tanto tiempo aquí metido que se respira desaliento.

Salieron al jardín. Un pequeño ejército de cortesanos, sirvientes, sacerdotes, mujeres, niños y animales se levantó como un solo hombre. Kanefer vio que su padre odiaba eso. Hizo un gesto inequívoco para que les ignorasen y sólo los guardas nubios les acompañaran a una distancia prudencial.

—¿Ves? —dijo el rey—. No puedo evitar desear estar de nuevo en Nubia o en cualquier otra parte donde se me respete como soldado, general u hombre sin más, y librarme de toda esa retahíla.

—En las viejas leyendas se habla de reyes que salían al amparo de la noche, cubiertos con una simple túnica pobre, a constatar la salud y la felicidad de sus súbditos, amparados por el incógnito.

—No se te ocurra hacer tal cosa. Durarías menos que un perfume en sus manos.

Señaló a la horda que les seguía, atentos a cada movimiento de ambos.

—No creo que haya nada que no sepáis de Rahotep. Yo mismo he echado a mis maestros, pues a su lado son patéticos ignorantes.

Snefru rió la actitud de su hijo.

—Me parece bien. Eres inteligente y confío en tu criterio.

—Padre, estoy listo para asumir tareas de estado. Os ayudaré donde antes os ayudaba Rahotep, salvando las distancias, por supuesto. Pero no tengo nada más que aprender si él no está.

—Hablaré con el visir Nefermaat. Le irá bien una jubilación. Serás el nuevo visir cuando estés listo. Es donde mejor aprenderás a lidiar con funcionarios, jueces, escribas, gentes comunes...

—Y nobles.

—Sobre todo con ellos y con los sacerdotes. A ellos es a quien debes temer, pues el cariño del pueblo está reñido con el suyo. Sólo quieren su propio bien a costa de la felicidad de los comunes. Recuerda que debes elegir servir a unos o a otros.

—Este no sería consejo de Rahotep.

—Me temo que sí. Tu tío estaba mucho más metido en la lucha por el poder de lo que crees. A veces toma formas que no sospechamos, y resulta que los más poderosos son quienes menos lo aparentan.

—Padre, ¿cuándo vais a hablarme sin tapujos?

—Cuando seas faraón. Por lo pronto eres muy joven para sostener problemas. Deja que sea yo quien los cargue.

—Pero, ¿qué problemas? ¡Si todo marcha bien! No se ha conocido reinado más próspero que el vuestro desde las viejas leyendas de las civilizaciones perdidas, de las que sólo Imhotep llegó a vislumbrar una ínfima parte de su magnificencia.

El hecho de nombrar al gran hombre hizo que el rey se agarrase el estómago con mano crispada. Kanefer le sostuvo y los guardias se tensaron como cuerdas de arco.

—No pasa nada. Es un ataque de acidez.

—¿Por qué Imhotep os causa dolor?

—Ve a poner en orden tus nuevos quehaceres. El ejercicio del poder de visir te va a dar mucho trabajo. Si quieres ser útil, no cabe duda de que vas a tener que empezar pronto.

Snefru retuvo a su hijo en el último instante. Le abrazó y besó sus mejillas, mientras le recitaba:

*Imparte justicia, así perdurarás en la tierra;
consuela al que siente aflicción, no oprimas a la viuda,
no expulses a un hombre de la propiedad de su padre,
no disminuyas las posesiones de los nobles*

Puso cara de chiste mientras recitó aquel verso. Kanefer sonrió.

*Guárdate del castigo injusto,
no mates, pues no te sirve de nada.
Castiga con azotes y con arresto,
así la tierra estará bien controlada...*

Sonrió a su hijo y se fue.

Kanefer se sintió dolido por la repentina despedida, a pesar de que se hubiera esforzado por hacerle sonreír. Su padre se marchó hacia las salas de estado mientras recuperaba la pose altiva. Pero no se dio por satisfecho.

Volvió a las cámaras de descanso en el ala del palacio que sólo ellos habitaban. Encontró a su hermano durmiendo entre vapores de licor y sexo.

—¡Keops!

Se levantó como si le atacaran, mirando a todas partes, como si ignorase dónde estaba o había estado las últimas horas, cosa que, probablemente, fuera cierta.

Si fueran niños aun se hubiera reído al comprobar su reacción. Pero aquella cara de niño ya no le resultaba grata. Con lo felices que habían sido... Y lo diferentes que habían llegado a ser en tan poco tiempo. Pero su hermano ya contaba dieciocho años y no era edad para juegos infantiles.

La cara que tanta ternura le había inspirado ahora irradiaba odio e indiferencia. Las bolsas bajo sus ojos, infrecuentes en una persona tan joven, las líneas de expresión tan precozmente desarrolladas y los finos labios en una boca ancha, que al hablar parecían reducirse en una línea, hablaban de una persona cruel. Los artistas tendrían que esforzarse para hacerle parecer humano, pues infundía más temor que muchas de las representaciones de los dioses más oscuros. Su gesto no era en absoluto el de un niño.

—¿Por qué me despiertas? ¡Déjame dormir!

—Padre se encuentra mal.

—Padre no acepta ayuda, así que déjale que digiera sus propios problemas si no somos buenos para ayudarle a resolverlos.

No rió la ironía de su hermano, que, muy al contrario, le resultó dolorosa como un alfiler punzante.

—Le he nombrado a Imhotep y se le ha agriado la comida. Y dice que Rahotep sabía más de lo que aparentaba, y que tenía mucho más poder del que hubiéramos sospechado.

—No me extraña. Ha dado más templos y donaciones a Ra que abrazos a sus hijos. Déjame dormir.

—Es nuestro deber ayudarle.

Keops se levantó de pronto, como si le hubieran herido con el mismo alfiler.

—Es tú deber. No el mío.

—Algún día serás mi visir. Debes participar de mis decisiones.

—No quiero ser tu visir. Quiero vivir como uno de esos nobles sin quehaceres.

—Tienes responsabilidades.

—Sí. Hay que cuidarse mucho de las mujeres sucias y del licor barato.

—Debes comportarte. Dar una imagen. Los nobles, durante el día, fingen, al menos, atender sus asuntos para darse a los banquetes de noche. Finge. Toma ejemplo de tu hermana Henutsen.

—¿Henutsen? ¿De veras se ha convertido en sacerdotisa de Isis? ¿Le raparán su bonito cabello?

—No. No pueden cortar pelo de sangre divina. Gracias a los dioses. Pero lo está pasando mal con toda la disciplina. Y lo ha hecho por voluntad propia, para agradar a padre.

—La buena de Henutsen. Reúne todas las virtudes que a mí me faltan. Tal vez deba casarme con ella.

—Jamás te lo permitiré. Ella es buena. No la corrompas con tu mezquindad.

—¡Vaya con el faraoncito! ¿Ya me das órdenes?

—El hermano mayor te da consejos. Tus defectos no existen salvo en tu alma. Los creas tú, los alimentas con licor, putas y rencor, y los haces reales. Nadie te odia ni te rechaza. Tienes lo que quieras tener y puedes ser lo que quieras ser.

—¿Entre tanto ejemplo de perfección? No, gracias. Hace falta Seth para crear la leyenda de Osiris e Isis. Me gusta cómo soy. No vuelvas a despertarme hasta que seas faraón.

MEMU

Año 2.619 a.C.

La conciencia le golpeó con más fuerza que los golpes en una batalla. Lo primero que sintió fue un súbito acceso de vómito por su garganta que le hizo girarse tan rápido como pudo para evitar ahogarse en su propio fluido.

Sin saber aún dónde estaba, escupió sus propias entrañas entre el ardor de la garganta y el dolor extremo de sus abdominales contraídos.

Tras reprimir varias arcadas posteriores, al fin abrió los ojos enrojecidos y miró al frente. Un callejón estrecho y oscuro.

—Gracias a Amón. Ya es bastante duro perder el dinero —presumió sin necesidad de mirar su bolsa— para despertar como lo peor: un paria borracho y violento.

«Como lo que soy», pensó con tristeza.

No era viejo en absoluto, pero llevaba tantos años en el ejército que no sabía hacer otra cosa que luchar y obedecer. Y cuando no tenía qué hacer se sentía solo, triste y olvidado. La celebración era para el faraón y los generales, que se llevaban las riquezas y los abrazos de las mujeres. Para él no quedaba nada.

¡Qué diferencia con los pequeños pueblos, donde se sentía un héroe! Pero le habían obligado a permanecer en la capital y ya había dilapidado su mísero anticipo.

Se levantó como pudo, despegando la piel de sus brazos de los vómitos secos. Al incorporarse, sus miembros le dijeron que había sufrido algo más que una borrachera, aunque no solían salirle moratones. Era muy bueno encajando golpes. Su cuerpo era duro como una roca.

Rió entre dientes.

—¡Lo mismo que mi cabeza! Vale para atravesar muros, pero no para mucho más.

Se dirigió hacia la mísera posada que ocupaba. Un trozo de estancia tan grande como su estera. Se lavaría y dormiría la borrachera. La próxima vez recordaría beber cerveza y licores de mejor calidad.

—¡Soldado!

El grito a su espalda le asustó como nada antes en la vida. Y no porque temiera por su integridad, sino porque retumbó en su cabeza como si lo hubieran entonado los ejércitos de todos los países al oeste del Nilo.

Trastabilló y cayó de culo en un burdo intento por girar y saltar a la vez.

Se levantó a toda prisa, avergonzado de su propia torpeza, dispuesto a vengarse de la burla.

El escriba no llegó siquiera a sonreír. Un cuchillo corto pero tan afilado que podría cortar un rayo de sol brillaba en su garganta.

—Me da igual quién seas. Si vuelves a gritarme te rajo la garganta y te echo de comida a los buitres.

—¡Soldado! —susurró el hombrecillo—. El faraón os llama.

La sorpresa fue tal que Memu quedó paralizado. El escriba insistió con un hilo de voz.

—Tengo que llevaros ante él. Quizás no sería buena idea hacerle esperar.

Memu reaccionó. El faraón. El rey. Snefru. Habían luchado en Nubia. Le había felicitado personalmente por su coraje. Recordó la escena. Una peligrosa escaramuza nubia había tenido éxito y no habían podido contenerla a distancia de arco, amparados en la oscuridad de la noche, bajo cuya protección sólo luchaban los demonios y los cobardes. Recordó aquellos diablos, de los que apenas se veían los ojos y sus blanquísimos dientes mientras blandían sus cuchillos anchos como sus brazos. Luchó contra el más grande de ellos y un golpe de fortuna le dio un instante de vacilación de su oponente tras un paso en falso que le dobló el tobillo, lo que aprovechó para traspasarle con su espada cuando ya pensaba que su vida estaba más cerca de terminar que de vencer, tras un buen rato de lucha. Entre el fragor del combate y la escasa visibilidad de las antorchas nadie se percató del infortunio del nubio, y él había triunfado como vencedor en combate justo ante el más bravo de los enemigos. El mismo faraón le alabó en público, lo que le supuso un ascenso inmediato.

—¡Soldado! ¡El cuchillo!

Al fin relajó el brazo. El escriba se liberó de su abrazo, tosiendo para recuperar el resuello y apretándose el cuello en busca de sangre.

—Quizás debería lavarse. No creo que el faraón apruebe su... olor.

—No me digas lo que tengo que hacer —dijo, apuntándole con el cuchillo. Pero tras él, colgando del brazo, había restos de vómito que se sacudía con asco.

Dio la vuelta y corrió, bamboleante. Apenas había terminado el escriba de limpiarse cuando apareció de nuevo, chorreando agua, pero limpio y con un nuevo brillo en los ojos.

—Vamos.

Nunca había estado en palacio. Y ya era hora de que reconocieran sus... méritos. Se detuvo de golpe. ¿O acaso le iban a acusar de armar bronca? Miró al escriba que corría detrás de él. Sintió miedo y ganas de salir corriendo.

No podía escapar. Le buscarían.

Escuchó un grito en falsete.

- ¡No es por ahí!
- ¿No vamos a palacio?
- No. Nos recibirá en una casa.

Memu tuvo que adaptar su paso al del hombrecillo. Anduvieron durante un buen rato por un barrio residencial que no conocía. ¿Cómo iba a conocerlo? ¡Si el pago del trabajo de toda una vida no le daba ni para licor mal destilado...!

Hasta que el menudo escriba se paró a las puertas de una impresionante mansión, donde les esperaba un personaje extraño, orondo pero estirado, con bolsas en los ojos y enorme papada. Vestía ricamente. Memu se arrodilló.

- Majestad.
- ¡Es un criado!

El escriba continuaba caminando por el patio mientras el gordo intentaba esconder su sonrisa. Su desprecio era tan evidente como el asco que había sentido al tener que tocarle. Memu se debatió entre sacar su cuchillo y acabar con los dos o seguir al hombrecillo. No había tiempo. Corrió tras él, echando fuego por los ojos hacia el buey, cuya espalda se agitaba.

- ¿De qué asqueroso podrido es esta casa?
- Es mía.

Decidió callarse durante un rato, a ver si se le pasaba del todo la borrachera, no fuera a ser que se le escapara alguna idiotez frente al mismo faraón. Aún había algo que pudiera ofrecerle antes de rajar la garganta del pequeño escriba, «hacer las paces con el gordo» y huir de allí con lo que se pegara a su mano.

Entraron a un par de salas interiores, llegando hasta una tercera, pequeña pero ricamente amueblada y pintada. Unas aberturas en el techo, disimuladas por molduras y relieves, traían aire fresco, y un tragaluz cubierto de una extraña piedra blanca veteada dejaba pasar una luz que no calentaba y permitía una perfecta visión de los muebles tallados y pintados.

Esta vez fue el escriba quien se arrodilló ante un hombre que vestía exactamente lo mismo que él. Un mero faldellín de lino basto.

- Majestad.

Memu comprendió tarde y se obligó a agacharse. En ningún momento había creído que fuese en verdad el faraón, sino una mascarada para impresionarle, pero aquella figura realmente se parecía a las estatuas que le imitaban, y sin duda la majestuosidad era la original. No recordaba su cara cuando le felicitó, pero aquel era un hombre acostumbrado a mandar y a infundir respeto. Él sabía mucho de eso.

- Gracias, Uni. Soldado Memu...
- Mi señor.

—Te recuerdo de la campaña en Nubia. Un soldado valeroso y fiel, tan sincero como poco disciplinado. Pocos soldados ganan en duelo cuerpo a cuerpo a un nubio.

No sabía qué decir, así que no dijo nada. Agachó la cabeza, como un perro ante su dueño. Tenía miedo de soltar una estupidez.

—Eres un buen soldado. Y necesito a alguien como tú para una misión importante.

Memu levantó la cabeza. Si llevaba vivo tanto tiempo era porque sabía oler los problemas como los animales el agua.

—Pero mi señor... Si es una misión importante requerirá inteligencia, y no es algo que a Ra le sobrara en su aliento cuando me lo insufló. Eso lo sabemos todos.

El faraón rió, echando su cabeza hacia atrás y sujetándose la tripa con las manos.

—¿Ves, Uni, como es el indicado? Fiel como un perro y tozudo como un mulo. No temas, Memu. Uni tiene inteligencia por los tres, y él estará al mando.

—¿Él? —señaló Memu, chirriando los dientes.

—¿Algún problema?

—Majestad, en el ejército respetamos a nuestros superiores por la fuerza de su brazo.

—Pues que yo sepa, tú no te has hecho respetar mucho, que digamos. Pero no temas. Descubrirás mucho en Uni y aprenderás de él. Ambos lo haréis. Pero ya basta de cháchara. Quiero saber que aceptas la misión, incluso si te costase la vida. Incluso si durase toda tu vida o superase la mía misma, en cuyo caso darías cuentas a mi hijo, el que será nuevo faraón cuando Ra lo disponga.

—Er... Majestad.

Snefru puso los ojos en blanco.

—Se te pagará como si fueras un visir, pero sólo si sale bien. Mientras tanto, Uni te proveerá con sus propios bienes. Y de momento, ya eres capitán.

Memu hizo una genuflexión respetuosa. Era todo lo que quería saber.

—Y si me engañas, o vuelves a amenazar a Uni, haré que te suelten sin armas en una aldea nubia. A ver si te atreves así a tratar con... condescendencia a sus mujeres.

Uni miró asombrado al faraón. A Memu le llevó unos segundos comprender que lo había sabido sin que el flacucho escriba le dijera nada. Él mismo se sorprendió de que el faraón supiera tanto sobre sus costumbres sexuales.

Aquello pintaba bien. ¡Ya era capitán sin hacer nada! Tantos años luchando en balde y de repente, sin esperarlo, lo conseguía. Quizás, después de todo, había justicia divina. Tal vez debiera rezar más a menudo y hacer alguna ofrenda más que verter unas gotas de licor al suelo antes de beber.

Sonrió con placer. ¡Iba a tener sueldo de noble!

Pero no había tiempo para más. El escriba le tiraba del brazo. Salieron de la estancia al patio, frente a un estanque.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo que yo te mande.

—¿Cuál es la misión?

—Recuperar unos papiros.

Memu bufó para sus adentros.

—¡Pues vaya misión!

8

SNEFRU

Año 2.619 a.C.

No había nada que sacara al faraón del estado meditabundo y triste que lo aquejaba.

Ni siquiera los pastelillos de higos que tanto le gustaban y por los que tanto había luchado con su médico personal le llamaban la atención.

Más que sentado, parecía que hubiera caído de una gran altura sobre el trono y así se hubiese quedado.

Snefru pensaba en lo efímero de una vida... Y la crueldad de un fin sin remisión. ¿Qué había hecho a los dioses para que le maltrataran de aquel modo? Él no había creado el conocimiento que perseguía, y como Rey, los dioses más indolentes enrojecerían de vergüenza si no se aplicara con vehemencia en busca del secreto. Era como enseñar un dulce a un niño y luego negárselo cuando más lo ansiaba. Apretó los nudillos hasta que sus puños temblaron, mascullando en voz alta.

—¿Qué más quieren esos bulliciosos monjes?

Es cierto que reinaba gracias a la intercesión de éstos tras la muerte de su padre, Huni, pues era ilegítimo. Y sólo el poder de los sacerdotes de Ra le había valido para bendecir su matrimonio con la hija legítima del faraón y reinar comenzando una nueva dinastía, en un tránsito de poder tan peligroso como incierto.

Pero había pagado las deudas con creces. Él era un hombre de palabra.

Les había dado más riquezas de las que jamás hubiera llegado a negociar un sacerdote.

Y querían más.

Siempre querían más. Estaban celosos de la prosperidad que había regalado a las buenas gentes. Aquellas hienas hubieran pretendido que les hubiera dado todo, los canales, los palacios, las casas de vida, los depósitos de grano y los albergues. Cualquier gasto que no fuese en sus propiedades les hacía chillar como las mujeres de su harén cuando regalaba una joya a una de ellas.

Sonrió resignado. Antes era fácil. Con el viejo sumo sacerdote se podía hablar. Era ambicioso, pero honesto. Fue él quien negoció en nombre de Ra. El

mismo quien le prometió una morada de eternidad que realmente le daría la vida eterna, no un burdo amago de imitación al sabio Imhotep: una pirámide tan grande y alta que su reflejo haría daño a los ojos en la misma Nubia y que mantendría su cuerpo intacto mientras su alma pudiera viajar a su morada en las estrellas, allá donde los puñeteros dioses la escondieran. Rahotep, que había vivido media vida oprimido por la conciencia de faltar a su amistad, a la misma Maat, pues incumplió un trato justo, y a su rey y hermano.

—¡Por todos los dioses! Si le había entregado a mis propios hijos para que les instruyera en las leyes de Ra —gritó sin importarle la presencia de los cortesanos, que le miraron con miedo. Hizo un gesto de desprecio y volvió a sus pensamientos.

Se vio obligado a negociar con él. ¡Con el más fiel de sus amigos! Incluso viendo la incomodidad en sus ojos culpables. Le dio todo lo que le pedía sabiendo de su dificultad moral, ya que se encontraba entre sus superiores clericales y la amistad que le unía a su faraón y su familia, pues no dejaba de ser su medio hermano.

¡Y ellos le impidieron cumplir con su promesa!

Jamás le había dicho con qué le habían obligado. Tal vez habían amenazado a su familia. Incluso a la del faraón. Sabía que lo hubiera dado todo por proteger a los niños, que le querían como algo más que su maestro.

Veía el sufrimiento en sus ojos cuando hablaban de las estrellas y se daba cuenta de que estaba hablando demasiado y debía callar.

Recordó cuando solía sorprenderle en las noches claras, mirando las estrellas con una tristeza tan intensa que casi podía tocar las ondas de pesar que su Ba irradiaba. Sabía que allí estaba la clave del secreto, pero jamás pudo deducirlo, y su código ético le impedía presionar demasiado a alguien a quien tanto quería, viendo cuánto sufría por guardar el enigma. Si hubiera podido decírselo, se lo hubiera entregado con el placer de quien se quita de encima una maldición. Los dos lo sabían.

Y los sacerdotes también. Sabían que estaba viejo y cada día más susceptible al cariño del faraón y sus hijos; hubiera terminado por darle el conocimiento. Por eso acabaron con él.

Incluso se negaban a entregarle su cuerpo para darle la morada de eternidad que merecía.

El querido anciano hubiera cumplido su promesa aunque Snefru no fuera el Rey. ¡Y en cambio, las hienas se limitan a encogerse de hombros y decir que no tenían los conocimientos que atesoraba su viejo maestro!

No se lo creía. Los sacerdotes ansiaban ese conocimiento mucho más que el propio faraón, por cuanto deseaban su trono para poner en práctica el secreto. No lo iban a desperdiciar para evitar que él lo tuviera. Él no dejaba de investigarles para ver a quién promocionaban, qué candidato público o en la sombra podrían estar preparando para ser faraón y dios en beneficio suyo, pero no conseguía nada. Sus espías eran interceptados y algunos incluso cambiaban

de bando. Eran herméticos y estancos en sus relaciones. No había modo de llegar hasta la cúspide de su poder. Hubiera sido más inteligente por su parte dejar que el secreto viera la luz e intentar llegar al trono por otros medios, como era habitual desde el principio de los tiempos, que perderlo para siempre.

¡Y ahora tenían la desfachatez de alegar que habían perdido su legado escrito!

Aflojó la tensión en sus manos. No era fácil saber que su alma se corrompería junto con su cuerpo si no encontraba aquellos papiros. Y ni siquiera creía que estuviesen perdidos. Sólo por cubrir una posibilidad remota había encargado la investigación a Mehi. ¿Qué podía hacer? Las negociaciones con los sacerdotes estaban rotas hacía mucho tiempo, tras comprobar que nada de lo que les diera les haría cumplir con su trato. Y no podía entrar a sangre y hierro en los templos, ni abolir el culto sin romper con la simpatía del pueblo, que tanto esfuerzo le había costado ganar.

Recordaba sus largas y amenas conversaciones con el viejo Rahotep. Las había transcrito una y otra vez y entregado a sus sabios, constructores y astrónomos...

¡Y ni siquiera habían sido capaces de completar la pirámide de Huni en Meidun! Los muy inútiles se limitaban a añadir hileras verticales que algún día se caerían, tan seguro como que su vida misma se extinguiría.

¡Y había enviado a un inocente constructor, apenas un muchacho, a las fauces del león!

Se agarró las manos para mitigar el temblor.

Lo peor era no poder decir nada a sus hijos. Temía amargarles la vida, como el secreto había amargado la suya. Sabía que tenían mucha razón en algunos aspectos, independientemente de las formas de Keops, quien se comportaba como si fuera él mismo el sucesor. Le vigilaría, pues temía por su primogénito. La ambición desmedida acababa con el amor fraterno. La historia no dejaba lugar a dudas.

— ¿Se aburre, mi rey?

Snefru levantó la vista. Era Aj, su sacerdote personal y ayudante de Rahotep, al que conocía desde niño. Le miró a los ojos escrutando su alma, pero su inocencia siempre superaba la prueba. No sabía nada. Y era el único que se atrevía a hablarle entre todos los timoratos sacerdotes, que le temían como los conejos a un león.

— La verdad es que sí. Mis pensamientos no son gratos y necesito algo que me saque de la meditación estéril.

— Las mujeres suelen ser lo mejor para eso. Y hay muchas para escoger.

Snefru sonrió.

—Ocupan mi mente el tiempo justo para que mi verga se desinfle, y a veces ni siquiera tanto.

—¿Ni siquiera las nubias?

El faraón rió entre dientes.

—Te noto muy inquieto. ¿Es que quieres que te preste una?

Aj se removió intranquilo. No estaba acostumbrado a que le pusieran a prueba. Un sarcasmo del faraón no era cosa a tomar a la ligera, aunque conocía al rey y sabía que no era sino una broma amable, pero por si acaso...

—Sólo me intereso por el ánimo de mi señor. Jamás insultaría a los dioses yaciendo con una mujer en palacio, que considero como mi templo.

El rey hizo un gesto de disculpa con la mano. ¿Es que nadie tenía un mínimo de sentido del humor? ¿Por qué nadie tomaba sus palabras como una simple broma? ¿Acaso temían que los fuera a deportar o algo peor?

Contestó mientras ponía los ojos en blanco, por pura educación y el respeto que debía al buen Rahotep, por el cariño que tenía a su discípulo. A menudo, de no haber conocido la rectitud del anciano, se preguntaba si no sería su hijo.

—Las nubias son salvajes la primera noche, en la que te exigen por encima de tu capacidad física. Mira sus hombres. —Señaló a los guardias nubios de piel oscura que requerían una prenda especial, más ancha y apretada que el faldellín norteño para cubrir su virilidad—. ¿Crees que podría igualarles? —sonrió—. Pero luego se vuelven como las otras. Aburridas y serviles.

—¿Y los músicos? ¿Y las representaciones?

—Lo mismo: poco originales. Hay pocas buenas músicas, y ya no me excitan como antes. Me esfuerzo para no dormirme sólo por respeto hacia ellos.

El sacerdote pareció meditar un instante. El rey sintió curiosidad.

—¿Qué piensas?

—En que tal vez el faraón pudiera crear sus propios espectáculos. Las mujeres deben poder hacer algo más que pelearse entre ellas.

—Si por mí fuera, las pondría a todas a trabajar la tierra, pero echarían a perder su belleza, y no son fáciles de encontrar, ni baratas de comprar.

Observó a Aj. Estaba mirando hacia el río, donde unos pescadores lanzaban sus redes.

El rey comprendió y soltó una carcajada. El sacerdote enarcó las cejas.

—¿Me autorizáis a prepararlo?

—Por supuesto. Será interesante.

Salió corriendo.

Snefru no dejó de reír durante un buen rato. Si aquello salía bien, le haría sumo sacerdote. Sería divertido.

No tardó ni una hora. Cuando montaron en una simple barca de humilde pescador guiada por el mismo Aj, unas diez barcas similares bamboleaban alrededor de la suya.

Las mujeres miraban perplejas. Todas estaban completamente desnudas sin ningún tipo de reparo, ni siquiera ante las miradas ansiosas, aunque disimuladas, de los pescadores, que cambiaron su papel al de meros pilotos, temerosos de ser denunciados por las iracundas concubinas. Aj levantó las manos y gritó:

—Os he traído por orden del faraón, para su diversión. Todas tenéis redes a vuestro lado. Pescad.

Risas. Sin duda creían que era una extraña broma. Todas formaban parte del mismo harén, aunque muchas no se conocían, y sabían de sobra que aquel juego terminaría con el rey retozando con alguna sin ningún tipo de embarazo, tal vez incluso delante de su propia guardia.

Una de ellas alzó la voz:

—¿Y cuál es el premio?

Todas murmuraron sorprendidas por su ambición. Nadie se atrevía a levantar la voz al faraón si éste no le había preguntado primero. Tal privilegio era sólo permitido al visir, y no siempre. Probablemente fuera castigada.

Pero en lugar de eso, el rey sonrió sin dejar de mirar a la bellísima joven. No la conocía. Era apenas una niña y, sin embargo, tenía más valor que muchos de sus generales. Se quitó un collar de oro y lapislázuli y lo mostró sin hablar. Era mucho más valioso que cualquier baratija de las que acostumbraba a regalarles para callar sus caprichos. Tal vez suficiente para pagar la manutención de una familia durante toda una generación.

No hubo mucho más que decir. Todas agarraron torpemente las redes e intentaron arrojarlas al agua como habían visto hacer tantas veces. Las más arrojaban el fardo completo sin desplegar, que caía al fondo como una piedra. Sus expresiones de fastidio por perder aquella joya eran más graciosas que nada de lo que el rey viera en mucho tiempo.

Snefru comenzó a reír. La frustración hizo enrojecer a muchas, intentando recuperar las redes. Otras tomaron las de su compañera. Algunas se pelearon. Dos terminaron enzarzadas entre las redes, retorciéndose como anguilas mientras se insultaban y se tiraban de los pelos.

Miró a Aj divertido. Era lo mejor que veía en meses.

Apenas quedaban redes al alcance de las mujeres, que se insultaban a voz en grito. Un par de ellas consiguieron lanzarlas y tiraban de ellas sin éxito.

Le llamó la atención la niña que le había hablado. Había lanzado las redes, y recogido de nuevo vacías, un par de veces. A la tercera, la quiso lanzar con tanto impulso que trastabilló y cayó al agua.

Snefru dio un respingo, haciendo ademán de arrojarle al agua, pero Aj le detuvo con una mano en su hombro. Enseguida, y a pesar de la oposición de la red, la chica pudo agarrarse al bote y, con la ayuda del pescador, volver a él.

Las mujeres se reían de ella, creyendo que complacían al faraón.

Pero Snefru ya no reía.

La chica se puso de pie, luchando por desenredarse.

La red se pegaba a su piel resaltando sus formas, aún no terminadas de definir. Se estiró y sus pechos se marcaron. Sus pezones brillaban al sol entre las hebras de red que los aprisionaban. Los finos hilos herían su piel, y los intentos por librarse se hacían más burdos cuanto más nerviosa se ponía, apretando más la red en torno a ella.

Su cara refulgía entre el ardor de sus ojos y el rojo fuego de sus mejillas encarnadas por la vergüenza. La carne de sus pechos y piernas comenzaba a enrojecer por el roce de la red, que la apretaba cada vez más, pero desechó la ayuda del pescador con un bufido de orgullo.

Se estiró como una gata, arqueando su cuerpo, totalmente atenazada. La red se ajustó más a su piel y sus labios se entreabrían en silenciosos quejidos entre los dientes apretados.

Snefru se miró las manos.

Sudaban.

Y temblaban de excitación. Ni siquiera se había dado cuenta de lo que se hinchaba su miembro bajo el faldellín hasta que notó el placer. Se le quedó la boca seca. No podía apartar los ojos de aquella chiquilla. Se tiró al agua tras apartar la tosca prenda y sin importarle dejar a la vista su erección.

Un par de brazadas y ya se agarraba al bote.

Con el mismo impulso con el que subió a él, agarrado del brazo del pescador, arrojó a éste al agua y casi hizo caer a la concubina.

Se levantó. Ni siquiera entonces la niña dejaba de luchar contra la red, tan obstinada que no le vio. Miró al resto de las barcas, donde las mujeres asistían al espectáculo, atónitas. Aj sonreía. El faraón apenas alzó la voz.

—¡Fuera! ¡Todos!

Con un leve toque, empujó a la niña sobre un montón de cuerda. Ella le miró con enfado, sin reconocerle, hasta que vio un pequeño cuchillo entre las manos del faraón. Pero no sintió miedo en absoluto. Comprendió su situación e hizo ademán de apartarse asustada, como si creyese que la iba a matar, cuando sabía lo que el faraón quería de ella.

Eso excitó más a Snefru. Ella interpretó su papel, fingiéndose asustada y alentando al rey a que siguiera jugando. Seguía mirándole a los ojos con fuego en su mirada, simulando apartarse de él cuando se acercaba y, sin embargo, invitándole con su sonrisa.

Aquello le excitó tanto que dio las gracias a los dioses.

Guió su mano hacia el vello de su sexo, tirando rudamente de él y llevándose algunos pelos junto con la red, que rajó un palmo, provocando un chillido de ella y su propio jadeo.

El rey arrojó el cuchillo al río. Ella respondió acostándose sobre el fardo de las redes.

Una sonrisa malévola se abría en su cara de niña.

No dijo nada.

Sólo abrió las piernas.

El faraón se arrojó sobre ella, que aceptó el reto, moviéndose bajo él con una fuerza que no parecía tener. No duró mucho. El rey estaba tan excitado que enseguida se vació sobre ella, mientras gritaba de placer, sin dejar de besarla entre los hilos de la red, que sabían a pescado.

Suspiró satisfecho. En un instante había olvidado los problemas de media vida y obtenido más placer que con cientos de aquellas mujeres vacías.

La niña le rodeó con sus piernas y sus brazos, cubriéndole con la red. Snefru recuperó el resuello y miró su cara sonriente.

—¿Cómo te llamas?

—Merittefes.

—Desde hoy, nadie sino tú ocupará mi lecho.

Ella asintió. El rey comenzó a incorporarse. Estaba muy satisfecho. Por primera vez en mucho tiempo, hacía el amor sin pensar en obligaciones ni temas mundanos.

La miró con cariño, sintiendo curiosidad.

—¿No tenías miedo? ¿Ni un instante? ¿No pensaste que podía haberte hecho daño con el cuchillo?

Merittefes sonrió.

—Sabía que corría un riesgo sólo cuando me tiré al agua. Apenas sé nadar. Lo demás no me daba ningún miedo. En el momento en que me mirasteis, supe que erais mío.

Snefru rió con ganas mientras tomaba el rudimentario timón. Sus guardianes en tierra se afanaban por no perderle de vista, armas en mano, pues se alejaban de la zona de seguridad, y si caían de nuevo al agua no podrían protegerle de las bestias del río.

Le resultó cómico. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

—Déjales que sigan corriendo un rato más.

Miró hacia abajo. La niña había abierto sus piernas, mostrando su sexo oscuro y sus labios rojos como la sangre, brillantes por la humedad de sus fluidos.

Aquel día, la guardia tuvo que correr mucha distancia a lo largo del río.

HARATI

Año 2.619 a.C.

La cosecha había sido esplendida. Tanto, que tuvieron que contratar empleados que guardaran horas de su trabajo para la cooperativa local que él controlaba y por la que respondía con su propio peculio, pues pagaba bien.

Eran días de trabajo duro, pero de alegría. Su riqueza aumentaba y los jornaleros también trabajaban felices de contar con un sobresueldo a su propio año de bienes.

No podía ser más feliz. La crecida había sido mejor que una serie de años increíblemente buenos, con lo que la cosecha había sido la mejor de su vida, en cantidad y calidad. Tanto, que el propio Harati pagó de su bolsillo una fiesta para todo el poblado y las áreas circundantes.

No había sido un año fácil. El trabajo de un conjunto de tierras tan extenso como el que controlaba no era sencillo.

Rememoró el año mientras rezaba, agradeciendo a los dioses su suerte. Cada mes. Cada estación. Cada periodo. Cada ceremonia: desde la de la apertura de canales, dejando fluir el agua de la crecida, o la de «tender la cuerda», donde se marcaban los territorios de cada cual, a la ceremonia de fecundidad.

Rió con ganas.

Su mujer odiaba hacer el amor entre el fango, pero no podía negarse a la costumbre religiosa, y se hacía rodear por criados y esclavos para evitar que una serpiente les sorprendiese en pleno acto, lo que era altamente improbable. Pero a Nefret se lo perdonaba todo. Ni siquiera notaba la presencia de los criados a su alrededor.

Rió a carcajadas cuando recordó aquel bendito día.

También recordaba con cariño la procesión por todos los campos portando la imagen del dios, en la que removían la tierra con sus pies y conseguían que las semillas se mezclaran con el limo.

Y, por supuesto, la alegría de la fiesta de la cosecha.

Reía como un loco cuando las canciones rememoraban la visita de los inspectores, acompañados de guardias armados con bastones y látigos de hojas

de palma con los que apaleaban a los que no podían pagar, los arrojaban a los pozos y tomaban a sus mujeres.

Sin darse cuenta, se había dejado llevar por sus ensoñaciones. La posición del sol le dijo que ya era tarde. Caminó ansioso. Estaba contento, porque con las ganancias obtenidas compraría ricas telas con las que esperaba hacer feliz a su esposa.

Se descubrió excitado. Sólo imaginar la piel tersa y sedosa de Nefret, sus pechos firmes y su sexo tan ardiente como poco pródigo, le hacía dar gracias de nuevo a los dioses. No podía pensar en mucho más que en terminar la jornada y correr a casa a abrazarla. Su hijo ayudaba a los jornaleros. Tendría intimidad para algo más que un breve revolcón en la estera.

Cualquier día tendría que llevar a su hijo a un burdel para que se fuera familiarizando. Algunas madres iniciaban a sus propios hijos en las artes amatorias, pero a él le horrorizaba sólo pensarlo. Eran cosas de dioses, no de hombres.

Franqueó el portal de su casa. Todo estaba desordenado y poco limpio, pero no le importaba. Estaba acostumbrado al mal humor de Nefret.

Se quitó el faldellín, liberando la opresión en su miembro hinchado.

—Nefret.

No escuchó respuesta, salvo un sollozo. El corazón le dio un vuelco. Subió la escalera de dos saltos, rompiendo un escalón.

—¡Nefret!

Una silenciosa y rapidísima plegaria a los dioses. ¡Que no estuviera enferma! Que se tratase de algo leve. Tal vez un accidente casero sin importancia. No quería ni pensar que algo malo le hubiese ocurrido. Se haría matar para acompañarla junto a Osiris.

Suspiró aliviado al encontrársela tumbada en la estera, llorando. Era sólo otro de sus episodios de la desdicha que se inventaba.

—¿Qué te ocurre? Mi amor, todo va muy bien. La cosecha ha sido increíble. Hemos ganado más que nunca. Mañana te llevaré al mercado para que compres la mejor tela para una capa y vestidos nuevos, y la joya más deslumbrante que encuentres.

—¿Al mercado? —escupió—. Lo mejor del mercado me da náuseas. Llévame a Menfis.

—Sabes que no podemos. Y tampoco pertenecemos a ese lugar. Somos lo que somos.

—Tú eres un miserable campesino que no desea sino morir de hambre en su terruño.

—¿Miserable? ¡Somos ricos! Todos nos respetan y valoran lo que hacemos por ellos. Todos nos envidian y agradecen nuestra benevolencia. Darían su vida por mí, si se lo pidiera. Tenemos cuanto queremos, todo lo que se puede comprar y todo cuanto se puede aspirar a tener aquí. Tú misma tienes el respeto

y aun el temor de todo un pueblo, pendiente de tus actos y admirado de tu belleza.

Miró a su esposa con amor antes de continuar,

—Cariño, Menfis no es el mundo real. Es un paraíso simulado, tan breve y efímero como el adobe con el que construyen sus palacios, por muy ricos que sean. Este sí es real, porque lo que tenemos, lo hemos ganado con nuestro esfuerzo.

Nefret levantó la vista. Sus ojos rojos rodeados de oscuras ojeras le daban un aspecto feroz y su boca se curvaba en un rictus bien poco natural.

—Cualquier año de estos habrá una mala cosecha y lo perderás todo. Y los que ahora dicen respetarte se comerán tus huesos. No eres nadie y no vas a arrastrarme más por tu vida santurrona y patética.

—Te equivocas. Cuando haya una mala crecida serán ellos los que sufrirán, porque dependerán de nosotros y del grano que almacenamos y les procuraremos. Cambiarán el valor de sus joyas tan rápido como ahora te las prohíben por tu origen. Eres lo que eres y no lo vas a cambiar por más joyas y telas con que te cubras. En Menfis no durarías una estación. Te comerían como a un pajarillo, tan inteligente como te crees.

—Más inteligente que tú, que vives como si tuvieras que alimentar al país entero, sin disfrutar lo que los dioses te han regalado, en tu burda arrogancia. Eres tan inepto en la vida como impotente en el sexo.

Harati ni siquiera fue consciente de lo que hacía. Golpeó a Nefret con la mano abierta. Ella suspiró de puro sorprendida, mirándole a los ojos.

La breve indefensión de su mujer le excitó. Su piel blanca y su cuerpo desnudo, junto con una desconocida sensación de poder, le hicieron jadear de ansia de su sexo.

—Esto ya ha durado demasiado. Vas a cumplir como mi esposa por las buenas o por las malas. Ningún dios me reprochará que tome lo que es mío.

Se arrodilló frente a ella, agarrándola por una rodilla para evitar que cerrara las piernas, abriéndose paso con su cuerpo.

Nefret le arañó la cara hasta los ojos. Harati volvió a golpearla sin fuerza con la mano abierta, sintiéndose más excitado cuanto más se oponía ella, que no parecía darse cuenta y continuaba luchando, como si la vida misma le fuera en ello.

En su fuero interno, él sabía que algo oscuro se había despertado. Aquello no estaba bien, por mucho que supiera que la razón estaba de su lado.

Pero entonces sentía un rodillazo o un araño, y un nuevo impulso sexual crecía, hinchando su miembro hasta que cada palpitación le dolía más que los golpes.

Rugió de rabia y golpeó el rostro de Nefret con un buen bofetón después de que ella intentara introducirle un dedo en el ojo para cegarle. Eso le hizo ceder un instante, que aprovechó él para guiar su miembro hasta su sexo y

empujar con toda su fuerza sin dejar de rugir. Poco más pudo hacer ella, salvo apartar la cara.

Harati embistió de nuevo, gruñendo por un placer prohibido. Sintió que su resistencia cedía y eso le dio nuevos bríos.

Empujó una y otra vez y vio que Nefret cerraba los ojos y entreabría la boca.

¡Le gustaba!

¡Por todos los dioses! ¡Años de ternura y caricias delicadas y resulta que lo que le gustaba era esto!

Feliz de haber concluido la crisis, siguió embistiendo.

La pelvis de ella se elevó a su encuentro. Un suspiro salió de sus labios. Harati encontró un instante para dar gracias a los dioses. Ahora todo iría mejor. Hasta entonces se había comportado con dulzura, casi con miedo de dañarla, como una muñeca. Con razón le había evitado. Apenas debía haber sentido nada. Le gustaba el sexo más pasional que el cuidadoso amor que le había dado hasta ahora, como el que tratara una joya frágil y delicada.

Empujó con más fuerza a medida que se acercaba el clímax. Ella jadeó y arqueó su cuello. Él gruñó de nuevo, de pura satisfacción. Al siguiente embate, se dejó ir en un grito de triunfo final, junto a un largo gemido de ella.

Pensó que su corazón iba a explotar, pero sonrió. Había sido el mejor coito de su vida. Si como decían, el acto sexual en la fiesta de la cosecha como ofrenda a Ra favorecería la siguiente crecida, ésta sería descomunal. Quizás demasiado fuerte y dañina.

Pero apartó los remordimientos.

Abrió los ojos. Ella apartaba la vista, llorando.

Harati no comprendió. Su cara había reflejado un placer que no le había conocido hasta ahora. ¿Y de nuevo lloraba?

—¡Harati!

Se puso en pie de un salto. Frente a él estaban su suegro, el alcalde del pueblo y un policía. Les conocía bien. Era él mismo quien les mantenía a los tres. Pero sus caras serias decían que no venían para ofrendas ni para compartir la dicha. Sus ojos oscilaban entre el enfado y la vergüenza.

—Te acusamos de violación y maltrato.

Una carcajada explotó en su pecho.

—¿Violación? ¡Miradla, por Osiris! —gritó señalando su miembro húmedo y goteante, aún enhiesto, y a su mujer, aún encogida tras las contracciones de placer—. ¿Os parece esto una violación? ¡Salid de mi casa!

Miró a su mujer a los ojos. Encontró culpabilidad, pero sus palabras no eran inseguras.

—Lo siento.

Vio un gesto del policía que no supo identificar. Apenas sintió el bastonazo en su sien. Cayó desmadejado.

10

MEHI

Año 2.619 a.C.

No sabía por dónde empezar. Conocía todo cuanto se podía dominar sobre la construcción, pero nada era suficiente para elevar una pirámide con la altura y la inclinación que pedía el faraón sin que se viniera abajo.

Sabía que se estaban llevando a cabo intentos fallidos a menor escala, así que si partía de donde los demás erraban, tal vez podría saber cuál era el error. Y si no era así, al menos me evitaría el camino hollado hasta los intentos vanos.

Así que fui a ver al jefe de constructores, al que habían asignado un palacio a las afueras de Menfis con un enorme jardín, aunque en lugar de plantas y flores estaba sembrado de piedras, zanjas, ladrillos, columnas y tierra por todos sitios. Yo sonreí, reconociendo que lo hubiera tenido exactamente igual. No debía estar casado, como yo. Imaginaba a una mujer gritando ante aquel criadero de escorpiones. No podrían criar hurones suficientes para mantenerlos a raya, y, efectivamente, les vi esconderse del sol entre las piedras.

Un jardín era un factor de riqueza. Los nobles competían por tener el estanque más bello, el verde más lozano, las flores más olorosas y gratas a la vista, las plantas más exóticas y la disposición más bella. Y eran las mujeres las que solían usarlo como su parcela de poder particular dentro del matrimonio. A sus maridos les divertía, y evitaban otros caprichos más caros, manteniéndolas ocupadas. Y este hombre lo usaba como taller.

Sin duda era un buen constructor.

Crucé el enorme desierto trillado con cuidado de no pisar ningún inquilino inconveniente, que no era cosa de ser imprudente ahora que la fortuna comenzaba a sonreírme.

Unos días antes no se hubiera dignado a recibirme. Menos aún, hubiera enviado los perros a por mis huesos, pero tras mi nueva acreditación personal con autoridad total sobre cualquier construcción funeraria, impuesta por el faraón en persona, me trataban con una formalidad peyorativa, con el respeto que uno tiene a una serpiente maligna.

Me guiaron a un despacho sobrio, sin la multitud de planos y maquetas que hubiera caracterizado al de un constructor, lo que me puso en guardia. No me lo iban a poner fácil.

No se parecía en nada al mío, rebosante de manchas de tinta, de instrumentos, medidas, planos, tablillas de cera para los cálculos, paletas, palillos de madera, maquetas... y sobre todo, papiros. Montones de rollos de las viejas enseñanzas, que no dejaba de consultar a pesar de tenerlas en la cabeza sin duda alguna. Me sentía bien examinando los viejos escritos, aunque no me hiciera ninguna falta. Sabía que estaban ahí para la eternidad y eso me daba confianza. Tal vez algún día yo también escribiría mi propio tratado de arquitectura, que llevaría mi firma, con el nombre de mis antepasados...

—Constructor Mehi.

Mi cabeza cayó del brazo que la sujetaba, tan dormido ya como el resto del cuerpo. Miré la luz de la ventana. ¡Me habían hecho esperar al menos dos horas! No hice mucho esfuerzo por disimular mi enfado.

—Señor jefe de constructores Hemiunu.

—¿A qué se debe su visita? ¿Tal vez a su reciente... fortuna?

—No he sido premiado con ninguna gracia. Sólo me han encomendado un trabajo para el que he sido instruido. Como vos mismo.

Hemiunu se levantó de su asiento. Casi podía escuchar el golpeteo furioso de la sangre contra las venas hinchadas en su frente.

—¡No os atreváis a compararos conmigo! No tenemos nada en común. El día que un miserable muerto de hambre de la peor casta llegue a ostentar cualquier poder político, será la ruina de este país.

—Gracias a los dioses que el faraón acabó con la antigua nobleza terrateniente que lo mantenía dividido, así como los poderes que vuestro dios ostentaba.

No pude contener la ironía. De todas maneras, ya parecía claro que no iba a sacar nada de allí, así que me daba el gusto de responder tras años de represión. Hemiunu respiró hondo cuando parecía que iba a estallar y volvió a sonreír. Se me ocurrió que su mirada era la que debía ver una res en los ojos de su dueño antes de ser sacrificada.

—¿Y cuál es esa misión que el faraón en persona ha encomendado a su nuevo juguete favorito?

Sonreí sin hacer caso a su broma, ni al segundo sentido que contenía, sugiriendo que yo era un capricho sexual. Llevaba toda la vida jugando a aguantar ese tipo de insultos para que surtieran efecto precisamente ahora.

—No es un secreto para el jefe de constructores: voy a ser responsable de la morada de eternidad del faraón.

«Ahí tienes lo tuyo», pensé

Intenté disimular la satisfacción en mi cara, pero años de humillación valieron la pena en aquel instante.

Incluso admiré la capacidad de autocontrol del rancio funcionario, cargo heredado de su padre, último vestigio del antiguo régimen abolido por el faraón. Tan sólo un ligero movimiento nervioso en su ojo delató su sorpresa y

su ira. Pero para mi morbosa frustración, se recuperó pronto. Estaba empezando a admirarle.

—Mis felicitaciones. ¿Y qué parte tengo yo en su misión?

—Pretendo partir de su situación actual.

Silencio.

No debí darle esa satisfacción. Echó su cabeza hacia atrás y rió con espontaneidad, aunque alargó la carcajada de manera un tanto fingida. Supongo que para irritarme.

—Los papiros de Imhotep. Eso es lo que vienes a buscar.

—¿Qué?

Eso me sorprendió de verdad, por mucho que esperara un desplante. Me desarmó en un instante. ¿Quién era en verdad el jefe de constructores y qué papel jugaba entre los nobles?

Me enfureció. No por el hecho de que me pusiera en ridículo, sino porque conociera el secreto y lo desvelara ante mí con total impunidad y desvergüenza con ánimo de enervarme. Sin duda, lo había logrado. Pero había muchos interrogantes que planteé mientras él saboreaba su venganza. ¿Quién más conocía el secreto?

Pero hube de concentrarme de nuevo, de lo contrario aquel noble se ensañaría como una hiena en un gallinero.

—Ja, ja, ja, jaaa —concluyó con un ronroneo de puro placer, como un gato—. Tú precioso faraón no tiene los documentos que el sabio legó al país. ¿Sabías que pactó su reinado con el clero?

—¿Y en qué ha perjudicado al clero? Son más ricos de lo que jamás lo fueron.

—Tu faraón es listo. Somos... son ricos ahora. Pero con el nuevo sistema que está implantando, donde hasta tú puedes medrar, la riqueza de hoy será pobreza mañana.

—Así que le controlan con esos documentos.

—Y por eso acude a su último recurso: tú. Adiós.

Hizo ademán de levantarse. Me había dejado con la miel en los labios tras poner el cebo en mi boca.

Comprendí al faraón y le compadecí. ¡Años de este juego! El mío, en verdad, era una chiquillada al lado de esa carga. Pensé con rapidez.

—Respóndeme a una curiosidad personal. Tú amas tu trabajo tanto como yo. Conociendo ese legado, ¿cómo puedes guardártelo? ¿No querías ver tu obra maestra construida? Serías venerado casi como el dios que crearas. Imhotep a tu lado sería un estúpido patán.

Se serenó y volvió a sentarse. Había mordido el cebo. Pareció encogerse un poco. Tardó mucho en responder.

—Mal que me pese, no he tenido acceso a ese legado. Los sacerdotes no son imbéciles. No confiarían su herencia a la arrogancia de un constructor. Sería como darle un caramelo a un niño y pedirle que no se lo coma.

—¿Y nunca has intentado...?

Suspiró.

—¿Tú qué crees?

—¿Y..? —Asintió con la cabeza, derrotado. Yo continué—: Es triste que nieguen el conocimiento a su principal valedor y no puedas cuestionarlo.

Me miró con suspicacia, pero vio que no había acritud. Sólo sorpresa.

—Llévate lo que quieras. Pero no quiero volver a verte. ¡Ah! —La malicia volvió a asomar a su cara—. Sabes que incluso si llegas a levantar cualquier cosa seré yo el que firme cualquier construcción que tú diseñes, ¿verdad? ¿Crees que los viejos pactos se pueden romper en vano?

Esta vez fui yo el que encogí al menos un codo. Pero aún podía jugar una carta.

—¿Incluso si encuentro los papiros de Imhotep?

—Yo tengo acceso a los templos más remotos y no los he encontrado. Tú no los vas a encontrar. A veces dudo de que realmente existan...

Se dio cuenta de que había pensado en voz alta y se revolvió incómodo. Había algo en la última frase que debería analizar.

Pero no allí. Saludé con la cabeza y salí de la estancia, a requerir cuantos papiros pudiera antes de que cambiara de idea.

MERITTEFES

Año 2.619 a.C.

Creía que había sido elegida por Ra para reinar. La confirmación la tuvo el día que el faraón la había escogido y la había hecho suya con tanto entusiasmo como poca pericia, pero a ver quién le decía al faraón que era un fardo sobre las piernas de una mujer. Ella, en cambio, puso de su parte. Sabía explotar sus dotes. No tenía un físico exuberante: no era alta, ni sus pechos eran grandes ni llamativos, ni sus huesos soportaban mucha carne. Ni siquiera era guapa al uso.

Pero su cara de niña, sus pechos pequeños y puntiagudos con pezones duros y oscuros como puntas de flecha, su cuerpo fino y su piel blanca, junto con su descaro y su confianza en sí misma, eran capaces de derretir el temple del hombre más casto. Sabía mover su cuerpo para crear efectos sinuosos como el baile de una serpiente, y de igual manera lograba de los hombres deseo y fingía cierto temor ante su seguridad que les excitaba más, para luego comportarse como una niña con la fogosidad de una mujer. Era un juego muy viejo... y nadie jugaba como ella.

Lo supo cuando logró atrapar la mirada del faraón. Sabía que era suyo.

Lo tenía todo. Un edificio entero dentro del mismo palacio, control absoluto del harén y sus guardianes. Incluso hizo matar a las mujeres más osadas y mandó deportar a las más jóvenes y bellas. Permitía nuevas concubinas, pues no podía ir contra el antiguo protocolo, pero ella misma escogía a las candidatas y jamás permitía a una que luchase con las mismas armas que ella: ni la inteligencia ni la dulzura de una niña aún no formada.

Vestía ropajes carísimos, aunque fueran absurdos, como las pieles que los embajadores traían de los lugares más remotos que, por más incómodas que fueran y le hicieran sudar, le hacían sentir la fuerza de los animales que la habían vestido antes que ella.

Aunque sólo fuera por lo exclusivo de su vestuario, valía la pena pasar por ello, aunque medía el tiempo que podía soportar cada prenda para evitar caer desmayada, lo que hubiera sido poco digno. También se hacía acompañar siempre de una sirvienta que la auxiliara según cada necesidad: ya fuera refrescarse, cambiar de ropas, pelucas, aceites, perfumes, retoques de maquillaje, incluso un rápido desahogo sexual si lo requería.

Se había hecho decorar sus estancias privadas por los mejores pintores y artesanos a su completo capricho, tan pronto entre escenas de bailarinas desnudas a su misma imagen, como otras campestres que le recordaban a su región natal. Aunque no añoraba ésta, gustaba de recordar su breve niñez hasta que comenzó a despertar los apetitos sexuales de los primeros vecinos.

El faraón tenía que sentirse excitado en su cámara.

Había pensado que no podía ser más feliz. Pero esta sensación quedó pequeña cuando la hizo su esposa principal. Se lo pidió varias veces entre el fragor del acto sexual, y un día se limitó a encogerse de hombros y a asentir con la cabeza.

No hubo grandes ceremonias, pues decía que le recordaban al fasto hipócrita de la boda con su primera gran esposa, la que le dio el poder. Se hizo al estilo egipcio más común: simplemente dejándose ver con ella en público, aceptando tácitamente la condición de esposo de la mujer que llevaba a su lado. Ese momento compensó todas las ceremonias.

Cuando salió al balcón real del brazo del faraón y sintió todas las asombradas miradas de Menfis clavadas en ella, la boca se le secó y pareció sentir los hechizos malignos de todas las mujeres envidiosas de la capital, que los Saws se encargaban de contrarrestar. Pero le duró poco. La sensación embriagadora de triunfo, de haber llegado donde nadie más osaría acercarse en vida del faraón, gracias no sólo a su hermosura sino también a su inteligencia, la elevó y le dio fuerzas.

Levantó la cabeza y sonrió altanera, sabiéndose bella y poderosa.

Sabiéndose reina de Egipto.

Pero su felicidad quedó truncada por las punzadas de su orgullo. El faraón no contaba con ella salvo para el goce. Y no era justo. Había escuchado a su primera esposa porque ella le había dado el reinado a través de la sangre del anterior faraón, pero la dulce Meritthes no era sino un instrumento de placer. Y ella se lo había hecho saber tras una sesión sexual especialmente intensa.

—Mi señor, ¿qué me concederíais si os pidiese?

El bromeó.

—La luna. Pídemela y haré que mi nuevo constructor haga una escalera y te la traiga. Sin duda lo haría. Es muy capaz.

—No pediré tanto. Sólo que escuches mis consejos como haces con los hombres de tu confianza. Puedo serte de mucha utilidad, pues aportaría un punto de vista original.

—¡Ay, pequeña! No creo que puedas ayudarme. Las mujeres bonitas y las almas inteligentes no son conceptos que suelen ir unidos, como los cortesanos y la ambición.

—Yo soy la excepción.

El faraón la tomó por los brazos con la misma facilidad que un mueble liviano, abrazándola excitado.

—Pues entonces dame hijos inteligentes y tan bellos como tú.

Merittefes calló ante el nuevo ímpetu del rey.

Mientras movía sus caderas, pensó que había perdido esa batalla, pero ganaría la guerra.

«Tal vez deba conocer a ese constructor si tan capaz es», pensó.

12

KEOPS

Año 2.619 a.C.

Aquello sí era vida. Le habían ido a buscar en una silla de mano, oculta de la visión de los curiosos, custodiada por soldados. No sabía qué tenía su padre contra los nobles, pero era incuestionable que sabían vivir.

Le encantaban las mansiones aristocráticas, pues no eran sino viviendas. Odiaba la vida cortesana de palacio, donde el deber siempre se superponía a cualquier otro aspecto de la vida cotidiana. Los maestros del kap, sus instructores, los escribas... Siempre tenía un ojo vigilándole allá donde fuese. No podía ni meterse una sirvienta en su cámara sin que lo supiera todo el mundo, y al día siguiente le miraban como si fuese uno de los bichos que destrozan la cosecha. Como algo reprochable. ¡Y ni siquiera estaban en su casa!

Pero aquí era distinto. Una mansión era un lugar donde relajarse y vivir la vida fuera del deber, donde éste se queda fuera de los muros altos, sin acceso al jardín, donde podía hacer lo que le viniera en gana sin ser criticado en voz alta. ¡Que rezasen a los dioses porque su bonito Kanefer les durase muchos años con vida! Porque si él llegaba a reinar, todo iba a ser muy, muy distinto.

Se descubrió riendo de puro placer encima de la silla, aunque, para su alivio, los portadores ni siquiera levantaron un ápice sus cabezas. Bien.

Les abrieron las puertas de la mansión. Era un barrio moderno, fuera de los agobios de la ciudad pero en las orillas del Nilo, para poder embarcar y aprovechar el frescor y el agua para los inmensos jardines, que se detuvo a apreciar.

¡Qué maravilla! Allí no había espacio para enseñanzas ni exámenes. Sólo árboles, plantas y flores. Y el lago, que no parecía tener ni siquiera un altar de ofrendas. ¡Que se jodan los dioses! El lago debería ser un lugar donde bañarse cuando hace calor y poder jugar con una mujer, lejos de las estúpidas ceremonias.

—Mi señor.

Una comitiva de nobles le daba la bienvenida. El que llevaba la voz cantante era Hemiunu, el jefe de los constructores, una de las más grandes fortunas de Menfis. Se decía que tal vez por encima de la del propio faraón, que le pagaba todos los proyectos sin discutir su precio.

Era el más grande constructor desde Imhotep. Había reconstruido la morada de eternidad de su abuelo y levantado una imponente, aunque imperfecta, para su padre. La habían vendido como buena, y habían decorado el conjunto del templo funerario como el palacio mismo, pero ni siquiera a él se le escapaba que era defectuosa.

Bajó de la silla con suavidad. Ese sí era el trato que le correspondía por su linaje, y no el reproche constante y la vergüenza de su familia hipócrita.

—Señor Hemiunu.

—Hemos preparado un pequeño banquete para que disfrute de nuestra hospitalidad. No es tiempo de hablar de temas serios. Simplemente, de relajarse y recrearse en el frescor del atardecer.

Les acompañó a un ala del jardín donde una estupenda brisa era dirigida por inmensas cubiertas de lino que estaban dispuestas como pasillos. Estas parecían concentrar y dirigir el vientecillo hacia la zona del banquete, alumbrada con altas linternas impregnadas de aceites de gran calidad que llenaban los pulmones de una fragancia relajante, que le hacía sentir vivo, como si uno llegase desde el mismo infierno. Se imaginó que el palacio no era sino un desierto y aquél un rico uadi.

Bandejas de pastelillos de carne, verduras, frutas abiertas en irresistibles formas y colores, guisos dispuestos en pequeñas porciones y pequeños vasos de licores pasaron ante sus ojos. Si no les prestaba más atención de un instante, seguían su recorrido hacia el resto de los pocos invitados. Tomó un par de bocados y un licor que le supo a gloria. ¿Qué había estado tomando hasta entonces? ¿Cerveza barata?

Oyó una señal, y en el centro del espacio habilitado en el jardín se dispusieron tres bailarinas. Una tocaba un arpa, la otra una cítara y la tercera cantaba con una voz suave que envolvía los sentidos como la misma brisa o el licor embriagante.

La sensación era maravillosa. Se sentía relajado y cerca del sueño, y a la vez más vivo que nunca. Observó a las bailarinas. Llevaban pelucas exactamente iguales, su tono de piel era blanco como la leche y sus caras, aunque maquilladas, resultaban bellísimas. Se diría que eran hermanas.

Comenzaron a tocar, moviéndose en ondas, como si la misma brisa que doblaba las telas actuara sobre sus cuerpos, levantándose y volviéndose a agachar levemente. Su voz era cautivadora y el movimiento de sus pelucas le resultó tan sensual que su virilidad comenzó a manifestarse.

Las tres llevaban la misma ropa: apenas una gasa del lino más fino que dejaba entrever sus encantos, y que con el movimiento fueron dejando aflojar hasta que cayeron al suelo, liberando sus formas y concentrando las miradas.

El tono y el ritmo de la música fueron en aumento a medida que la voz se elevaba y los movimientos se hacían más notorios. La brisa que las movía cobraba fuerza, como una crecida del Nilo.

La cantante se fue acercando a él, aún cantando y sin dejar de moverse. La peluca le resultó mucho más erótica desde cerca y su olor a perfumes le atrapó. El movimiento le fue haciendo sudar, y las pequeñas bolitas de cera en los bordes de la peluca fueron abriéndose para derramar nuevos perfumes que corrieron sinuosos por su cuerpo, que se movía en torno a él como una serpiente, tocando sus manos, sus hombros, acariciando su cara y susurrando en su oído.

Miró a Hemiunu. No sabía por qué, pero tal vez necesitaba una aprobación que sabía que no debía pedir, como el niño que se porta mal y lo sabe, pues todo aquello estaba preparado para él. El noble asintió satisfecho con la cabeza, y Keops, entre avergonzado y excitado hasta el dolor, abrazó a la bailarina, cayendo ambos sobre el mullido jardín, donde sólo quedaron las otras dos hermanas sin dejar de tocar junto a los amantes.

Cuando terminó, se levantó de entre las cotizadísimas profesionales, cubierto de los mismos aceites que sus cuerpos le habían untado. Se desperezó, saboreando el olor a perfume de mujer en su piel. Jamás se había sentido tan bien. Tan vivo. Caminó hacia el lago y se metió en él, dejando una leve pátina aceitosa en la superficie del agua.

Salió al fin. Una criada le esperaba con una capa que se echó por encima. Le señalaron el interior de la mansión.

Evidentemente, todo aquello no era gratuito, pensó.

Entró. Parecía que todo estaba dispuesto para un nuevo banquete, pero sólo Hemiunu estaba presente, lo que le agradó. No le gustaban las multitudes escudriñando sus gestos. Bien. Era inteligente. Eso facilitaría las cosas.

—¿Os han agradado las bailarinas?

—Mucho. Gracias por vuestra hospitalidad.

—No se deben. Vos sois siempre bienvenido. Las gracias entre nosotros son un burdo protocolo absurdo. Insultáis vuestro linaje. Incluso yo me siento mal recibiendo vuestro agradecimiento. Ambos pertenecemos a una misma casta. Tenemos el mismo origen: familias ricas que controlan el comercio y el funcionariado, la pesca y el transporte, las minas y las artes, los artesanos y los escribas, los jueces y los gobernadores, las casas de vida... Todo está controlado por nosotros, y de nuestras familias saldrán faraones, como ahora es tu familia la que reina. Todos debemos respetar eso, como ha sido durante generaciones, y debe seguir fluyendo así para todos, como el agua del Nilo o la brisa que nos refresca.

—Comprendo.

—No. No creo que comprendáis. Vuestro padre lleva años perjudicándonos en beneficio del pueblo, fatuo y cambiante. Decidme una cosa: ¿creéis que el pueblo querrá a vuestro padre cuando venga una mala crecida?

—Si le da grano, sí.

—¡Eso es! El pueblo quiere al faraón en la medida en que le da grano. Ni más, ni menos. Así ha sido siempre. Ahora, respondedme. Una vez satisfecho el pueblo en su justa medida, ¿creéis que por darle más grano os querrá más?

—No.

—Pues el excedente del grano que se le da al pueblo es en perjuicio de la vida que acabáis de ver. ¿Gozáis asiduamente de estos placeres en palacio?

—Jamás.

—Ahí lo tenéis. Vivís como si fuerais escribas en una casa de vida. Controlados por vuestra propia servidumbre. Y custodiados por extranjeros, que cualquier día se volverán contra vosotros.

—Es cierto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo, porque la vida cambia, a veces con tal rapidez que los acontecimientos nos superan. Por eso nos conviene saber vuestra opinión sobre temas que para nosotros son vitales.

—¿Acaso estáis...?

—No. La nobleza debe ser el primer garante de la estabilidad del faraón. Porque los nietos de mis nietos un día podrían reinar. Es un respeto implícito. No vamos a atentar contra el rey. Pero sí nos gusta saber en quién podemos confiar.

—Podéis confiar en mí.

—Y nos alegramos. A cambio, podéis venir cuanto queráis a... disfrutar de vuestra vida legítima, que os es vedada en vuestra propia casa.

—Así lo haré.

—No se os ocurra darme las gracias.

Keops sonrió.

—Sois muy inteligente.

—Sólo soy el portavoz de un grupo de nobles que ven perder su poder. No podemos luchar contra la voluntad del faraón, al menos, no con otras armas que no sean las de nuestro trabajo, pero sí podemos... abrirle los ojos.

—¿A través de mí?

—Sólo si queréis hacerlo. No es más que una sugerencia. En vuestro propio bien, y en el de vuestro padre mismo.

—Lo intentaré.

—No esperábamos menos.

HENUTSEN

Año 2.618 a.C.

Si bien su cuerpo comenzaba a adaptarse al maltrato físico, su mente seguía rebelándose. Aj se recreaba en sus humillaciones, ahora que sabía que no pensaba volver al redil, al menos de momento. La bruja se había crecido tras la debilidad de la princesa, y no hacía sino invitarle a que retomara su vida fácil.

Arrugó su bello rostro de labios finos. Era la más parecida a su padre y sin duda se notaba. Ya de niña había sido la favorita, no sólo de sus padres y del viejo Rahotep, sino en todo palacio. Tanto tiempo cuidando su piel y ahora, cuando tenía la oportunidad de mirarse en el lago sagrado, descubría nuevas pequeñas arrugas en torno a sus labios y ojos, sin duda fruto del esfuerzo de limpiar sin parar los suelos y muebles, que no tenían tiempo de ensuciarse y eran tratados cada vez como si se hubieran rescatado del fondo del río sagrado. Como novicia no tenía acceso ni a los carísimos cosméticos que desde niña aprendió a aplicarse, ni a los elaborados productos de verdadero lujo que ahora comenzaba a valorar no sólo por su ausencia en la piel, sino también por fomentar el trato con sus compañeras, a las que no quería ofender, que nunca tuvieron tal privilegio incluso viniendo de familias ricas.

Odiaba reconocerlo, pero su estancia en el templo empezaba a enseñarle muchas cosas de la vida fuera de palacio y le hacía comprender a su padre. Al fin entendía que, al abolirse la vieja nobleza feudal omnipotente y poderosa en favor del faraón y el pueblo, que había recuperado parte del poder en regímenes de cooperativas, era justo que ella pasara por todo aquello. Lo sabía ahora que se acostumbraba a las vejaciones, y que antiestéticos músculos asomaban en sus brazos, piernas y torso. Antes los hubiera desechado con asco. ¡Eran cosa de campesinos! Pero ahora sabía lo que implicaban y el fruto que procuraban. Se sentía orgullosa de hacer las cosas por sí misma y no a través de alguien.

—¡Muévete, mocosa! Estás ofendiendo a la diosa con tu pereza.

Se levantó sonrojada, más por la vergüenza de ser pillada en falta que por el delito. «Hay cosas que no dejan de ser injustas, y algún día me encargaré de ti, bruja».

Tomó sus paños y la jarrita con aceite con la que frotaba y frotaba los muebles de madera noble que contenían las imágenes de la diosa, que no tenía permitido tocar, pues sus manos aún no eran puras. Ni siquiera podía pasar del recinto exterior del lago a las estancias interiores reservadas a las sacerdotisas, y dormía en una de las pequeñas cámaras anexas.

El templo era nuevo. Su padre lo había mandado construir en piedra, lo que era una novedad respecto a los viejos y pequeños templos de adobe. Algo había cambiado en la concepción de los dioses, y resultaba notorio que los sumos sacerdotes de Ra tenían mucho más poder del que nunca jamás hubieran podido desear. El faraón les había dado atribuciones, poder y capacidad económica para edificar y ampliar la red de su dominio.

Se apoyó en una columna de piedra, ancha y fría, que soportaba la cubierta. Estaba cansada y gustaba de disfrutar breves momentos como aquel, en los que la vieja Aj ya descansaba y nadie le pedía cuentas, pues todos estaban preparándose para la noche. Le encantaba recorrer con sus dedos las escenas pintadas en la columna sobre la diosa mientras rezaba.

No creía de manera tan fervorosa como el pueblo, ya que había visto pintar escenas parecidas en palacio y le constaba que no tenían el poder que los sacerdotes les otorgaban, bendecidas tras su creación por los artistas. En este caso, no expresaban una mera representación, sino que eran mágicamente la recreación física de la diosa y los elementos contenidos en ella.

Sonrió cuando sus dedos reconocieron una pintura quebrada de un animal demoníaco, dañada a propósito, con el cuerpo cortado por la mitad y decapitado para evitar que alguien pronunciara su nombre o el del dios que encarnaba y éste cobrase vida, transformándose en un elemento peligroso para el templo y su diosa.

El pensar en trivialidades como estas la relajaba y evitaba que recordara quién era y qué hacía allí.

Una voz masculina la desconcertó. No pensaba volver a escuchar a nadie ajeno al templo. Y nadie la había visitado. Por eso se sintió asustada y atraída a la vez por aquella misteriosa voz.

La curiosidad pudo con ella y se ocultó de la bruja tras una de las anchas columnas.

—Esto no es una mera inspección de recuento de los bienes consumibles aportados por el faraón. Es algo más. Debo conocer los... activos del templo. Incluso los ocultos. Aquellos que incluso vos tenéis prohibido mostrar.

—No sois un sacerdote.

Eso sorprendió a Henutsen, lo que le hizo asomar la cabeza. No se perdería el rostro de aquel hombre por nada del mundo. Y lo vio.

Era joven, aunque sus ojos eran tristes. Pequeños, del color de la miel, esquivos y sin embargo cálidos y brillantes... Pero nada alegres.

Hablaba con la suma sacerdotisa. Eso le hizo volver a esconderse durante un instante. Si la pillaban, el castigo sería el equivalente a un crimen civil... Para

una persona normal, por supuesto. A ella la azotarían en privado y avisarían a su padre.

Pero una vez que le había visto, no podía dejar de mirar.

—¡Claro que no soy un sacerdote! Por eso tiene sentido mi investigación. El faraón mismo desea conocer el contenido de sus templos. Y no a través de las autoridades eclesiásticas, que maquillarían convenientemente el contenido. Por eso estoy aquí. No habrá listas escritas. Sólo en mi cabeza y la del faraón...

—¿Y cómo daréis veracidad a un informe así?

—Confiaré en vuestra palabra. Pero el faraón se reserva la potestad de inspeccionar él mismo un templo cuando mis informes no le parezcan completos, y... ¡ay de aquel que le mienta!

—Pero debéis comprender que en la estructura del clero hay una escala de mando.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar.

Su rostro llenaba la fértil imaginación de Henutsen. Tan pronto mostraba la cara de un niño asustado, abriendo unos ojos que casi hacían reír, como se mostraba amenazador y hermético. A ello contribuían sus gruesas cejas y una voz grave que no concordaba con su físico y que, evidentemente, sabía utilizar.

Miraba con aquellos ojos pequeños, escrutando cualquier expresión de la sacerdotisa. Le recordaba sus juegos de niña entre el personal de palacio, al que intentaba amedrentar.

¡Isis divina!

¡Un juego!

No era ni más ni menos que eso.

Henutsen comprendió en aquel momento que todo era un farol. La certeza le sorprendió tanto que abrió los ojos y se movió un ápice.

Y él la vio.

Sus ojos apenas delataron la sorpresa, centrándose inmediatamente con aire de enfado en la sacerdotisa para evitar delatarla. Era muy inteligente.

—Pensad lo que os convenga, pero no dejéis de darme vuestro informe.

Oyó los pasos de la sacerdotisa, con la que no cambiaba una palabra desde que ejercía de princesa. No se atrevía a respirar. Tanto le daba que la descubriera él o ella. El resultado sería el mismo, o peor, si cabe.

—Ya puedes salir. Se ha ido.

Su sobresalto fue tan evidente que hizo reír al atento joven.

—Si te portas bien, no te voy a delatar.

Sonó como el juego que practicaba de niña, lo que le hizo sonreír como a tal. Sentía curiosidad y cierto morbo. Aquel hombre no la conocía. Creía que era una novicia más. Eso le dio fuerzas. No le iba a ocurrir nada.

Al fin reunió el valor. Se acercó a él.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Hen.

—Ya. —No se creía que tuviera un nombre tan corto, pensó que debía ser extranjera—. Dime, ¿crees que me miente?

—No, ¿y tú? Tal vez tú sí mientes. Estás intentando amedrentarla para conseguir un robo o un soborno.

El hombre la miró con suspicacia y luego soltó una carcajada.

—No nos vamos a delatar, ¿verdad?

Ella sonrió.

—No.

—¿Qué hacías escondida como un ratoncillo?

—¡No estaba escondida! —dijo con enfado indisimulado, sintiéndose al instante de nuevo ridícula—. Descansaba apoyada en una columna mientras miraba las pinturas.

—¿Conoces las pinturas? ¿Una novicia?

—He tenido una buena educación.

El hombre asintió, divertido.

—Una niña de familia respetable. ¿Y crees que soy un ladrón?

—No lo sé. ¿Lo eres?

—No.

—Pero mentías.

—¿Te gustaría que volviera a verte?

Henutsen no podía creer que una amplia sonrisa se abriese paso en su cara sin contar con ella. No era justo. Se encontró asintiendo como si fuera estúpida.

—Me llamo Mehi, aunque no creo que te convenga mucho decir que me conoces.

—Pero...

Él asintió, sin dejar de sonreír.

—No he mentado en todo. Es cierto que gozo de la confianza del faraón. —Se sonrojó—. Y que actúo por orden suya.

—¿Llevas mucho tiempo a su servicio?

—La verdad es que no. Pero no miento en eso.

De nuevo la mirada suspicaz, aunque duró un instante apenas.

—¿Y cuál es esa misión?

—No lo entenderías. —Acarició su piel con el dorso de la mano. Ella se estremeció por el suave roce del vello de sus dedos en la mejilla. Asintió con la cabeza sin dejar de sonreír—. No. No lo creo. Y menos siendo de buena familia. Y extranjera.

—¿Por qué había de tener algo contra ti por eso? No me parece justo.

—Tienes razón. —Sonrió—. Pero lo cierto es que te he pillado y debo delatarte. Me servirá para ganarme la confianza de la sacerdotisa.

—¡No! Has dicho que no me delatarías.

—Sólo si te portabas bien.

—No he hecho nada malo. ¿Qué quieres que haga?

El hombre se sonrojó como si fuera un niño. Sus ojos del color de la miel se achicaron en la expresión maliciosa de un muchacho, lo que le resultó muy gracioso a Henutsen. Un niño en el cuerpo de un hombre.

Le devolvió la sonrisa.

—Quiero un beso.

—¿Qué?

—Es simple. O me das un beso o te delato.

—Está prohibido. Enojaría a la diosa.

—También está prohibido espiar.

—¡No estaba espiando! ¡Eres un...!

No terminó la frase. Los ojos de Mehi reían como los de un crío que ha hecho una travesura con éxito. Le resultó tan encantador que su ira se esfumó.

—¡Vaya con la niña de buena familia! Tal vez sea yo el que deba tener miedo.

Henutsen sonrió. Su sonrisa franca ejercía un poder sobre ella que no podía controlar. Se acercó a él y de repente le dio un beso furioso en los labios. Breve, pero lleno de pasión, como si lo disfrazara del enfado que simulaba. Mehi jadeó por la sorpresa, de nuevo el rostro arrebolado, lo que le hacía tan gracioso y encantadoramente vulnerable que Henutsen rió feliz.

—Espero que cumplas tu promesa de no delatarme.

Sus ojos volvieron a entristecerse, lo que borró la sonrisa de ella. Se sorprendió. Parecían estar conectados de algún modo. No podía evitar sentirse como él se sintiera. Reír con su risa, sonreír al mismo tiempo como por arte de un poderoso hechizo, y ahora tornar a una repentina tristeza en un instante. La energía que transmitía aquel hombre la envolvía y la dominaba como nunca nadie había logrado. Ni siquiera su padre, el faraón de Egipto, tenía tal poder sobre ella. Mehi la tomó de la mano.

—Jamás te hubiera delatado. Sólo estaba bromeando. Lamento haberte asustado.

Ella se sintió a punto de llorar, conmovida hasta lo más hondo por sentir que una reacción suya había causado una pena tan profunda en él. Se sorprendió besándole largamente, con pasión, mientras su cuerpo se encendía. Le soltó con la misma brusquedad, preguntándose de repente por qué estaba haciendo eso. Acababa de conocerle. Podía ser un ladrón, un criminal o algo peor; y en todo caso era un mentiroso, porque él mismo lo había reconocido. No sólo no debía confiar en una persona así, sino que era estúpido por quién era ella y el daño que podía hacer al templo, a la diosa y a su padre...

Y sin embargo, volvía a aquellos ojos que la emocionaban y de nuevo deseaba besarle.

Él pareció apreciar aquella tormenta en su interior y se limitó a sonreír, venciendo de nuevo cualquier reticencia con aquel nuevo hechizo.

—¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé. Pero... ¿Lo deseas?

Henutsen intentó decir que no. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero su cabeza se movió de arriba a abajo, decidiendo por ella de nuevo. El sonrió.

—Entonces volverás a verme. No lo dudes.

Y se fue sin dejar de sonreír.

MEMU

Año 2.618 a.C.

Sonrió satisfecho al despertar entre el olor especiado de la chica. La atrajo hacia sí. Se resistió un poco, pero eso le excitaba más. La puta sabía cómo tratar a un hombre como él. Ella se revolvió intentando evitarle, aunque sólo pudo conseguir que se conformara con tomarla por detrás, empujando furiosamente, mientras confundía sus sollozos y gemidos de dolor por inequívoco placer, lo que le excitó más, dejándose ir entre rabiosos empujones, terminando con un último estertor que hizo estremecerse de dolor a la chica.

—Lárgate. Y vuelve esta noche.

Asintió con la cabeza, ocultando sus ojos para que no viese la mentira en ellos. Ni por todas las riquezas de Menfis. Jamás volvería a ver aquel animal.

Memu se estiró satisfecho. Uni era rico, y lo que era mejor, responsable ante el faraón de su persona, lo que implicaba que podía hacer cualquier cosa y salir indemne de cualquier acusación, que recaería en el miserable enano. Al principio le pedía dinero para ir a los burdeles, pero luego, el pequeño se quejaba de que nunca le localizaba sobrio, así que ordenó traerle las putas a su casa, tras hacer marchar a su mujer y a sus hijas a una finca de campo. El muy asqueroso no se fiaba de que encontraran en él un hombre de verdad que les diera lo que jamás le había dado el hombrecillo.

—Espabila. Nos vamos. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Por qué me alojas en una casucha fuera de tu casa?

—Porque haces demasiado ruido. Cuando te emborrachas no conoces a nadie. Podrías tomarme por una de tus putas. Y cuando estás sobrio no te aguantas a ti mismo. O vives un poco aislado o dejas que una de las chicas te raje la garganta mientras duermes. Más de una me lo ha pedido. Tengo que pagarles bien para que no te denuncien. Yo mismo lo haría si no fuera porque tienes algo que hacer para el faraón antes de que su paciencia se agote. La mía se acabó hace mucho.

Memu rió, ebrio de satisfacción. Estaba muy bien allí. Sólo lo decía para picarle. Jamás daría cuenta al faraón de nada que no fuese el éxito de su empresa. Su competencia se lo impedía. Quejarse de su subordinado

representaría su fracaso. Haría lo que quisiera durante mucho tiempo. Se puso sus ropas. Uni arrugó el gesto.

—Hueles a puta.

—Yo huelo a hombre. Tú hueles a puta.

El escriba se alejó, cabeceando.

Se pusieron en marcha.

El primer día lo pasaron en un barco. A Uni le encantaba recrearse en las sensaciones que le regalaba el río.

Sonreía al recibir el brillo de Ra en los ojos y se cubría con el dorso de la mano para no perderse un instante de dicha. La brisa le recorría el cuerpo, tonificando su cuerpo mejor que el mejor de los masajes.

En cambio, Memu gustaba de sentir el carro bajo sus pies al segundo día, recibiendo el polvo del camino en su agrietado rostro y sonriendo con cada gesto de dolor de su compañero ante los saltos del vehículo, movido por el ritmo frenético del látigo con el que castigaba a los carísimos caballos mientras cantaba una canción sobre el licor barato que le recordaba el día que el hombrecillo le encontró entre vómitos, tras una de las peores borracheras que recordaba.

*No te sientes en una casa de cerveza
Para estar junto a alguien más importante que tú
No te dejes llevar a beber cerveza
Puesto que cuando hablas, entonces
lo contrario de lo que piensas sale de tu boca.
No sabes siquiera quién acaba de hablar.
Te caes, porque tus piernas se enredan debajo de ti.
Me dicen que descuidas la práctica de la escritura*

Miraba al escriba mientras cantaba, atragantándose entre la risa, que casi ahogaba la canción. Uni ponía los ojos en blanco.

*Y que te abandonas a los placeres.
Vas de taberna en taberna,
la cerveza te quita todo respeto humano.
Pierde tu ánimo. Eres como un timón roto,
que no sirve para nada.
Eres como una capilla privada de su dios,
igual que una residencia sin pan.
Se te ha visto saltando un muro.
Las personas huyen ante el peligro de tus golpes.*

*¡Ah! Si quisieras comprender que el vino
es una abominación,
Maldecirías el vino dulce,
no pensarías en la cerveza,
y olvidarías el vino del extranjero.
Te enseñan a cantar al son de la flauta,
a recitar poemas al son del oboe doble,
a cantar en falsete al son de las arpas,
a reatar al son de la citara.
Aquí estás, sentado en la taberna,
rodeado de mujeres de vida alegre.
Deseas desahogarte.
Y seguir con tu placer.
Hete aquí frente a una mujer
anegada de perfume,
con una guirnalda de flores en torno al cuello,
tamborileando sobre tu vientre.
Vacilas y caes a tierra,
todo cubierto de inmundicias.*

Terminó la canción entre carcajadas. Parecía que la hubiesen escrito pensando en él, y le encantaba.

Miró al escriba con burla. Se divertía haciéndole rabiar, como si fuera un niño. Sabía que el mínimo gesto suyo le hacía rechinar los dientes, del mismo modo que a él le amargaba verle feliz con su interminable sonrisa de boca ancha como la de una serpiente.

El bueno de Uni recitó una oración en voz alta cuando llegaron a una aldea pequeña, pero bien distribuida, pulcra y cuidada, de parcelas bien trazadas. La armonía parecía cotidiana.

Pero aquel día no había nadie trabajando. Todos se encontraban en la plaza central, donde se llevaba a cabo un juicio. Memu sonrió. Había estado en muchos. Aquel era su elemento.

La casa de vida donde se celebraban los juicios era el edificio administrativo por excelencia, fruto de la obra de Snefru. Se trataba de una enorme sala que podía ser acondicionada para celebrar tanto ceremonias religiosas como civiles, juicios, banquetes, etc., rodeada de estancias, despachos fijos de escribas, funcionarios y otros despachos más pequeños para artistas, exorcistas, comerciantes y funcionarios de paso.

En aquella ocasión, la casa de vida no llevaba mucho tiempo construida, se notaba en la sobriedad de las paredes, aún sin pintar. Dominaba la estancia una estatua de Maat en honor a la naturaleza del acto, y el mobiliario se limitaba a una mesa para el juez y sus ayudantes, así como algunas sillas plegables.

Memu se situó detrás de las mesas oficiales, cuidando de que no hubiera altercados, junto con los policías de la ciudad, escogidos por el gobernador de la región de entre los mismos campesinos.

Uni se sentó al lado del juez, lo que no le sentó nada bien a juzgar por la mueca avinagrada de su rostro, que tanto divirtió a Memu.

Enfrente se hallaban el tal Harati y el acusador, un anciano.

El acusado parecía haber sido abandonado por la alegría. Oscuras ojeras rodeaban sus ojos, rojos por el llanto seco del que agota las lágrimas. Parecía resignado a su suerte. Uni sintió pena. Memu se rió sin disimulo.

—A ese pez chico ya se lo han comido y lo han cagado —exclamó sin contenerse. Todos le oyeron.

Uni le miro con acritud. Se identificó. El juez le aceptó de mala gana a su lado, corriendo su silla y haciéndole traer otra. El juicio comenzó. No en vano les esperaban a ellos para poder celebrarlo.

—Este hombre ha sido acusado de violación, maltrato y vejación a su esposa. No le reporta sus beneficios ni le hace partícipe de sus riquezas. Hay un acusador, testigo de la afrenta. Yo le condeno...

Uni le ignoró como si fuera uno más entre el público.

—Voy a interrogarle. A solas. Soy juez supremo con total potestad sobre el juicio, el juez y lo que aquí se decida.

Se elevó un murmullo. La gente se quejó con gesto airado. No eran muchos los espectáculos para que les privaran de uno de tal magnitud.

Memu acalló los murmullos con su presencia.

No pudo evitar ver el rostro de la acusadora.

Se le quedó grabado. No había visto una mujer más bella en su vida.

Voluptuosa, sensual, de aspecto indiferente a las miradas que la recorrían. Incluso en ocasión tan formal, su vestido, aun siendo burdo en comparación a la corte de Menfis, le sentaba como su piel misma. Su cara era limpia, en forma de óvalo, llena hasta el mismo límite entre la hermosura y el punto a partir del cual parecía gorda, pero tan sexual que resultaba doloroso.

Sus labios eran del rojo natural que no necesitaba aderezos y sus ojos oscuros invitaban a buscar en ellos la clave de su conversación. Pero era implacable con cuantos la miraban.

«Se sabe guapa», pensó. Y se entregaría a cualquiera que sirviera a sus propósitos, como el juicio mismo parecía demostrar.

Le pediría a Uni que se la entregara.

15

UNI

Año 2.618 a.C.

No le costó mucho que les llevaran a una estancia fresca. Se acercó a él y le tomó las manos. Temblaban.

— ¿Qué te han hecho?

Miró sus ojos buscando una respuesta que no obtuvo. Levantó su túnica. Los golpes, los moratones y las heridas mal curadas cubrían casi todo el cuerpo. No pudo evitar suspirar. No le habían dado tregua. Entendía poco de medicina, pero se veía que los golpes más recientes se aplicaron sobre heridas ya viejas. Su ánimo se ensombreció. No sabía mucho del caso, pero bajo ningún concepto se le debía haber tocado hasta que se dictase un veredicto. Y aquel hombre ya estaba derrotado. Había pagado por cualquier crimen cometido.

En su carrera había visto ya muchas injusticias cometidas en nombre del faraón, y aunque la purga del funcionariado en favor de profesionales de carrera comenzaba a hacer efecto y los nobles perdían armas para sus manejos arbitrarios, sus acciones aisladas eran más crueles que nunca. Y, sin embargo, aquel era un caso atípico. El era la cabeza económica del pueblo. El sustento de todos ellos. Un buen patrón. Lo más parecido a un noble paternalista que había en aquel lugar. Se supone que deberían haberle protegido. Y todos se habían revelado en su contra sin razón aparente, pues los informes coincidían en que se trataba de un empresario ejemplar en el trato con sus empleados.

«Cría cuervos...»

— Déjame que te ayude.

Harati levantó la vista.

— ¿A quién sirves?

— Al faraón.

— Vienes a castigarme por perder su arcón.

Uni se quedó sin habla. El pobre hombre lo interpretó como un acierto.

— Lo merezco. He servido mal al faraón y a los dioses.

Comprendió de repente. Le había estado esperando a él. No debía haber proferido ni una queja en todo el tiempo que le estuvieron torturando. Lo cual debió espolear más, si cabe, la furia de los que le interrogaban.

— ¿Dónde está?

—Lo tiene ella. Su avaricia le ha perdido. Y a mí el amor. No debí dejar que nadie más lo supiera. Pero la soledad es peor que los golpes.

—¿Sabes qué contiene?

Levantó los ojos sorprendido, gritando por primera vez.

—¡No osaría jamás abrirlo! Ese no es mi crimen. Ella lo habrá hecho ya. Los dioses sabrán que cumplí mi parte, salvo en lo que respecta a ella.

—¿Cuál fue tu error respecto a...?

Harati frunció el ceño al recordar su nombre, como si le doliera más mencionarlo que las heridas recibidas.

—Nefret. Mi error fue amarla. Reconozco que no la cortejé por mis... cualidades, sino por el dinero que gané gracias al arcón, pues era lo único capaz de atraerla. Ella se creía predestinada a un gran señor. Yo no podía hacer ostentación más allá de aquello que me dieran los frutos de mis tierras, para no llamar la atención sobre el arcón. Eso era lo acordado. Pero ella quería más. Y cuando le daba algo, pedía mucho más. Y yo no podía dárselo. —Miró a Uni—. Pero ahora eso ya no importa. Vas a matarme y luego irás a por ella. Pero no es su culpa. Una vez que recuperes el arcón, deja que ella se quede con las tierras y los bienes. Es su naturaleza. Como las serpientes. No tiene maldad.

Parecía que la paz se había hecho en su alma. Estaba listo para abandonar el mundo de los vivos y entrar en el peor infierno. Uni sintió escalofríos. Ahora comprendía por qué era a él al que habían encomendado la misión. No había persona más indicada.

—No voy a matarte.

Harati abrió los ojos, sorprendido. Necesitaba una razón o se volvería loco. Uni comprendió que en su frágil estado no podía simplemente juzgarle por violación. Tardó unos instantes en encontrar la respuesta, en los que Harati se agarró a él con manos temblorosas.

—¡No lo comprendéis! Fue el faraón en persona quien me entregó el cofre. ¡He fallado al sobrino de Horus!

—En efecto, has fallado al faraón, pero no eres responsable de una esposa codiciosa. Y no seré yo quien te envíe a Osiris sin darte la oportunidad de redimirte y expiar tu pecado. La muerte sería castigo plácido cuando tienes una vida entera para enmendar tu deuda.

Harati se tranquilizó. El escriba apuntaló la comprensión del pobre hombre, hundido y magullado, que no parecía querer sino morir para pagar su error. ¿Qué le habrían hecho? En cualquier caso, no podía dejar de hablar antes de que volviera a derrumbarse. Pero él asintió con calma.

—Es justo.

Uni luchaba por no llorar, conmovido hasta lo más hondo. Pero era un escriba y juez.

—Los testimonios son tajantes y ni yo mismo puedo lograr un veredicto de inocencia.

Harati rió. Era el primer signo de cordura que le veía Uni aquel día, y el alivio que sintió hizo que valiese la pena el viaje.

—Al mismo faraón le sería difícil, cuando sería al único que no han comprado. Me sorprende que contigo no lo hayan intentado.

—¿Y cómo sabes que no es así?

—Porque ni me has golpeado ni has exigido tu parte.

Uni se sintió impresionado. El campesino era mucho más inteligente de lo que parecía, sin duda. Claro que debía serlo si un faraón en persona le encargó una tarea tan importante.

—Podría ser más sutil. Es una táctica corriente. Después de la tortura es fácil ganarse la confianza del condenado.

—La mía no. Estoy seguro. No eres como ellos.

Uni sonrió, aunque estaba aterrado.

—Lograré que te conmuten la pena de muerte por trabajos forzados en la construcción de la morada de eternidad del faraón.

Harati ni pestañeó. Seguía aceptando su destino con total frialdad. Uni continuó:

—Pero enseguida te pondré al servicio del jefe de constructores. Es amigo mío. No te romperás la espalda entre piedras.

—Pero... ¡No lo merezco!

Uni pensó con calma.

—Te contaré una historia. Tal vez la conozcas:

Bata era el hermano pequeño de Anubis y vivía junto a él y su esposa como si fuera un hijo.

La esposa de Anubis le hizo proposiciones sexuales. Bata la rechazó por amor a su hermano y ella le acusó ante su marido de violación.

Bata emprendió la huida. Mientras Anubis le perseguía, Bata consiguió que Ra escuchase su llamada y a la mañana siguiente se sometieron a su juicio, en el que Bata contó a su hermano la verdad y le dijo que pensaba irse lejos, al valle de los cedros, para olvidar. Allí se arrancaría el corazón como prueba de amor fraterno, y lo dejaría sobre una flor de cedro. Le dijo también que en algún momento, cuando el árbol se cortase, él moriría, y que si realmente le quería, debería ir a recoger su corazón y meterlo en agua para que pudiera resucitar y vengar el trato recibido. La señal sería una jarra de cerveza desbordada.

Bata se fue y Anubis volvió a su casa y asesinó a su mujer.

La Enéada, sintiendo compasión por Bata, mandó modelar a la mujer más bella del mundo para que fuese su esposa.

La existencia de tan bella mujer llegó a oídos del faraón, que mandó a buscarla para hacerla su esposa principal, favorita del harén. Ella contó al faraón quien era su esposo y también el secreto para destruirlo. Así, el rey

envió a sus hombres a cortar el cedro que guardaba el corazón de Bata, que al instante murió.

Anubis, al llegar ese día a su casa, pidió una jarra de cerveza que, al serle servida, se desbordó. Recordando las palabras de su hermano, se puso en marcha al valle de los cedros, donde lo encontró muerto.

Buscó su corazón durante años. Lo encontró y siguió las instrucciones que le diera Bata, consiguiendo resucitarlo.

Ahora le tocaba a Bata vengar la traición de su esposa y se convirtió en un gran toro que Anubis debía conducir a palacio. El faraón, nada más ver al animal, quiso cambiárselo a Anubis por una importante cantidad de oro con la que regresó a su casa, muy rico, como premio al cumplimiento del compromiso con su hermano.

Una vez en palacio, Bata le hizo saber a la favorita que no estaba muerto, y ella pidió al faraón que le matase. Al hacerlo, dos gotas de su sangre hicieron crecer dos hermosas Perseas junto a las puertas de palacio. Bata aún seguía con vida, esta vez en forma de Persea. De nuevo se lo hizo saber a su mujer, que volvió a pedir al faraón que cortase las Perseas, ya que quería acabar con él a toda costa. El faraón consintió y las cortó. Esta vez una astilla, al ser cortada, se clavó en la favorita y ésta quedó embarazada. Nadie lo sabía, pero el futuro bebe sería de nuevo Bata.

El faraón, encantado con el pequeño varón, lo nombró heredero del reino y al ser anciano y morir, el príncipe le sucedió.

—Con esto quiero que comprendas que la vida te va a dar oportunidades para redimirte y tener una vida feliz. En realidad, ya has pagado por tu crimen.

—¿Y qué puedo aportar a un constructor?

—Eso es asunto tuyo. Confío en que Ra te iluminará donde antes te ha negado su luz a la hora de escoger esposa.

Salió de la estancia luchando por controlarse. Se obligó a recordar quién era y su juramento ante Maat. Pidió hablar con el juez, un anciano rico en el poblado.

—Condenaréis al acusado a trabajos forzados para el faraón. Ya me encargaré yo de asignarle tarea. Os enviaré a soldados que le custodien a su nuevo destino.

—No haré eso. Yo soy el juez. Merece la muerte.

Uni no pudo controlarse más. Agarró al viejo del cuello y lo empujó contra la pared.

—No. La muerte la merecéis tú y los acusadores por ceder al chantaje. Me repugna pensar que la mujer te haya ofrecido su cuerpo.

No dio tiempo al juez a contestar. La breve expresión de sorpresa le dijo a Uni que no había errado. Ya era rico y no había mucho más de ella capaz de convencerle.

—Actúo de acuerdo a la legalidad. Los testimonios son tajantes e intachables.

—Pues si me llevas la contraria, yo no actuaré de acuerdo a la legalidad. Ordenaré a mi soldado que os mate a todos. Y créeme: el faraón no moverá ni un dedo.

—¡Pero eso es...!

Uni se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

Los temblores del anciano parecían prever una tempestad, pero tal como vinieron parecieron calmarse.

—Se hará como dices. A condición de que no vuelva al pueblo.

—Me parece justo. Lo hago así porque obedece a una misión superior y porque tengo la oportunidad de alejarle de vosotros, carroñeros. Os vais a quedar con todos sus bienes como habéis conjurado, pero no por mucho tiempo. Te juro por Maat que ordenaré que en este pueblo caiga la desgracia por muchos años. Lamentaréis haber desafiado al faraón y a los dioses cuyos ideales representa. Yo, Uni, escriba y juez de Snefru, juro por el peso de mi corazón que así obraré. Recuerda mi nombre.

El anciano no se inmutó. Debía estar acostumbrado a recibir amenazas. Bien. Esta se cumpliría.

—¿Os quedareis a ver el juicio?

—No. Tengo que ordenar una misión a mi soldado. Él sí se quedará a garantizar el cumplimiento. No intentéis reducirle. Acabaría con todos vosotros.

—¿Y si no fuera así?

Uni volvió a encogerse de hombros y rió.

—Tengo más soldados. Casi me harías un favor. No sé cómo librarme de ese cerdo sanguinario. Te haría un regalo todos los años en la fiesta de Maat.

KANEFER

Año 2.618 a.C.

Como le había dicho su padre, no le faltaba trabajo.

Tanto trabajo que se sentía castigado en lugar de premiado.

Le había encargado la reforma y el engrandecimiento de la casa de vida en Menfis. Snefru había ordenado un nuevo cuerpo de escribas. Siempre decía que se habían perdido los conocimientos de las viejas civilizaciones por la falta de escritos, y eso no iba a volver a suceder. Las generaciones siguientes debían tener todos los datos de la presente, para evitar que una serie de malas crecidas supusiera un retroceso en las ciencias, como de hecho había ocurrido.

Se creía que hacía muchos cientos de años habían sido poseedores de una cultura mucho más avanzada que la suya, dominando ciencias que ahora apenas llegaban a vislumbrar. Y, estúpidamente, los hombres perdieron ese legado de los dioses guerreando entre ellos. El castigo fue una sucesión de plagas, hambrunas y malas crecidas que los devolvieron a su estado original de incultura. Por eso no se había recuperado el saber de las antiguas construcciones.

Así, Snefru quería un escriba en cada pequeño pueblo, y para eso requería la creación de casas de vida, lo que a él le suponía un trabajo exhaustivo que le llevaba al lecho sin vida cada noche.

El carácter de esos centros era religioso primordialmente, pero allí también se concentraba el saber, junto a multitud de actividades con personal altamente especializado: maestros, oficiantes y ejecutores de ritos, teólogos, artistas, médicos, exorcistas, decoradores...

Allí se unificaban y se estudiaban las distintas teologías locales, relacionando las complejas cosmogonías y promulgando la superioridad de Ra y su familia.

Así, los sacerdotes creaban nuevos himnos sagrados, pensamientos filosóficos, se redactaban libros de magia, se conservaban y reproducían cuantos textos quedaban de las viejas creencias sobre la protección de la vida y el paso a la luz —la muerte—, libros litúrgicos y obras sobre leyendas y mitología.

También se desarrollaban como escuelas para niños en las ciudades y pueblos donde no existían kaps o parvularios reales, se cuadraban los rituales de las fiestas, se trabajaba la medicina y sus recetas, la geometría y las matemáticas.

De las casas de vida, los arquitectos extraían los elementos teológicos necesarios para transformar el templo en sagrado; los escultores y pintores aprendían a hacer las imágenes vivientes según las enseñanzas del rey Thot, que creó la simbología para revivir al representado, los exorcistas aprendían las fórmulas necesarias para sus rituales mágicos contra los animales nocivos y malditos, los artistas aprendían su oficio...

También estaban destinadas a ser el archivo de los nuevos escritos. De cada juicio, de cada transacción, incluso de cada causa por divorcio, debía quedar constancia escrita. Títulos de propiedad, contratos de arrendamiento, compra y venta, trabajo, servidumbre y liberación de esclavos...

Y todo eso era labor suya. Mientras su padre holgazaneaba y su hermano retozaba con mujeres.

Recordaba las palabras de su padre:

Las casas de vida eran el motor del país para la socialización de los nuevos gremios, y como tal, debían ser protegidas de los atentados de los nobles.

Estos ya habían atacado varias veces algunas casas, asesinando a muchos escribas y artistas. Curiosamente, siempre respetaban a los sacerdotes. Por desgracia, simultáneamente se abrieron y saquearon viejas tumbas de nobles. Evidentemente, fueron robos aislados que nada tenían que ver con una posible respuesta a los atentados, pero los nobles lo tergiversaron para proclamarlo como tal.

Y eso —¡por Osiris!— también era responsabilidad suya.

Habían intentado remediarlo potenciando las viejas fórmulas, tanto en tumbas como incluso en las mismas casas de vida:

«Todos los hombres, todos los escribas, todos los sabios, todas las personas que levanten la voz en esta casa, que roben las escrituras, que hagan pedazos las estatuas, se expondrán a la ira de Thot, el más vengativo de los dioses. Ellos pertenecerán al cuchillo de los matarifes reales, que residen en las grandes fortalezas, y sus dioses no recibirán ofrendas de pan de ellos».

Y él debía aprobar las cuentas y sellar de su mano los documentos principales, aquellos que autorizaban inversiones reales en grandes casas o reformas de las existentes. No en vano la institución existía desde hacía generaciones. Su padre sólo la había desarrollado, aprovechando la riqueza que

los impuestos de las magníficas cosechas y los nuevos gravámenes a la nobleza aportaban, devolviendo al pueblo parte de los impuestos. Por eso era tan querido.

Y ese amor le iba a costar a él la salud.

Levantó la vista. Le dolían los ojos. Se haría ver por el médico de palacio.

De repente, se sintió solo. Su hermano Keops parecía haber renunciado a su nombre y a su familia a favor de los nobles y su bella hermana estaba casi recluida en el templo de Isis. Su padre le evitaba, y de las concubinas no obtenía más que mero placer físico, a veces tan embarazoso que casi prefería procurárselo él mismo.

Aún no era oficialmente visir, o *ti-aty*, porque el viejo visir seguía ostentando el cargo a título honorífico, pero ya tenía todos los atributos, bien visibles en una estela frente a él, que parecían burlarse de su pretendida capacidad:

«Voluntad del señor, ojos y oídos del soberano, sabio entre los sabios, juez supremo, superintendente de todos los trabajos del rey, superintendente de los documentos escritos, secretario de todas las órdenes reales, portador del rótulo, escriba del libro divino, superintendente del doble granero, superintendente de la doble caja roja, superintendente del doble oficio del sello, superintendente de la doble caja de oro de su señor, superintendente del palacio, superintendente de los ornamentos del rey, superintendente del harén del dios, secretario de las misiones secretas...»

Un ruido creciente de voces airadas le sacó de su ensimismamiento, lo que casi agradeció.

Se concentró un pequeño tumulto cerca de su cámara. No pudo soportarlo más. Salió con porte airado.

—¿Qué sucede?

Nadie hablaba. No se atrevían a dirigirle la palabra al futuro faraón. Kanefer llamó a un escriba de su confianza con el que había compartido enseñanza primaria en el kap.

—Mentu. Responde.

Se acercó un pequeño escriba de piel morena.

—Hay una disputa. Un escriba de clase noble reclama unas tierras que otro escriba reclama para una comunidad de campesinos que ha ejercido su derecho a ellas desde hace generaciones.

Era un problema común. La propiedad apenas estaba registrada, y con el nuevo método todos querían parte del pastel. Se entristeció. No esperaba que los conflictos llegaran a su propio despacho.

—Traédmelos a los dos.

Volvió a su despacho hasta que le avisaron. Salió. El tumulto se había convertido en un improvisado juicio. Él tenía potestad total sobre los escribas y todas las decisiones, como juez supremo que era. Pero odiaba improvisar de esa manera. Si les escuchaba, tendrían que oírse reproches a la gestión de su padre por parte de uno, y alabanzas estúpidas por parte del otro. Uno se adelantó. El noble; adivinó.

—No se te ocurra hablar. Una sola palabra y ordeno que te azoten.

El noble retrocedió, asustado. El otro se hinchó como un pavo real. Miró a ambos con fiereza. Se agarró su colgante

—¿Sabéis qué es esto?

Ambos asintieron con la cabeza. Kanefer hizo un gesto a Mentu para que hablara.

—Es el atributo de visir, con la imagen de la diosa Maat como signo de imparcialidad. Citó:

«Yo he juzgado con la misma severidad al pobre y al rico, al poderoso y al débil, he dado a cada uno lo que le correspondía, he abierto mis oídos a aquellos que decían la verdad».

—¿Sabéis qué significa esto? —Kanefer gritó con ira.

Silencio.

—Significa que aquel de los dos, o incluso ambos, que sin razón suficiente haya turbado mi trabajo divino, molestado mi Ka, faltado a mi respeto, vociferado en mi casa, apartado de su trabajo a muchos escribas —todos se volvieron, apartando la mirada—, y alterado a Maat con su codicia lo va a pagar ejemplarmente, pues vosotros sois quienes debéis aplicar su doctrina, y no pelearos como mujeres en el mercado. Mentu, tú llevarás a cabo la investigación. Ellos dos serán responsables de su conducta, como del pago del tiempo que te lleve, por el trabajo que dejas de hacer aquí, independientemente de tu decisión, que me comunicarás primero. ¡Fuera de aquí!

Sólo los ojos cómplices de Mentu se atrevieron a darle respuesta. Sabía que su amigo estaba abrumado, como él mismo, de trabajo, pero no podía dejar de dar respuesta a tan ofensiva disputa. Le miró con ironía. Le hubiera sonreído si la situación no fuera tan grave. De hecho, si como sospechaba era el noble el que se había apropiado de las tierras comunales, haría justicia sin que su escala social le impresionase un ápice. Pero no podía dictar sentencia sin ordenar una investigación previa.

Comprendió a su padre y su eterno gesto grave.

SNEFRU

Año 2.618 a.C.

—Agradezco el honor de ser llamado a su presencia. Espero que no creyera los rumores infames que negaron la enfermedad que me impidió acudir al desfile de su regreso.

El sumo sacerdote de Ra medía sus palabras, consciente de que la paciencia del monarca era tan corta como largas sus ganas de vengarse. Se encontraban en una de las capillas de palacio, aunque al rey le parecía un sitio indigno del dios precisamente por la presencia de su representante. Había dispuesto que nadie les molestase y colocado en la entrada a Gul y su mejor capitán, Kemet.

—Déjate de tonterías. Prefiero no verte. Se me agria el estómago.

—Entonces, el honor de su llamada es doble.

El faraón le miró con las cejas enarcadas mientras rechinaba los dientes. ¡Cuánta hipocresía cabía en aquellas cejas afeitadas! De qué buena gana se lo entregaría a su hijo Keops. Ya encontraría él algo imaginativo que hacerle.

—Ya sabes por qué estamos aquí.

—Interpreto que hay dos razones, o dos preguntas por su parte. La respuesta a la primera pregunta es que nosotros no tuvimos nada que ver. El buen Rahotep murió de muerte natural y le buscaremos una morada de eternidad acorde con su prestigio y sus buenas acciones para con Ra y nosotros, sus servidores. No acudimos al desfile de recepción de su majestad porque, sinceramente, teníamos miedo. No supimos reaccionar y os pedimos perdón por ello. Sabemos que fue un error por los rumores que se han creado y que combatiremos con fuerza. Llevamos tanto tiempo bajo la tutela de Rahotep que no ha sido fácil tomar ninguna decisión sin él, y menos tan urgente.

—Mientes. Rahotep era un esclavo en vuestras manos. No vuestro dirigente, aunque tenía mucho más talento para serlo que todos vosotros juntos, rebaño de ovejas negras... ¿Y la segunda pregunta?

—Para esa pregunta, la respuesta es la misma. —Abrió los brazos con aire exasperado—. No tenemos los papeles de Imhotep. Se perdieron. No sabemos nada. Alguien los robó. No lo sabemos.

—Eres tan prepotente como los demás. No conoces mis pensamientos. Me importa bien poco eso. No os creo. Y no es eso esta vez. Y lo sabes.

—La reina Heteferes.

—Sí.

El sumo sacerdote de Ra parecía divertido.

—Pero en vida le teníais tan poca estima como a mí mismo.

El faraón golpeó con su puño el brazo de su trono.

—¡Con la eternidad no se juega! Tú puedes ser un pútrido negociador de almas al que no le importa condenar a alguien si os conviene, pero yo no puedo presentarme ante Osiris con la conciencia sucia.

—¿Y el cuerpo de Huni? Vuestro padre, el viejo faraón, no os preocupó en su momento.

—¡Al diablo con él! Jamás me quiso, como no quiso a mi madre, Meresanj. Ni siquiera me nombró su heredero. Pero fue cortés y consecuente con sus esposas y yo lo seré con la mía.

—Tampoco nombró heredero a Rahotep.

El hecho de que nombrara a su hermanastro le relajó.

—No. Ni tampoco él quiso ser faraón. Me dejó a mí la ambición... Y yo le vendí a vosotros, como ahora pretendes que te entregue a mi hijo. No sé qué pretendía mi padre. Acaso también le hubierais vuelto loco con vuestra oferta. Pero mi poco cariño hacia él no viene al caso. Tengo la conciencia tranquila. He terminado su pirámide lo mejor que he podido, teniendo en cuenta la chapuza que os encargó. Su cuerpo ya no es salvable ni por todos los dioses juntos. Ellos saben que he intentado recuperarle su morada perfecta, pero ni eso ni su cuerpo...

—Pero el sistema de embalsamamiento aún no está listo...

—¡No te atrevas a engañarme! No eres el único que tiene espías. Estáis listos para preservar un cuerpo para la eternidad con todas las garantías.

—Sólo con la energía de una pirámide.

—De eso ya me encargaré yo. Hay recursos más allá de Imhotep. ¿Por qué crees que no te mando decapitar? Tú encárgate de que mi esposa sea embalsamada con esta nueva técnica.

—Pero han pasado muchos días...

—¡Me da igual!

El viejo sacerdote se serenó y sus labios dibujaron una sonrisa. Se abrieron en su rostro extrañas arrugas que sugerían que eran pocas las ocasiones en que mostraba aquella expresión, lo que hizo al rey agarrarse el estómago para frenar el ardor que le subía hasta la garganta.

—¿Qué podría aceptar como ofrenda?

—¡Esto entraba en el trato! ¡Maldito seas!

—Eso fue antes de que nos debilitaseis con vuestra política contra la nobleza.

—¿Qué tendrá que ver el clero con la política? Deberíais dedicaros a vestir y ofrendar vuestras imágenes, y por todos los dioses que si no llego a acceder a la inmortalidad me ocuparé de que no tengáis ni eso. Los dioses se revolverán en sus moradas viendo los sacrilegios sangrientos que se me ocurren. —Se detuvo a respirar para controlar el ardor hasta que pudo volver a hablar, casi en un silbido—. Igual que os he dado todas las riquezas os las puedo quitar.

—Y el pueblo os odiaría por ello.

—Te desafío a intentarlo. Jamás el pueblo ha querido más a un faraón.

Pero calló. Los dos sabían que el clero podría provocar una revolución.

—¡Por Osiris! Te daré riquezas. Siempre te las doy. Os lo he dado siempre todo.

—Eso no es estrictamente cierto.

—No. No lo es. Me pedisteis a uno de mis hijos, y ahora vuelves a insistir. Jamás te daré mi sangre. ¿Qué clase de dios sería si dejase que me controlase un rapado?

—Nunca hablamos de control.

—¡No seas estúpido! Insultas mi inteligencia, así que habla claro.

—Igual que vuestra devota hija participa en el culto a la bendita Isis, no vemos por qué no podéis entregar una mísera parte del tiempo de uno de vuestros hijos al culto a Ra. Kanefer es tan devoto como buen faraón será en su día.

—Lo que me faltaba. Permitir que influyerais en mi heredero.

—Pues dejadnos a Keops. Sabemos que tiene un carácter cruel y vengativo. Nosotros le inculcaríamos ese cariño y devoción que vos merecéis.

—Ya sé lo que le inculcaríais. Es más, ya lo habéis hecho. Corrupción en el alma, como a mi medio hermano Rahotep. Prefiero que sea él mismo. No insistas. Tendrás tu fortuna.

—La que le quitáis a los nobles para darnos a nosotros.

—Sois lo mismo. Me parece justo. Y no os importa de dónde venga.

—Luego reconocéis que vuestro trato no es justo.

—¡No juegues con mis palabras, o tu dios te verá sin nariz esta noche!

—Está bien. Aceptaremos vuestra... contribución al culto.

—El pago al chantaje, más bien.

El sumo sacerdote asintió. El pacto estaba sellado —uno más—, pensó el faraón, que no dejó de intentarlo de nuevo.

—En cuanto a los papiros...

El quejido del sacerdote sonó en falsete.

—¡No podéis negarme la posibilidad de que no tenga esos papiros! No podríamos dejar de usarlos. Incluso con el viejo Rahotep.

—¡Pero si acabas de pedirme a mi hijo a cambio!

—No es así. Os he pedido que vuestro hijo se forme en el culto.

—Sería la última vez que le viera.

—Lamento que tengáis tan poca confianza en nosotros.

—Déjate de tonterías. Hablemos del cuerpo de Rahotep.
—Está enterrado como merece.
—Dejadme verlo. Quiero rendirle honores. Mis hijos merecen verle. Son ajenos a nuestra disputa.
—Es imposible.
—Porque está vivo.
—Porque está enterrado junto a otros padres del culto a Ra.
—Hasta los sumos sacerdotes muertos deben ser honrados —ironizó.
—No es lo mismo. Un sumo sacerdote es un mero portavoz ante el pueblo y el faraón. Los padres del culto a Ra son los que gobiernan en la sombra y no pueden darse a conocer, por el bien de la permanencia del propio culto.
—Los nobles.
—No necesariamente.
—No me hagas reír.
El sacerdote sacudió la cabeza, hastiado.
—No puedo deciros más. El buen Rahotep ha muerto. Le estamos construyendo una mastaba digna de él, donde descansa junto con su mujer, Nofret, y hemos encargado una estatua al mejor escultor de Menfis, en posición de sentado, con su esposa. Y en cuanto a los papiros... No los tenemos. Repito que no podéis negar que hayan desaparecido con él.
Snefru le señaló con su dedo.
—Por esa posibilidad sigues vivo. Ahora vete.
A medio camino, el sumo sacerdote se volvió.
—¿Queréis que os traiga un antiácido?
—Si te atreves, trae un veneno y lo tomamos los dos.

18

MEHI

Año 2.618 a.C.

Según el método de trabajo que me autoimpuse desde crío, y a pesar de que conocía literalmente las escrituras de los papiros de los mejores arquitectos y constructores y las enseñanzas recientes de los maestros, no concebía otra manera de partir de las anteriores construcciones que visitándolas, aunque sólo fuera para rendirles tributo y rezar para que sus secretos me fuesen transferidos.

Y realmente me hacía falta, pues no tenía nada que indicara que fuera a triunfar donde el famoso Hemiunu había fracasado.

Nada.

Reflexioné.

Toda la sabiduría arcana sobre construcción empezaba y terminaba en Imhotep.

Comencé pues por su pirámide, donde reposaba el faraón Djoser el magnífico, desde no hacía tanto: unos ochenta años.

Recité, como tenía costumbre, las lecciones que guardaba en mi mente para reflexionar y tratar de encontrar un punto de partida:

Djoser significa sagrado, o santo.

Lo que daba que pensar. El mayor anhelo del rey debió ser desde siempre la divinidad, por encima del gobierno del país, tal vez.

Repasé las enseñanzas.

Imhotep, o «el que llega en paz», hijo de Kanefer, que fue jefe de las obras del país del Sur y del Norte.

Lo que en mis tiempos sería Hemiunu, así como sacerdote de Ra. No era casualidad.

Sus títulos ya resultaban abrumadores:

Canciller del rey en el bajo Egipto, primero después del rey, administrador del gran palacio, noble heredero, gran sacerdote de Heliópolis, carpintero, escultor y fabricante de vasijas de piedra, jefe de justicia, superintendente de los archivos reales, vigilante de lo que aportan el cielo y la tierra del Nilo, vigilante del país, jefe de los magos, portador de las fórmulas que hacen eficaces los ritos, el mayor de los videntes, el que ve al grande...

El gran hombre. A la sombra de su propio rey. El rey cuya obsesión fue la eterna juventud. Tampoco era casual. Su máxima búsqueda fue la que su faraón perseguía, y no otra. Me pregunté si no perdió media vida buscando un imposible.

Ni yo sabría decir en qué materia fue Imhotep más inteligente o, como se decía, tocado por los dioses.

En medicina, eran famosos sus escritos sobre los usos anestésicos de la flor de la amapola, sus tratados de anatomía, examen, diagnóstico, tratamiento y pronóstico de multitud de heridas con tal precisión que aún no se han mejorado. Sus enseñanzas sobre suturas craneales, la meninge, la superficie externa del cerebro, el líquido cefalorraquídeo, las pulsaciones intracraneales... Incluso él mismo se aplicaba algunas de las enseñanzas de manera práctica, como el ejercicio de presión en las arterias carótidas para calmar el dolor de cabeza al disminuir el flujo de sangre al cerebro.

Yo congeniaba especialmente con sus enseñanzas, porque, de cientos de consejos médicos escritos, sólo en una ocasión recurrió a la magia, siguiendo el método de la razón por encima de la superstición, tan extendida como reprobable.

Sus textos literarios eran guardados como obras de arte, y todos conocían el canto del arpista. Favoreció las artes escritas al generalizar el uso del papiro, hasta entonces reservado a una élite escasa.

Como administrador no fue menos famoso. Salvó a Egipto de una terrible hambruna gracias a su previsión de almacenar grano.

Patrono de los escribas, se le asoció a Thot, dios de la sabiduría, la escritura y el conocimiento, y en su tumba se dejan ofrendas de ibis momificados.

Pensé que fue sumo sacerdote en un tiempo en el que la residencia real y el centro administrativo estaban situados en una zona cuyo dios principal era Ptah, aunque la capital religiosa fuera Heliópolis, cuna del culto a la cosmogonía solar de Ra, lo que me dijo que no lo tuvo nada fácil. Las intrigas

religiosas habían sido la mayor causa de guerra, exceptuando las invasiones extranjeras.

Me encontraba frente a su obra más notoria. La pirámide escalonada, tantas veces imitada, aunque en menor proporción. Uno podía quedarse un día entero admirándola. El complejo adyacente era un mero añadido, por más lujo arquitectónico y técnica que denotara en su época.

La pirámide escalonada resultaba grandiosa por su perfección, por mucho que sabía que la disposición de las hileras de piedras y su tamaño no eran extrapolables a grandes bloques, cuya estructura requería un estudio totalmente aparte, pues sabía muy bien que las pirámides anteriores y aquella, por majestuosas que parecieran, no eran sino una sucesión de mastabas superpuestas.

Conocía muy bien su estructura. Era una de las cosas que no le importó transcribir, quizás conocedor de que su pirámide era aún imperfecta. No en vano se empezó por cavar en el terreno original un pozo en el que se perforó la cámara funeraria. Una vez enterrado Djoser, se levantó sobre el pozo una primera mastaba de forma plana, a la que se le hicieron dos añadidos en longitud, que no en altura y, más tarde, un primer añadido en forma de pirámide de cuatro escalones, y uno posterior de seis.

Incuso después, en pozos paralelos que conectaron con la cámara funeraria de la que derivaron otras cámaras, fueron enterrados príncipes y esposas reales.

Imhotep difundió las proporciones del triángulo sagrado, que respondía a tres-cuatro-cinco. Las relaciones simples del triángulo sagrado las conocían hasta los niños:

La hipotenusa es igual al cateto menor más la mitad del cateto mayor.

El cateto mayor es igual al doble de la diferencia de la hipotenusa con el cateto menor.

La hipotenusa es igual a la diferencia que hay entre el doble del cateto mayor con el menor.

Por tanto, diseñar un triángulo sagrado a partir del valor de uno de los catetos era simple: multiplicar dicho valor por tres cuartos.

La principal aplicación del triángulo sagrado era que podía utilizarse para construir ángulos rectos, pues la unión de tres palos o barras, cuyas longitudes estén en la proporción tres-cuatro-cinco, forman un triángulo rectángulo. Eso se

hacía también posible con la ayuda de una cuerda dividida mediante nudos en doce partes iguales.

Una pirámide diseñada con un ángulo sagrado contendría cuatro triángulos en su estructura, en cada uno de los apotemas de las caras.

Resultaba insultantemente abrumador que el cálculo de las pirámides se basara en algo tan simple.

Eso resultaba fácil. Pero la verdadera aplicación práctica era la que tenía que ver con el desplazamiento de los bloques de las hiladas y la altura de los mismos. Era Hemiunu el que, brillantemente, había llegado a tal conclusión. Y del mismo modo, se podía servir de la proporción para cortar el bloque de revestimiento de la pirámide, el exterior de cada hilada.

El sabio Imhotep sobrevivió a su rey Djoser e intentó una nueva construcción de una pirámide mejorada a partir del éxito y la investigación de la escalonada de Saqqara para el rey Sejemjet, pero la estructura fue abandonada cuando alcanzó una altura de unos diez codos.

Claro que sólo reinó ocho años, y el siguiente rey, Khaba, seis.

Paseé por el complejo funerario de Djoser, recreándome en la belleza de su decoración y perdí la noción del tiempo.

Pero me estaba yendo por las ramas. Volví a mis cavilaciones. Lo que sabía, sin duda, era que antes de Imhotep no se construía sino en adobe, y el paso a la piedra requirió mucha investigación en cuanto a empujes y cargas de pesos, con su consiguiente precio en construcciones imperfectas, como la de Huni en Meidun, o la romboidal en Dahsur.

Me desplazé a Meidun.

La pirámide escalonada de Huni, padre de Snefru, se había concebido como una sucesión de mastabas al estilo de la de Imhotep. Fue Hemiunu el que la concluyó por orden del faraón Snefru, en un gesto que le honró de cara al pueblo, pues no era común una generosidad de tal magnitud. Sin embargo, el método de reconstrucción de Hemiunu, desde la pirámide original en forma de tres mastabas superpuestas a la forma final como pirámide lisa, estaba condenada al derrumbe por la disposición de las capas lisas, en paralelo a las caras de la pirámide y sin sostén alguno. No aguantaría mucho tiempo.

Pero incluso a pesar de su evidente imperfección, la pirámide de Huni en Meidun resultaba impresionante.

Se había creado como una pirámide escalonada y Snefru alisó sus caras, pues Imhotep veía la pirámide como una escalera hacia el cielo, mientras que la nueva concepción la concebía como una ascensión a través de las paredes lisas del edificio, que materializan la forma pura de los protectores rayos del dios sol Ra, con quien va a reunirse el alma del faraón.

Algo tenía de revolucionario, pues no todo eran defectos a pesar de que las caras lisas se derrumbarían. Era la primera vez que la cámara funeraria no estaba excavada en la roca, sino presente en el cuerpo de la pirámide, aunque al nivel de la primera hilada de bloques.

Me di cuenta de que el hecho de que aquella pirámide tuviera las caras lisas respondía a que el faraón ya había pedido a Hemiunu lo que ahora me pedía a mí.

Finalmente, visité la llanura de Dahsur, donde se enterraba por entonces a los pudientes. Allí se había construido la que pretendía haber sido la morada de eternidad de Snefru, cuyo proyecto abandonó para encargarme una nueva a mí ante el fracaso manifiesto del jefe de constructores, que sin embargo tenía un gran mérito. No podía reprocharle mucho.

Su aspecto resultaba muy extraño, pues a una cierta altura su inclinación cambiaba, dándole el aspecto de una pirámide elevada sobre una colina de piedra.

Era una pena. El proyecto era grandioso, y de haber sido terminado con éxito, hubiera resultado una descomunal morada digna de su rey.

Pero cuando dos terceras partes estaban levantadas, las bóvedas revelaron fallos de contención, y uno de los pasillos a las cámaras funerarias también creó grietas. El colapso estructural era evidente, y los estudios de Hemiunu concluyeron que debía limitarse la carga. La manera más evidente de hacerlo era cambiar el ángulo de las caras, lo que limitó su altura unos cuarenta codos.

Me llamó mucho la atención que la rampa procesional hasta el templo partiera de una de las esquinas de la pirámide en vez de acceder a una de las caras.

Su tamaño era grandioso. Y su altura. Pero la inclinación cortada la convertía en una extraña construcción. Su perfil destacaba al sol. ¡Por Maat! Aquello no era una pirámide. Se parecía a la que el mismo Hemiunu terminó de alisar, notándose que había partido de aquella.

El mismo Imhotep se revolvía en su tumba.

Miré asqueado el templo a un lado de la pirámide. Había sido construido tan hipócritamente falso el uno como la otra. Incluso habían copiado el perfil de la pirámide para los muros exteriores del templo en un intento burdo y patético de disimular su defecto ante el pueblo. No me extrañaba que el faraón estuviese tan enfadado. Aquello no garantizaría la eternidad de nada.

Había repasado cientos de veces el cálculo de las cargas de acuerdo a los ángulos y al lecho del terreno. Estaba condenado al derrumbe, por mucho que hubieran presentado la obra al faraón como un éxito.

Paseé durante horas por la enorme llanura de Dahsur. El atardecer perfilaba la silueta oscura de multitud de mastabas en perfecta disposición, en calles en ángulos rectos perfectamente delimitados. Las enormes masas blancas de las caras de las mastabas, que calmaban el espíritu, contrastaban con la imperfecta y descomunal pirámide que hablaría de la inutilidad del maestro de construcciones que la firmó.

El color del cielo apaciguó un poco mi ira. Pero frente a mí había un espacio vacío inmenso. Mucho más amplio incluso que el que ocupaba aquel engendro.

Hacía calor, pero una certeza me hizo temblar de frío.

Aquel era el espacio reservado a la morada de eternidad de Snefru.

Y yo sabía que aquel suelo no aguantaría un monstruo de tal envergadura: los cimientos y las primeras hileras de una pirámide como jamás se había visto.

Tendría que hablar con el rey. Su pirámide no se construiría allí, o no tendría forma de pirámide perfecta.

19

GUL

Año 2.618 a.C.

El nubio estaba contento; el buen faraón había cumplido su trato.

Su pueblo jamás había tenido los medios que ahora los ingenieros e intendentes les procuraban para que construyesen sus propios sistemas de riego y canalización de aguas. Le contaron que su propia aldea no tenía que envidiar nada a las famosas huertas del delta del Nilo.

Snefru le había dado mucho más que su amistad. Le había dado poder. No sólo controlaban la guardia de palacio, sino que formaron un cuerpo especial Medjai, con perros enormes y feroces, que patrullaban las rutas del desierto. Y le habían premiado creando un moderno sistema viario, más eficiente que las viejas e inseguras rutas. Habían ampliado y limpiado muchas de las viejas carreteras de arena apisonada, y aprovechado los uadis, lechos de antiguos cauces de agua, para nuevas rutas, proveyéndolas de estaciones de descanso y pozos como sólo ellos sabían hacer en el desierto.

No ignoraba que también se abrieron caminos a las minas de oro de Nubia, pero no le importaba, pues jamás habían obtenido tanto a cambio del metal, sin contar las veces que simplemente entraban por la fuerza y se lo llevaban.

Ahora era distinto, y una parte de las ganancias del oro repercutía en las condiciones de vida de su pueblo, como una región más del país.

Incluso habían proyectado unos canales que vencerían los rápidos, cerca de las primeras cataratas que tantos barcos habían hecho naufragar, por más hermosos que parecieran.

Él era feliz. Tenía cuantas mujeres quería, pues la fama de buenos amantes de los nubios le precedía, y las aburridas mujeres de la corte se peleaban por acudir a los banquetes y las celebraciones reales, donde era fácil perderse en cualquier estancia menor.

Y es que su misión ya no era la de un soldado o un guarda. Él era jefe de la guardia real, y lo que empezó como un guardia más, compartiendo turnos con sus compañeros, se convirtió con el tiempo en un cargo cortesano. Su trabajo era proteger al rey. Y lo hacía de manera preventiva. Con información. Cultivó su propia red de informadores, tanto entre sus hombres y las escuchas que

ponía en las salas del palacio como entre los espías. Algunos de ellos dobles, a los que descubrió en su territorio y perdonó la vida a cambio de pasar a su servicio y traicionar a sus antiguos pagadores. Les daba informes falsos o poco relevantes, y a cambio recibía valiosa información de los nobles que odiaban a su amigo. Incluso sus mujeres resultaban una fuente de información tan valiosa como placentera. Su capacidad para esconderse y desaparecer de los banquetes era legendaria. Se decía que cada vez que se le perdía de vista, todos los nobles buscaban a sus mujeres.

No añoraba ya su pueblo ni a su familia. Cuando podía vivir con una función tan grata y acomodado en el lujo, resultaba difícil volver a ser el mismo de antes. Su nombre era venerado en su país como el salvador, cuando era Snefru el que administraba la nueva provincia.

Y, sin embargo, su amigo el faraón no era feliz. Sabía de su enfermedad, pero no era nada que no sufrieran la mayoría de los nobles al llegar a cierta edad y sólo en algunos casos resultaba mortal. Tenía al mejor médico. No creía que sufriera por eso.

Pero llegaba el momento de comenzar a pensar en volver a su país. No era una persona popular, e incluso el buen hijo Kanefer le miraba con un respeto rayano al temor. Tan pronto como muriera el faraón, que los dioses le guardasen muchos años, no sólo él, sino también sus hombres, perderían la seguridad que ahora tenían, y si los nobles recuperaban una ínfima parte de su poder, cualquier día serían carne de verdugo. En Nubia eran maestros en el tema y no le pillarían con la guardia baja.

Pero de todos modos, no abandonaría a su rey. Decidió hablarle. No solía tomarse gran confianza con él, aunque habían compartido incluso algunas de sus concubinas. Pero un día de especial calor le abordó cuando estaba meditando cerca del estanque sagrado, a los pies de dos enormes sicómoros.

—Mi Rey.

—Amigo mío.

—Dicen que estás enfermo. Que ya no se te levanta. Tal vez debas darme otro cargo más. Quizás «Apaciguador de tu harén».

El faraón echó atrás su cabeza y rió a carcajadas. Los dos lo hicieron.

—¿Te imaginas que cualquier otro me dice eso? Los maestros no me instruyeron para esto —dijo sin parar de reír. Se abrazaron entre convulsiones de las risas. Gul dejó pasar un rato mientras al rey se le pasaba el ataque.

—¿Estás enfermo de verdad?

—Lo estoy. Pero no es nada que deba preocuparte. Te garantizo que aún podría pasármelo bien en tu pueblo. Estoy por montar un viajecito. Ya me cansa tanta cortesía vana.

—¡Pues vamos!

Palmeó la negra espalda de su amigo.

—Ay, tengo trabajo. Ya habrá tiempo.

—Pues si tu verga está bien y el país mejor... ¿Qué diablos te preocupa?

El rey pareció continuar con su meditación, como volviendo a su estado original tras la broma. Era algo en lo que, últimamente, perdía gran parte de su tiempo, y a Gul le exasperaba que se abandonase de aquel modo.

—¿Parezco preocupado?

—Pareces un abuelo que se abandona al tiempo y se deja morir en paz mientras repasa su vida. En mi país lo llevaríamos al desierto para que no influya en el espíritu de los jóvenes.

—Los dioses de tu país son peculiares.

Gul rió la ocurrencia.

—A mí me parecen raros los vuestros, donde en cada ciudad el mundo fue creado de manera distinta, y los dioses se confunden entre ellos de tanto como fornican entre sí.

Ambos rieron de nuevo a carcajadas hasta llorar. Pero el faraón enseguida volvió a tornarse serio como una de las estatuas que le describían golpeando a sus enemigos.

—Sígueme.

Le llevó a uno de los pasajes que sólo ellos conocían y que los propios nubios habían excavado para la seguridad de su rey. Se sentaron a oscuras en un par de sillas plegables.

—¿Y si te ofrecieran ser un dios?

—En mi pueblo ya hay quien me considera como tal, y me han dicho que los viejos comienzan a venerarme. —Se miró de arriba abajo, deteniéndose en su faldellín—. Pero yo no me encuentro nada especial que no tuviera antes. Acaso un poco más arrugado

—Hablo en serio. Si existiera una posibilidad de que tras tu muerte ocuparas un lugar en la eternidad junto a los dioses de tus ancestros... ¿Qué harías?

—No lo sé. Es un tema para meditar...

Se dio cuenta de que su amigo no hablaba en broma. Era eso lo que le mermaba la vida. Snefru vio la sorpresa en sus ojos y rió.

—Me temo que es cierto.

—¿De dónde ha salido esa posibilidad?

—De los sacerdotes. Pero ahora me la niegan como en su día me la ofrecieron. Y se está acabando el tiempo de la diplomacia y la negociación. Cualquier día tomaré las armas contra ellos. Ya llevo demasiado tiempo en trance.

—Lo sé. Pareces una de tus estatuas.

—¿Me harás un último servicio? Tras eso, prepara tu huida y la de tus hombres y volved a Nubia cuando lo deseéis. Tienes todo el derecho a un reposo, a disfrutar de tu vida como dios vivo.

—Por supuesto. Por eso he venido a hablarte. No podía soportar tu melancolía. Sentía que te dejabas morir. Y me correspondía escoger si moría contigo o te dejaba con tu abstracción como a los ancianos en el desierto. Pero antes tenía que saberlo. Me alegro de que vuelvas a ser el mismo. Me aburría. Incluso las mujeres de los nobles comienzan a aburrirme.

El faraón abrazó a su amigo.

—Entonces quiero que vuelvas a ser soldado. Una última batalla.

—¿Contra quién?

—Contra Ra.

No oyeron una respiración ahogada entre unas pequeñas manos que cubrían boca y nariz para evitar que cualquier mínimo ruido la delatara. El nubio era como un animal y detectaba cualquier presencia. Pero ella era una gata.

20

UNI

Año 2.618 a.C.

Conocía al arquitecto Mehi desde niño. Fue su amigo cuando nadie más quiso serlo. Era rico. Más de lo que podía gastar. Pero su padre murió joven y no conoció a su madre.

Gracias a las nuevas leyes impuestas por Snefru, fue criado en la casa de vida hasta que lo circuncidaron en la ceremonia en la que recibió su amuleto de Maat, que le identificaba como escriba y juez de pleno derecho. Entonces recibió su inmensa herencia.

Se crió en un ambiente liberal, entre artistas, comerciantes, nobles y sacerdotes, y fue testigo de lo mejor y lo peor de cada uno. La temprana falta de su madre —jamás confió en sus nodrizas— y la muerte de su padre, por mucho que nunca se ocupara de él en cuanto al amor que un hijo necesitaba, le enseñaron que no todo se compraba. Los sentimientos eran un bien exclusivo de la persona, independientemente de su condición económica. Y, curiosamente, cuanto más dinero tenía, peor le trataban. Así que forjó su propio criterio mientras tenía muy claro que debía hacerse respetar por sí mismo y no por el dinero que su padre le legara, puesto que el dinero no podía remediar una puñalada en la espalda, pero el miedo sí podía atajarla.

Y la persona en que más confió fue el huérfano Mehi, al que veía en las mismas condiciones que él mismo, pero además pobre y solo.

Uni aprendió a moverse en los círculos cortesanos, sonriendo mientras identificaba a los arteros y besando a las damas que más le asqueaban, mientras que Mehi conservó el rencor hacia su clase, evidentemente, porque nadie, salvo él mismo, le había tratado con un mínimo de decencia.

Aquel día, el sol parecía dar una tregua, e incluso sentía un poco de frío, lo que hacía que todo el mundo, sobre todo los supersticiosos ciudadanos corrientes, se encerraran en sus casas. Los patronos se las veían y se las deseaban para sacarlos a trabajar, lo que a Uni le resultaba gracioso. No era sino una particularidad más de las curiosidades del pueblo egipcio, capaz de linchar a un

extranjero que maltratara a un gato o una serpiente, ambos animales sagrados, cuando muchas de sus costumbres sin duda serían consideradas excéntricas fuera de los límites de las dos tierras.

El viaje sin Memu había sido un inmenso placer. Sabía sin duda que aquel inútil no iba a dar ningún resultado a la misión, ni bueno ni malo, así que dejaba que al menos se cobrase venganza en el pueblo. Le dejaría a sus anchas durante un tiempo y luego le quitaría sus privilegios, pues si le cortaba ahora el flujo era capaz de colarse en su dormitorio y rajarle la garganta. No quería ni pensar lo que le haría a su mujer. Ya habría tiempo de librarse de él. Lo que le costara sería un mal menor con tal de tenerle lejos... ¡Que ya tenía ganas de dormir con su esposa!

Había mandado llamar a Mehi a su mansión, pues sabía que el Rey le había implicado en todo aquel embrollo. Lamentaba que así fuera, por mucho que su amigo fuera el más capacitado, pues sabía del peligro que corrían. Las fuerzas en disputa eran mucho más poderosas que un mero faraón. Y mucho más, sin duda, que un simple escriba o un arquitecto, por listos que fuesen.

Apenas pudo esperar a bajar de su silla. Mehi corrió a abrazarle.

—¡Viejo amigo!

—Amigo viejo, ya.

—De eso nada. Estás estupendo. Apenas tienes tres o cuatro años más que yo, así que no te hagas la víctima.

—¡Los únicos que me decís eso sois tú y mi esposa, lo que me da a pensar que mentís, pues sois los únicos que lo haríais piadosamente por mí!

—Está bien. Disculpa. Pareces un abuelo. Te he traído un cayado para que te apoyes. ¿Ya has hecho testamento?

—¡Tampoco es eso!

Los dos amigos rieron mientras entraban a la grandiosa mansión. Mehi siempre se quedaba boquiabierto, aunque para él no era sino una sucesión de incómodas paredes y columnas. Lo único que le gustaba era el jardín.

—No me mires así. Sabes que cambiaría la casa por un barrio obrero donde pudiese vivir en paz.

—Hagamos un experimento. Yo viviré tu vida durante una estación. Y tú vives la mía.

Uni se puso serio.

—Me temo que no van a diferenciarse mucho.

—No es para tanto. Es una fantástica oportunidad. El sueño de un constructor.

Se veía a Mehi tan ilusionado que Uni se sintió culpable por tratar de bajarle los pies desde los dominios de Nut.

—Ya se tornará en pesadilla.

—No sabes lo que dices.

—Lo sé demasiado bien, pues llevo algo más que tú en esto.

Mehi no pudo evitar estremecerse.

—¿Tan grave es?

—Vengo de un pueblo donde casi matan a un infeliz por la codicia que ha despertado un mero cofre que se suponía contenía los papeles de Imhotep.

—Dime, Uni... ¿Tú crees en eso?

El menudo escriba meditó largamente la respuesta.

—No es lo que yo crea. Mi deber es creer. Es lo que está en juego.

—El poder.

—Pero un poder superior al sacerdocio y a la nobleza que conocemos. Para ilustrarlo, te diré que Snefru es como un niño que juega a ser cazador y hace cosquillas con un palo a un hipopótamo. Y en este momento, el animal comienza a molestarse ya de tantas cosquillas.

—Pero, ¿crees o no crees en ese poder?

—Tú y yo hemos estudiado los logros de Imhotep. No está tan lejano. Ha pasado el espacio de tres vidas largas y parece que vivió hace cientos de años. Pero era un genio y no hay que descartarlo.

—¿Crees que lo que buscaba era realmente la inmortalidad de Djoser, o simplemente una excusa para considerarle dios a los ojos de los hombres?

Uni pensó con agrado que su amigo, en verdad, era digno de su confianza y la del faraón. Le sonrió con cariño mientras contestaba.

—Buena pregunta. Aunque Imhotep lo hubiera tenido muy fácil para encontrar esa excusa. Al fin y al cabo, la sangre real está emparentada con el mismísimo Horus. Al menos, esa ya es una excusa lo suficientemente buena para que cualquier advenedizo con ansias de poder no pretenda asesinar a cada gobernante. La estabilidad del flujo familiar de los faraones es importante. Es mejor un mal rey que una guerra interna. El pueblo egipcio soporta un mal faraón mejor que una mala crecida, puesto que no deja de ser la voluntad de los dioses. Los que sucedieron a Djoser hasta Huni el golpeador, son la prueba. Hemos sobrevivido a ellos, incluso a costa de perder casi todo el mejor legado escrito del sabio. Y Snefru es el mayor faraón que las dos tierras han conocido. Sólo por eso merece la inmortalidad, amén de ser nuestro común amigo.

—Siempre envidié tu sabiduría. Lo reduces todo a nuestra amistad —dijo Mehi con sarcasmo—. Y siempre te pones del lado de los nobles.

—Te ofuscas demasiado mirando tu espalda golpeada y tu origen humilde para pensar con claridad. Si te libraras de esos prejuicios, serías mucho más sabio que yo.

—Tal vez lo haga, ahora que ya soy uno de los vuestros.

—¿Lo ves? Tiendes a generalizar de nuevo. Me acabas de meter en el saco de los nobles.

—Lo siento. Era broma. Snefru me ha librado de esa obsesión haciéndome «jefe de las moradas de eternidad del faraón» —recitó su título oficial con sorna.

—Te repito que es una carga. Y ni siquiera ha retirado su cargo a Hemiuu.

—Lo sé, pero es para lo que nos han preparado, y tenemos que encontrar las armas que hagan a Snefru inmortal, con o sin los papeles del venerado.

—Pues vete haciendo a la idea de que será sin ellos. Descansemos un poco.

Mandó llamar a algunos sirvientes, que les trajeron un refrigerio frío que a Mehi le supo al mejor de los banquetes. No se cansaba de alabar los platos.

—¡Mehi! ¡Por Ptah divino! Vas a nombrar más a mi mujer que a mí. Su ka estará feliz por cientos de años.

Los dos rieron la broma. Uni miró al que consideraba su hermano dejarse vencer por el sueño. Le dejó dormir al frescor del jardín. Ordenó que le tapasen con una capa de lino y él mismo se echó a dormir a su lado durante unas breves horas.

No envidiaba la labor de su amigo, puesto que la suya era anónima pero la de Mehi era más que evidente, y en el mismo centro de todas las iras. Cualquiera que quisiera dañar al faraón lo haría por su punto más débil.

¡Qué lejos quedaban los días de su enseñanza! Ambos se habían hecho hombres entre penas que ahora les hacían reír. Habían superado muchas dificultades con el apoyo mutuo, y sólo a través de una fuerza de voluntad que desafiaba el poder establecido por milenios de leyes no escritas lograron salir adelante, por encima de mayores fortunas y menores capacidades intelectuales que derivaban en rencores vengativos.

Dormía muy poco. Era parte de su naturaleza enclenque y enfermiza. Pero descansaba gustando de la meditación agradable y de la presencia, aunque silenciosa, de una persona amada.

Pero ya el alba se hacía fuerte de nuevo. Despertó a su amigo entre sonrisas. Mehi se despertó como si aún estuvieran hablando.

—Perdona. Me he quedado traspuesto. Me estabas hablando de...

Uni sonrió, siguiéndole el juego.

—Te decía que te he traído al infeliz que te mencioné antes.

—¿Quién? ¡Oh! El pobre diablo al que su pueblo entero traicionó por el cofre de los supuestos papeles de Imhotep.

—Ese mismo.

—¿Y qué se supone que va a hacer conmigo? Aún no tengo un jardín que me cultive.

—Si no me equivoco, es mucho más que un jardinero. He conocido a pocos tan devotos e inteligentes. Es duro como una roca y te será fiel hasta su misma muerte.

—Entonces te hace más falta a ti que a mí.

—No lo creas. Pero recuerda que es muy vulnerable respecto al tema que le trae hasta ti. Él piensa que se trata de un castigo del faraón por fallarle en lo de los papeles. Cree que va a trabajar moviendo piedras.

—¿Y no lo es?¿Te has inventado un castigo y me lo envías a mí a cumplirlo?

—Tenía que darle algo que pudiese aceptar. Si no, se hubiese hecho matar.

—¡Pues vaya ayuda que me regalas!

—Si no creyera que va a serte muy útil, créeme, no te lo daría.

—¿Y qué hago con él? No creo que sepa de proporciones arquitectónicas.

—Le encontrarás utilidad. Confía en mí. Sólo mantenlo cerca. Que aprenda. Que vea lo que haces. No le cuentes lo que persigues. Ya tiene su razón de vivir.

—¿Cuál es?

—Tú.

21

MEMU

Año 2.618 a.C.

El veterano soldado estaba eufórico. ¡Por fin! Le habían dado una misión que requería algo más que músculo fuerte y hierro afilado. Incluso había mejorado su opinión del estirado escriba. Le había dejado solo y había partido a Menfis sin preocuparse por el resultado de su misión. ¡Confiaba en él!

Debía recuperar un arcón que la mujer se había apropiado. Por lo visto era esa la causa por la que habían juzgado al incauto. No había tenido ninguna oportunidad. Ni siquiera había un testimonio a favor. ¡Ni uno sólo! Como un cordero a la mesa de ofrendas. Aquello le había aburrido. Esperaba un poco de diversión, pero tuvo que conformarse con raciones moderadas de una cerveza agria insoportable y las únicas putas del lugar. El muy cretino, antes de que el pueblo entero le repudiara, había prohibido la prostitución. Rió con fuerza. ¡Cómo no iban a joderle!

Aún esperó un par de días y fue a visitar a la mujer. Estaban ampliando una casa en el poblado. Incluso habían tirado algunas casas adyacentes para hacerle espacio.

Se permitió hacerle esperar casi una hora. Aquello le enfureció, pero esperó sonriente.

¡Qué maravilla! Una casa así es lo que había estado esperando toda su vida. Un bonito jardín donde los árboles frutales apenas dejaban ver la luz del sol con un estanque cubierto por las hojas verdes y olorosas. Sin serpientes ni escorpiones. Con gatos por todas partes, preciosos y sinuosos, como las mujeres que le gustaban. Una casa no muy grande pero razonablemente lujosa, con estancias donde se podía dormir sin asarse de calor y sin que los insectos le comieran a uno.

Aquella cámara, que adivinó era la mejor de la casa, era luminosa y amplia y estaba recién pintada por artistas venidos de la capital, con imágenes de templos y avenidas de Menfis.

«¡Pobre pueblerina! Echaba de menos la riqueza y las relaciones de la que creía era su clase».

Al fin apareció. Era verdaderamente hermosa. Mucho más de lo que se había mostrado en el juicio, a pesar de que todos sabían que se había follado al juez. La hora pasada había valido la pena. Se veía ufana con sus mejores prendas, dejando sus magníficos pechos al aire, disimulados entre valiosos collares que hacían bailar las piedras preciosas, del mismo tamaño que sus pezones, en un delicioso juego de identificación que demoró sin importarle su evidente mirada, que lejos de molestarle, pareció agradarle. Bueno. Tenía todo el día.

—Capitán Memu. Espero no haberos molestado con la espera. Estos días son muchos los asuntos que arreglar.

El soldado asintió rotundamente con la cabeza.

—No quería irme sin conoceros. Vuestra belleza llega tan lejos que pedí acompañar al escriba supervisor para comprobar si los rumores eran ciertos.

—¿Y lo son?

—No. Eres más bella aún de lo que dicen.

Nefret rió entre dientes. Memu supo que iba por buen camino. Ni siquiera pestañeó cuando la trató con la confianza de los íntimos.

—Dime, ¿sabes quién soy?

—Vuestra fama os precede.

Memu sonrió. «Me encanta que me adulen», pensó. Se preguntaba si alguien le conocía en Menfis aparte de las putas que maltrataba.

—Encantadora. Entonces sabréis que sirvo directamente al faraón por encima de cualquier cargo.

Un leve temblor y una sonrisa nerviosa delataron a Nefret. Memu le tomó las manos.

—He conocido a muchas mujeres hermosas en Menfis. Pero la corte es odiosa. Parecen cacatúas. Tú eres distinta. Tienes carácter e inteligencia.

—No creo poder compararme con las damas de palacio que hayáis conocido.

—Ya lo creo. Y saldrías ganando. Se pavonean en los banquetes y entre ellas despotrican de sus maridos, pero no tienen tus redaños para denunciarles. Me gustaría que me acompañaras y lo vieras por ti misma.

—Como...

—Como mi mujer. Tú puedes aportarme inteligencia y carisma, y yo puedo aportarte nobleza y riqueza. Vivirás en mi palacio y tendrás acceso a cualquier círculo que desees.

—Y yo creía que veníais por mi riqueza.

Memu rió con ganas.

—Regálaselo al pueblo. Esto no vale nada al lado de lo que yo poseo.

Saboreó el farol como un buen vino. No había nada como la codicia para ablandar a las mujeres.

Ella sonrió, apretándole la mano.

—Es una oferta tentadora.

—Que espero sellar ahora mismo.

Memu la atrajo hacia sí. Ella no se resistió. La besó con pasión, retirando el chal que cubría sus hombros y jugando con las piedras alrededor de sus pechos. Bajó una mano hacia su entrepierna, apartando las leves y sedosas telas. La retiró mojada. Sonrió.

«¿Qué le excitará más? ¿Yo, o mi oferta?»

Se apartó con un gruñido el faldellín y se echó sobre ella, penetrándola sin más prolegómenos. Ella suspiró, mirándole fijamente. El se movía suavemente al principio. Nefret movió sus caderas, adecuándose a él. Eso le excitó y empujó con fuerza, como a él le gustaba. Ella emitió un leve quejido de dolor entre el placer.

—¿Dónde está el arcón?

—¿Qué?

Ahora empezaba la diversión. Levantó el pecho, sujetándose con los puños sin dejar de empujar. Ella elevó su cuello en un suspiro y él aprovechó para abofetearla.

—¿Dónde está el arcón?

Pareció que la mujer despertara de un sueño. Se dio cuenta de que algo iba mal, aunque no parecía tener claro si formaba parte del placer o era una verdadera amenaza. Debió decidir que escogía la primera opción y sonrió, moviéndose de nuevo.

—Lo tiene mi hijo.

Memu empujó con más fuerza, susurrando entre jadeos.

Ella se dio cuenta de que no era un intercambio mutuo. Él obtenía su placer y le hacía daño. Comenzó a intentar apartarle, con leves gestos de dolor que causaron el efecto contrario en él, pues le excitaban más y más.

—¿Y dónde está tu hijo?

—Lo envíe lejos. No pensarías que le iba a abandonar a la codicia del pueblo.

—Mal hecho.

Memu cerró los ojos. Golpeó sin mirar. Supo que había encontrado su cara.

Ella sollozó.

—¿Dónde está?

—No lo sé —gimió, totalmente abandonada.

Memu rugió de frustración y se abandonó al placer, perdiendo la noción del tiempo y de lo que hacía.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Preguntaba rítmicamente.

Dejó de percibir la realidad, cerrando los ojos y entregándose a su brutal placer, hasta que explotó con un rugido y abrió los ojos.

Sangre.

Levantó su cuerpo con asco. No se veía su cara entre el velo pringoso del pelo enredado en sangre, pero su cuerpo estaba inerte de un modo que conocía bien.

Salió de ella maldiciendo su estupidez.

La sacudió por los hombros. El cuerpo se movió como una marioneta sin hilos.

—¡Por Seth!

Todo había salido mal. No debió matarla. Ni siquiera se había dado cuenta de que hacía algo más que darle unas cuantas bofetadas. Eso a las mujeres les gustaba... ¿No?

Uni se enfadaría. Y no porque la matara, pues tal vez ni siquiera llegara a enterarse, y tanto le daba en realidad, sino porque volvería sin una puñetera pista sobre el puto arcón y su mierdoso contenido de papiros inútiles.

Le costó encontrar agua suficiente para lavarse, pues el estanque de la casa estaba expuesto y no quería que nadie viera a un demonio cubierto de sangre. Aún estaban de obras y no era fácil pasar inadvertido. Cuando encontró un poco de agua en la cocina, ya tenía la sangre pegada como si fuera brea roja. Casi vomitó del asco.

Se lavó con fuerza y registró la casa tranquilamente en busca de algún indicio del hijo.

Comió en la cocina y aún bebió un poco de cerveza.

Ningún criado osó acercarse a él en las dos horas que pasó allí. Nadie en el pueblo se atrevió a hacerlo.

El verdadero juez, el pequeño escriba, había emitido su veredicto, y él había aplicado la ley.

No le había sacado la información. Si lo hubiera sabido, ella lo hubiera dicho.

Pero lo había pasado en grande.

—Me encantan estas misiones. Es mucho mejor que pelear contra ladrones y animales del desierto —dijo en voz alta.

MEHI

Año 2.618 a.C.

—¿Me estás diciendo que los antiguos estaban confundidos? ¿No sois capaces de levantar una pirámide y pretendes escudarte en eso?

El rey se mostraba inflexible. No quería escuchar más que las palabras que deseaba que se hicieran realidad, pero yo no era un cortesano adulador.

—Majestad, la pirámide de Mehi se vino abajo porque el terreno no aguantó tanto peso.

—Pues reforzad los cimientos.

—Los cimientos cederán si la capa que hay debajo no es firme. Tal vez no sea cuestión de años, ni de una o dos vidas, pero caerá tan cierto como que construiré lo que me pidáis.

El faraón se serenó. El arquitecto le había hecho llamar a Dahsur para que estudiara las opciones. Creía que se trataba de meras formalidades, como decoración o estructuras de cámaras.

—¿Qué me propones?

—Que la trasladéis a la llanura de Guiza. La piedra es mejor y la construcción se asentará sobre la base rocosa de la misma cantera. Allí podremos levantarla tan alto como queramos. Además, está más cerca y se verá mucho más hermosa.

—¿Entre colinas?

—La colina de al lado es de piedra de mala calidad. Si no podemos utilizarla, la abriremos para construir templos y mansiones. Le pondremos un impuesto, obligaremos a construir con ella y sacaremos provecho.

Snefru sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. No se trata de que sea más grande. Imhotep descubrió que las medidas perfectas ayudan a conservar el cuerpo. Pero esa es sólo una parte. De la otra, del alma, no sabemos nada. ¡Nada!

—¿Y vuestros astrólogos?

—Unos inútiles que solo saben predecir buenas venturas, como las viejas en los mercados.

Me tomó por los hombros.

—Yo tengo confianza en ti, y sé que puedes hacer una gran pirámide, pero sin los papiros de Imhotep, su ubicación sin fundamento haría que sirviese tan poco como aquella. —Señaló la de Hemiuunu con gesto de asco—. Lo único que tengo claro es que generaciones de sabios han construido aquí. Y es la única y pobre garantía que tengo sobre este lugar. No tengo ninguna sobre Guiza.

—Comprendo.

—Entonces dime qué opciones tenemos, aquí. Supongo que habrás considerado eso.

Yo estaba preparado para llegar a este punto, pero no esperaba que fuese tan rápido, sin poder presentarle batalla. Suspiré.

—El ángulo y la inclinación perfectos son imposibles con esta base, por mucho que aseguremos los cimientos.

Snefru se agarró el estómago.

—¿Quieres que me entierren allí? —gritó—. ¿No me das alternativas?

Yo sonreí.

—No. No me rendiré tan pronto. He realizado pruebas de peso con ángulos distintos, teniendo en cuenta que tenemos la referencia de peso e inclinación de la pirámide de Huni. Podéis ver las maquetas.

Le llevé a una enorme estancia en el palacio que se me había asignado.

Había mesas con varias maquetas de pirámides a pequeña escala. Snefru se interesó por todas ellas, examinándolas desde distintos ángulos, pero cuando se volvió hacia mí, su ceño estaba de nuevo fruncido.

—Muy bonitas. Pero eso no me garantiza que cumplan su cometido. Si el ángulo no es...

—Venid.

El faraón levantó las cejas, asombrado por mi insistencia. Nadie se atrevía a interrumpirle, aunque no mostró enfado, sino una curiosidad que le llevó a seguirme en silencio a otra estancia oscura, iluminada apenas por unas velas. Pasó por debajo de una cortina de lino para evitar que entraran insectos, detrás de mí.

—Explícate.

Yo sonreí.

—Lo que veis es una réplica de las pirámides de la otra sala. Pero éstas están huecas. He hecho muchas pruebas en cada una, poniendo trozos de carne en posiciones diferentes, hasta que he determinado la más conveniente a nuestro propósito, y he dispuesto las pirámides de distinto ángulo con trozos de carne cortada en el mismo momento.

Me miró asombrado. La sombra de la herejía cruzó por sus ojos, pero terminó sonriendo sin dejar de abrir la boca.

—Continúa.

—Todas estas pirámides son factibles en el suelo de Dahsur. Juzgad por vos mismo.

Vi como el rey se acercaba a las pirámides con reverencia, incluso con miedo. Se agachaba y miraba los pedazos de carne, arrugando en algunos casos la nariz, asintiendo en otros. Repetía gesto en todas, mostrando un respeto ceremonial nada reprochable. No en vano, su propio cuerpo era lo que iba a estar dentro de una pirámide proporcional a una de aquellas maquetas. Seguramente la sombra de enfado era por compararle con un mísero pedazo de carne cruda. Pero era muy inteligente y comprendió al instante.

No dije nada, permaneciendo de pie durante el largo proceso ceremonial del examen del rey, que duró tanto que tuve que caminar para evitar que mis piernas se durmieran.

Al fin, Snefru vino hacia mí y me abrazó, conmovido. Yo le devolví el abrazo con afecto. Me tomó del hombro y me llevó hasta donde estaba la que yo sabía que elegiría.

—¿Esta es la que tú hubieras escogido?

—Así es. El ángulo no llega a ser el perfecto, pero es colosal. Más ancha y un poco menos alta de lo que debiera, pero será recordada por siempre, y vos con ella.

El rey señaló la carne, preguntando sin hablar.

—Sí. Es la posición exacta. Os mantendrá en condiciones de ser devuelto a la vida durante mucho tiempo.

Calló durante un rato.

—¿Y en cuanto a...?

Abrí los brazos.

—Ahí mandáis vos. Todo lo que tenemos es vuestro recuerdo de las conversaciones con Rahotep.

Asintió con la cabeza.

—Quiero que vaya orientada en el sentido del sol. Que la cara noble sea la Este y apunte al sol de la mañana, en vez de la orientación de Imhotep Norte-Sur. Debe recrear el viaje de la barca solar que lleva el alma del difunto en el viaje análogo al que Ra recorre cada día. Por eso ordenaré construir dos grandes barcas simbólicas que colocaremos en dos fosos secos al lado de la pirámide.

El rey rechinó los dientes.

—Maldito si recuerdo nada más.

Yo callé. No podía aportar nada. Le miré interrogativo. Se encogió de hombros y asentí. No tenía ni idea del porqué.

—Comenzaré las obras en breve.

Él asintió emocionado, sin dejar de mirar aquel pedazo de carne. No se atrevió a preguntar cuánto tiempo llevaba ahí sin corromperse. Me miró interrogándome con la mirada. Yo reí, encantado de complacerle.

—Podríais comeros esa carne tranquilamente.

Alargó la mano y la cogió, agitando levemente el brazo como si fuera un trofeo. La olió con fuerza, como si fuera la primera flor del año, y se la llevó a la boca con furia, masticando con gesto de asco al principio, ampliando una

sonrisa de niño a medida que comprobaba que el sabor de la carne era, efectivamente, saludable. Ya lo creo que se comió aquel pedazo de carne. Nunca pensé que se atreviera a hacerlo, pero jamás ninguna carne le supo mejor. Tragó el último pedazo con aire de triunfo sin dejar de mirarme, sonriente. Parecía volver a ser un niño.

Al fin salimos, pero se volvió a agarrarme con sus brazos fuertes. No parecía un faraón, sino un soldado o un campesino.

—Es importante que termines esta pirámide lo antes posible, porque voy a endurecer mi postura contra la nobleza y el clero, y temo represalias. Voy a convertir mi palacio en un auténtico fortín, pero... Ahora que ya nada espero del clero, no cederé más a su chantaje.

Asentí, aunque no pude evitar un cierto escalofrío. Si le ocurría algo...

—De todos modos, tanto tú como Uni continuareis investigando por si llegaran a aparecer pistas sobre los papiros. No puedo permitir que vuelvan a perderse conocimientos. Como sabes, voy a institucionalizar un grupo de escribas funcionarios a mi servicio para poner por escrito y conservar todos nuestros avances... ¡Ah!, por cierto... Uni está ocupado siguiendo una pista.

»Quiero que hagas transcribir cómo se embalsama un cuerpo con la nueva técnica. No quiero volver a pagar dos veces por ese conocimiento, y no confío en sacerdotes ni funcionarios espías. Ya he tenido demasiado de eso.

—¿Qué? ¿Yo?

El faraón ya estaba muchos cuerpos por delante de mí. Juraría que sonreía.

HENUTSEN

Año 2.617 a.C.

La vida sin él se hacía insoportable.

Sólo le había vuelto a ver una vez. Aunque no le hubiera hecho falta, pues ya se los había metido a todos en el bolsillo con sus falsas amenazas; sobornó a la sacerdotisa y a la vieja para que hicieran la vista gorda.

Henutsen se recreaba recordando una y otra vez la escena. La habían hecho llamar. Era tarde. Casi el ocaso. Pensó que había hecho algo mal y la iban a castigar.

Pero apareció él.

Sus ropas eran sencillas, como las de ella, extrañamente parecidas en color y mala calidad. Había recordado ese detalle y se había esforzado en ponerse a su altura (a la de un desarrapado), lo que la emocionó. No deseaba deslumbrarle con joyas ni riquezas, sino sólo con él mismo. Se acercó.

—Perdona. No pude avisarte antes. Espero que después de todo esto no me digas que no.

—¿Qué quieres hacer?

—Vamos de paseo. Les he prometido que antes del alba estarás aquí de nuevo. —Miró a la anciana, que sonreía estúpidamente—. De lo contrario me costará mucho más caro.

—No lo sabes bien —rió entre dientes Henutsen.

La llevó de la mano entre las callejas que daban al puerto.

—¿No temes la noche? —preguntó. La princesa se encogió de hombros.

—No soy una niña muy corriente.

Él sonrió.

—Por eso me gustas.

No pudo evitar sonrojarse, aunque él no se dio cuenta. Adoraba y se sentía a la vez avergonzada por esa capacidad suya de anular su voluntad y convertirla en la suya propia. Se diría que, cuando estaba con él, su única misión en la vida era hacer que se sintiera bien, y hubiera apostado el amor de su padre a que él sentía lo mismo que ella.

Se sintió volar de su mano, hasta que se encontró dentro de una barca, acondicionada con comida, mantas y una vela.

Él la miró a los ojos, esperando una reacción por su parte; tal vez que ella se asustara, pero en lugar de eso, Henutsen rió de placer y se sentó entre los cojines, mirando la comida con gula. Mehi se acomodó a su lado.

—¿No sabes por qué te he traído aquí?

—Espero que no para venderme a un traficante de esclavos.

Él puso los ojos en blanco. Evidentemente no le gustaba su ironía cortesana. Hen se dijo que tenía que reprimir esos comentarios o la terminaría reconociendo.

—Disculpa. Me portaré bien.

—Espero que no pienses que pretendo...

—¡Calla! Esto está muy bueno.

El barco salió del puerto. Tuvo que discutir airadamente con varios hombres de aspecto fiero. Incluso con oficiales del puerto, lo que le extrañaba mucho. Tuvo miedo de que no fuera capaz de salir del problema. No le hubiera gustado nada tener que airear su identidad para sacarle del lío, aunque sabía que, de hacerle falta, no lo dudaría. Sonrió imaginando la cara que pondría.

Pero al fin pareció controlar la situación y él mismo se sentó entre los remos y manejó la barca. Se veía que era algo que no acostumbraba hacer, y se sonrojó, azorado, hasta que aprendió a gobernar los remos y el timón.

No se veía sino la luna y su resplandor en el agua. Era un espectáculo precioso. Ella se había comido casi todo y habían charlado como niños, pero ahora callaban, mirando el reflejo pálido y brillante oscilar entre las leves olas que causaban el débil bamboleo del barco. La brisa era fresca y ella se acurrucó junto a él, tapándose con la misma manta. La cogió de la mano, tan tímido como encantador, y la miró a la cara. Reunía fuerzas para decirle algo. Alguien capaz de recorrerse todos los templos mirando a los sumos sacerdotes a los ojos y amenazándoles, tenía miedo de la reacción de una chiquilla.

—Casi es el momento.

—¿De qué?

—Calla. Ya empiezan. No puedo creer que no lo sepas. Es indignante que te mantengan oculta hasta el punto de no saberlo, por muy extranjera que seas.

Henutsen fue a replicar, pero él le tapó la boca con la mano en un gesto suplicante. Ella calló y dirigió la vista a la orilla, donde le señalaba.

Al principio pensó que estaba bromeando, pero un murmullo respetuoso fue invadiendo las orillas. Un rumor creciente que se acercaba. Le pareció oír cánticos, pero no estaba segura, medio dormida como estaba, acunada por el leve vaivén de las pequeñas olas que la propia barca creaba. Se acomodó en el cálido regazo de Mehi y le dio igual aquello que fuera que debía ver. Se sentía relajada y feliz. No imaginaba ningún lugar en el mundo en el que prefiriera estar. Ni entre las riquezas de palacio, ni entre el cuidado de sus sirvientes. Los brazos del hombre del que se sabía ya enamorada irremisiblemente eran el lugar más acogedor que pudiera imaginar, y se esforzó en recordar la sensación de placer entre el sueño y la vigilia, entre el frescor y el calorcillo de sus brazos,

más cerca del cielo que de la tierra, para recordarla más tarde, cuando se sintiera sola.

Casi se durmió, pero la volvió a despertar un leve ronroneo, pues Mehi no se atrevía apenas a cambiar su postura. Debía estar agarrotado.

Algo llamó su atención. El murmullo ya no era tal, sino un rugido creciente de cánticos, ahora sí audibles entre las ondas que la brisa jugaba a acercar o alejar a voluntad. Se esforzó por escucharlos. Le resultaban familiares, pero tardó en identificarlos.

¡Himnos a Osiris!

De pronto, y entre la negra y absoluta oscuridad de la noche en el río, sólo rota antes tenuemente por el reflejo lejano de alguna linterna, la luz se hizo en el Nilo, lo que al principio la deslumbró y cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, el espectáculo más maravilloso que jamás hubiera visto se manifestó ante ellos.

Cientos, miles de lucecitas fueron tomando las aguas y se deslizaron con la suave corriente, acercándose a ellos y llenando la negra superficie de destellos de luz que iluminaron las orillas, descubriendo el acertijo.

—¡La fiesta de las luces de Osiris!

Mehi sonrió.

—Te ha costado mucho. Pensé que, siendo extranjera, no conocías la costumbre.

—¡Cómo no la voy a conocer!

No pudo hablar más. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su madre, la reina Heteferes, la había llevado siempre al puerto real a entregar su ofrenda al río. Tomaban una pequeña linterna, apenas un trocito de vela sobre un barquito de madera de juguete, y la dejaban en la orilla, empujándola suavemente, mirándola desaparecer entre miles de luces de origen más modesto, pequeñas mechas entre botecitos de aceite sobre hojas de papiro.

Mientras siguieran su luz con su mirada, podían pedir un deseo. Cuanto más tiempo guardaran su luz consigo antes de perderla, más posibilidades tenían de que el deseo se cumpliera. Le había parecido la fiesta más bonita del calendario, porque era la que compartía sin palabras con su amada madre. Cada una tomaba su barca y la dejaba en el agua, murmurando sus oraciones, y luego se abrazaban sin hablar, emocionadas.

La fiesta conmemoraba la búsqueda de Isis de los pedazos esparcidos por el mundo de su marido Osiris para recuperarlos y recomponerle. Los egipcios encendían linternas en todo el país para ayudar a Isis a iluminar el mundo y que así le resultara más fácil su labor divina. No sólo en el río, aunque sí con un especial énfasis; también en cada calle, en cada campo, en cada pueblo, templo, casa, y en la más pobre de las chabolas del peor suburbio de Menfis. Todos sin excepción, desde el gran verde, el mar del delta, hasta los confines de Nubia, ayudaban con fervor a la diosa Isis en aquella noche oscura.

Abrió de nuevo los ojos, sacudiéndose las lágrimas. Mehi notó su tristeza.

—¿Estás bien?

Ella sonrió sin dejar de llorar. Ni había recordado que ése era el día de la fiesta. Tenía tanto trabajo rutinario que olvidaba el día en que vivía. O tal vez siempre lo supo y quiso actuar como un día más para evitar pensar en su madre y su familia, y emocionarse con la nostalgia y el anhelo de todos ellos. No le extrañaba que hubiera tenido que discutir con el inspector del puerto; no permitían jamás navegar en el Nilo esa noche. Realmente debía tener poder para haber logrado eso, pues en su familia jamás se le había ocurrido a nadie, a pesar de ser los únicos que hubieran podido hacerlo.

—Sí. Es precioso. Gracias.

—Supongo que, después de todo, has oído la historia alguna vez.

—Por supuesto.

—Pero no creo que conozcas los detalles. Hay muchas versiones. Tantas como pueblos, ya que en cada pueblo las historias varían según su concepción de los dioses, sus familias y las relaciones con las ciudades vecinas. Te contaré una. Es muy distinta a lo que hemos aprendido, pero no menos bonita. La que me enseñaron de niño.

Ella no se ofendió porque él le contara una historia que conocía también desde que tuvo uso de razón, incluso varias de sus versiones. Le gustaba escuchar su voz y sentirse mecida y acariciada por ella, y se dejó hacer mientras le miraba arrebolada, sin escuchar su mensaje, sólo disfrutando de su pasión y del amor que le regalaba con cada palabra.

De los cuatro hijos de Geby Nut, Osiris era el más sabio y también el más querido por su labor como soberano de la tierra y los hombres, a los que enseñó las leyes y la agricultura. Se casó con su hermana Isis y engendró a Horus.

Otro de los cuatro hermanos, Seth, que odiaba a Osiris y envidiaba su cargo, reunió algunos hombres y se puso manos a la obra. Tomó medidas de su hermano mientras éste dormía y ordenó hacer un magnífico sarcófago que se ajustase a ellas.

Después, en una gran fiesta a la que acudirían todos los dioses, Seth mandó sacar el sarcófago, que como esperaba llenó a todos de admiración por su belleza y buen gusto. Ofreció regalarlo a quien por sus medidas le sirviera. El último en probarlo fue Osiris, y en cuanto estuvo dentro del sarcófago, este fue cerrado, sellado y tirado a las aguas del Nilo por los hombres de Seth.

Isis, aconsejada por Tot, dios de la sabiduría, dejó al pequeño Horus en Buto al cuidado de la diosa tutelar y emprendió camino hacia el delta con el fin de ocultarse de Seth y encontrar a Osiris.

Durante su difícil camino, seguía cualquier pista que pudiese conducirla hasta Osiris, y así, más allá del Nilo, ya fuera de Egipto, decidió hacerse pasar por criada en el palacio de Byblos con la intención de encontrar un

árbol muy especial del que había oído hablar. Al fin lo descubrió; el sarcófago había sido llevado por las aguas hasta una orilla en la que un pequeño árbol, al darse cuenta de la divinidad del ocupante, comenzó a crecer para protegerlo con sus ramas. Y el rey de Byblos, por su parte, al descubrir tan esplendido árbol, ordenó llevarlo a palacio.

Inmediatamente Isis recuperó su apariencia de diosa y sacó el sarcófago del tronco para llevarlo a Egipto, donde Osiris descansaría en tierra sagrada.

Una vez de vuelta, Isis dejó el féretro en las marismas del delta con la intención de ir a Buto a ver a su pequeño. En el camino, una voz le anunció que Seth había encontrado a Osiris en las marismas donde ella lo había escondido y lo había destrozado, desperdigando los pedazos de su cuerpo por todas partes.

Isis comenzó a buscar cada parte del cuerpo de Osiris, e iba dando sepultura a las que encontraba; los hombres construirían templos más tarde en cada uno de esos lugares. La ciudad de Bubastis se levantó donde fue enterrada su columna vertebral. Más al sur, en Abydos, Isis encontró la cabeza de su marido y se pudieron llevar a cabo las honras fúnebres que le permitirían comenzar su viaje a la inmortalidad.

Rápidamente se dirigió de nuevo a Buto para encargarse de la educación de Horus, que una noche, mientras dormía, y a pesar de la protección de la diosa tutelar, fue picado por un escorpión y murió. Isis, destrozada, pidió ayuda a Ka y éste mandó a Tot a devolverle la vida al pequeño.

Los dos continuaron viviendo en Buto, donde nadie sabía de su origen divino, y allí fue donde Horus creció preparándose para el día en que vengaría la muerte de su padre y reclamaría su corona real.

Al llegar el momento, como Seth también reclamaba la corona, era la Enéada la que debía decidir. Los dioses, después de mucho tiempo deliberando, tras escuchar a las dos partes y el consejo de Neith, la madre divina, pensaron en dar a Horus la corona de su padre, pero Atón-Ra, que presidía el tribunal, dudó de Horus por su juventud. Así que, años después, el juicio continuaba con los argumentos y las luchas cuerpo a cuerpo entre los oponentes, en las que Horus fue mutilado y Seth perdió un ojo. Tot curó sus heridas y decidió que la solución era contactar con Osiris en el país de los muertos, donde reinaba, para que les ayudase a decidir.

La respuesta de Osiris, un amargo reproche a los dioses por el mal trato dado a su hijo e increpándoles a actuar con justicia entregándole la corona, puso fin al pleito.

Horus fue coronado como merecía, con la corona blanca como símbolo de soberanía sobre todo Egipto y con el disco de oro que simbolizaba su victoria sobre Seth, que terminó inclinándose ante él y aceptando su soberanía.

Henutsen acarició su cara.

—Es preciosa.

Él se limitó a sonreír con aquella expresión por la que ella daría la vida.

—Tengo un regalo para ti.

Sin decir nada, alargó la mano y deshizo un bulto envuelto en una tela. Ella ya sabía lo que contenía, aunque de nuevo se emocionó.

Mehi sacó dos pequeños barquitos con una velita, que encendió con no poco apuro, pues la brisa corría rápida, y le dio uno a Henutsen sin dejar de abrazarla. Ella se acercó al borde de la barca y rezó a Osiris en silencio, deseando que aquel hombre extraño la hiciera feliz para toda la eternidad.

Acercó la linterna al agua con manos temblorosas y la dejó caer. Un instante después la siguió la de Mehi. De nuevo se apretó entre el cobijo de su cuerpo caliente, sin romper el silencio encantador.

Las luces eran ya incontables y los reflejos en el río casi cegadores. Incluso llegaban al bote. Jugaron a admirar el cariño que ponían las gentes sin recursos en aquella luz incapaz de alumbrar nada por sí sola, pero que junto al resto del pueblo egipcio iluminaba la noche entera. Hasta las más pobres hojas de papiro estaban decoradas con fórmulas de devoción al dios y su esposa, declaraciones de amor, deseos expresados con motivos que iban desde elaborados dibujos tallados en las hojas con un improvisado punzón, hasta verdaderas barcas de madera policromada en complejos diseños y pinturas.

Pasó más de una hora hasta que el fervor de las gentes remitió, las luces se apagaron y los cánticos decayeron. En todo ese tiempo, los dos jóvenes no se movieron, disfrutando de la paz y del calor mutuo.

—Hen...

No le dejó decir una palabra más. Le tomó la cara entre sus pequeñas manos y le besó. Sabía a canela y olía a piel limpia. Nada de perfumes ni maquillajes. Aquello le encantó y recorrió su cara con sus besos. Él temblaba, de la sorpresa al principio, y sólo un poco más tarde, de excitación. Se tumbaron en el incómodo bote. Ella se echó encima suyo, amoldándose a su cuerpo y frotándose contra él, jadeante.

Mehi consiguió separar apenas sus labios.

—Les he prometido...

Una novicia debe ser virgen...

—No seas inocente.

Guardó el recuerdo de aquel primer acto de amor durante toda su vida. Ni siquiera sintió el dolor que se le suponía al desfloramiento de su virginidad.

En los días siguientes, no dejó de recordar la escena una y otra vez. Incluso cuando oficiaba y lanzaba sus rezos al aire pensaba en eso, o en la leve intimidad de su estera bajo la fina manta, cuando no podía evitar deslizar su mano bajo la ropa y acariciarse recreando su cuerpo.

Había sido dulce y apasionado a la vez. Sus caricias eran apenas soplos de la brisa en su piel, pero sus besos llevaban fuego. Había tenido miedo de hacerle daño hasta que ella misma le había golpeado con su pelvis y él se había dejado liberar de esa atadura de ternura excesiva, y la tomó al fin con tal ardor que hubieron de agarrarse con ambas manos a los bordes del barquito.

No pudo evitar reír cuando recordó su rostro cohibido al volver a mirarla a los ojos tras dejarse caer ambos, con la vista en la luna. Ella no tardó mucho en volver a cubrir de besos suaves su cara.

Él sonrió.

—He estropeado tu carrera como sacerdotisa.

—No te preocupes. Hablaré con mi padre. Me encontrará acomodo como esposa de un joven emprendedor con futuro.

Él rió a carcajadas. ¡Qué fácil parecía todo estando a su lado!

—¿Es que no tienes miedo de nada?

—De no verte más.

—Pues ese debe ser el más tonto de tus miedos.

Despertó con las mejillas húmedas. No podía evitar llorar al recordar aquel desgarró siempre que regresaba del sueño en aquel momento mágico y él ya no estaba a su lado.

Se levantó más pronto de lo habitual.

Se aseó y acudió inmediatamente ante el altar menor del patio a la diosa. Cada mañana pedía respetuosamente a Isis su perdón por haberse mancillado, y le rogaba que no la apartase de aquel hombre tan poco corriente.

—¡Henutsen!

Se volvió. La llamaban en la puerta del templo. Pero no había nadie, exceptuando a un nubio tan grande como dos hombres, de aspecto fiero, que habló con voz de trueno.

—Mi nombre es Gul y soy vuestro protector.

Ella se extrañó.

—Sé quién sois. Pero vuestro trabajo se limita a palacio. Y en todo caso, una espera un poco más de educación de un sirviente.

—Con todo el respeto, mi trabajo se desarrolla donde vuestro padre ordena.

—Aquí no necesito protección.

—Eso lo decide vuestro padre. Volvéis a palacio. Portaos bien y venid conmigo. Sólo soy un sirviente. Hablad con él y no me lo hagáis difícil.

24

HARATI

Año 2.617 a.C.

Una vez dejó el pueblo, le liberaron de las ataduras y viajó como uno más durante días, hasta que le dieron orden de presentarse ante el constructor Mehi en Dahsur.

No tardó mucho en llegar, pero hubo de esperar un día entero para verle, día que empleó en reconocer la ciudad que se había formado en apenas unas semanas. Si se quedaba solo sin hacer nada, se volvería loco.

Era grandiosa. Barrios enteros perfectamente organizados por sus funciones. Los canteros formarían la clase más noble dentro del conjunto y se llevaban las mejores casas de ladrillo, con patio y un pequeño jardín. Los obreros se hacinaban junto a sus familias en casas de adobe. Acudían de todos los puntos del país. Y no sólo por el dinero de un buen sueldo durante años. Era un trabajo duro, pero el faraón lo merecía, pues había cambiado el país a favor de las clases más pobres, y la sensación de que a los obreros les importaba realmente la eternidad del faraón era palpable. De algún modo, aquellas gentes humildes sentían que, independientemente de su propio juicio, participarían de la eternidad de su querido faraón, como uno vive un poco a través de sus hijos. Y por supuesto, aliviarían mucho el peso de su corazón en el juicio de Osiris a su muerte sólo por haber ayudado a su rey a construir su morada de eternidad.

Se preguntó en qué medida le serviría a él.

Había un ejército de funcionarios para coordinar aquella marea que crecía sin parar. Durante los próximos quince o veinte años, aquella ciudad sería casi más grande que la propia Menfis. Habría fiestas, bodas, ceremonias, templos, crímenes, epidemias...

Y él participaría de aquello. Aunque aún no sabía cómo. Suponía, sin duda, que con los obreros comunes, pues no tenía mucho más que su espalda para ofrecer, a pesar de la extraña fe que tenía Uni en él.

Esperó todo el día a la puerta de la residencia de su nuevo amo, hasta que éste llegó, bien entrada la noche.

—Tú debes ser Harati.

Se levantó a toda prisa. Se había dormido.

—Sí, mi señor. Disculpad mi falta.

—He recibido una carta de Uni. Me habla de tu piedad, nobleza y otras virtudes que no te sirvieron para evitar que todos se confabularan contra ti.

—En verdad merezco la muerte. Y aún temo que sea castigo demasiado dulce para mí.

Mehi sonrió:

—¿Conoces los versos de la disputa entre un hombre desesperado y su alma?

Harati negó con la cabeza baja.

—Te los recitaré.

*Ay, mi nombre hiede,
Ay, más que la fetidez de la carroña
en los días de verano cuando el cielo arde.*

*Ay. Mi nombre hiede,
ay, más que cuando se atrapan peces,
el día de la pesca, cuando el cielo arde...*

*La muerte está hoy ante mí
como cuando un hombre enfermo se restablece,
como cuando uno sale libre tras el confinamiento.*

*La muerte está hoy ante mí,
como la fragancia de las flores de loto,
como cuando uno se sienta a la orilla de la embriaguez.*

*La muerte está hoy ante mí,
como un sendero bien delimitado,
como cuando un hombre regresa de la guerra.*

*La muerte está hoy ante mí,
como un cielo despejado,
como cuando un hombre descubre lo que ignoraba.*

*La muerte está hoy ante mí,
como cuando un hombre añora ver su hogar
después de haber pasado largos años en cautiverio.*

Ay, mi nombre hiede.

Harati sonrió tristemente.

— Así es exactamente como me siento yo.

— ¿Quieres saber lo que el alma le contesta al hombre desesperado?

— Sí. Tengo curiosidad.

Esto es lo que el alma me dijo: deja a un lado la lamentación, compañero mío, hermano mío... Yo me quedaré aquí, si rechazas el Oeste. Pero cuando llegues al Oeste y tu cuerpo se una a la tierra, entonces me posaré tras tu descanso y habitaremos juntos.

— Es un bello poema.

— Sí. Y te ordena que no dispongas de la muerte por tus propias manos.

— Reconozco que lo he pensado. Pero estoy a tu merced, y si me lo ordenas, respetaré mi vida.

— No es una orden, es una acción coherente con tus creencias. Terminar antes de lo dictado sería cobarde, cuando puedes poner remedio a aquello que has hecho mal en la vida.

— La única verdad cierta es que le fallé a mi rey. Lo demás es relativo. Pero llevas razón. No me haré matar.

Mehi se sintió intrigado. En efecto, el modo de hablar no era el de una persona inculta, y su razonamiento parecía muy inteligente y reflexivo.

— ¿Sabes? La carta de Uni decía que responderías exactamente eso. Dime, Harati: ¿qué voy a hacer contigo?

Se encogió de hombros.

— Ponedme a cargar piedras.

Mehi sacudió con la mano esa posibilidad.

— Sería una falta a Uni. No. Duerme y mañana al alba me acompañarás. Ya te encontraremos utilidad.

Así fue. Al alba, cuando Mehi salió de su lujosa casa, Harati le esperaba en el jardín.

— ¿Dónde vamos?

— A ver a unos médicos... muy especiales.

Se desplazaron en barca hacia Menfis. A una hora de lento navegar, llegaron a un embarcadero improvisado, a varios miles de codos de la capital. Mehi se extrañó de encontrarse aquella nada, hasta que comprendió que debían encontrar las construcciones hacia el interior, por raro que pareciese.

Caminaron durante media hora, y aún les costó encontrar unas curiosas construcciones pegadas a unas colinas rocosas de aspecto frágil.

Un sacerdote les esperaba. Su aspecto era tan tosco como sus vestiduras. Ni siquiera iba bien afeitado y su higiene no era correcta. Los dos visitantes se

indignaron, pero la curiosidad les hizo callar por el momento. Los pocos que salieron a recibirles asustarían al más salvaje criminal. Mehi se encontró tan azorado entre las miradas burlonas que ordenó que se dispersaran, hablando a solas con el supuesto sacerdote que, en cualquier caso, tenía tanto aspecto de serlo como cualquiera de los otros.

Esperaban algún tipo de estancia, y lo que encontraron fue un pasadizo excavado en la roca que llevaba a amplias galerías oscuras que olían a maldad, sin más iluminación que gruesos velones que apenas iluminaban enormes mesas pétreas de aspecto macizo y huecos excavados en la roca, que servían de armarios donde se apilaban mercancías. Algunas eran identificables. Las más, no.

Mehi no quiso ver más. Se dirigió al sacerdote.

—Explícame esto.

La mirada maliciosa que precedió a la respuesta puso los pelos de punta a Harati.

—¿Quién creéis que va a ocuparse de esto de buen grado?

Ambos comprendieron. Nadie quería aquel oficio. Era arrogante ponerse en el lugar de los dioses, e inhumano tratar con los despojos de personas que hacía poco pensaban y vivían como ellos. Nadie soportaba enfrentarse a la corrupción material del ka sin poner en duda sus creencias más básicas.

—¡Fuera!

El sacerdote abandonó la estancia con fuego en los ojos.

—¿Quién manda aquí?

Un siniestro personaje se acercó. Un brujo. Mehi pensó que no podía pasar de los treinta años por la manera de moverse y su porte altivo, y sin embargo su cara aparentaba más del doble. Se diría que tenía arrugas en las arrugas.

—No manda nadie. —Señaló al sacerdote—. Él nos paga y hacemos lo que nos ha ordenado.

—¿Funcionará?

El siniestro personaje pareció ofenderse.

—Llevamos haciendo esto desde siempre. Los nobles siempre han querido algo más que su cuerpo enterrado en la arena caliente y han pagado bien por ello. Se perdieron muchos conocimientos antiguos, pero continuamos intentándolo. Lo hemos probado con animales con éxito, aunque no sabemos si para toda la eternidad.

Rió con un rictus que le afeó y que repugnó a sus dos visitantes.

—¿Qué garantía hay?

—Ninguna. Haremos nuestro trabajo y nos iremos.

—¿Quién eres?

—No soy nadie... Como los demás. Pero nos pagan bien y no nos pedirán cuentas aquí. Ni debéis pedir las vosotros. Si sentimos que se nos falta el respeto, no trabajaremos. Nadie más quiere hacer esto, y eso, en cierta medida, nos hace valiosos, un valor que se debe reconocer... con inmunidad.

—Esperad.

Salieron. El sacerdote les esperaba.

—¿Cuánto les pagáis?

El silencio fue la respuesta. Mehi comprendió que tal vez se quedaba con gran parte del sueldo de aquellos empleados tan especiales.

—Lárgate. Ya no tienes nada que hacer aquí. Vuelve con tu siervo.

—No sois nadie para ordenarme nada.

—¡Vete y no me hagas perder la paciencia!

Sin decir nada, el sacerdote se lanzó hacia Mehi con furia, pero no llegó a tocarle. Un cuchillo se clavó en su pecho con fuerza.

Mehi se volvió. Miró y volvió a mirar, pero no había nadie más que Harati.

—Gracias. Sea cual fuere tu deuda con Uni, la has pagado en tu primer día.

Harati no dijo nada. Mehi se volvió hacia la puerta en la colina, donde miraba sin pestañear el mago, al que la luz del sol sentaba tan mal como al sacerdote.

—Entrad. Llamadles a todos.

Tardaron bastante rato en acudir, lo que hablaba de poca disciplina. No había más de una docena de hombres que parecerían peligrosos incluso entre lo peor de la sociedad.

—Os estaban engañando. Yo os ofrezco nuevas condiciones. No en nombre de ningún falso sacerdote ni de ningún dios corrupto, sino en el del propio faraón.

Los ojos se abrieron.

—Se os pagará como a médicos reputados y se os tratará como a tales. Pero trabajaréis aquí por siempre. Desde hoy, y mientras no abandonéis este lado del río, se os perdonará cualquier crimen o falta pasados. Sin excepción. No se harán preguntas ni reproches. Todos sois aquí tan respetables como el mismo faraón. A cambio, quiero un trabajo bien hecho: la eternidad. Con dedicación plena, disciplina e intimidad total. No interferiréis con gente del exterior. Cuando lleguéis a la edad de jubilación, se os pagará vuestra renta y viviréis como nobles, siempre que no infringáis la ley de nuevo y os mantengáis en un plano discreto. No podréis hablar de lo que se hace aquí bajo pena de muerte. Seréis algo más que médicos o sacerdotes. Seréis el mismo Osiris, y se os respetará y temerá. Pero vosotros y vuestras familias tendréis lujo. Harati será vuestro jefe.

—¿Yo? —El buen hombre se quedó más blanco, si cabe, que los recién nombrados médicos.

—¡No! —La respuesta del brujo fue rápida—. Si ha de ser como decís, nosotros pondremos nuestras propias leyes y las ejecutaremos. Eso significa que nadie nos ordenará nada fuera del cumplimiento del trabajo. Si lo deseáis, habrá un enlace con el exterior, puesto que no nos agrada el trato con otras

personas, y vuestro Harati puede hacer esa función, como vos mismo, pero seremos nosotros quienes pongamos o quitemos a nuestro jefe.

Mehi asintió sin inmutarse, ante la burla de la imitación de su voz.

—Me parece bien.

Se acercó al siniestro personaje, y sin decir nada, le abofeteó con fuerza con el dorso de su mano. Un golpe plano, como el que se da a un niño que se porta mal. No dañino, pero sí vergonzante.

—Pero exijo respeto. Trabajáis para mí y no quiero burlas ni indisciplina. Lo que hacéis es una labor sagrada y no debe tomarse a la ligera. No lo permitiré.

Como respuesta, un silencio tenso. Mehi no había pasado más miedo en su vida, pero pensó que si se dejaba burlar por aquel indeseable en su primera entrevista, ya nunca podría hacerse con ellos. Esperó sin moverse la respuesta del malencarado en forma de golpe, y deseó que Harati fuera tan valiente de nuevo como había sido antes.

Pero nada ocurrió. Lo tomó como una aceptación tácita y continuó:

—Vuestras condiciones me parecen justas. Pero seréis responsables de vuestro trabajo con vuestras vidas. Los cuerpos serán sagrados para vosotros. Incluso si vienen rodeados de tantas joyas como seáis capaces de imaginar. Si falta una sola, os juro que cierro las puertas y os pego fuego dentro. Nombrareis una persona... respetuosa, que se encargue del cobro de vuestro salario y los medicamentos y víveres que necesitéis. Yo os enviaré a alguien de confianza que trate con él. Os haré traer cuantos medios necesitéis para transformar esta pocilga en un consultorio médico limpio y correcto, que respete a los cuerpos y las almas, y en el que tengáis todas las facilidades para trabajar. No habrá límite en los recursos que os hagan falta, pero si me entero de que alguien se queda con nada de lo que entre, yo mismo lo embalsamaré... vivo.

El feo asintió con la cabeza. Y con igual parquedad hizo leves gestos y todos abandonaron la estancia.

Los dos visitantes salieron al calor del sol, agradecidos de librarse de aquella pátina aceitosa de olor nauseabundo.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esto el primer día.

—Uni ya me dijo que tu tarea era más complicada que la suya. Y el ataque de aquel sacerdote no era casual. Ni los animales más crueles atacan con ánimo de matar sin una orden concreta. No era espontáneo.

—Lo sé. Y no me parece justo arrastrarte a esto. Puedo asignarte tareas más cómodas.

Se encogió de hombros, imitando su voz, como había hecho el mal encarado.

—Sería una falta a Uni. No vayas a abofetearme.

Los dos rieron.

Al cabo de no mucho rato, el siniestro personaje salió de nuevo.

—Nos parece justo.

—Hay algo más. Enviaré a un escriba. Le describiréis con todo detalle el proceso, los útiles y productos que emplearéis.

—No es coherente. Si revelamos nuestros secretos, podrá hacerlo cualquiera.

—No hay peligro. Esa transcripción quedará en poder del faraón y no la dará a conocer.

—No me refiero a eso. No nos parece bien que nadie entre a husmear en nuestro territorio. Habréis de ser uno de vosotros dos.

Mehi asintió de nuevo. De todas maneras, era a él a quien se lo había encargado el faraón, así que aún tenía posibilidades de dar a Harati esa tarea. El campesino lo leyó en su cara inmediatamente.

—Me parece justo.

—Es justo. ¿Quién es nuestro primer cliente?

—La reina de Egipto.

Hubo un silencio tenso.

—Pero su cuerpo ya se habrá deteriorado. Ha pasado mucho tiempo.

—Ha sido tratado por los mejores médicos de palacio y conservado en arena y natrón.

—No nos responsabilizaremos de los resultados de un cuerpo que no nos haya sido entregado inmediatamente tras los ceremoniales de paso a la luz.

—Me parece bien, pero en este caso, haréis lo que una reina merece.

—Lo haremos.

MERITTEFES

Año 2.616 a.C.

Acababa de enterarse de que la princesa Henutsen había vuelto, por orden real. Era su deber como buena esposa ayudar a hacer que se sintiera de nuevo como en su casa.

Así que la mandó llamar tan pronto como se instaló de nuevo en su cámara privada, la misma que la había acogido durante su niñez, cerca de la de su padre. Irritadamente más cerca que la suya propia. ¡A ver si la niña iba a influir más en el rey que su gran esposa real!

La entrevista que había escuchado en los túneles donde solía escaparse con su amante y guardia nubio Kemet la había asustado como nada antes en su corta vida. ¡Hablaban de eternidad! No había podido dormir bien en muchas noches. No tenía a nadie a quien pedir ayuda ni más información. No sabía bien en qué consistía el secreto. Podía ser desde una insignificante tontería, o algo realmente relevante. Y en boca de los dos interlocutores, sonaba muy, pero que muy importante.

Así que frecuentaba todos los ámbitos cortesanos que hasta ahora había evitado.

Kemet le avisó tras una media hora de espera, un protocolo bien amistoso según las reglas de cortesía. Ella le premió con un beso, delante de la propia princesa.

— ¿Qué queréis de mí?

— Pasad.

Se había puesto uno de sus trajes más sensuales, aunque había ahorrado los carísimos aceites que se solían derramar sobre él para pegar el lino a su piel, pues no hacía falta el ornamento por esa vez. Sus encantos era evidentes de todos modos, y la mentalidad de una mujer no era la misma. Se fijaría en ella aunque fuera vestida de lino grueso. Caminó como la gata que era, controlando su territorio y mostrando su clase a la intrusa.

Invitó a la princesa a sentarse en unas cómodas sillas, semejantes a tronos tapizados, que a Henutsen le parecieron un insulto al faraón. Se sentó, pero no se relajó, tensa como un animal en el matadero.

—Sólo quería hacer más grata vuestra vuelta. Sentí mucho no poder conoceros... conocerte cuando me casé con tu padre. Me hubiera gustado mucho que hubieses bendecido nuestra unión con tus buenos deseos.

—Sabes que deseo lo mejor para mi padre. Si tú estás incluida en su felicidad, no me importa darte la bienvenida.

—Gracias, querida. Mi posición no es fácil. Sentía mucho respeto por la reina, tu madre, y debes saber que entré en el harén cuando ella ya murió, así que no la conocí personalmente... ni le falté al respeto yaciendo con su hombre.

—Tu... respeto me conmueve.

—No me malinterpretes. No pretendo sino llevarme bien contigo. Peleándonos no ganaremos nada y haremos infeliz a tu padre. Por eso, por el amor que le tengo, he ordenado llamarte.

—Y me has provocado besando a un guardia.

—No es sino un gesto de amistad.

—Uno no hace amistad con un guardia. No cuando el guardia responde ante tu marido, el faraón.

Meritfetes se encogió de hombros.

—Cumplirá mejor su tarea si hay un vínculo conmigo más fuerte que la orden de un capitán.

Henutsen miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en un estante al borde de un altar dedicado a varios dioses en el que se sucedían diversos objetos alargados de diferentes materiales.

—¿Mi padre aprueba que te des placer con esos... cachivaches?

La gran esposa real se acercó y tomó uno entre sus manos. Su preferido. Largo y cálido, de madera noble, con cabeza de la diosa Bastet, la gata. Lo acercó a Henutsen, que lo rechazó con asco.

—¿Qué pretendes, lanzarme un hechizo o una enfermedad? ¡Esto es un insulto! Mi padre va a saber de esto.

—Para nada, querida. Te confundes. Por supuesto que proporciona placer, pero su principal función es de ofrenda a la diosa. Y no es una práctica que debiera sorprenderte en absoluto. Sabes perfectamente que cuando Isis recuperó los pedazos diseminados de su marido Osiris, uno de los trozos que no encontró, su falo, fue sustituido por uno artificial al que dio vida con un conjuro mágico por medio del cual revivió a su esposo, fue inseminada con él y con él tuvo a sus hijos. Por eso no deberías enfadarte. Me consta que tú misma eres muy devota de Isis... Y eso no es óbice para que encuentres tu propio placer... Y tal vez tu padre querría saber de esto. Haré que mis artesanos hagan uno para ti con la forma de tu diosa, así podrás ofrecerle tu energía, como yo, a veces, ofrendo la mía.

Henutsen tembló de ira. Aquella bruja la había hecho seguir y sabía lo suyo con Mehi.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Nada! Ya te lo he dicho. Sólo llevarme bien contigo. No te preocupes. No voy a decir nada a tu padre. —La tomó de las manos—. Es cierto que tengo mis informadores...

—¡Tus espías!

—Mis informadores dispuestos allá donde la familia de mi rey pueda ser... perjudicada. Cariño, yo he sabido de tu aventura, pero piensa que podrían haber sido los enemigos de tu padre, y tú y tu amante correríais un grave peligro. Es mejor que me haya enterado yo, porque, como verás, tengo buena voluntad, y así podré... podremos ayudarnos mutuamente.

—¿Y qué vas a hacer para ayudarme?

—Por lo pronto, redoblar la guardia sobre tu persona y vigilar a tu novio. Si yo lo sé, es fácil que ellos también lo sepan.

—Mi novio sabe cuidar de sí mismo.

—Eso esperamos todos.

Henutsen frunció el ceño.

—Espera. Has dicho... ¿Quiénes son ellos?

—¡Cariño! Tu padre tiene enemigos. Por eso te ha hecho llamar. No puede garantizar tu seguridad en el templo, y necesita estar tranquilo ante posibles represalias.

—¿De quién?

—No lo sé. Conozco la consecuencia, no la causa. Y pretendo hacértelo más fácil a ti y a tu padre. Por eso te pido que no le pongas nervioso con preguntas incómodas. Yo tampoco lo haré con revelaciones estériles.

—No me has respondido. ¿Qué quieres de mí?

—Sólo respeto, mi querida niña. No quiero que me ames como a una madre, y me es indiferente que me odies como la concubina frívola que entretiene a tu padre. Sólo quiero que me respetes.

—Tendrás algo más que mi respeto.

Henutsen salió con el bello rostro encarnado. Merittefes rió de su encantadora ingenuidad. ¡Vaya con el constructor! No era tan inocente como parecía. Su ambición parecía superar la suya propia.

26

UNI

Año 2.609 a.C.

Nunca lo había considerado como una opción seria, pero ya no era tiempo de lógica y razonamientos ortodoxos.

Su mujer había muerto.

Su alma gemela. Alguien que le amaba por lo que era y quién era, no por lo que tenía, ni siquiera por la forma de esa absurda y condicionante cáscara que es el cuerpo y su apariencia.

Ella no era bella, como él mismo, según los arbitrios de la hermosura externa, pero se comprendían con una mirada, y se expresaban su amor más allá de lo meramente carnal.

No lloró. Su dolor era más profundo que el lamento teatral de las plañideras. Más intenso, como un puño que tira del cuerpo hacia dentro cuando se aprieta.

Al principio quería morir y reunirse con ella. Librarse de su cuerpo y ponerlo junto al de ella, en la misma morada de eternidad, y de esa manera dejar libre su Ba para verla sin su envoltura: pura, etérea, sin las trabas de cuerpos torpes que les limitaban, y fundirse en uno hasta que les llegara la hora de regresar a sus cuerpos. Pero recordó que tenía una misión más importante que él. Guardó, pues, su vida mientras tuviera una utilidad. Pero al retomar las opciones, vio que no había logrado nada. Y ya nada le importaba.

Así que consideró las posibilidades más extremas. No tenía nada que perder. Si moría, se reuniría con ella con la dignidad intacta, y si tenía éxito... ¡tal vez incluso pudiera comunicarse con ella!

Totalmente cegado, envió a su hija con sus tíos maternos y le dio una fabulosa dote, despidiéndose de ella, así como del mundo.

Todas las pesquisas para recuperar el secreto de Imhotep le costaron mucho dinero.

No le había dicho nada a Mehi, pues sabía que lo reprobaría, pero en lo más hondo de su ser albergaba el remordimiento de la falta de respuesta a la pregunta que su amigo le había formulado, y que él mismo se había hecho ya hacía años, cuando su faraón le encargó esa tarea.

Su fidelidad había hecho que jamás se cuestionase la verdad, precisamente por venir de boca de su rey. No había nada que dudar por esa mera razón. Pero con el paso de los años, y después de intensas negociaciones con la cúpula de la nobleza y los sacerdotes con resultados nulos, su confianza en las palabras de Snefru se fue vaciando, y por pura eliminación comenzó a plantearse que no fuera sino una locura pasajera, un delirio de grandeza. Aunque cada vez que hablaba con el faraón, su seguridad le daba nuevas fuerzas para seguir luchando durante una temporada.

Pero el tiempo de su autoconfianza le duraba cada día menos, y se agotó definitivamente con la muerte de Nefermut. Siempre daba palos de ciego. Sus pesquisas eran inútiles, y cuando presionaba a alguien quedaba como un estúpido; y además no podía alegar su misión, porque no era oficial, con lo que los recursos gastados eran suyos. Y no es que le importara, porque tenía muchos medios, pero sentía que toda la educación, todo el esfuerzo para ser un gran juez, toda la formación... eran en vano. Porque, para hacer el ridículo, el faraón no necesitaba al mejor juez de Egipto, ni tampoco al mejor constructor. ¡Y qué casualidad! Los dos eran, a su manera, individuos aislados de la manada, bichos raros, desarrapados...

Dos a los que nadie echaría de menos si desaparecieran.

Se sacudió esos pensamientos negativos de la cabeza y se cubrió con su capa. Hacía más calor que el que la pesada prenda sugería, pero lo que quería era cubrirse para no ser reconocido, no protegerse del frío ni del calor. Se rió entre dientes bajo la capa. No sabía si llamaba más la atención de lo que quería evitar, aunque al menos no se le veía la cara.

El barrio era un arrabal de Menfis. Hubiera usado una silla, como acostumbraba, pues su físico no estaba hecho para largas caminatas al sol, y si no bebía constantemente se mareaba y a veces se desmayaba. Pero la gravedad de su misión hizo que, aunque cansado, evitara un desfallecimiento y llegara a su cita.

Un callejón. Oscuro y solitario. Estrecho e insano. El olor a orín, al menos, le espabiló un poco. Esperó con miedo en el cuerpo hasta que dos hombres con aspecto de criminales se acercaron a él, inequívocamente. Les esperó, intentando mitigar el leve temblor que sentía a causa del miedo y la debilidad.

—¿Uni?

—Sí.

—Tomaos esto.

Un brebaje oscuro y maloliente. Miró a los hombres, que ni pestañearon. Suspiró.

«Espero que valga la pena», pensó. Y se lo bebió.

Despertó en una estera. La cabeza le dolía un poco, pero no del modo que acostumbraba, sino de una forma extraña, como si hubiera abusado del licor. Se sentía embotado, pero al menos estaba bien.

Se levantó. Esperaba marearse, pero se sintió bien. Sin duda, el brebaje, aparte del narcótico, debía tener algún nutriente. Tal vez diluyeran polvos de alguna planta o raíz en zumos de frutas.

—Señor Uni.

—Sí.

—¿Os encontráis bien?

—Sí.

—Bebed un poco de raíz de la planta del romero. Os aliviará el embotamiento de cabeza. La adormidera estaba potenciada por otros ingredientes muy activos y si os quedara algún rastro de sueño os privaría de tener todos los sentidos alerta. Y habéis pagado mucho para presenciar lo que buscáis mermado de facultades.

Asintió y de nuevo se tomó el bebedizo. Este tenía buen sabor y, en efecto, se sintió mucho mejor, despierto y con nuevas energías.

—Vamos.

Le acompañó a una sala adjunta donde sólo entró Uni. Ya le empezaba a molestar aquella función teatral. Le recordaba el efecto sorpresa que los cortesanos causaban en los dignatarios extranjeros, haciéndoles pasar por sucesivas salas, cada una de ellas más lujosa, en la que en cada una le atendía un personaje ataviado con mayor riqueza, con lo que cada vez el dignatario creía estar en presencia del faraón. Hasta la última sala, donde el efecto de la iluminación y el gran trono del rey hacían que el buen hombre terminase de acobardarse. Él era un noble y deberían saber que ese burdo recurso no iba a dar resultado.

—Señor Uni.

—¿Cuánto más voy a tener que esperar y cuántos brebajes más tendré que beber?

—Ninguno. Todo está listo. Venid.

Ya estaba harto. Le llevaron a una sala oscura donde había tres sillas grandes de madera, cubiertas por cojines, que se miraban entre sí. Se sentó en una, palpando con sus manos. Sólo veía la silueta de los tronos y la de su compañero, que tomó asiento en otra.

Al poco, vieron a un viejo acercarse con la ayuda de un palo. Aquello era demasiado. Seguramente sería un joven disfrazado de anciano que montaría un número de teatro para convencerle como a un campesino supersticioso. Se sentó en el trono vacante.

—¿Con quién queréis hablar?

—Con Imhotep.

Uni comenzaba a aburrirse. Tenía mucha curiosidad en saber qué salía de aquella pequeña aventura, como quien va a un espectáculo de músicos, artistas,

actores, etc., pero le daba la impresión de haber malgastado su dinero, cuando un extraño humo blanquecino pareció surgir del suelo, filtrando la leve luz a la que se había acostumbrado. Sonrió. Un poco de escenografía.

—Imhotep, Imhotep, Imhotep, Imhotep, Imhotep, Imhotep...

Se sobresaltó. Pero enseguida identificó la letanía. Un cántico monótono repitiendo el nombre del difunto para revivirlo. Se le unió su compañero, con los ojos cerrados y sudando, aunque él no tenía calor, pero sí comenzaba a sentir un leve mareo. Sería el humo. Esperaba que no le hubiesen drogado de nuevo, aunque contaba con ello. Debía ser parte del efecto; predisponer al espectador para creer, y sin la ayuda de una droga, en una mente escéptica como la suya, iba a resultar difícil.

Pensó que debía poner algo de su parte. Si le drogaban, que así fuera. Tal vez era parte del proceso.

Se unió al canto, que fue subiendo de intensidad con el humo. Apenas se podía respirar. Uni miraba a la cara al médium, que parecía ejercer un esfuerzo agotador sobre su alma. Las venas de su cuello se hinchaban y su rostro se contraía periódicamente. De vez en cuando variaba la intensidad del cántico, y tanto susurraba como pasaba a pegar gritos como un loco. Parecía que le hiciesen daño y se defendiera cantando con más fuerza. La curiosidad comenzó a apoderarse del escriba. Lamentó no haber traído una tablilla para anotar todo cuanto ocurriese, pero tampoco se lo hubieran permitido.

Notó la acción de cualquiera que fuese la droga que le hubiesen hecho beber, y luchó por no dormirse, a la vez que la intensidad de los gritos y los gestos en la cara del médium iban en aumento. Parecía que iba a ocurrir algo de inmediato, pero aún tuvo que esperar.

El cántico dejó de ser una letanía rutinaria para pasar a ser algo más, algo que le dominaba y que no podía dejar de lanzar al aire, como un llamamiento, una voz interna a la que quizás se hubiesen unido otras, una voz común que ya no podía abandonar. Sabía que era efecto de la droga, pero de cualquier modo sintió miedo por primera vez.

Su propio cuello se tensó y sus sentidos se alertaron. Miró al médium, que estaba fuera de sí. Pensó que si no ocurría algo iba a sufrir un ataque, pero él mismo no podía parar. El volumen de los gritos era tal que le dolían la garganta y los oídos, y estaba tan tenso que le parecía estar de pie, en lugar de sentado en su cómodo sillón.

El pleno éxtasis, el volumen máximo, los nervios al borde del colapso, la tensión total, gritos inhumanos, lágrimas que escapaban de los ojos por la fuerza de los gestos... Su corazón iba a estallar de un momento a otro.

Entonces todo paró. Notó que los otros callaban y calló a su vez. El alivio fue tal, que sintió como se derrumbaba sobre el trono como si hubiesen cortado los lazos que le sujetasen. No podía calmar el golpeteo de su corazón en el pecho y le costó serenarse.

Miró al médium. Parecía dormido. De improvviso, un ronroneo, como de un gato, fue creciendo de su garganta.

Se agitó como un loco. Tan frenéticamente que Uni se asustó. Ningún humano podía moverse de aquella forma, de manera creciente, temblando como si las convulsiones se apoderasen de él y luchase para rechazarlas, hasta que se derrumbó sobre la silla, golpeándose violentamente la cabeza contra uno de los brazos del trono.

Uni se asustó, pero no le dio tiempo a reaccionar. El cuerpo estático del médium se enervó como el de un felino en peligro. Incluso por encima de su capa mojada de sudor se veía que cada músculo se hinchaba, como cuando mojas una muñeca de cuerda.

Se levantó poco a poco, en un movimiento antinatural, sin punto de apoyo, como si su columna no interviniese, para quedar rígido frente a él.

Mirándole.

Uni sintió que cada vello de su cuerpo se erizaba. Sintió el miedo más profundo y absoluto que jamás había experimentado. Nada le había preparado para eso.

Los ojos del médium habían cambiado. ¡Qué extraño! Eran los mismos, y sin embargo no lo eran. El color de sus pupilas, sin haberlo distinguido antes por la escasez de luz, ahora se diría que se había oscurecido, pasando a ser un negro profundo, insondable, que no reflejaba la luz. Dos agujeros mates en las cuencas de los ojos, como las estatuas de piedra antes de ser pintadas. Y esos ojos salvajes de demonio nocturno le miraban fijamente, sondeando hasta su más íntimo secreto, leyendo en su alma como en un papiro. Esa era la sensación que le causaba.

Tuvo un nuevo sobresalto cuando de entre las comisuras de los labios se comenzó a forjar en su rostro una sonrisa forzada, en un ángulo feo. Una sonrisa que la persona que era antes jamás hubiera formado, pues parecía que era otro sonriendo con la cara del médium, y otros ojos mirando por los suyos.

El pánico más absoluto se adueñó de él. Apenas podía respirar. Fuera lo que fuese, eso no era humano.

Sintió deseos de echar a correr y salir de allí, pues tenía la sensación instintiva y animal de peligro. Un sentimiento inexplicable que le urgía a abandonar aquella locura, una voz que le decía que no saldría indemne de aquel lugar.

Pero recordó por qué estaba allí. No era un pasatiempo. Ahí había algo, y trataría de sacar alguna conclusión positiva para su rey que tal vez le llevara al éxito en su misión.

Se serenó, pues, relajando el gesto y mirando con interés al médium, aunque el miedo y la extraña voz no dejaban de hablarle más alto de lo que nadie le hablara nunca sin palabras.

El ronroneo volvió a surgir de su garganta. Entreabrió los labios, pero no los movió, y sin embargo, del fondo de su cuerpo, como un eco en una caverna, sonaron unas palabras con una voz que venía de muy lejos.

—¿Qué quieres de mí?

MEMU

Año 2.609 a.C.

El tiempo pasaba y su estatus no había variado ni un ápice. Se dedicaba a buscar al hijo de Nefret por todo el país. En realidad, él mismo inventaba las pistas. No estaba dispuesto a perder su vida regalada. Iba de aquí para allá como un gran señor, con ínfulas de juez, exigiendo trato de visir y obrando como tal. Tenía las mujeres que quería y nadie le pedía cuentas por sus gustos sexuales. Y para colmo, cuando volvía a Menfis, su riqueza había crecido hasta el punto de que se permitió contratar por consejo de Uni a un escriba que le llevaba las cuentas. Le había comprado una casa magnífica. Invertía con éxito su capital y hasta tenía sus propios esclavos. Le encantaban los esclavos, por caros que fueran. No estaban sujetos a las malditas leyes que él defendía y tanto odiaba.

Tenía un sueldo de noble que apenas le hacía falta, ya que a un funcionario de su categoría en cualquier pueblo lo agasajaban para evitar una posible inspección o una opinión negativa en la capital. También eran comunes los sobornos, y Memu era especialmente hábil amenazando a los pusilánimes que veían peligrar su bienestar, de manera que le daban cuanto pedía, además de algún robo que otro de joyas, amuletos...

No era rico para la vida de Menfis, pero sí lo era para un soldado.

Habían pasado ya diez años de su pacto con el faraón y jamás había vuelto a verle. Incluso había echado un poco de barriga y sus músculos ya no eran los de antes, si bien no le hacían falta, pues los suplía con un carisma amenazador que hasta entonces no había sospechado que tuviese.

Llevaba más de seis meses en un pueblo del delta y su rica comida comenzaba a hacer sus estragos. Pensaba ya en cambiar de aires cuando recibió la visita de un escriba en nombre del faraón.

Casi se cayó de la silla, de la impresión.

«¡Diez años sin saber de él y de repente me llama aquí!»

Se vistió dignamente y recibió al escriba sin más demora que la estrictamente protocolaria.

—Soldado Memu.

Eso le irritó, pero era el enviado del faraón y no sabía qué importancia tenía en palacio, así que calló su maldición espontánea.

—Sí.

—Tengo un mensaje del faraón.

—Ya imagino que no has venido a cortejarme. Continúa.

Un silencio largo. Se sentía irritado. Bien.

—El faraón quiere saber en qué estáis gastando su dinero, aparte de las putas a las que pegáis.

—Sigo su pista, pero siempre consigue evadirse cuando estoy cerca. Es listo el cabrón.

—Sin duda. Olvidad vuestra misión. Vuestra incapacidad es evidente.

—¿Qué? —rugió.

—Se acabaron los privilegios. Si administráis bien vuestra fortuna podéis vivir muy bien.

Memu suspiró. Había temido que le quitasen todo. Podía considerarse afortunado.

—Volveré a Menfis.

—En absoluto. Seguíis siendo un soldado. Se os envía a sofocar una revuelta en las minas del Sinaí. Como cortesía, desde vuestro antiguo estatus se os eleva a capitán y os pondréis a las órdenes de vuestro superior.

Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo.

—Y recordad que dejáis de tener inmunidad. A la primera denuncia por maltrato, os envío a las minas... encadenado y sin bienes. Se os confiscaría todo.

Memu se tragó la hiel. Hubiera aplastado a ese gusano. Pero ya no era sino un simple soldadito de nuevo.

Bueno, ya se haría respetar. La experiencia es un grado y había conocido gente lo suficientemente importante para medrar a su costa. Siendo un soldado hubiera sido imposible, pero como capitán, al menos, viviría bien.

Mientras su fortuna siguiera creciendo sólo tenía que mantenerse vivo y dentro de la legalidad.

—¡Maldito Uni!

Estampó la jarra de cerveza contra la pared.

MEHI

Año 2.609 a.C.

El tiempo pasó rápido. La construcción se llevaba su mayor parte. Por suerte, el increíble número de obreros facilitaba la labor y, con la ayuda del inteligente amigo Harati, la tarea era amena y llevadera.

Repasamos juntos todos los conocimientos antiguos, incluso los que parecían dudosos, como el papiro que describía el sueño del faraón al que se le reveló un nuevo material para la construcción.

Visitamos las minas y las canteras. Examinamos los tipos de piedra apartando bloques de aquella más porosa y fácil de manejar, aunque no menos fuerte, que eran ideales para el interior de las cámaras por su capacidad para aceptar la pintura con una excelente calidad artística. Reservamos la caliza roja de Dahsur para las piedras interiores entre las cámaras, y para el recubrimiento final utilizamos piedra blanca de Tura. Algún día sería finalizada con piedras oblicuas cortadas a medida, con lo que las caras de la pirámide resultarían finalmente lisas, en blanco. Y el brillo de la pirámide se vería desde Nubia... pero aún trabajábamos en los instrumentos que ayudasen a tal fin.

Recordaba cómo se interesó Harati por los materiales de construcción y las formas de extraer la roca y transportarla. Al principio le dejé por capricho y por no faltar a mi amistad con Uni, como a un niño que se interesa por un problema antes de desecharlo por no ser más inteligente que los que lo han planteado, en este caso, los arquitectos a lo largo de generaciones.

Pero Harati no aportaba nada que no hubiera considerado un millar de veces en su cabeza y sus consejos no solían ser vanos, así que me fui admirando y permitiéndole conocer más y más de los secretos de la construcción, y por eso no me importaba explicarle los rudimentos más básicos con cariño, como a un niño del kap, sabiendo que en cualquier momento me sorprendería con un comentario sorprendente de su inteligencia fresca y visionaria.

—Hay dos formas de extraer la roca. Con cuñas de madera mojadas al sol, que cuando se expanden ejercen una fuerza que abre la roca. Las cuñas no

suelen ser muy válidas, porque el corte se produce de manera espontánea, y tal vez puede aprovechar una veta de la piedra que no has visto y fácilmente desguzarse por la mitad. No es seguro y demora mucho.

—Y provoca muchos accidentes. Sonreí.

—El corte con sierra sí es seguro, pero muy laborioso. Si cortamos una piedra muy blanda evidentemente es más fácil, pero corremos el riesgo de que no soporte el peso de miles de bloques encima suyo, así que hay que encontrar nuevos sistemas de corte que reduzcan el tiempo de trabajo.

—Los instrumentos son pequeños. Podríamos fabricarlos en una escala superior.

—Se partirían. Son hojas de hierro o madera con dientes de piedras muy duras, que al calentarse se rompen. El papiro sugiere que usemos piedras semipreciosas o algún tipo de piedra extremadamente dura, pero se desgastan con rapidez.

—Veámoslo.

Me encantaba el sentido práctico de Harati. Le gustaba examinar y probar todos y cada uno de los supuestos.

Nos dirigimos a la cantera.

Los maestros canteros tapaban su cuerpo con ropas de fuerte lino a pesar del calor, cubriendo incluso su rostro con un velo para evitar el polvo que entraba en ojos y pulmones.

Observamos cómo el encargado de las medidas trazaba el alto, largo y ancho del bloque —los había distintos dependiendo de su posición, y por supuesto los que constituían las cámaras, que eran cortados a medida para facilitar su ensamblaje— marcando los bordes con una lanza con una diorita en su extremo para que el serrucho no saliera de su línea de corte.

Dos hombres manejaban la herramienta hasta el límite de sus fuerzas. Un tercero se limitaba a observar. Cada muy poco, apartaban a arena y grava resultante del corte y cambiaban los obreros por unos nuevos brazos con renovadas fuerzas.

Harati observó en una de aquellas pausas las herramientas y el hueco creado. Ambos quemaban y las herramientas eran regularmente cambiadas con cada uso. Había un extensísimo taller sólo dedicado a repararlas e incrustar nuevas piedras en su filo. El desgaste era rapidísimo. Un maestro cantero dijo, suspirando:

—Es como una mujer seca. La fricción te rompe el miembro y se hace una carga.

Alguien contestó una grosería, mostrándose voluntario para lubricar a la mujer del cantero. Todos rieron y yo tuve que poner orden, pero Harati no calló.

—Tal vez sea esa la solución. Es el calor el que hace que la piedra se desgaste y la herramienta no dure. Tal vez si la lubricamos, dure más y corte mejor.

—Hemos probado con agua, pero no sirve; además, el vapor que se crea no permite ver nada.

Harati miró al cantero con sorna.

—¿Lubricarías a tu mujer con agua?

Las risas se oyeron en toda la cantera. Pero esta vez no le mandé callar.

—¿Qué sugieres?

—Usaremos aceites. Incluso mezclados con el polvillo harán su función, y al ser una amalgama densa no dañará los pulmones de los canteros. Y usaremos herramientas con filo curvo en vez de recto. Habrá más línea de fricción y menos desgaste. Tal vez incluso podamos hacer una sierra circular.

—¿Y cómo la agarramos?

—Igual que funcionan los tornos de los artesanos que tallan madera o de los alfareros.

Así fue como logramos agilizar el corte y, con ello, la cantidad y calidad de los bloques.

Por mi parte, decidí que la avenida de esfinges que comunicaría la pirámide con el templo no tenía por qué hacerse al final, sino todo lo contrario. Serviría para traer las piedras que llegaran desde el río, sobre todo aquellas especiales que venían de otras canteras. Aplicamos el principio que Harati había ideado para el corte y lubricamos la base de la plataforma con barro y aceites, situando entre ellos unos cilindros de madera, sobre los cuales los bloques corrían apenas sin esfuerzo.

Una vez probado con éxito, hicimos construir una vía que uniera la cantera y la pirámide. De ese modo, el transporte de bloques se hacía fácil, y la mayor dificultad consistía en elevarlos por las plataformas inclinadas de arena, lo que requería fuerza bruta y mucha precisión; pero el trabajo físico se había reducido a una décima parte respecto a cómo se construyó la pirámide oblonga de Hemiunu.

Apenas se veían las caras de piedra construidas de la pirámide, tapadas por las rampas de arena sembradas de andamios y gruesos postes de madera. A medida que la altura de la construcción creciera, aumentaría la capa de arena hasta que resultase demasiado costoso elevar el nivel del suelo arenoso. De ese modo, en caso de que un bloque se soltase en plena subida, el daño quedaría limitado al espacio hasta la arena. Una vez que se retirara ésta, los postes y las sogas deberían poder contener el bloque a tiempo para ser sujetado, y los obreros podrían agarrarse a ellos para no caer. Aquellos que quedaran abajo tendrían el tiempo suficiente para apartarse.

Se calculaba la posición exacta del bloque. Cómo debía colocarse, de manera que se contasen los medios giros en las esquinas sobre las plataformas de arena que rodeaban la pirámide. Así, cuando el bloque llegaba a una esquina, su peso era contenido por las cuerdas que rodeaban los postes hasta que era encordado de nuevo para tirar de él desde la siguiente posición. Era la operación más delicada, y había una cuadrilla experta en cada movimiento que sólo se ocupaba de aquella operación en concreto para, una vez terminada su tarea, dejar el bloque a la siguiente cuadrilla del punto superior y esperar uno nuevo.

Se construía de dentro hacia afuera la parte interior que suponen las cámaras mortuorias, y de fuera hacia dentro las caras de la pirámide, desde la hilera exterior, midiendo la inclinación de la pirámide, hacia el interior, hasta que ambas construcciones se juntaban en una piedra cortada a medida del hueco resultante.

Así pues, el conjunto parecía una montaña de arena y postes salvo en su parte central, donde se estaban rematando las piedras especiales que cubrían las cámaras. Piedras que se habían dispuesto de manera totalmente manual, requiriendo mucho más trabajo que los bloques normales de cubrimiento.

Desde ese momento en adelante, todo iría más rápido, pues nos limitaríamos a cubrir de piedras comunes el interior de la pirámide hasta que se llegase a las de cada hilada exterior, colocadas respetando el ángulo, que era controlado con cada nueva hilada. Si era necesario se recortaban en su posición final, o se cambiaban por otras.

Los bloques más especiales eran los exteriores, que se cortaban a medida, en el ángulo adecuado para que la inclinación de la pirámide fuese siempre la correcta, de manera que cada hilada que avanzaba la pirámide en vertical, se podía ver el resultado final, si se prescindía de las omnipresentes rampas.

Pero el ritmo general era lento. Llevaba mucho tiempo subir un bloque. Y no por el esfuerzo, ya que el sistema de cordajes y contrapesos era increíblemente efectivo, sino por la propia logística. Los bloques debían subirse de uno en uno, y hasta que no se dejaba el espacio libre, no podía subirse otro. Era imposible llevar un ritmo aceptable poniendo un bloque detrás de otro.

Pasamos muchas horas de estudio junto a mi gabinete de constructores, expertos y jefes constructores y canteros. Pero no encontrábamos la solución.

Un día, Harati se acercó y abordó el problema. Dijo:

—A medida que la pirámide crece, tardaremos más en hacer llegar un bloque a la parte superior porque debe recorrer mucho camino en espiral, varias veces el contorno de la pirámide, hasta su destino. Si pudiéramos subir bloques directamente por las caras de la pirámide, y si se pudieran subir

muchos bloques a la vez por cada cara, el ritmo de trabajo se multiplicaría por cinco o seis. Tal vez por más.

Los ingenieros le respondieron como si se tratara de una utopía.

—Sí, pero para eso necesitaríamos un sistema por el que los bloques subieran por un ángulo casi recto, lo que requeriría mucha fuerza bruta. No se puede poner tanta mano de obra en lo alto tirando de todos los bloques, y tampoco resultaría seguro. No hay fuerza capaz de eso.

Alguien dijo:

—La seguridad no es problema, ya que podemos poner cuñas de madera adaptadas a la forma de las hileras lisas en cada cara que soporten el bloque, de manera que cada hilera que suba quede reposado sobre la pendiente inclinada, sujeto por las cuñas.

—Sí. El problema es cómo subir el bloque de hilera en hilera. Debería haber un sistema que duplicara la fuerza de los hombres para que fuera viable. Hace falta alzar el doble del peso que un obrero puede levantar.

Harati se encogió de hombros.

—Eso ya lo hacen los campesinos de las riberas del Nilo.

La reacción no se hizo esperar.

—¿Qué sabrá un pobre campesino de física? ¡Echadle de aquí antes de que pierda los estribos y le golpee con una vara de medir!

—¡Puedo probarlo!

La sencilla seguridad de Harati me llamó la atención.

—Un momento. Calla, Maabu. Dejemos hablar a Harati. Llevamos mucho tiempo con esto y no hemos sacado nada en claro. Tal vez su idea no sea mala.

Harati me miró con el ceño fruncido, lo que resultó casi cómico.

—Los campesinos sacan el agua del Nilo haciendo palanca desde arriba, con un sencillo sistema que se emplea desde siempre, y os aseguro que levantan más del doble de su peso en agua moviendo un resorte del que cuelga una bolsa de papiro trenzado. Dadme un ingeniero, pues no sabría hacer las maquetas, y os lo demostraré.

Al día siguiente nos reunimos todos en mi casa. El ingeniero estaba asombrado y gritaba sin cesar.

—¡El sistema funciona! ¡Por Osiris que Harati lo ha encontrado!

Y así fue. Un ingenioso pero sencillo sistema de palanca por el cual era fácil mover un bloque de una hilada a otra superior con muy poca fuerza.

En verdad el trabajo iba a acortarse, incluso más de ocho veces. Porque se seguirían usando las rampas, pero por ellas subirían cuantos bloques cupiesen y se elevarían directamente desde arriba con esta nueva técnica hasta que quedara el espacio libre en la rampa para volver a subir más. Usando ese nuevo

método, en todo momento habría alternativamente una hilera libre con hombres tirando de los bloques de la hilera de debajo.

¡En una sola cara, tal vez podrían subirse más de cien bloques a la vez!

Eso acortaría el trabajo muchos, muchos años.

Aquel día se detuvo el trabajo para celebrar una fiesta en honor de Harati. El constructor que le había increpado le sirvió durante todo el día de camarero, y tengo que decir que lo hizo muy gustoso.

Se organizaron grupos musicales y los cocineros trabajaron para preparar menús especiales con las mejores viandas. Al fin y al cabo, íbamos a ahorrar muchísimo.

HENUTSEN

Año 2.608 a.C.

Esperaba con impaciencia el día en el que el constructor viniera a hablar con su padre.

Al principio había sido muy duro no poder verle ni comunicarse con él, pero a través del buen Gul pudo enviarle una nota diciéndole que había entrado al servicio del Palacio Real, lo cual no era del todo falso. Así, cuando él vino la primera vez, ella se esmeró en vestirse con las ropas de novicia y le esperó a la entrada, lejos de miradas inoportunas, llevándole a la cámara de un sirviente de cierto rango al que había sobornado. Fue como volver a probar el agua tras estar días sin beber. Se renovaron las promesas de amor.

Aprovechaban todas y cada una de sus visitas a Menfis, por mucho que su trabajo le ocupase la mayor parte del tiempo.

Se le hizo eterna la espera para la entrevista con su padre. La conciencia le remordía. ¿Por qué no se presentaba sin más en medio de la reunión y le decía que amaba a Mehi? La respuesta era simple: tenía miedo de decepcionarle. No sabía cómo lo iba a encajar, y aún no se atrevía siquiera a decirle a su amado quién era en realidad. Tenía miedo de que, conociendo la estricta moral de Mehi, éste la repudiara alegando que no era de su clase, por mucho que su padre hubiera abolido los privilegios inherentes a la nobleza por nacimiento.

Daba vueltas y vueltas, retorciéndose nerviosamente los cabellos y maltratando sus ropas bastas, que había aprendido a apreciar. Al fin, una criada le avisó y corrió a la cámara del sirviente. Él estaba allí. Se fundieron en un abrazo intenso. Ni palabras, ni saludos, ni un sonido. Sólo besos que dieron paso a abrazos atropellados, ropas arrancadas y, como siempre, un primer coito apresurado, nervioso, corto y pasional, entre sudor, jadeos, saliva y olor a almizcle. Un breve descanso tras calmar el ansia de la distancia, y al poco, un segundo acto de capítulos más pausados, besos más suaves, caricias más largas y sedosas, un amor técnico y paciente, como el que describían los manuales que los nuevos escribas vendían para los ricos.

Mucho tardaron en decirse una palabra. Y era siempre la misma, sin variación. Los dos lo sabían.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Se lo pediré al faraón. No me lo negaría ni aunque fueses su propia hija.

Este último comentario, añadido a la habitual pregunta, sobresaltó a Hen.

—Es pronto. Ten paciencia. Lo haremos juntos a su debido tiempo.

—Pronto terminaré la pirámide. Quizás en unos pocos años. Entonces te compraré o pediré que te liberen, o lo que sea.

—Sí. Me parece bien. Un año pasará pronto, siempre que vengas a menudo.

Se despidieron.

Henutsen quedó meditando en el lecho que ella misma había pagado y acondicionado.

Una puerta crujió.

—¿Mehi?

—Hola, hermanita.

Era Keops.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo llevas espiando y por qué? ¿No te da vergüenza? Gritó con el rostro encarnado mientras se cubría.

—No me había dado cuenta de lo mucho que has crecido. Tal vez deberíamos jugar juntos al placer oculto y conocernos mejor.

—Vete o hablaré con nuestro padre,

—¡Oh! Tranquila. Ya hablaré yo con él Tal vez tu relación con el constructor podría... malinterpretarse.

—No te atreverás.

—¿Tú crees?

—No te dará más crédito que a mí. Gracias a Isis, no eres el heredero al trono.

—Tiempo al tiempo, hermanita. Otro día jugamos. No me gusta revolearme entre los fluidos de otro.

—¡Eres mi hermano!

—¿Quién sabe? Con la vida que ha tenido Snefru y lo poco que visitaba a su esposa, tal vez seas hija de un sirviente, lo que me permitiría hacerte mía.

—¡Jamás! Eres un monstruo. No busques excusas para tu crimen.

—No las necesito.

—Nunca me tendrás.

—Ya lo veremos, hermanita. Ya lo veremos.

30

GUL

Año 2.608 a.C.

Snefru le avisó de una salida para supervisar su morada de eternidad. Tenía miedo. La locura en que se estaba metiendo su rey, y la lucha que generaba, tanto con el estamento nobiliario como con el religioso, no auguraba nada bueno. Él sabía mucho de eso.

Preparó concienzudamente la escolta. Se suponía que era una salida de incógnito y que con algunos guardias bastaría, aunque era una incongruencia mayúscula, pues todo el mundo sabría que donde iban los guardas nubios habría alguien de la familia real. Pero no quería una salida cortesana ni con soldados ineptos llamando la atención.

Hizo llamar a Kemet.

—Busca a nuestros mejores hombres. Vamos a acompañar al rey. Habrá batalla. Lo presiento.

—Últimamente barruntas muchas cosas. ¿No será que te haces viejo?

—Me hago viejo. Y eso me da clarividencia. Hazme caso y equípate bien. No quisiera perderte en alguna refriega.

—Es más fácil que me pierdas en otro tipo de refriegas. Esa maldita zorra me ha pegado algo.

—¿Quién?

—La reina. ¿Quién sino? No te hagas el tonto. Lo sabes perfectamente. Me pusiste a sus órdenes por eso; preferías que fuese yo, que tengo algo más de cabeza, que cualquier guarda indiscreto.

Gul rió con fuerza.

—Te juro que no te puse por eso. Si hubiera sabido que te iba a utilizar como uno de sus amuletos a lo mejor me hubiera puesto yo mismo.

—Pues no te lo aconsejo. Recuérdalo cada vez que vayas a mear.

—¿Qué te ocurre?

—Me escuece.

—Ve al médico del rey. Le diré que te reciba. Si no te tratas, pronto empezarás a mear sangre, y puede ocasionarte la muerte.

Kemet dio un respingo.

—¿Cómo...?

—A veces pienso que te estimo sin razón. Piensa un poco.

—¿La enfermedad del rey...?

—Sí.

—¡Mierda!

El general nubio rió de nuevo con fuerza.

—Pareces un crío. Conoces la enfermedad perfectamente.

—¡Joder! Sí, pero no esperaba cogerla a mi edad. No es lo mismo cuando eres un crío y no sabes dónde metes la polla. Se supone que las mujeres nobles saben lo que tienen entre las piernas.

—Pues ya ves. Eres doblemente culpable por ingenuo. ¿A quién se le ocurre?

—¡No me digas que no te causa morbo! Es como una gata. ¿Cómo iba yo a pensar que estaba podrida por dentro? A ver, ¿a estas alturas me vas a decir que si se te ofrece la rechazarías?

—Es distinto. Snefru es mi amigo.

—¡Tú ya no eres nubio! Te han cambiado.

Los dos rieron como niños, pero Gul seguía con su temor. Discutieron sobre el número idóneo de hombres entre la seguridad y el escándalo. Al fin acordaron que con una docena sería suficiente.

No tomaron el barco real para no llamar la atención, sino que contrataron una barca común de comerciantes y pusieron soldados entre los tripulantes, fingiendo ser pasajeros que se quedaron en el barco esperándoles.

Gul acudió junto a su rey en el camino hasta la llanura de Dahsur. Se saludaron con cariño.

—¿Cómo llevas tu enfermedad?

—A días y a temporadas. Mi médico dice que me he dejado. Debería haberle visitado hace mucho tiempo, pero pensé que era alguna enfermedad común, tal vez un hechizo pasajero.

—¿Y sospechas a qué se debe? —Gul ocultó su desasosiego.

El faraón miró divertido a su amigo.

—¿Desde cuándo tienes reparos en preguntarme algo? Te aprecio porque eres el único con valor para decirme lo que piensas, así que si dejas de hacerlo ahora, te mando para Nubia.

Los dos rieron. Gul se decidió a ser franco, se lo debía a su amigo.

—Me refiero a si sabes quién te lo ha pegado.

—Cuando volví de Nubia visité a muchas mujeres del harén. Pero no te preocupes. Meritfes ha hecho una buena purga. Total, ya no las utilizo, así que, las que quedan, pueden ser para mis hijos o para ti, si te atreves.

—¿Y tu reina?

—¡Meritfes! ¿Qué tienes contra ella?

—Nada. Te pregunto si no pudo pegártelo ella.

—¡Es una niña!

—Disculpa. No he dicho nada.

—¡Sí has dicho! La única mujer que me alegra las noches en muchos años, y quieres... ¿Qué? ¿Deportarla? ¿Abandonarla en el desierto?

—Mi señor... Te ruego me disculpes.

—Eres mi amigo y no te lo tomaré en serio esta vez. Pero no vuelvas a mencionarla.

—No lo haré

Se separó de él, dejándole en el centro del grupo, y se fue donde estaba Kemet.

—Ten cuidado. Si el rey te descubre, te cortará el miembro. Casi me deporta por sugerir que ha sido ella la que le ha pegado la enfermedad. A partir de ahora pondremos a guardias corrientes de palacio.

—Gracias.

—No pareces muy seguro de querer separarte de ella.

—No lo estoy. Por eso es mejor que me lo ordenes. Así no lo pensaré más.

—Como quieras.

Llegaron a su destino. A Gul le impactó mucho ver la gran ciudad que se había montado alrededor de la obra. No había visto nada más grande en su vida. Una montaña de arena salpicada de tremendos postes que sujetaban cuerdas que, a su vez, rodeaban varias veces la montaña. Sobre ésta se veían bloques de piedra inmensos que varios obreros movían con la ayuda de largas y gruesas palancas. Sobresalía de tal manera que hacía pequeña la ciudad y, sin embargo, parecía más grande que la misma capital.

Se pararon en uno de los arrabales donde se situaban las mansiones más lujosas, las de los maestros constructores y arquitectos, jefes de canteros, matemáticos, astrónomos, encargados de medidas, jefes de administración, logística, avituallamiento, sacerdotes, escribas, supervisores, grandes cocineros, médicos, brujos, músicos, artistas y exorcistas.

De una de las mejores mansiones salió el jefe de constructores, Mehi, que se unió al Rey en un abrazo sincero. Estuvieron hablando en el jardín por espacio de una hora y volvieron a salir para ir a la montaña.

Cerraron filas en torno al rey. La ciudad tenía su propia policía y se dispuso en un anillo exterior a ellos, aunque no se fiaban. Tal concentración anidaría a todo tipo de hombres y no estaría exenta de criminales que acudieran al olor de la riqueza que allí se generaba.

Atravesaron la ciudad, admirando su disposición. Los barrios se disponían en anillos de acuerdo a su función. Así, los más humildes, los que llevaban a cabo tareas de fuerza, eran los más cercanos al amplio claro que se abría en torno a la montaña. Sucesivos anillos, en orden de importancia,

rodeaban la construcción, abriéndose en grandes avenidas cuando una rampa atravesaba el círculo, y en otras cuatro avenidas naturales que miraban a los puntos cardinales, dispuestas para el trasiego diario de hombres y bestias.

Los bloques eran llevados por rampas sobre troncos aceitados. Movidos por hombres y bueyes, sujetos por anchas cuerdas que parecían moverse en todas direcciones.

Nadie permanecía quieto. Cientos de equipos se movían simultáneamente para no entorpecer a los que trabajaban, y cambiaban sus papeles por hombres de refresco, perfectamente dirigidos. Era como un hormiguero, aunque en su pueblo hubiera sido imposible gobernar un número tan alto de hombres y coordinarlos de tal manera. Todo parecía haber sido dispuesto de antemano: desde los aguadores que ayudaban a los trabajadores, los hombres de repuesto que esperaban cualquier fallo o merma en las fuerzas de los que sujetaban las sogas, listos para reemplazarlos y evitar un desastre, hasta el tránsito de nuevos bloques de piedra que llegaban regularmente cada muy poco tiempo. Incluso había un encargado de controlar los tiempos de transporte de cada piedra para que no hubiera retrasos. Era absolutamente increíble ver mover aquellos bloques a tal velocidad, subir por la montaña como si un niño dios jugase con ellos desde el cielo.

Le resultaba difícil mirar a su rey entre aquel espectáculo tan admirable. Su boca se abría como la de un chiquillo. Podría estar días enteros mirando, admirando aquel trabajo colosal.

Pensó que allí había mucho más que un trabajo por cuenta ajena, remunerado e incentivado hasta la perfección. Allí había un pensamiento colectivo de admiración al faraón cuya morada de eternidad construían. Un agradecimiento tácito. Si, como decían, en Nubia le trataban de dios, tal trato quedaba empequeñecido si se comparaba con esa construcción monstruosa. Admiró en silencio a su amigo.

Y la admiración comenzó a quedar patente, pues alguien, en efecto, identificó al monarca y las voces se hicieron notar. Todo el mundo quería saludarle, expresarle su gratitud y sus buenos deseos, mostrarse partícipe de aquella obra magnífica. Parecían henchidos como pavos reales, como diciendo: «Mírame, yo estoy construyendo tu hermosa morada», con un orgullo que rayaba el fervor divino.

Pero el gentío comenzó a presionar al anillo exterior, y Gul se preocupó de verdad.

Estaban reteniendo su avance y haciendo el terreno fácil para un atentado. Tomó su lanza corta mientras gritó a los policías que les abriesen paso. Debían marcharse, pero ya.

Los hombres se emplearon a fondo, gritando e incluso usando los bastones para hacerse respetar. Parecía que se empezaba a abrir un ancho pasillo de nuevo y Gul respiró, satisfecho. Había pasado verdadero miedo y la tensión le fatigó, como si hubiese estado el día entero entrenando.

Entonces ocurrió.

Un grupo de unos seis hombres se abrieron paso entre los policías a golpes de espada corta. Dos de ellos cubrían con sus espadas a otros dos, que abrieron un breve pasillo entre los nubios arrojando dos lanzas, que abatieron a sendos guardias negros.

Dejaron el espacio justo entre ellos y el rey, que esquivó una lanza como pudo. El arma fue a clavarse en la pierna de otro de los guardias nubios. Uno de los salvajes corría hacia el faraón con su espada en la mano. Gul no lo pensó más. Su lanza se clavó en el costado del asesino con tal fuerza que le desplazó un par de codos de su trayectoria. Murió en el acto.

Mehi se tiró sobre el rey, cubriéndole con su cuerpo. A partir de ahí, la lucha duró poco, aunque no por eso fue menos cruenta. No eran hombres comunes, descontentos con la obra; ni fanáticos religiosos, ni nobles airados. Aquellos eran soldados profesionales, bien entrenados, luchadores expertos que podían contarse en el reino con los dedos.

La ayuda de los policías y de la misma muchedumbre fue determinante. Una vez perdido el efecto sorpresa fue un linchamiento, por muy diestros que fueran los criminales, aunque cayeron muchos de los policías y civiles. Incluso dos de los hombres de Mehi murieron y el mismo Kemet fue herido.

Gul intentó sin éxito llegar hasta la montaña de hombres en torno a los asaltadores, pero no lo logró a tiempo. La ira de la gente duró poco. Fueron muertos a golpes en segundos.

Debería haber capturado a alguno vivo, pero fue imposible. Dejó a uno de sus hombres para investigar los cadáveres y cuidar de los nubios heridos y caídos, y con la ayuda de los policías salieron de ahí a toda prisa cubriendo al rey.

Llegaron al barco y salieron inmediatamente después de que Snefru se despidiera de Mehi.

Una vez estuvo en lugar seguro, habló con Kemet. Hubo de tranquilizarle, pues estaba mucho más nervioso de lo habitual, cuando ya había pasado por tantas luchas que resultaba inquietante verle como si fuera la primera vez.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé. Nunca debimos meternos allí con tan pocos hombres. Si no llega a ser por los policías y la gente, el faraón estaría muerto.

—¿A cuántos hemos perdido?

—Incluyendo al que se ha quedado, y contando los heridos, seis.

—Eran mercenarios expertos.

—Lo sé. Pero lo importante...

—Es que nadie más sabía que veníamos aquí.

—Hay un traidor.

—No entre los nuestros. Les hice llamar, pero no sabían qué iban a hacer.

—¿El constructor?

—No. Le vi cubrir al rey con su propio cuerpo. Hubiera muerto en su lugar.

—Pues no hay nadie más.

Gul maldijo entre dientes. Era su responsabilidad y no le gustaba fallar. Su orgullo estaba herido.

—A partir de ahora, todo va a cambiar. Se acabaron los tiempos cómodos.

—Casi lo esperaba. Aunque has acertado con tu palpito.

—Sí. —Señaló su hombro herido—. ¿Cómo estás?

—Bien. No es grave. Casi me alegro. Me daba vergüenza ir al médico sólo para que me viese la polla.

El jefe nubio achacó el leve temblor de su amigo a la herida del hombro y los nervios de la lucha.

—Hablaré con Mehi. ¡Bajadme del barco!

No llegó a perder de vista al constructor, que le vio desembarcar y se asustó:

—¿Le ocurre algo al Rey?

—No. Pero hay algo que me preocupa. Nadie sabía que veníamos. Y nos esperaban con todo preparado. No es casualidad.

El arquitecto apretó patéticamente los puños, aunque Gul no se rió. Sus mejillas encarnadas inmediatamente, su respiración agitada por la ira y sus lágrimas le dijeron que no mentía.

—¿Me estás acusando de algo? ¿El Rey me acusa... a mí?

—No. No tengo dudas de ti. Pero tal vez a través de ti sí se enteró alguien.

—Sólo se lo dije a Harati.

—¿Quién es Harati?

—Mi hombre de confianza, y de Uni. Es intachable.

—Vamos a verlo.

—¡Te digo que respondo por él!

—Y yo no me fío de tu palabra. Debo verle.

Mehi se encogió de hombros.

—Él no ha sido, pero si quieres verlo en sus ojos, adelante. Pondría la mano en el fuego por él.

—No lo hagas. Nunca. Por nadie. He vivido demasiado para darte este consejo a la ligera.

Volvieron a la ciudad de la construcción. A Gul, la pirámide le pareció más amenazante que hacía unas horas. Encontraron a Harati en las habitaciones de trabajo de Mehi. Gul se fue a por él. El hombre no sabía lo que se le venía

encima, y antes de preguntarse a qué obedecía tal ataque, estaba en el suelo bajo las rodillas del nubio. Mehi gritó como un poseso:

—¡Gul! Harati es mi amigo. No te permito la fuerza.

—Es el único que lo sabía.

El campesino luchó por respirar bajo la presión de las piernas como columnas del gigante.

—Yo no he delatado a nadie. Daría mi vida por el faraón.

—Vamos a verlo.

Una espada corta brilló en el aire. Harati notó la presión fría sobre el cuello, y algunas gotas de sangre mancharon la espada.

—Puedes matarme, pero no he traicionado a mi rey. Cualquier castigo que quieras infligirme ya me lo han aplicado. Haz lo que quieras.

Gul se impresionó por el temple del hombre. Ni temblor, ni dudas en la voz... Ni siquiera de sus propios hombres esperaría una conducta así ante la muerte. Suspiró y apartó la espada de su cuello.

—Te creo. Perdona mi brusquedad, pero no son asuntos para tomar a la ligera.

—Y yo te disculpo. Pero no vuelvas a hacerlo nunca, porque si veo una oportunidad, tal vez raje tu cuello con un cuchillo oculto. Si quieres saber algo, pregúntame antes.

Era un campesino. Un hombre del campo. ¿Por qué tenía aquel coraje? No era normal.

No dijo nada más. Salió de la cámara entre la vergüenza del que se equivoca y la impresión que causa un hombre fuera de lo común.

No obstante, la curiosidad le pudo. Se ocultó tras el quicio de la puerta, intentando escuchar la conversación posterior. Quería saber de qué estaba hecho aquel campesino singular. Mehi ofreció su mano a Harati.

—¡No quiero tu ayuda! Quizás deberías haberme ayudado cuando tenía una espada en el cuello.

—No podía hacer nada. Ya le dije que eras inocente. No quiso creerme.

—¿No podías hacer nada? Una palabra tuya hubiera contenido al nubio. Pero tal vez callabas porque creías que yo era culpable.

—No es cierto.

—¡Vaya si lo es! Pero no debes preocuparte. Uni me trajo a ti como tu sirviente. Puedes disponer de mí como quieras.

—No eres ningún esclavo. Estás aquí por propia voluntad, porque yo valoro tus servicios y porque te considero un amigo.

—Yo protejo a mis amigos. Si eso es lo que haces tú con los tuyos, prefiero que me consideres tu sirviente.

—¿Dónde vas?

—Me encargaste que trabajara con los oscuros preparando cuanto necesitasen para sus tareas. Es tarea más grata que servir a alguien que no confía en ti.

Gul vio salir a Harati y sus ojos de fuego clavados en los suyos. Sintió un escalofrío.

31

SNEFRU

Año 2.607 a.C.

El faraón estaba de mal humor. Todo el personal de palacio fue testigo de su acritud aquel día. Y no era normal. La fiesta de la masturbación ritual de Atón-Ra era todo un acontecimiento. Una de las fiestas mayores del año. Pero para Snefru era un día aciago. Se dejó llevar hasta el jardín, donde le esperaba su séquito en una gran carroza, transportada por una pequeña multitud de hombres libres que sujetaban a hombros unos ejes de madera acolchados con telas.

Recordó la fiesta de recibimiento de años atrás, cuando volvía de Nubia y fue recibido con la noticia de la desaparición de Rahotep.

Lo que más odiaba era mostrarse como carnaza a su enemigo más acérrimo, la clase noble de Menfis, que de nuevo le miraría como si fuera una más de las estatuas de madera policromada de la carroza, con la misma indiferencia que él mismo sentía hacia la fiesta, y con las cejas fruncidas y las sonrisas irónicas, juzgando con desprecio a aquel que les había privado de su poder. Parecían decir: «Míralo. No es más que un hombre».

Y eso era lo que le comía por dentro. No podían imaginar que había tenido la inmortalidad a su alcance... Pero los malditos parecían saberlo. Sus caras reflejaban el frío odio y la satisfacción morbosa del que sabe y celebra que su rey muera como un hombre y no como un dios.

No les miraba. Tenía la excusa perfecta. Miraba al cielo. Era a Osiris a quien debía mirar, donde quiera que estuviese entre las estrellas, pues la fiesta era en honor del dios y no en el suyo.

Estaba harto de malos augurios, malas noticias, enfermedades y podredumbre. Hasta Uni le traía profecías. ¡Uni! ¡Por todos los dioses! Si el más racional de los escribas recurría a la videncia para sus informes, es que todo iba realmente mal.

No creía en las supersticiones más allá de lo razonable, pero el relato apasionado de Uni le puso los pelos de punta. Recordó las palabras del médium:

Os mostraré el país sumido en el lamento y la desazón,

*Aquello que nunca ha sucedido antes de que suceda.
Los hombres empuñarán las armas de la guerra,
el país vivirá en alboroto.
Los hombres fabricarán flechas de cobre,
y suplicarán pan con sangre,
y se reirán en voz alta de la aflicción.
Los hombres no llorarán a causa de la muerte,
los hombres no se dormirán hambrientos a causa de la muerte.
El corazón de cada hombre le pertenece a él.
Entonces vendrá un rey procedente del Sur,
de nombre Ameny, el justificado,
hijo de una mujer de Taseti, nacido del Alto Egipto.
Recibirá la corona blanca,
llevará la corona roja;
unirá a las dos poderosas,
complacerá a los dos señores, con lo que ellos desean.*

Así pasó entre su pueblo, totalmente ausente de las aclamaciones y los rostros, ignorando sus miradas y sus falsas adulaciones. Desearía estar en cualquier otro lugar, pero sabía que iba a pasar un mal trago y habría que hacerlo cuanto antes. Aquella carroza era desesperadamente lenta.

No estaba solo. Una procesión completa de representaciones de todos los dioses de la cosmogonía solar, junto con sus sacerdotes y principales cargos acompañados de sus más pudientes fieles, cantaban himnos a Atón. Le acompañaban a realizar su deber. Más tarde, todos ellos se dirigirían a los principales templos para realizar el ritual de masturbación, recreando el momento en que Atón creó el mundo masturbándose en Heliópolis:

Se cogió el pene con la mano para alcanzar el placer del orgasmo. De su propio semen nacieron un hermano y una hermana, de nombres Shu y Tefnis. La unión de éstos engendró al dios de la tierra, Geb, y a la diosa del cielo, Nut, cuya prole, Osiris, Isis, Neftis y Seth forma la Gran Enéada de dioses heliopolitas.

Los más humildes lo llevarían a cabo en sus casas, sobre un pequeño e improvisado altar. Todos los hombres de la familia sin excepción rezarían al dios, dejarían caer sus faldellines y se masturbarían de diversos modos hasta eyacular en un platillo de ofrendas.

«¡Pero ellos no estaban enfermos!»

Llegaron al templo. Los fieles se agacharon para que su rey pudiera bajar. Al instante fue rodeado del numerosísimo cordón de seguridad preparado para la ocasión por su hijo Keops, que no quería tentar la suerte. Snefru suponía que tal exceso de celo se debía precisamente a su relación con ellos. Si algo ocurría,

no tendría coartada alguna. Soldados de varios cuerpos conformaban hileras sucesivas, hasta la guardia personal del rey, los temibles nubios, que sobresalían por altura y color de toda la multitud, solo sobrepasados por la propia carroza.

Le estaba esperando el sumo sacerdote, que no ocultaba su sonrisa. ¡Maldito! Su estómago ya venía quejándose durante todo el trayecto y ahora le enviaba punzadas de rencor en forma de dolores abdominales. El muy ladino debía ya saber que estaba enfermo.

«¡Cómo no! Si lo saben todo. Debe estar esperando verme dolorido y tal vez sangrante para acusarme ante el pueblo y retirarme la corona»

No era un asunto baladí. El sumo sacerdote tenía verdaderamente la potestad de hacerle abdicar. Era una costumbre religiosa, y una situación que jamás se había dado antes, pero si el sacerdote clamaba al pueblo la incapacidad del rey y se llegaba a concretar como real, sería un escándalo del que no podría salir. Y a Kanefer aún no le veía preparado para reinar.

—Es un honor para nosotros...

—Cállate. Vamos dentro.

Saludó al pueblo y le dio la espalda, entrando al templo, donde sólo los sacerdotes tenían acceso, cruzando sucesivas salas hasta la parte más noble de la morada del dios, donde se situaba la estatua sobre una hornacina excavada en un bloque de piedra policromada.

—Ra. He aquí el que...

—¡Déjate de estupideces! Sabe perfectamente quien soy.

—Son las fórmulas rituales.

—Pues ahórratelas. No las aguanto, ni a ti. ¿Sabes que no le sientas bien a mi estómago?

El sumo sacerdote ignoró la puya, aunque sus ojos se achinaron.

—Habéis roto vuestro pacto. Ya no nos favorecéis con la fuerza de antaño.

—Antaño me chantajeabas. Ahora ya no tienes nada que ofrecerme.

—La inmortalidad...

—¡Ya es tarde para mentiras! La buscaré yo mismo, aunque mi Ka tenga que recorrer todas las estrellas del cielo. No tengas miedo. Y no dependo ya de vosotros.

—¿Y quién oficiará las ceremonias sagradas?

El Rey se encogió de hombros.

—Construiré mis propios templos y pondré en ellos a mis sacerdotes. Hombres y mujeres que velarán por la fe del país, no por su enriquecimiento.

—Rompéis el orden natural de las cosas.

—No. Lo instauro. Lo creo. El orden natural es el faraón gobernando y el clero a su servicio. No al revés. Ni mucho menos por debajo de la nobleza. Y lo he demostrado. Jamás el país ha sido tan rico, ni ha estado tan unido, y jamás vosotros habéis tenido tantos privilegios.

—Migajas.

—Pues desde hoy, ni eso. Es el fruto de tu provocación. Quedas destituido. Pondré a Aj en tu lugar.

—No podéis hacer eso.

—Ya lo he hecho. Mi estómago y el país lo agradecerán.

—Podéis cambiar toda la cúpula eclesiástica y no servirá para nada. Los que controlan los hilos son los mismos.

—Por algún lado se empieza.

—Es vuestra última oportunidad. Los papiros...

—¿De Imhotep? Si los tuvierais ya hubierais quemado esa posibilidad de canje. No tenéis nada. Y yo me he cansado de faroles. Por cierto: decid a mi médico que os dé un reconstituyente. Parecéis un poco débil. Ahora yo tengo esos papiros y vosotros os arrastraréis ante mí para negociar.

—No los tenéis.

—No necesito probarte nada.

El sumo sacerdote se serenó. Una sonrisa se abrió paso en su cara angulosa mientras se dejaba caer el faldellín, dejando su afeitado miembro a la vista, llegando al momento que el faraón tanto temía.

—Cumplamos con nuestro deber ante el dios.

—¡Por Osiris! ¿Tengo que pasar por esto? Preferiría hacerlo en la intimidad.

—¿Además de ofenderme a mí queréis ofender a Atón? ¿Dejar sin protección a vuestro pueblo? Tenéis un deber. Si no lo cumplís, y yo no doy mi aprobación, la desgracia caerá sobre vos y vuestro reinado. El pueblo os volverá la espalda y tal vez sería hora de buscar a un faraón más preparado que vos para cumplir sus tareas sagradas.

El faraón asintió. No tenía opción.

«Acabemos con esto cuanto antes. Que sea lo que quiera Osiris».

El sacerdote cerró los ojos y comenzó con el ritual. El rey hizo lo propio.

El sacerdote tardó muy poco en descargarse sobre el plato de ofrendas a los pies de la estatua. Abrió los ojos y vio la cara de sufrimiento del rey mientras trataba de encontrar placer en un ejercicio que no le causaba sino dolor.

Snefru cerró los ojos. Sentía un escozor horrible y maldijo su enfermedad y a quién se la contagió. Pensó en el cuerpo desnudo de su esposa aquel lejano día en que se peleaba con la red que cubría su cuerpo, arañándolo, y consiguió abstraerse y llegar al final. Suspiró de puro alivio. No pensó que lo lograría.

Abrió los ojos, satisfecho, aunque su miembro le quemaba. Pero fue para descubrir que todo había ido mal.

Había gotas de sangre junto a las de su semilla en su propio plato.

El sacerdote señaló su mano ensangrentada.

—¡Esto es una ofensa al dios! No sois digno de vuestra corona. El pueblo debe conocer vuestra incapacidad para fecundar y llevar a cabo una simple ceremonia.

El rey echó mano a la parte de atrás de su faldellín abierto, sacando un cuchillo.

—Eso tiene arreglo. ¡Ya estoy harto!

Le clavó el puñal en la garganta. La sangre brotó del cuello del sacerdote.

El faraón tomó un paño blanco que había sido dispuesto para limpiarse al término de la ofrenda. Se limpió, volviendo a cubrirse con el faldellín y saliendo de la cámara del dios mientras el sacerdote perdía la vida.

Se dirigió a los sacerdotes que les esperaban.

—El dios ha encontrado a su sumo sacerdote indigno de su cargo y ha desatado su cólera sobre él. Encontrad uno más razonable a Atón y a mí mismo. Limpiad la sangre. El mismo dios ha sido salpicado de los fluidos del mortal.

Pareció dejar zanjado el asunto, pero se volvió de pronto.

—¡Y no se os ocurra decir una palabra sobre nada de lo que ha ocurrido aquí! Todo ha ido bien. Como siempre.

Snefru sonrió, y pequeñas arrugas de felicidad se abrieron en su viejo rostro, a pesar de su caminar oscilante. No le importaron los murmullos. Después de todo, el dolor había valido la pena. Una vieja deuda estaba saldada.

Salió de nuevo al encuentro de su pueblo, sonriendo y levantando su brazo. La ceremonia había sido un éxito. El resto del pueblo ya podía ir a los templos o altares a cumplir con su misión sagrada.

MERITTEFES

Año 2.607 a.C.

Su marido se hacía viejo día a día. Ella era más bella que nunca, mientras que él apenas la visitaba. Y cuando lo hacía, se hacía acompañar de su médico de confianza, con ungüentos que se frotaba en el miembro y que a ella le causaban un asco profundo.

Sabía que su esposo tenía algún tipo de enfermedad en el miembro. El acto sexual le causaba irritación y mucho daño. Con el tiempo descubrió que parte de su éxito radicaba en que, cuando ella se excitaba, producía una gran cantidad de fluido que incluso podía llegar a resbalar entre sus piernas, lo que había favorecido la lubricación del miembro del faraón y por eso había podido hacer el amor todos aquellos años. Pero la notoriedad de la enfermedad y el asco creciente que todo eso causaba en ella hizo que dejase de lubricar, pues ni cerrando los ojos e imaginando al mejor y más bello de sus amantes conseguía excitarse. Y su esposo dejó de frecuentarla.

Hacía mucho que no la llamaba, lo que comenzó a temer, pues si Snefru moría, su posición era más que dudosa. Le darían una mansión y una asignación en el mejor de los casos para que viviera holgadamente, pero era joven y no quería vivir como una vieja viuda sin posibilidad de volver a sentirse admirada por el pueblo.

Se había consolado durante una buena temporada con Kemet, el general nubio, que la había satisfecho como nadie jamás y del que llegó a enamorarse, puesto que nadie le había provocado semejante dependencia ni llevado a esas cotas de placer.

Pero un día dejó de prestarle servicio. Gritó a su sustituto, e incluso se fue a ver al jefe de los nubios, Gul.

—¿Dónde está mi sirviente?

—Kemet no era en absoluto vuestro sirviente exclusivo, mi reina. Para eso tenéis a muchos. Es un guerrero y está sujeto a mis órdenes... Y se encuentra llevando a cabo una importante misión para nuestro rey.

—Devolvedlo inmediatamente a mi guardia. Poned a otro en esa misión del demonio.

—No pienso contrariar la voluntad del faraón, mi señora. No tengo tal poder. No obstante, vos sois la reina de Egipto. A vos sí os escucharía. Pedidle que os devuelva a vuestro amante. Es comprensivo. Tal vez lo comprenda.

Tuvo que tragarse su orgullo, dar media vuelta con los ojos anegados en lágrimas de rabia y nostalgia y volver a su cámara. Hubiera jurado que el nubio sonreía. Ya le llegaría la oportunidad de vengarse.

Mientras tanto, necesitaba a alguien que la calentara de noche y que alimentara sus ansias de noticias de día.

Conocía lo suficiente a Kanefer, el santurrón hijo de Snefru, para saber que no podría seducirlo ni con sus mejores armas.

Así que comenzó a frecuentar la compañía de nobles y cortesanos de alto nivel. Les hablaba y les daba esperanzas de conseguir su cuerpo. Incluso se acostó con alguno que le resultó gracioso o bello. ¡Que no estaba en edad de privarse de una satisfacción!

Pero ninguno de aquellos tenía poder para que pudiera continuar medrando...

Entonces recordó una conversación en el lecho, especialmente hiriente porque la rebajaba al papel de una concubina sin cabeza. Y su amante citó a un constructor muy capaz que, de hecho, era ya famoso, pues estaba construyendo una bellísima pirámide, alta como el cielo mismo, en Dahsur. Era un personaje curioso, pues gozaba de la confianza plena del faraón como ningún otro ministro, ni siquiera su fiel visir.

Era el amante perfecto. Y quería saber si compartía el conocimiento de aquel extraño secreto que sorprendió en la conversación que escuchara tiempo atrás en los túneles ocultos, donde solía revolcarse con Kemet y que más tarde había inspeccionado a solas. No había vuelto a pensar en ello, pues sus pesquisas iniciales no le llevaron a ninguna conclusión, y pensó que quizás era alguna estupidez de sirvientes, pero siempre había tenido aquello en la cabeza, a la espera de poder saber más, pues no había nada más cruel que un regalo a medias.

Tenía libertad completa de movimientos, así que pidió permiso a su rey para admirar la morada de eternidad que algún día compartirían, a lo que accedió sin apenas mirarla a la cara. Eso la ponía furiosa.

Viajó en el barco real, haciéndose anunciar ante el constructor, que la recibió en una mansión insultantemente pobre para una reina, pero debía callar si quería verle.

No tardó en ser recibida, lo que también la decepcionó un poco. No sabía nada de protocolo. No se hacía respetar. Salió a su encuentro, sonriendo, aunque manifiestamente incómodo. Meritfetes le examinó de arriba abajo. Saltaba a la vista que su presencia le incomodaba. No en vano se había puesto

un vestido casi transparente, de un lino muy fino, y sobre él había aplicado aceites olorosos que le apartaran de los hedores de la construcción y la humanidad de los obreros. La consecuencia era que el vestido se le pegaba como una segunda piel, remarcando sus formas.

Casi rió al verle tan amedrentado. No sabía dónde mirar. Comenzó haciéndolo a sus ojos, pero su mirada le resultaba amenazadora al cabo de algunos segundos. Luego lo intentó con el suelo, pero debió pensar que parecería poco respetuoso, así que pasó a las manos, luego los ojos de nuevo, y así sucesivamente. Ella se sintió excitada con el juego y notó sus pezones contraerse. Se estremeció de placer. Le encantaba provocar esa sensación en los hombres. Tal vez incluso valiese la pena como amante.

—¿Os doy miedo?

—No. Pero no estoy acostumbrado a tratar con personas importantes y temo que mi falta de formación en la corte haga que malinterpretéis mis reacciones.

—¿Qué reacciones?

—No lo sé. —Se movía incómodo en su silla.

—Pero tratáis con mi marido.

—Vuestro marido me habla como a un amigo de toda la vida. De hecho, eso es lo que creo ser.

—¿Y por qué no había de serlo yo?

Se encogió de hombros.

—Tenéis razón. Perdonad mi embarazo. No podría negarle nada, y en consecuencia, tampoco a vos. Si queréis que os enseñe la pirámide, tal vez deberíais usar una capa. Me temo que vuestro... bello vestido no sea conveniente para los constructores.

—¿Y para vos?

—No tenéis nada que temer de mí.

—¿Temor de vos? Más bien parece que vos estáis asustado como un conejillo.

—Vuestra... belleza es...

—¿Es?

—Peligrosa. Como una serpiente bellísima.

Ella rió, moviendo su cuerpo y cambiando de postura en su asiento, moviéndose como una gata. Mehi se revolvió, incómodo en su pequeña silla plegable. Se veía que le había cedido la suya. La reina se levantó y se sentó sobre su regazo.

—Tal vez deberíais ser premiado por vuestra labor. —Se apartó un lado del vestido, permitiéndole ver sus pechos.

El constructor se sintió violento. Ella percibió un gesto de rechazo, cercano al asco. Casi imperceptible, pero inequívoco. No sería un aliado.

—Disculpadme. La pequeña silla plegable apenas aguanta mi peso. No quisiera haceros caer.

Meritfefes se envaró, volviendo a su silla.

—No he venido a ver las obras. Se puede apreciar desde aquí que será una morada de eternidad digna de mi marido.

—Os escucho.

—Mi esposo está enfermo. Una enfermedad que afecta... a su capacidad para tener hijos.

Mehi dio un respingo en la pequeña silla, que casi rompió. Esta vez se veía que su reacción sí era totalmente espontánea. Amaba a su marido. Se preguntó si tal vez en un plano más íntimo de lo que la ortodoxia ordenaba.

—Estoy seguro de que los mejores médicos encontrarán...

—Y yo quisiera darle lo que siempre ha querido. Su anhelo más secreto, que sin duda vos conocéis.

El constructor se levantó de la silla. La miró de manera diferente. Ya no la temía. Ni le impresionaba ya su cuerpo casi desnudo. Ella se puso en guardia. Estaba tocando algún tema importante. Debía continuar antes de que él supiera que no tenía apenas idea.

—Sobre todo ahora que le queda poca vida.

—¿Cuánto tiempo?

—Pocos años. Quizás sólo uno.

Le dio la espalda. Su cuerpo se encorvó ligeramente. Ella supo que estaba llorando. Insistió antes de que el efecto de la revelación se mitigara.

—Tenemos tiempo de hacerle feliz.

Él se volvió. En efecto, su rostro era otro. Su sonrisa cohibida de niño travieso y sus ojos de color ámbar se habían tornado en unos ojos húmedos y unas ojeras verdes ennegrecidas por la malaquita del kohl derramándose por sus mejillas.

—¿Qué sabéis vos?

—Todo. Y quiero darle... la inmortalidad que se merece. Tal vez vos tengáis ya el secreto.

—No sabéis nada. Y no hay tiempo. Acudid a los sacerdotes. Si ellos no os dan el secreto, nadie lo hará. Sabed que lo hemos intentado todo. Hay vidas enteras dedicadas a su búsqueda, y por supuesto, la mía. Intentaré con todas mis fuerzas daros, tanto al faraón como a vos, una morada de eternidad que os garantice un lugar junto a los dioses, pero a día de hoy, no tengo garantías. Sólo puedo asegurar que hasta el día de mi muerte lo seguiré intentando. Es todo lo que puedo ofrecer.

Meritfefes supo que no podría seducirlo. Al menos no aquel día. Pero tampoco hacía falta. Había dado con algo muy importante. En su posición, lo más importante era la información. Y el constructor había mencionado... ¡Un lugar entre los dioses!

Cada vello de su cuerpo se erizó, sintiendo un escalofrío de placer que recorrió su cuerpo en una oleada que casi la llevó a un orgasmo.

Pero debía dominarse. Lo tenía donde quería y aún podía obtener más información valiosa.

—¿Sabéis que ha muerto el sumo sacerdote de Ra?

Mehi rió con amargura.

—No sabéis nada. Él lo mató por desafiarle. Por no darle lo que quería.

La gran esposa real pensaba a toda velocidad.

«¿Qué podía querer el faraón de Egipto de un sacerdote? ¿Qué necesitaba antes de morir?». Que ella supiera, no había nada que no tuviera, salvo virilidad, y le constaba que tampoco era una necesidad imperiosa en él. Había algo muy importante. Hablaban de eternidad una y otra vez, de un lugar junto a los dioses...

Pero del constructor ya no sacaría más aquel día.

—Os agradezco vuestra comprensión. Y si me concedéis un favor...

—No le diré nada.

—Gracias. Está preparando su fiesta Heb Sed. ¿Lo sabíais?

—No.

—Necesita regenerarse con la energía divina. Se encuentra enfermo y viejo. No faltéis.

—No me lo perdería.

Se fue moviendo su vestido con una gracia felina que a Mehi le daba miedo.

MEMU

Año 2.605 a.C.

Extrañamente, el ejército le sentó bien. Su cuerpo se recuperó de los estragos de la vida fácil, y aunque ya no era el de antes, la experiencia compensaba los músculos de antaño; de ese modo consiguió hacerse respetar. Odiaba volver a la disciplina, pero tras toda una vida obedeciendo, pronto se acostumbró.

Apenas tuvo que luchar, pues su unidad no entró mucho en combate.

Era distinto vivir en el ejército sabiendo que no te quedaba mucho tiempo de servicio y te aguardaba una fortuna. Gastaba el pequeño sueldo de capitán y aún tenía a su cargo hombres a los que apretar cuando se sentía agobiado. Disfrutaba de un rincón espacioso en la misma sala que los soldados, separado por un improvisado muro de telas que colgaban de cuerdas, lo que le daba cierta intimidad.

Lo único que le sacaba de sus casillas era tener un superior mucho más joven que él: Tui. Se decía que había comprado su cargo y que era tan rico como cobarde, aunque Memu desconfiaba. Nadie duraba tanto tiempo en el ejército con esas referencias.

Le llamaron para una entrevista. Tui tenía una estancia como tres veces su rincón, donde ejercía su cargo y dormía.

—Capitán Memu.

—Jefe Tui.

—Has pasado un tiempo de adaptación. Me han dicho que servías como detective.

—Para el faraón.

—Ya. El caso es que has pasado mucho tiempo fuera del ambiente marcial. No sé si ya estás a punto para comandar una misión, pero me voy a arriesgar. Creo que conoces bien el desierto y te manejas con soltura por la oscuridad.

Memu asintió. Los dos sabían que eso no constaba en ninguna parte.

—Hace unos días luchamos contra los bandidos y los dispersamos, pero su cabecilla y unos cuantos hombres se hallan ocultos en algún lugar al oeste de las minas, entre las montañas y el desierto. Quiero que los localices y acabes con ellos.

—¿Cuántos son?

—No más de un par de docenas, pero son peligrosos y conocen muy bien la zona. Atacan de manera rápida y silenciosa, como las serpientes, y están comenzando a atemorizar a los timoratos.

—¿Cuándo debo partir?

—Debemos. Yo también iré.

Memu no dijo nada, pero sus cejas mostraron su asombro.

—¿No pensarás que llevo toda la vida escondido en esta sala?

—Eso no tiene que ver con que me pongan una nodriza para vigilarme.

Tui sonrió.

—Esto me gusta tan poco como a ti. También yo obedezco, así que intentemos terminar esto de la mejor forma. A los dos nos interesa que nos dejen en paz.

Memu rió.

—Eso está bien. Me caes mejor de lo que había pensado de ti.

Tui ignoró el tratamiento.

—Los dos somos supervivientes, así que nos llevaremos bien. Aún tenemos unos días para prepararnos. Esta noche cenarás conmigo.

Memu cenó con Tui durante varias noches, ganándose su amistad. Los dos gustaban de la espontaneidad del otro. Memu sospechaba que Tui estaba tan asqueado como él del ejército. No aguantaba muy bien la bebida, así que le fue llevando al límite cada noche, observando su comportamiento como el cazador a su presa. No tenía ninguna prisa.

Una noche, Tui acudió más serio que de costumbre, aunque bebió tanto como cualquier otro día.

—Partimos mañana.

—¿Y eso te apena? No irás a temer a esos bandidos.

Tui sonrió.

—No rehúso la acción, pero intento ser cauto.

—¿Qué significa eso?

—¿Y me lo preguntas tú? ¿Tienes una fortuna esperando y te vas a lanzar como un loco temerario a luchar contra tres hombres tú sólo?

Memu rió a carcajadas y pasó más cerveza a Tui. Esto se ponía interesante.

—Pues sí. Tienes razón. Una casa estupenda con servidumbre completa y hasta esclavos, y rentas como para vivir desahogado, incluso con el modo de vida de Menfis.

Tui rechinó los dientes.

—En realidad yo no sé cuánto tengo porque no sé cómo se vive en Menfis. Me crié en un pequeño pueblo campesino no muy lejos de la capital, pero no he estado allí jamás, y aunque creo tener un buen montón de dinero, no sabría cuánto me duraría allí.

Memu le palmeó la espalda, invitándole a beber más.

—¿Te gustaría vivir en Menfis, eh?

—Y tanto. Era lo que mi madre quería. Mi padre era un hombre humilde.

—¿A qué se dedicaban?

—Negocios. Comercio y eso.

Gruñó. A Memu le extrañó que le cortara de esa manera tan tajante, y puso cara de ofendido mientras bebía. Tui se dio cuenta e intentó rebajar la tensión.

—Cuéntame cómo son las mujeres de Menfis.

Memu volvió a reír.

—Estiradas como cuellos de ibis. En los templos de Isis agasajan más a su diosa que a sus maridos. Lo único que me gusta de ellas es cuando se quejan en la cama, debajo de un hombre de verdad. La fama de un buen amante corre entre ellas más rápido que una plaga.

Tui reía hasta llorar. Memu le sirvió más bebida.

—Yo me estoy cansando de las putas de aquí. Las conozco tan bien que me aburren.

Memu achicó los ojos y habló con el tono serio del mentiroso.

—Si quieres te llevaré a Menfis. Podrás vivir en mi casa y verás a mi escriba, que podrá estudiar cuál es tu situación económica. Tengo ganas de verle. El muy cabrón se debe estar forrando a mi costa.

Tui le tomó las manos. Sus ojos estaban empañados por la cerveza y brillaban como si fuera a llorar, pero sonreía estúpidamente.

—Eso es más de lo que nadie me ha ofrecido jamás, te lo agradezco.

No vio los ojos casi cerrados de Memu observándole con ansia.

—Somos muy parecidos. Tenemos que ayudarnos.

—¿Y qué quieres a cambio?

Memu volvió a reír a carcajadas.

—Ya lo sabes. Un informe de buena conducta recomendando la licenciatura por mi edad y mis pobres huesos cansados, no aptos para el servicio militar. —Le guiñó el ojo—. Eso, y un permiso para ti, nos permitiría ir a Menfis a ver a las mujeres sofisticadas que tanto te gustan.

Tui rió como un niño. Siguió bebiendo.

—Dime, ¿cómo lograste tu fortuna?

Memu sonrió, guiñándole un ojo. La sonrisa le costaba más que los ejercicios de entrenamiento, tan tenso como estaba.

—¿Negocios y eso?

Tui cabeceó patéticamente.

—Disculpa si he sido descortés. Comprendo que no quieras decirlo.

—En realidad, también lo sabes. El faraón me encargó una misión imposible. Capturar a un famoso delincuente. Yo no tenía la más mínima pista, así que me las inventaba. Eso me permitió vivir como un noble durante más de diez años. Imagínate: los alojamientos más exclusivos, el tratamiento que se da

a un juez, las mejores mujeres, ropas, banquetes... No iba a dejar una vida así, ¿eh? —dijo mientras daba un leve codazo a Tui, entregándole otra jarra.

—Y tanto que no.

—Sólo que al fin, el faraón se hartó de no tener resultados. El tipo debía llevar años muerto. Y me trajo aquí. —Se encogió de hombros—. Al menos me respetó la fortuna que había ganado con mi sueldo de juez.

Memu hizo un gesto de complicidad burlona a su amigo.

—Espero que no vayas a delatarme... ¿eh? Tendría que matarte.

Los dos rieron hasta doblarse. Memu fingía, esperando su momento.

—¿Y perderme esas mujeres? Jamás!

—¿Y tú como lograste tanto dinero para terminar luego en este agujero?

Tui bebió de nuevo, mirando a los ojos de su nuevo amigo.

—En realidad no hice nada. Era de mi madre. Lo ganó en el divorcio de mi padre. La persona más buena y piadosa en el mundo. —Hizo un gesto de brindis que Memu repitió—. Pero a mi madre la acosaron para compartir el dinero aquellos a los que se había ganado para testificar contra padre. Me envió con los bienes fuera del pueblo. Luego me enteré que la habían matado.

Memu se tensó como un arco, aunque era demasiado rebuscado para que fuese cierto. Casos como ese eran frecuentes. Seguiría escarbando en su mente borracha.

—¿Y tu padre era culpable?

Memu vio lágrimas en el rostro de Tui. Pero no eran de borracho.

—En absoluto. Pero era muy tacaño. Tenía mucho dinero. El pueblo entero era suyo y se comportaba como un campesino humilde. Todos le adoraban, menos mi madre.

Memu comenzó a sudar. Las manos le temblaban. No podía ser cierto.

«Será una casualidad. Ocurre todos los días».

—¿Y qué le impedía ser más generoso con una mujer tan bella?

Tui enarcó las cejas mientras sonreía.

—¿Y qué te hace pensar que mi madre era guapa o fea?

Memu dio un respingo

«¡Maldita sea! Casi lo estropeo».

—Si era capaz de convencer a un pueblo entero debía serlo. Además, te miro a ti y veo lo jodidamente guapo que eres. En Menfis vas a llevártelas de calle.

Tui estalló de risa, escupiendo la cerveza que acababa de tomar.

—¿No serás...?

—¿Yo? ¡Insolente miserable! —dijo entre risas—. ¡Debería matarte sólo por eso!

Le pasó otra jarra, aunque sus manos temblaban. Tui se puso serio.

—Era muy guapa. La mujer más bella que he conocido. Mi padre... No podía hacer alarde de su fortuna porque la había comenzado gracias a un

extraño trato con algún noble. Le escondió un arcón con papiros a cambio del dinero, que invirtió con fortuna.

«¡Divino Seth!»

Memu no podía creer en su suerte. Comenzó a temblar y se frotó las manos para evitar que las viera, por muy borracho que estuviese.

—¿Y qué coño había en aquel arcón? Tal vez era valioso.

—¡Qué va! ¡Papiros! Sucios papiros. Nada de valor.

Memu se ofendió de verdad y no se esforzó en disimular su enfado.

—¡Pero qué estúpido eres! ¿Cómo que nada de valor? ¡Podrían ser la escritura del más valioso palacio de Menfis, o letras por valor de una fortuna, y tú aquí perdiendo el tiempo en un agujero, lejos del lugar que te corresponde por derecho!

Tui se sorprendió tanto que el color desapareció de su cara.

—¿De verdad se puede poner eso en un papiro?

Memu puso los ojos en blanco.

—¡Pues claro! Snefru ha creado un ejército de escribas que reflejan las posesiones de todo el mundo para que los nobles no puedan reclamarlas como tuyas.

Tui tiró su jarra.

—¡Joder! Y yo pensando que no valían una mierda. ¡Y pensar que las guardaba sólo porque me recordaban a mi padre!

—¡Si al final mi fortuna va a quedar en nada con la tuya! Lo difícil será que te dejen salir del ejército si se enteran.

—¡Bah! Eso se compra con dinero, como yo compré mi cargo. Y nadie se va a enterar.

Memu puso su brazo sobre los hombros de su nuevo amigo mientras le pasaba más bebida.

—Hagamos una cosa. Dime dónde tienes el arcón y cuando volvamos de la misión lo abrimos y examinamos el contenido. Ahora no sería prudente y tampoco quiero no saberlo si te pasara algo en la misión.

—¿La misión? ¿Tú te crees que ahora nos vamos a arriesgar? Enviaremos a los hombres en una batida breve y si hace falta volveremos con el rabo entre las piernas.

A Memu le faltaba el aire. Apenas podía respirar. Exclamó con aire dolido.

—Disculpa. No quería forzarte. Me lo puedes decir cuando quieras, o llevarlo a Menfis a alguien que sepa leer y no vaya a engañarte.

De nuevo ocultó su rostro desfigurado por la tensión tras la jarra de cerveza. Tenía mucho miedo a mostrar su cara en un momento así. Contó los segundos mientras bebía de veras para calmar los nervios. Le ardía la garganta.

—No te preocupes. Está justo debajo de mí, en un armario de madera oculto bajo el suelo de tierra pisada. Por cierto... ¿sabes leer?

Memu vació la jarra y arrojó unas gotas al suelo, sobre el lugar donde se suponía que descansaba el arcón, ofreciéndolas al dios que había escuchado sus poco ortodoxas plegarias y dando gracias a Seth al fin.

Jamás una cerveza tan mala había tenido mejor sabor. —Por supuesto, amigo, por supuesto.

SNEFRU

Año 2.605 a.C.

Todo estaba listo.

Una ocasión que se daba sólo cada treinta años de reinado de un faraón, aunque a menudo se acortaban los plazos si éste necesitaba regenerar su energía.

Esperaba con ansia la fiesta Sed de regeneración ritual. Necesitaba nuevos bríos, energía con la que acudir al lecho de su fogosa mujer. Pero, sobre todo, necesitaba un golpe de mando, una confirmación de su poder, una reafirmación del cariño del pueblo, no sólo para sentirse más fuerte de cara a la lucha contra los que le engañaban, sino para volver a sentirse querido. Estaba solo... Y triste. No poder contar a nadie lo que le enfermaba era peor que el dolor físico. Los médicos dicen que las dolencias del alma son las peores. Y es cierto. El alma influye en el cuerpo tanto como sucede al contrario.

También sería una pequeña fiesta, un oasis de alegría entre su familia. Tal vez Keops dejaría un poco de lado su ira; Kanefer aprendería mucho, pues algún día le haría falta; y Henutsen...

Era lo que más le dolía. No poder ver a su querida hija, a la que no sería capaz de negar nada. Por esa misma razón apenas podía verla, porque ella leía mejor en su alma que nadie y no podía ocultarle sus males más tiempo del que lleva un breve paseo juntos. Tampoco podría mentirle. Si ella le presionara, se derrumbaría y se lo contaría todo. Era la única persona con ese poder, y no quería exponerla a peligros.

Por eso, aquel día se levantó de buen humor. Se diría que se sentía ya pleno de la energía que iba a recibir, así que despertó antes del alba a muchos de sus criados, que se extrañaron de encontrarle de tan buen talante.

Recibió a su hija con un abrazo. Detrás de ella venía Gul, sonriente. Era evidente que no comprendía aquella fiesta de locos, pero le satisfacía la alegría de su Rey.

—¡Pero qué guapa estás!

—Hoy vas a ser tú el que llame la atención por su luz.

El faraón rió de buena gana, acariciando el pelo de su hija.

—Si no tropiezo con mis propias piernas, me caigo y además me pasa el toro por encima, todo irá bien.

Entraron los sacerdotes. Al rey se le cambió la cara.

—Que lleguen los buitres —susurró al oído de su hija—. Pon cara de vinagre, que de lo contrario nos harán rezar el doble.

Henutsen se fue entre convulsiones de la risa mal contenida. Incluso sacó la lengua con pantomima burlona a Gul, que no pudo evitar reír. El faraón se volvió hacia él.

—A ver si tu pueblo te monta una fiesta así.

—Lo reconozco: sois únicos para eso. Aunque prefiero algo más íntimo. Digamos, un banquete entre un ciento de mujeres bellas y yo mismo.

Los sacerdotes le miraron con resignación. Todos ellos habían sido escogidos por él mismo y gozaban de su plena confianza. No se había arriesgado a recibir una puñalada de uno de ellos.

—¿Qué traje me toca ahora?

Se dejó hacer con paciencia. Le vistieron complicados ropajes que le harían sudar, aunque se encontraban en el primer día del mes de Tybi, en la estación de Peret, pero el frescor del invierno apenas había hecho aparición. Hubiera preferido un día más frío, quizás cubierto por alguna nube, aunque eso enojaría a los sacerdotes de Ra.

Salió al exterior. El pueblo esperaba enardecido, ya que el faraón les había exonerado de gran parte de los impuestos de aquella temporada como premio a la fidelidad, al cariño y la energía que ese día iba a renovar.

Cuando se hizo visible, las voces rompieron el cielo como un millar de tambores. El rey se situó en su lugar en la procesión. Caminaría junto a sus estandartes: el halcón, en representación del dios Horus; el ibis, por el dios Thot; Upuaut, el abridor de caminos y la placenta real. Detrás marchaban sus hijos, ataviados para la ocasión: ella como una sacerdotisa de Isis; ellos, rapados y purificados, con el faldellín clásico de lino en señal de humildad y sumisión al rey.

Le fueron entregados diversos símbolos, que se sumaban a los corrientes de mando sobre las dos tierras, entre ellos, un rollo que representaba el testamento de los dioses que le legitimaba para gobernar. Maldijo entre dientes el papiro y todo lo negativo que representaba en su vida, pues el maldito Imhotep debería haber llenado muchos como aquel, en vez de dejar su legado al capricho voluble de la voz humana.

Pero aquel era su día alegre, y no hizo caso a la breve punzada de su estómago. Nada le iba a quitar la satisfacción del baño de multitudes. Levantó los brazos, saltándose el estricto protocolo. El pueblo rugió de placer y él se emocionó.

«Habrá tal vez un día faraones que reinen también entre los dioses. Osiris quiera que sea Kanefer. Habrá faraones más ricos, los habrá más poderosos, y seguramente más felices... pero no habrá otro al que el pueblo quiera igual. Y esto no es una farsa como la recepción de los nobles a la llegada de mi expedición a Nubia. Esto es el mismo pueblo, que ha venido de multitud de aldeas, desde el delta, donde las aguas del gran verde asustan, hasta Nubia, donde el sol castiga sin distinguir al bueno del malo. No habrá rey más amado, como no habrá rey que se sienta más querido que yo hoy. Esa sensación, estos vítores, ese temblor del suelo que llega al corazón y lo acongoja, no lo llegará a ver un rey que obligue a sus súbditos a adorarlo, ni éstos verán esa energía canalizada procedente del amor de un pueblo».

Comprendió que la regeneración se basaba en esa energía, la humana, que sentía a través del cariño de sus súbditos, y la divina, que esperaba sentir.

Los sirvientes que le asistían secaron sus lágrimas con paños dorados.

La procesión, consagrada al dios Min, le llevó casi en volandas al Templo de Millones de Años, construido por Hemiunu exclusivamente para la ocasión.

Hubiera deseado caminar un poco más, pues apenas recorrieron unos pocos centenares de codos.

Le recibió su sacerdote de más alta confianza, Aj, el que le había dado la alegría de conocer a su esposa. El nuevo Sumo Sacerdote.

Lo primero que hicieron fue una ofrenda a Kheper en el exterior del templo.

Apenas estaba amaneciendo y la fiesta duraría al menos tres días. En todos los pueblos y ciudades de las dos tierras se perdonarían condenas, impuestos y prohibiciones. Habría grano y bienes para que se celebraran de manera gratuita las mejores fiestas que el pueblo hubiera conocido. Las cosechas permitían este pequeño exceso. Día y noche se cantaría y bailarían a la salud del Rey. Y Snefru sentía cada canto y cada baile, cada buen deseo y cada invocación de su nombre.

Entraron en el templo. Sonrió. Llevaban meses purificándolo, así como las capillas llenas de estatuas de todos los dioses, apiladas unas sobre otras y traídas de los rincones más remotos de Egipto, a donde serían devueltas para que el rey recogiera la energía de todo el país y la insuflase de nuevo, renovada y crecida como las aguas del Nilo. Esa era una de las razones por las que había apartado a su hija del templo. La hubieran hecho limpiar hasta que sus manos parecieran las de una vieja por venganza personal a él. Sólo por eso, les hizo trabajar el doble de lo necesario.

Debían hacer ofrendas a todos los dioses que ocupaban las abarrotadas capillas del inmenso templo cuadrangular, que remataba una alta construcción: el Pilar Ied.

Iba recibiendo a los nobles, que le deseaban miles de años de vida, con viejas fórmulas rituales. Gul no le quitaba ojo de encima. Los sacerdotes habían accedido a que llevara armas rituales, pero no pudo evitar sonreír pícaramente

cuando recordaba a Gul afilando las espadas hasta que, como él mismo dijo con sorna, pudieran cortar un hechizo.

Aj le iba guiando. Era su voz, y él se limitaba a repetir muchas de las fórmulas, o a bendecirlas. Rituales de fundación, de ofrenda a los dioses de las dos tierras, revisión ritual del censo de ganado, el ganado mismo, que fue presentado en todas sus formas a los dioses, el grano, los proyectos edificatorios... incluso los muebles que un día le acompañarían en su morada de eternidad.

Su sonrisa se tornó un poco amarga cuando fue Hemiunu el que le presentó el proyecto simbólico de su morada de eternidad, con tal aire de grandeza que se sintió ofendido. Murmuró unas palabras a Gul, y Hemiunu fue discretamente retirado, para alivio de su bilis. Debería estar Mehi. Y debería estar Uni. Pero no eran oficialmente sus hombres amados, lo que se prometió compensar. Si no podía darles el abrazo que se daba a un amigo, al menos les colgaría tanto oro en sus cuellos que al acostarse les dolería la espalda.

Aj le susurró:

—Es la hora.

Se sintió un poco nervioso. Era el momento que más temía. La carrera ritual. Volvieron a cambiarle las ropas tras perfumarle con aceites. Le fueron entregados nuevos atributos de poder. Un remo, la pluma de Maat...

Se había tomado su jubileo muy en serio. Se habían rescatado todos los textos existentes, tomando como referencia los de Imhotep en el templo Sed de Djoser, y se habían recitado las viejas oraciones durante meses. Todo debía ser cumplido de manera ordenada y sin faltar una sola palabra.

Salieron al patio abierto frente al templo, donde se habían habilitado palcos para las familias nobles y los dignatarios extranjeros. Todos le observaban. El pueblo esperaba más alejado las noticias que llegaban de las primeras filas. Todos sin excepción se esforzaban en encontrar los lugares más inverosímiles para poder tener una vista privilegiada, aunque los soldados habían ocupado todos los puestos altos, amén de los que los nobles habían comprado para disfrutar mejor del espectáculo. Los nubios vigilaban con los bastones arrojadizos, lanzas y flechas prestos.

Trajeron un enorme buey pintado y decorado con cinchas de colores. No pudo reprimir una sonrisa viendo a Gul aguantar la risa. Pero sintió una punzada de remordimiento. Los sacerdotes, los sirvientes, el pueblo e incluso sus hijos, que habían trabajado mucho por él, se merecían un poco más de devoción. Los acontecimientos sobre la búsqueda de la inmortalidad y su decepción le habían vuelto un poco escéptico, pero eso sus hijos no lo comprenderían. Reprendió amablemente a Gul, y se puso como penitencia la obligación de explicarle el porqué del buey, que tanta hilaridad le causaba:

A la muerte de Osiris, dios asociado a la agricultura, el pueblo creyó que el alma de su rey había pasado al cuerpo de un buey, animal indispensable para realizar las labores del campo, dándole trato de dios, al que dieron el nombre de Apis.

El Buey Apis, debía cumplir con ciertos requisitos para avalar su condición de dios y recibir la pleitesía de sus adoradores, por lo que se hacía una selección entre miles de bueyes de todo el país. Apis debía ser negro, con una mancha blanca en la frente y otras señales rituales, que por supuesto eran pintadas, aunque el fervor popular creía que, efectivamente el buey nació de tal guisa. Una vez «encontrado» el animal que luciera las características exigidas, era llevado al templo del culto principal, donde lo cuidaban y alimentaban durante una cuarentena. Cumplido el plazo, equipaban lujosamente un barco y el Buey Apis, ya convertido en dios Osiris, era conducido por el Nilo hasta Menfis, dónde era recibido por los sacerdotes con el ceremonial debido entre las aclamaciones del pueblo. Lo conducían al santuario de Osiris y se usaba en las procesiones sagradas. Curiosamente, los sacerdotes habían prescrito en los libros sagrados que Apis sólo podía vivir un determinado número de años, de manera que, cumplido el plazo, el animal era ahogado en el Nilo, dentro de un respeto reverencial. Luego lo embalsamaban y celebraban magníficos funerales mientras el pueblo lloraba como si otra vez hubiera muerto el dios Osiris. El duelo duraba hasta que los sacerdotes consagraban a otro Buey Apis, renovando el proceso, y retornando las actividades festivas durante toda una semana.

Gul sonrió, aunque se comportó dignamente. En realidad, el buey no debería haber llevado cinchas, pero Gul no dio su brazo a torcer ante la fe de Aj:

—Osiris nunca atacaría a un faraón tan devoto. No es necesario atarle. Es denigrante para el dios y para el pueblo. El dios no le hará daño.

—Yo no entiendo de dioses —respondió Gul—. Dejadme hacer mi trabajo y que Osiris haga el suyo. Si tan justo es, no me odiará por esto.

Pero la carrera iba a comenzar. Aj le susurró para que terminara la cháchara. Sonrió como un niño travieso.

El pueblo rugió de contento cuando echó a correr. A su lado estaba Gul, junto a Aj, y al otro lado del buey un tremendo nubio, atento a las cinchas por si su trayectoria se inclinaba un solo dedo hacia el Rey.

El buey había sido convenientemente drogado, pues el griterío hubiera enardecido a cualquier animal, y el rey jamás hubiera podido alcanzarle. Antes bien, hubiera causado una verdadera masacre sobre la multitud.

Todo salió bien, y ni siquiera se fatigó tanto como temía, crecido por el ánimo que su pueblo le insuflaba. Jamás se había sentido tan bien. Confirmó que, más que un acto mágico de recepción de energía por el dios, era el país el que le hacía sentirse mejor a través del cariño que le demostraba. Un cariño que él había comprado con grano, fiestas y permisibilidad, pero cariño verdadero al fin y al cabo. No en vano, él era el guardián de la armonía divina que propiciaba la felicidad de los seres terrenales que habitaban las riberas del Nilo.

Volvieron a cambiarle de ropa y atributos: vasos de agua del Nilo, cetro y ojo de Horus, y volvió a recibir a dignatarios, cargos, egipcios de todas las regiones, gobernadores, jefes de guarniciones militares fronterizas, administradores de oasis... Todos portaban regalos valiosísimos y ofrendas a los dioses que los sacerdotes hacían desaparecer enseguida, una vez cumplida su misión.

En una ocasión vio discutir a Keops con un sacerdote. Supuso que por un regalo. Sonrió. Que su hijo les hiciese rabiar le daba placer. Si no fuera tan poco ortodoxo por su impiedad, le nombraría sumo sacerdote de Ra, aunque hasta los mismos dioses se enfadarían.

Incluso los artistas no se perdían detalle de las ceremonias; les habían asignado un lugar preferente, pues luego habrían de reproducir las escenas en pinturas y esculturas, grabados y relieves, canciones y representaciones teatrales.

No probó bocado, pero se encontraba como si estuviese drogado. La ceremonia clave era la coronación, donde recibiría el poder y la energía divina.

En la primera coronación, y después de enterrar una estatua suya y guardarle luto ritual como predecesor fallecido, le fueron practicados una serie de rituales a través de los cuales se encarnaba en la figura del dios Horus, con la presencia de toda su familia y los altos dignatarios. Después de la proclamación de su nombre dinástico, una vez elegido por los dioses, y de los ritos purificadores, como nuevo faraón, tenía que protagonizar tres solemnes actos.

El primero era el Kha Nexwit y el Nesut Bit. En un estrado, los sacerdotes situaron dos sillones que representan los tronos del Alto y Bajo Egipto. Se sentó en los dos, con todos los atributos del poder, mientras los sacerdotes cantaban sus letanías, que ya comenzaban a darle dolor de cabeza por más que se esmerara en cumplir el protocolo con rectitud.

El segundo era el Sema Tawy, Reunión de las dos tierras, cuyo principal acto consistía en la unión de unos papiros, planta del norte del país, con unos lirios, que crecían en el sur, en torno al pilar Ued, que debía elevar al cielo para su protección. Era el acto más importante de cara a la recepción de energía. Lo hizo con devoción, cantando las fórmulas, mientras temblaba de la emoción.

Parecía que fuera otro el que lo hacía. Ni siquiera se dio cuenta de lo rápido que pasó todo.

Salieron de nuevo al exterior para llevar a cabo la última parte de la ceremonia, que consistía en disparar su arco hacia los cuatro puntos cardinales

para mostrar su poder universal. Por último, y como tercera parte de la coronación, el Pekherer Ha Ineb, una procesión alrededor del muro que protegía el recinto sagrado, simbolizando la protección que el faraón procura a su país.

Hecho esto, y atestiguada la erección del pilar Ued con éxito por parte de los sacerdotes, el gentío estalló en vítores y alabanzas.

Se llevó a cabo una segunda carrera, aunque ya no estaba nervioso. Incluso Gul parecía más relajado. Al rey se le ocurrió que tal vez el nubio temía que los dioses se enojaran con él por sus burlas.

La procesión final a Palacio fue mucho más relajada, entre saluciones de los dignatarios. Pero ya estaba harto. Hizo una seña a Gul. No aguantaría a nadie más que a su hija, que le fue traída rápidamente.

—Felicidades, faraón.

—Tú debes llamarme padre.

—¿Te sientes renovado?

—Nunca lo hubiese creído, pero la verdad es que sí. Me siento querido por los dioses y por mi pueblo.

—Y por tu hija.

—Ese era el único cariño del que jamás tuve dudas.

La abrazó con fuerza.

—A ver si van a pensar que te tomo por esposa.

Se separaron.

—Padre... quiero pedirte algo.

—Si nunca te niego nada, hoy menos aún.

—Prométeme que podré desposar al hombre que yo quiera. Que no me será asignado esposo contra mi voluntad.

—Nunca se me hubiera ocurrido tal cosa. Te quiero demasiado para entregarte a alguien del que no estuviera absolutamente seguro.

—Lo sé, pero no es eso lo que te pido.

—Escogerás a tu hombre. Te lo prometo.

Vio que su hija se mordía la lengua, pero no quería incomodarla en un día tan grato. Ya le pediría al hombre que quisiese.

Que Isis la guiase. Y a él mismo, pues no tendría valor para negarse.

HENUTSEN

Año 2.605 a.C.

No recordaba ser tan feliz desde que era niña. De repente, su padre pasó de ignorar a sus hijos a dejar de lado al resto del mundo para centrarse en ellos. Había deseado con todas sus fuerzas que los instantes que habían compartido en la fiesta del jubileo no quedaran en una anécdota en sus vidas.

E Isis le había concedido la gracia.

Al alba, cuando el sol apenas comenzaba a despuntar en el horizonte, su padre acudía a su cámara y la despertaba entre risas, cosquillas y juegos infantiles.

Compartían las ceremonias a Isis y notaba que él la miraba extasiado, totalmente absorto en ella. Se notaba que la diosa le daba absolutamente igual. Por eso, le dejaba hacer hasta el final de la ceremonia y, sólo cuando terminaban, se le echaba encima.

—Haces trampa. No participas en la ofrenda.

—Sí lo hago.

—No recuerdas una sola palabra de las que he dicho.

—Me da igual. Con oír tu voz me basta.

Ella se enternecía. Casi resultaba agobiante, pero era una delicia. Hacían excursiones juntos y él se deleitaba viéndole servir la comida con sus propias manos; ella le miraba a su vez cuando iba de caza, aunque nunca fue un gran cazador, y por mucho que les preparasen las presas y las pusiesen cerca de él casi siempre fallaba, y los dos se morían de la risa viendo la cara de desesperación de los sirvientes, que no comprendían cómo podía haber fallado a esa distancia.

Tras la dulce experiencia de la noche de las linternas, había recuperado el gusto por los paseos en barca por el Nilo, y su padre la acompañaba, dejándose acunar por la brisa y meciéndose en el relajante vaivén del barco.

Aquel día era especialmente grato. El paseo fue como un premio a un día muy caluroso. Habían tomado una barca pequeña que habían llenado de cojines.

Resultaba muy gracioso mirar alrededor y ver varias naves llenas de soldados inspeccionando cada rincón del río, cuyas orillas eran guardadas por guardias nubios.

Miró a su padre. Jamás le había visto tan relajado. Sonreía con los ojos cerrados. Supuso que esperaba que ella también cerrase los ojos para echársele encima.

—Si gobiernas la barca como cazas, es probable que nos estrellemos.

—Para eso están los ojos de Horus.

—¡No seas blasfemo! Sin el manejo del timonel, Horus no guiará el barco hasta el puerto.

—¿Qué te apuestas? Para eso soy su sobrino.

Los dos rieron y se lanzaron a una guerra de cosquillas, que regularmente terminaba con él jadeante, recuperando el aliento.

—Te estás volviendo una mujer.

—Pero para ti siempre seré una niña.

—Así es. Pero no para otros.

—¿A dónde quieres llegar?

—El día del jubileo. No me hubieras hecho prometerte que te casarías con el hombre de tu elección si no lo hubieras elegido.

—¡No creía que te acordaras!

—¡Me ofendes! ¿No crees que me preocupe por mi hija?

—Hasta ahora no te has prodigado mucho.

El semblante del rey se ensombreció. Ella se arrepintió al instante de haber cambiado su humor. En un instante volvió a ser el de antes, cariacontecido, serio, distante y menguado.

—Perdona.

—No. Tienes razón. Y es justo que me lo digas.

—No tengo ningún reproche.

—Y bien ganado que lo tengo. Pero no te preocupes.

—Has cambiado mucho.

El faraón asintió con una sonrisa. Ella insistió.

—Padre, me preocupas. No sé a qué viene ese cambio, pero temo que ahora que eres el que yo quiero, no dure mucho.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Tal vez estás enfermo. Me preocupa tu actitud.

Snefru rió con buen humor. Ya era de nuevo el renacido, alegre y jovial padre. Sus ojos volvían a recuperar la luz, e incluso las arrugas parecían darle una humanidad que nunca antes había manifestado.

—Pues claro que estoy enfermo. Soy una persona mayor. Estoy lleno de achaques. Pero no me voy a morir, cariño. Mi hora me llegará cuando Ra lo quiera, pero no hay ninguna enfermedad que me vaya a llevar con su hijo, aún.

Henutsen suspiró.

—Me quitas un peso de encima. Lo pensaba de veras.

—No. Mi corazón es viejo y ha pasado por mucha tensión. Eso dice mi médico. Pero tu compañía es como un bálsamo para mí. Rejuvenezco día a día. En unos pocos años pareceremos hermanos.

Ella rió de buena gana.

—Y no me vas a decir por qué has cambiado.

Su padre le acarició la mejilla.

—Toda la vida he tenido una carga. Un anhelo que ocupaba mi corazón y lo oprimía. Esa carga me apartaba de vosotros. Y hace bien poco, esa carga ha desaparecido. Soy libre para recuperaros.

—Y por cierto que lo has hecho. Y Kanefer sonríe cuando te ve tan jovial. Pero... ¿crees que estás a tiempo de recuperar a Keops?

—No lo sé. Lo intento. Pero es él quien se aparta de mí.

—¿Sabes que frecuenta a los nobles?

—¿Cómo sabes eso?

—¡Papá! Es del dominio público. Lo sabe todo el mundo.

—Ya. Y no se esfuerza en ocultarlo.

—No.

—No sé si quiere provocarme. Es muy ambicioso. Tal vez lo que ansia es el trono de su hermano, pero no le corresponde. Ni por derecho legítimo ni por carácter. No valdría para ser un buen faraón.

—¿Y eso?

—Porque piensa que es el pueblo el que le debe algo, y no al revés. Pero no pienses en eso. Intentaré hablar con él. Incluso le pediré perdón por todos los años que os he ignorado. Tal vez algún día me comprenda. La verdad es que no he ejercido de padre. Y con él, menos que con ninguno.

—Yo tenía a Kanefer, y él a mí; pero Keops siempre se apartó.

—Y siempre tuvo celos de vuestro cariño. No creas que lo desconozco.

Ella pasó un tiempo pensativa, mirando las ondas del agua limpia.

—Papá... ¿Qué sentías por madre?

—No era un amor pasional, como el que tú parece sentir por tu amado. Fue un matrimonio concertado. A ambos nos convenía y los dos salimos muy beneficiados de él. Pero sabes que siempre la respeté y jamás le di motivos para ser infeliz, pues desde el primer momento fui sincero con ella, y ella conmigo. Ambos tuvimos... nuestros desahogos, pero siempre sentimos por el otro un amor sereno, tranquilo, y un respeto profundo. Y más desde que tú naciste.

Henutsen se acurrucó junto a su padre, haciéndole carantoñas. Él rió.

—Vas a pedirme algo. Y yo te lo voy a dar. No hace falta que me adules.

—Ya sabes lo que te voy a pedir.

—¿Quién es él?

—Mehi.

El rey la miró asombrado. Ella se sobresaltó, con el corazón en un puño.

—¿Qué ocurre?

Su padre, que se dio cuenta de su reacción, se serenó, aunque con semblante serio.

—Nada. Me ha pillado por sorpresa. Es un buen hombre. En realidad no conozco a nadie más digno de ti.

—¿Y por qué has saltado como si tuvieras una araña en el culo?

Le costó mucho responder.

—Porque forma parte de la carga que he soportado tantos años. Pero la carga no es suya, sino mía. Y ya ha desaparecido, así que ahora es tan sólo un buen amigo.

—Entonces, ¿lo apruebas?

—Y me hace muy feliz, pues le quiero como a un hijo.

Ella se echó sobre él tan violentamente que le cortó la respiración. Sus brazos le apretaron el cuello tanto que casi le ahogó.

—Lo hablaré con él inmediatamente.

—¡No! —gritó Henutsen—. Prefiero que él te lo pida en su momento. Es muy solemne con estas cosas. No le digas que lo sabes.

—Lo sé. Como quieras.

Año 2.605 a.C.

No había esperado obtener una información tan valiosa de Neferti, el brujo, aunque su rey pareció recibirla con escepticismo, e incluso el nubio le miró con desprecio. Él, que debería comprenderle mejor que nadie, ya que su país era la cuna de la magia oscura...

No podía huir de su misión, pero la actitud del rey le hirió profundamente. ¡Como si no le hubiera conocido toda la vida para saber que no se embarcaría en semejante quimera sin saber lo que hacía!

Se sintió contrariado. Razón de más para no acudir a la fiesta de regeneración del rey. ¿En calidad de qué iba a ir?

La experiencia había colmado sus expectativas, incluso las más fantasiosas. Le costó una semana recuperarse: los mejores médicos, medicinas y alimentos nutritivos para recuperar su salud, y aun así le quedaron unas oscuras ojeras que no pudo disimular con kohl; sus criados le dijeron que su pelo estaba más blanco que antes.

Pero valía la pena.

Le costó mucho tiempo volver a contactar con el médium. Se diría que esperaba que no le viera más. ¡Si todo había salido bien!

Pero al final le citó. Las precauciones incluso doblaron las de la primera vez, pero al fin, y con la cabeza aún embotada por el brebaje, tenía a Neferti delante.

—¿Qué queréis de mí? No suelo repetir con mis clientes.

—¿Tal vez porque vuestros clientes no están satisfechos de vuestros servicios?

—No estáis en posición de provocarme.

—Y no lo hago. Pagaré vuestra tarifa, pero quiero saber algo más. Tal vez iniciarme en vuestro arte.

El mago miró largamente al escriba.

—¿Con qué fin?

—Con el de servir al faraón.

—¿Y pagaréis mi precio sin discutirlo?

—Así lo haré, siempre que vuestras palabras me satisfagan.

—Preguntad pues.

—¿Qué es la magia?

Neferti sonrió. Aunque llamar a eso sonrisa no hacía justicia. Su nombre mismo era como una broma pesada, pues hablaba de belleza cuando no recordaba a nadie más feo. Había visto personas y animales con increíbles deformaciones, pero aquel ser era verdaderamente horroroso. Ojos caídos como un sapo, labio también caído y lleno de granos, piel picada de viruela, el pelo le colgaba lacio, en mechones. No. No era un hombre sano. Parecía que no le quedaba mucho tiempo en este mundo. Escuchó su respuesta con la nariz arrugada.

—Ra dijo: «Yo cedí el heka a la humanidad para que pueda protegerse contra lo que pudiera pasar». Soy un hekau, y mi ciencia sirve tanto para castigar a una persona, curar a un enfermo o intentar comunicar con personas muertas, ya sea para rendirles culto y repetir su nombre de manera que lo oigan o saber algo de ellos. El dios Heka viaja en la barca solar que cruza el tránsito de los vivos a los muertos, porta dos varas cruzadas, tiene forma de serpiente y en la cabeza lleva un estandarte en forma de rana.

Uni casi se rió, pero Neferti ignoró el gesto. Debía estar acostumbrado a las bromas.

—Personifica el gran poder mágico del sol, o la magia. Es considerado el Ka de Ra, a quien protege de la serpiente Apofis. Isis lo obtuvo de Ra por medio del engaño, tras escuchar su nombre secreto, y lo traspasó a su hijo Horus. Por eso son los tres amos de la heka. Se manifiesta a través del verbo mágico, la palabra.

—Y los sacerdotes de Sekhmet protegen con ella al faraón de hechizos y fuerzas demoníacas. ¡Decidme algo que no sepa!

—¡No lo toméis a broma! Es un transporte poderoso de fuerza. Sólo percibimos una parte ínfima de su poder, y ha de ser usado con responsabilidad. Sabed que las palabras son poderosas, pero no sólo en su concepción hablada. Pueden ser escritas, o incluso pensadas, y cumplir su propósito. Es una vibración luminosa que da a los hombres un poder útil y maravilloso y les guía al conocimiento si ese poder es usado adecuadamente, de igual manera que los discursos de los ignorantes son destructores y agresivos.

Uni comenzó a relajarse. De nuevo había captado su atención. Le hizo un gesto, invitándole a continuar.

—Para aprender a usar beneficiosamente esta energía heka y «volver dichoso al corazón», el primer paso es conocer los deseos-pensamientos propios, tomando conciencia de lo que verdaderamente fluye del corazón-conciencia y se manifestaría en el devenir.

—No he entendido nada.

—¡Que hay que tener cuidado con lo que se desea y se dice, pues a veces uno es prisionero de sus errores y las palabras no mienten!

—Disculpa. ¿Me enseñarás esas palabras?

—Las palabras y los objetos sagrados e imágenes. Los difuntos, por ejemplo, se hacen acompañar por figuras shawabty, o respondedores, quienes harían los trabajos más duros en el Más Allá gracias a las fórmulas de heka que se inscriben sobre cada uno de ellos. También nos valemos de cuatro varas mágicas de marfil. Son utilizadas para invocar la protección de diferentes divinidades o seres míticos que se hacen tallar en su superficie. Con este instrumento trazamos un círculo, y todo lo que queda encerrado en su interior estará protegido por la divinidad. Pero es un mero ejemplo de muchas variantes según las costumbres antiguas de cada pueblo. Hay quien moldea figuras de cera que representan a un enfermo o a quien se desea dañar. Incluso los más incultos pescadores recuerdan recitar un encantamiento sobre el cocodrilo para sentirse protegidos mientras se encuentra trabajando en el río. Las madres dicen las palabras que evitan enfermedades a sus hijos, y les protegen mediante el uso de amuletos que colocan en su cabello. La magia se usa también para evitar la picadura del escorpión, a la serpiente y otros peligros comunes.

Uni se acercó a Neferti. Estaba febril.

—Y se vierte semen sobre aquel a quien se quiere causar daño o maldecir. Eso es materia de medicina común que incluso yo he recibido. ¡Quiero algo más! Quiero conocer la magia oscura que permite hablar con los muertos antiguos, sin ninguna cortapisa. Dime... ¿cómo se manifiestan tus visiones? Recuerda que de tu respuesta depende toda mi fortuna.

Neferti suspiró. Miró a Uni con el aire apesadumbrado del que da una mala noticia.

—Primero veo como una niebla. Esta, igual que en un papiro, se compone de puntitos o manchas. La mayor parte de las veces, mis visiones no pasan de ahí. Sin embargo, cuando me siento pleno e identificado con el sujeto o con el caso, las líneas se cruzan y forman figuras bidimensionales, igual que las pinturas. Por último, si estoy en plena forma, las imágenes cobran vida. Más inusualmente aún, las imágenes me hablan. Las visiones no acuden siempre que las llamo. A veces vienen sin llamarlas, y la mayoría de las ocasiones simplemente no vienen. Esa es la verdad. Lamento decepcionarte. La verdad es que los clientes, como tú has dicho, no suelen quedar satisfechos y por eso tomo precauciones, pues el esfuerzo sobrehumano lo hago, con o sin resultados.

—Con eso me basta. Quiero que me enseñes.

—Si soy honesto, no creo que reúnas las condiciones.

—¿Por qué?

—Mírate. Eres pequeño y débil. Aún no te has recuperado de la última sesión.

—¡De mis fuerzas me preocupo yo!

—Entonces, te enseñaré.

Año 2.605 a.C.

Jamás me había sentido tan satisfecho. La pirámide se encontraba casi terminada, a falta de las últimas y complicadas hileras, el piramidión dorado, que los artesanos reales estaban creando, y el pulido final de las caras. El rey vino a verla. Lloró al abrazarme y me trató como a su más querido amigo.

—Gracias por darme lo más parecido a la eternidad.

No pude articular palabra. Mis lágrimas se unieron a las suyas. Sólo conseguí balbucear.

—Si un rey la merece, sin duda serás tú.

Cuando caminábamos por la pasarela flanqueada de esfinges mirábamos el suelo pulido maravillados. No se parecía en nada al espeso lodazal por el que se deslizaban los bloques de piedra y que tantas lesiones había costado, pues los hombres se enganchaban los pies en los maderos, cubiertos por la espesa mezcla de aceite y barro. Sólo los postes de cedro costaron una gran fortuna, aunque su final fuera guardarlos en un almacén. Serían aprovechados para más construcciones, no para hacer barcos, ya que hubieran requerido un tratamiento especial.

Las lágrimas aún afloraban a mis ojos. El rey se había ido y Harati había ido a visitar a los oscuros para pagarles en su visita periódica. El campesino había llegado a apreciar a aquella camada de criminales como sólo alguien de corazón puro puede hacer.

Yo mismo no podía dejar de sentir náuseas cada vez que pensaba en estar entre ellos, como se sentiría una flor en un pozo ciego. Y no comprendía que Harati encontrase nada positivo allí. No encarnaban sino muerte, oscuridad, crimen, misterio, suciedad y podredumbre. Los peores miedos del ser humano, aquellos relacionados con la corrupción del cuerpo y del alma.

Y me daba mucho miedo que mi amigo compartiese algo con ellos. Generaba un involuntario, aunque creciente, rechazo hacia él. La razón me decía que no había nada extraño en su persona, que era simplemente solidaridad entre marginados...

Pero me daban escalofríos cada vez que pensaba en eso.

La fiesta de los obreros aún continuaba, aunque en unos días, cuando concluyera el pulido, la ciudad se disolvería y todos volverían a sus pueblos como nuevos ricos.

El rey había decretado días de fiesta en todo el país, coronando también numerosas obras civiles, como construcción de carreteras, reparación de murallas, mantenimiento y construcción de diques y acequias de riego, graneros, casas de vida, templos por doquier, edificios administrativos para juzgados, escribanías, cuarteles militares... El país era tan feliz como su faraón. Y yo mucho más.

Mi situación era plácida. Tenía treinta y cuatro años y había levantado una pirámide en un tiempo tan corto que jamás volvería a superarse tamaña hazaña: catorce años.

La silueta de la pirámide dejaba pequeña el engendro oblongo de Hemiunu y la pirámide inacabada de Huni. Incluso superaba en belleza a la pirámide del sabio Imhotep, sin cuya ayuda había sido capaz de levantarla.

El ocaso contra el sol resaltaba el blanco de la pirámide entre la tierra roja de la cantera de Dahsur. Resultaba gracioso que hasta el día en que fue cubierta y sus caras brillaron al sol se la había conocido como la pirámide roja, y a pesar de que ahora lucía blanca como la leche por el recubrimiento de la última hilera de piedras calizas de Tura, todos la iban a recordar con el apodo original: no sería la pirámide de Mehi. Ni de Hemiunu, ni siquiera la del faraón Snefru...

Sería la pirámide roja.

No estaba del todo terminada, pero el poder de la pirámide era ya tan activo que el cuerpo de la reina, que había comenzado a mostrar signos de corrupción por el trasiego, pareció renacer para la eternidad. La pirámide refulgiría como el alma de Snefru.

Y yo era el constructor.

Jamás se había levantado otra más impresionante con tal precisión y rapidez. Mi nombre figuraría en los escritos junto al del hombre venerado como un dios... Y aún era relativamente joven. Insultantemente joven para el resto de los constructores nobles. Ahora se pelearían por agachar su cabeza ante mí para implorar que les concediera una entrevista y escuchar la increíble cantidad con la que intentarían comprar mis servicios.

Pero nada de esto me importaba. Tenía el favor del faraón y tendría a Hen. Habíamos alargado el momento varios años porque nos encontrábamos muy bien cada uno en nuestro papel, y yo tenía mucho trabajo, pero ahora que iba a terminar, no podía dejar de pensar en que pronto acudiría a Palacio y la reclamaría.

Debía pedir el favor real para rescatar de su templo a una sacerdotisa de Isis, ya que los votos jurados lo eran de por vida, aunque en el caso de las clases

nobles, y con más razón en la realeza, el sumo sacerdote revocaba por un donativo su deber para con la diosa y bendecía su matrimonio.

No había nada que deseara más.

Había llegado al cénit de mi capacidad, logrado algo que me sobrepasaba. Me daba igual si no volvía a construir. Viviría con Hen como un noble y dejaría que ella me hiciese feliz, lejos de las piedras. Me compraría una casa en la orilla viva, frente a Dahsur, para poder sentarme cuando me sintiera inquieto a admirar mi obra y recordar el esfuerzo que costó.

El ocaso sometió a la luz hasta que los dioses volvieran a vencer y el amanecer regresase lleno de la vida de Ra. Yo sonreí y me dirigí a mi casa. Estaba cansado de fiestas y algo borracho.

Me pareció extraño no ver a los guardias que custodiaban mi casa, pero era fiesta y tenían tanto derecho como el que más. Que gozasen. Lo merecían.

Pero al cruzar el primer umbral, algo me cayó encima, aprisionándome contra el suelo en un golpe que me dejó sin respiración. No hubo tiempo para sentir pánico. Me inmovilizaron. Alguien se sentó sobre mí y los brazos me fueron sujetos como si tuviera encima la pirámide misma.

Cuando recobré la respiración y recuperé la visión de mis ojos llorosos, un bulto de tela se acercó a mí. Era una cabeza cubierta con un trapo de lino oscuro y una cuerda por el cuello.

—¿Dónde están?

—¿Qué? —logré balbucir.

—¿Los papiros? ¿Dónde los has escondido?

—¿Qué papiros?

Algo me golpeó en las costillas. Noté que algo se quebraba y apenas pude respirar, como si al inhalar aire me clavaran cuchillos en el pulmón izquierdo.

—Los papiros de Imhotep. La llave de la inmortalidad.

A pesar del dolor, las alertas me despejaron la cabeza. Había pensado que era un sacerdote o un noble probando fortuna, pero lo sabían todo. Y por eso me matarían si las respuestas no eran satisfactorias, e igualmente si eran demasiado claras.

—No los tengo —sollocé, dominado ya por el pánico más extremo.

—Sí los tienes. No hubieras podido construir eso sin ellos. Dínoslo o te matamos.

Aquella voz... la conocía, pero no recordaba de qué.

—Muere.

—¡Esperad!

El pánico me hizo pensar con más rapidez de lo que lo había hecho en toda mi vida. En un breve instante tuve la certeza de que realmente me iban a matar si no les daba un lugar. Debía ganar tiempo. Entregarles algo lo

suficientemente ambiguo para darles que pensar y que no me mataran ahí mismo. Un lugar inaccesible. Un lugar...

—¡Está en la pirámide! En el cuerpo de la reina. Para favorecer su inmortalidad.

Se miraron. Algo les agitó. Noté un fuerte golpe en la cabeza y la negrura caliente me envolvió.

Desperté en mi lecho. Un médico me atendía. Harati me miraba con preocupación. Intenté moverme, pero mi pecho estaba vendado con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¿Qué?

Harati me hizo un gesto para que callase.

—Mataron a los guardias. Te cogieron por sorpresa. Pero alguien dio la alarma y muchos hombres acudieron espontáneamente. Hubo lucha, pero llegaron en el momento oportuno. Lograron escapar, pero les distrajeron lo suficiente para apartarte de ellos. Te has salvado de milagro.

Entonces recordé.

—¡Tienes que doblar la guardia en el templo y la pirámide! Pon a soldados profesionales, no a funcionarios imberbes. ¡Habrá lucha!

Harati asintió.

—Y tú tienes que ir donde los oscuros cuando te restablezcas.

—¿Por qué?

Harati ordenó que nos dejaran solos. Cuando estuvo seguro de que nadie le oía, se acercó a mí.

—Sabes que me consideran uno de ellos.

—Lo sé.

—Y sabes que debo aceptar sus leyes.

—¿Y?

—Debes transcribir el embalsamamiento. No aceptarán otro que no seas tú.

—¿Y tú?

—Yo no soy un escriba y apenas sé leer lo justo.

—Ya lo arreglaré. No es urgente.

Miré a mi amigo. Parecía afectado.

—No ha sido culpa tuya.

—Es mi orgullo. No debería haberme ido.

—Yo te pedí que te fueras.

—Por una disputa estúpida.

—No eres dueño ni responsable de mi destino.

—Te equivocas. Sí lo soy. Uni me lo ordenó.

Miré a mi amigo. No era el mismo.

—No debería haber dudado de ti. Ya me habías salvado la vida.

—Hiciste bien. Debías apurar todas las posibilidades. Tal vez yo también hubiera escuchado tu respuesta con la espada al cuello. No puedo guardarte rencor por ser curioso.

Le abracé.

—Estás cambiando —dije.

—Sí. A peor.

Año 2.605 a.C.

Los guardias nubios apenas llamaban la atención de noche, entre el silencio. Entraron en los templos y en pocos minutos redujeron a los pusilánimes sacerdotes. Pero Gul pasó entre ellos a la luz de la antorcha que él mismo portaba. Se había pintado la cara como solían hacer los guerreros de algunas regiones de su país para asustar a sus enemigos en el fragor de la lucha. Sabía de pocas armas más eficaces que el miedo. Y su pueblo era un experto conocedor de éste, por experimentar con él durante miles de años.

Miraba a la cara a los sacerdotes y muchos de ellos se derrumbaban en cuanto le veían. Algunos incluso se mearon encima. No tuvo necesidad de decir una palabra.

Sonrió. Había sugerido tantas veces al faraón que cambiara a todos los sacerdotes por jóvenes recién ordenados salidos de los kaps, de su total confianza, que se desesperaba. Para él fue muy enervante tener que controlar la seguridad de la fiesta de su jubileo, cuando los principales sospechosos eran aquellos que le debían dar la nueva corona.

Pero ahora comprendía perfectamente la estrategia.

Si sabía dónde estaban, les tenía controlados y podía ordenar una acción como aquella. Eso les haría decidir a favor de quién estaban, y daría que pensar a los que les dirigían. Ciertamente que los sacerdotes no lo merecían, pero si no se conoce al grande, hay que empezar por el chico. Al fin y al cabo, se trataba de un mensaje... Quizás un poco adornado.

Kemet le sonrió. Estaban todos en fila. Desde el sumo sacerdote al más insignificante de los novicios.

—Somos hombres del faraón. Sabemos que le ocultáis una información valiosa que le pertenece por derecho como sobrino de Horus que es. Habéis faltado a su confianza y a un pacto sellado con la más alta autoridad delegada por Ra, ya hace mucho tiempo. El faraón ha cumplido su parte, pero no ha cobrado la que le toca.

Sacó una enorme espada de una funda a su espalda de un movimiento rápido, mil veces estudiado para causar el efecto que conocía tan bien. Las llamas de las antorchas aumentaron el brillo del filo, haciendo parecer que su

arma ardía. Todos se estremecieron. Algunos jadearon. Uno gritó. Gul sonrió y sus blanquísimos dientes brillaron entre las llamas.

—Hemos venido a cobrar.

El sumo sacerdote se adelantó.

—Todos los bienes del templo están en vuestras manos.

—Sabes que no son bienes materiales lo que busco. ¿Me estás llamando vulgar ladrón?

—No. Pero no es aquí donde debéis buscar. Aquí sólo se reza.

—Pues no es esa la información de la que dispongo. Habéis alojado aquí al menos a media docena de hombres, guerreros que han atentado contra la vida del faraón.

—Jamás hubiera permitido eso.

Gul se hartó de cháchara. Se estaba debilitando el efecto amenazador, y los sacerdotes empezaban a pensar que todo iba a ir bien. Eso no le convenía. Se echó un paso atrás, dando la espalda al sacerdote, que suspiró en silencio.

En ese momento, Gul pivotó sobre un pie, girando sobre su cuerpo y dando impulso al brazo que sostenía la espada, que ni fue vista por los hombres en la fila.

Sólo vieron la cabeza de su sumo sacerdote volar y rebotar una y otra vez sobre el inmaculado suelo del templo. El cuerpo regó de sangre un par de codos a la redonda y se desplomó como un saco de grano.

Algunos se desmayaron. Otros aflojaron sus vientres. Casi todos lloraban.

—No me gustan las conversaciones largas. ¿Quién mandaba por debajo de éste?

Todos miraron a un hombrecillo, pálido como la leche, que se encogía como una tortuga. Le empujaron.

—¡Me ordenaron alojar a siete hombres! No permití que se guardaran armas en el templo. Soy un fiel sirviente de Ra. No conozco las órdenes, ni quiénes las dieron.

Gul asintió complacido, sin hablar, con un leve movimiento de la cabeza.

—De los siete, uno era un jefe. ¿Quién? —Señaló el cuerpo.

—No lo sé. Fue él quien habló con ellos. Yo sólo les recibí y preparé sus esteras.

Gul se retiró. Kemet le susurró lo suficientemente alto para que todos le oyeran:

—Te dije que deberías haber empezado matando a los novicios.

—Hubiera sido una carnicería. ¿Crees que le hubiera importado mucho? —dijo, mientras señalaba el cuerpo con su espada manchada—. Al menos ha muerto el que lo merecía. No creo que nos hubiese dado una información mejor.

Volvió a encararse al grupo. El sacerdote tuvo un ataque de valentía histérica.

—¡No nos matéis! No hay razón. Ra no lo permitirá.

Gul sonrió.

—¿Queréis ver lo que frena Ra mi brazo?

Todos callaron.

—Esto es un templo, donde se debe rendir culto al dios, no conspirar contra la vida de su familia mortal. No se debe derramar sangre, cierto, pero tampoco alojar a criminales. Ra aceptará el trato. Agravio por agravio. Guardaréis la cabeza del sacerdote en un saco de natrón entre las riquezas que el faraón os ha dado, para que recordéis cuán poco le importan. Y la próxima vez que recibáis una orden contraria a la ética más elemental para Ra y el faraón, os negaréis a cumplirla en lugar de ofender a ambos con vuestra vergüenza. Acudiréis al faraón y le comunicaréis la orden. Él hará justicia.

Pero no había terminado. Señaló el cuerpo.

—Es muy cómodo justificarse en que es un superior el que ha ordenado algo sin detenerse a pensar si es justo o no lo es. Habéis pecado por omisión, y eso os hace tan culpables como a él. Esperaréis aquí la decisión del faraón sobre vuestro crimen. Y rezad a la misericordiosa Isis que os perdone, pues seré yo mismo el que venga a aplicar justicia.

Hizo un gesto a sus hombres. Se fueron como vinieron, tras ordenar a los asustados hombrucillos que guardaran silencio y exhortarles para que en el futuro velaran y rezaran por la salud del faraón.

No había mucho que rascar allí. Ninguno de esos hombres era capaz de cargar con un secreto como aquel. No. Deberían buscar en otros lugares.

KANEFER

Año 2.605 a.C.

—¡Maldición!

No pudo controlarse. Golpeó su mesa con fuerza. Las lágrimas de rabia le recorrieron el rostro. Los escribas se encogieron delante de él, esperando sus órdenes. No era una noticia fácil de transmitir.

Se tomó unos segundos. Su padre le enseñó a hacerlo. Meditar la reacción. No era un mero ciudadano. Su humor afectaría a muchas personas. Pero... ¡Por Maat! Aquello excedía cualquier provocación.

—Llamad a mi padre. Decidle que voy para allá. Que abandone cualquier cosa que esté haciendo. Es importante. Decidle que son mis palabras literales. Las de su visir, no las de su hijo.

Apretó su cabeza entre las manos. ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo? Aquello trascendía la rebeldía de los nobles y la ambición de los sacerdotes. Algo importante estaba ocurriendo. Y se le escapaba. ¡Al visir de Egipto!

Se sintió abrumado. ¿No debería estar celebrando fiestas, o entre mujeres, como su hermano? Aquello excedía sus capacidades. Era más de lo que cualquiera podía aguantar con templanza y dignidad.

Levantó la cabeza. Ahí estaban los escribas, como estatuas.

—¿Qué coño hacéis? ¡Fuera de aquí! ¡Haced algo útil!

Se fue directo a Palacio. Desdeñó la silla y dejó que sus escoltas y guardias nubios corrieran a su alrededor. Quería airearse mientras ganaba tiempo para pensar qué le iba a decir a su padre.

Llegó sudando. Apenas dio tiempo a que le reconocieran, y aún hubo de apartar una lanza de una patada. Su padre le esperaba, alarmado.

—¿Estás bien?

—Ha ocurrido algo.

—Te escucho.

Se tomó su tiempo. No era fácil. Se preguntó quién reaccionaría peor. Su padre nunca la había querido, aunque era normal entre la nobleza que los matrimonios fueran concertados.

No podía evitar un poco de rencor a su padre por no haber amado a una mujer tan dulce como Heteferes.

Se dio cuenta de que era él quien necesitaba la pausa y no su padre, así que se obligó a soltarlo rotundamente.

—Han profanado el cuerpo de madre.

Snefru se sentó, mientras arrugaba su cara. Kanefer hizo un gesto y su mayordomo corrió a prepararle un bebedizo para su estómago.

—¿Han robado?

—Peor. No han tocado nada, salvo el cuerpo. Se han ensañado con él.

—No puedo creerlo. ¿Y los guardas?

—Algunos murieron. Otros han desaparecido.

—Nadie debe saberlo. Hay que llevar el cuerpo de nuevo a los oscuros. Que lo recompongan. Quiero saber si el daño es irreparable. Si le han negado la vida eterna, derramaré tanta sangre que la pirámide volverá a ser roja.

Kanefer agarró a su padre, sacudiéndole.

—¡Padre! Estás hablando solo. No cuentas conmigo. Y soy el visir. ¿Qué está ocurriendo?

Pareció despertar y reconocer a su hijo. Estaba trastornado por la noticia. Apartó a Kanefer y se sacudió la cabeza.

—Es pronto para que entres en esa guerra.

—¿Y cuándo será hora? ¿Cuando hayas muerto y yo quede indefenso ante los mismos que han abierto el cuerpo de madre? Si tú eres un contendiente, ¿qué soy yo para que me apartes? ¿Acaso vivo en otro país?

En aquel momento entró Gul con Mehi. Los dos estaban tan alterados como ellos, y el constructor estaba sofocado. El rey le miró con suspicacia. Kanefer maldijo en voz alta. No era momento para una interrupción.

—¿Vienes a decirme que lo sabes?

Mehi no se encogió, aunque su voz sonaba débil.

—Sí.

—¿Y qué tienes que decir?

—Que fue culpa mía. Yo les di una pista falsa... Para salvar la vida.

Kanefer se adelantó y le dio un puñetazo de abajo a arriba, con un largo recorrido que Mehi vio, pero no se atrevió siquiera a intentar esquivarlo. Golpeó su cara entre el pómulos y el ojo izquierdo. No sintió mucho dolor, aunque se le levantó la piel y comenzó a sangrar. Ni se movió. El visir le agarró del cuello.

—¡Tu miserable vida no vale las consecuencias de tu estúpida acción! ¡Gul! ¡Llévatelo y que lo ahoguen en el primer estanque que encuentres!

Gul miró al faraón, que se apresuró a poner orden.

—Kanefer, no es tu guerra. Prefiero que me odies por apartarte a que comprendas y sientas el peso de la carga.

—¡Es mi madre! Puede que no te importara, pero su sangre es divina.

—¡Kanefer!

Su padre jamás le había visto llorar antes de ahora. Snefru se estremeció. El chico se hacía mayor.

—¡Escoge lo que quieres. Un visir o un hijo! Vas a perder una de las dos cosas.

—Eres el futuro faraón. Comportate con dignidad.

Pareció serenarse. Levantó la cabeza, tembloroso. Hizo ademán de irse y caminó entre ellos, pero al llegar a la altura de Mehi le golpeó de nuevo. Esta vez de lado. En esa ocasión el constructor intentó esquivarlo, pero el visir fue más rápido y consiguió que su puño se estrellara contra la sien del otro. Salió de la estancia mientras el constructor caía al suelo, siendo socorrido por Gul.

HARATI

Año 2.605 a.C.

Le agradaba el trato con aquellos hombres extraños. No había hipocresía. Decían lo que pensaban y se guardaban un extraño respeto nacido de un compromiso profundo con su propio destino y su nueva identidad. Ellos eran Osiris. El único hombre que había vuelto de la muerte y conocía el secreto para burlarla.

Y ahora ellos lo conocían también. Habían acordado la creación de una enorme mastaba. Lejos, muy lejos, donde sus cuerpos difuntos reposaran, tratados con esta nueva técnica que les preservaría hasta el día en que los dioses se levantaran y ordenaran que las almas volvieran a los cuerpos.

Había tenido mucho miedo al principio, pero su orgullo le impedía echarse atrás, sobre todo tras el desplante con Mehi.

Le comprendía. No podía evitar comprenderle. No le conocía. No era más que un campesino condenado a muerte con la suerte de que le perdonaran la condena. Le pusieron al servicio de un gran arquitecto, uno de los favoritos del rey. ¡Si se diría que le habían premiado en lugar de condenarle! Pero, claro, Mehi no pensaría lo mismo de su suerte. ¡A ver qué podía aportar un pobre campesino ignorante a una de las personas más cultas de su tiempo!

Él sólo se conocía tres virtudes: fidelidad, valor y sentido común. E incluso el sentido común parecía abandonarle. ¿Por qué había gritado al arquitecto como si tuviera algún derecho sobre él? Había sido totalmente lógico que sospechara de su implicación en el ataque al faraón. No tenía nada contra eso...

Y sin embargo, algo estaba cambiando en él. Nada era ya lo mismo. Era su amigo, si a este sentimiento se le podía llamar así, si tenía algún amigo. Pero ya no confiaba en nada ni en nadie. Se había vuelto tan frío como la piedra de la pirámide que ayudó a construir.

Y en cambio, allí nadie le exigía nada, más allá de su trabajo. Era perfecto. No tenía que cumplir con el faraón, ni esforzarse por aportar algo a un gran hombre, ni...

El recuerdo de su familia le dolió. Hacía mucho tiempo que no se detenía a pensar en ellos. Creía que era una herida cerrada, sellada y cicatrizada. Como si lo hubiese vivido en otra vida. Pero esta vez el dolor le llenó. Le rebosó.

No podía llorar. Era otra de las cosas que había cambiado. Acaso agotó las lágrimas en aquel juicio infame. Acaso se las llevó su cambio de personalidad. Quizás fue poseído por el espíritu de alguien más fuerte que él. Tal vez sólo había madurado y había descubierto la verdadera cara de la vida, cuando antes sólo vivió un sucedáneo almibarado y falso. El caso es que estaba seco y casi insensible. Por eso, aquel recuerdo dolió mucho más de lo que había esperado.

La parte negativa de su trabajo entre los oscuros era que pensaba demasiado. Casi agradecía la vida con Mehi, que le absorbía cada segundo, atento como estaba siempre, luchando por estar a su altura imposible, lo que le llevaba a la estera tan cansado que dormía sin pesadillas ni lamentaciones.

Con los oscuros no podía dormir bien.

Por eso se alegró de la visita de Mehi. Habían traído el cuerpo de la reina, que había sido profanado en su propia morada de eternidad provisional.

—¿Cómo estás? ¿Ya te has recuperado del ataque?

—Sí. Sólo fue un susto.

—¿Un susto? Si sabías perfectamente que iba a ocurrir lo que ha pasado... Eres mejor vidente que Uni.

—No tiene gracia. El pobre Uni no está bien, y aún no he podido visitarle para ayudarle.

Dejaron pasar un silencio incómodo que rompió el constructor. Harati pensó que probablemente se sintiera culpable.

—Me han doblado la guardia. Aunque gracias a Maat no me han dado a uno de aquellos salvajes nubios. Me asustan.

Harati sonrió. No era muy normal. Le resultaba cómico ver a su amigo tan apurado.

—Y a mí. Ese Gul parece un demonio.

Mehi se sacudió las formalidades.

—Por favor. Dime que los daños en el cuerpo no son irreparables. Mi cabeza depende de eso. Si no lo hubiera detenido el faraón, Kanefer aún me estaría golpeando. —Se señaló los moratones.

—Puedes estar tranquilo. Rompieron algo, pero nada que no se pueda unir de nuevo. Más le hicieron a Osiris.

—¿Cómo lo has visto?

—Intentaron hurgar allá donde pudiera haberse ocultado algo: en la cavidad abdominal, que era el único lugar. Revolvieron entre las vendas y rascaron un poco la resina, a ver si pudiera estar cubierto por ella. Se enfadaron y lo removieron todo un poco.

—¿Un poco?

Harati sonrió como un niño, adivinando el efecto que su respuesta iba a tener en su asustado amigo.

—Separaron la cabeza.

—¡Isis bendita!

—No sé qué buscaban, pero no era un robo. Dejaron las riquezas y se centraron en el cuerpo.

—¿Y los guardias?

—Es lo más extraño. Las señales de lucha fueron mínimas. Y algunos han desaparecido.

—¿Qué opinas?

—Que los asesinos conocían a los guardias, o tal vez era alguien con poder como para que dudaran si abrir paso o no. Debió haber discusión. Algunos huyeron para evitar la confrontación, y los que se quedaron perdieron la vida.

—¿Un general?

—O un sacerdote.

—¡Estupendo! Vaya un dilema. O mi vida, o la confianza del faraón.

Harati rió con fuerza.

—No te preocupes, que no se nota. Ni Osiris lo vería. Créeme. Nosotros sometemos al cuerpo a más invasiones que las que le hicieron ellos. Y será mi informe el que llegue al faraón y sus hijos.

—¿Y si lo inspeccionan?

—No creo que lo hagan, y te repito que no notarían cambios. Hemos vuelto a cubrir la cavidad con resina y aceites, y vendado el cuerpo entero, uniendo de nuevo las partes fragmentadas. Está como si acabase de morir.

—¿Partes fragmentadas? ¡Por favor, no me cuentes más!

—Sólo te repito que puedes estar tranquilo.

—¿Y a efectos...?

—El sacerdote ha dado su aprobación. El cuerpo se levantará cuando le toque.

—¿El sacerdote?

—Sí. Hemos prosperado.

—¿No sería...?

—No. No se ha movido de aquí. Tranquilízate. No pareces tú.

Mehi pareció alegre de romper la tensa situación. Suspiró y amagó una sonrisa.

—¿Cómo va la técnica? ¿Los resultados son buenos?

—La verdad es que sí. Seguimos recibiendo cadáveres, y nos permiten el acceso continuo a los primeros cuerpos embalsamados para inspeccionar que nada falla. Cuando se encuentra algo, se toma nota y se remedia en los siguientes. Tienes que venir a transcribir el proceso.

—No tengo tiempo. Ya lo haré. Hay personas que pueden hacer eso mejor que yo.

Harati rió.

—No te gusta lo que te han ordenado, ¿eh?

—Nada. Al fin y al cabo, tengo un trabajo que me absorbe. Tarde o temprano, alguien lo hará. Lo importante es que hay progresos y los oscuros funcionan como un solo hombre. Pero hay algo que me preocupa.

—Dime.

—La parte física funciona, pero, ¿qué hay de la parte ritual? Alguien debe ocuparse del tema espiritual. Por lo que yo sé, se deben recitar unas fórmulas y rezos para que los procesos tengan efecto.

—Eso es lo mejor. Creíamos que apenas podríamos trabajar entre las letanías de los sacerdotes —ambos rieron—, pero ahora hay un buen sacerdote. Alguien nuevo, que se ha ganado la confianza de todos. Le aceptan como un sabio y aguantan sus rituales y ceremonias, que tampoco se prolongan mucho. Se diría que se adaptan al trabajo, y no al revés, como temíamos.

—Tengo que conocer a ese personaje singular.

—Será difícil. No habla con nadie. Es un anciano. Se nota que ha sido sacerdote y, sin embargo, parece cargar con un enorme crimen sobre su conciencia. Quizás por eso le trajeron aquí, pero es perfecto. Sólo lamento que no le queda demasiada vida. Creo que tiene la enfermedad de la humedad en los pulmones.

—¿Cómo lo sabes?

—Es muy común en los humedales, después de la crecida. Cuando las condiciones de vida no son sanas, los campesinos más dejados la contraen. Si no se pueden permitir un tiempo de reposo, aire puro y seco y sol, mueren tosiendo sangre.

—¿Crees que la vida aquí le perjudica?

—Seguro. Necesita un espacio seco, con una buena chimenea y algunos remedios, hierbas para hacerle cataplasmas que le saquen la humedad del cuerpo, fricciones, calor y aire puro. Tal vez le vendría bien dormir fuera.

Mehi le palmeó la espalda.

—¿Sabes? Tú sí eres un hombre sabio.

—Tal vez infravaloras a los campesinos. Sus conocimientos, que pasan de padre a hijo, no son pocos ni desdeñables.

No pudo evitar un gesto de dolor al hablar de la familia. Mehi lo percibió. Harati se maldijo por ser tan transparente.

—¿Echas de menos a tu familia?

—La parte buena que recuerdo, sí.

—Uni me dijo que no querías saber nada de ellos.

—Pues he cambiado. Al menos quisiera saber que mi hijo tiene una buena vida. Tal vez me des un permiso para poder volver a mi pueblo.

—No creo que te convenga.

—¿Ahora juzgas lo que me conviene?

—Lo que quiero es evitarte un dolor innecesario. Ya has sufrido bastante. Es por eso que Uni te trajo aquí, para que iniciaras una nueva vida, no para volver a tu desgracia. Te diré algo. Cuando te trajo, no era para purgar ninguna condena, sino para que tú así lo pensases y no hicieses ninguna locura. Pero sabía que eras inocente, aunque no era eso lo que tú querías escuchar. Si Uni hubiese insistido en ello, como un mal juez, te habrías quitado la vida. No creo

que sea buena idea volver a tu antigua vida cuando te has separado tanto de ella.

—Tal vez la desgracia se vuelva a tornar dicha. Si los dioses me han perdonado...

—Los dioses sí, pero los hombres... no lo creo.

Harati se envaró como un gato.

—¿Qué sabes que yo no sepa?

—Tal vez deberías hablar con Uni.

—Estoy hablando contigo. Si para lo que te conviene te llamas mi amigo, creo que es justo que asumas la responsabilidad de contarme lo que debo saber.

—No te va a hacer bien.

—Es mi familia y mi decisión.

—Pero...

—¡Mehi!

El arquitecto retiró su brazo del hombro de Harati. Asintió con la cabeza.

—No es fácil para mí. Y no porque no sea justo decírtelo, sino porque te aprecio y no quiero causarte dolor.

—Te escucho.

—Tu esposa murió. La mató un capitán del faraón al que Uni encargó que intentase sonsacarle el paradero del arcón con los papeles de Imhotep. Eso es lo que busca con tanta ansia el faraón. Y su búsqueda es tan importante que compensa su muerte, aunque no sea justo. La suya y la nuestra, pues aunque no lo parezca, nuestras vidas giran en torno a esa búsqueda.

Harati balbuceó. Su cara estaba contraída.

—¿Cómo?

—La violó. Ese guerrero es un loco sin escrúpulos ni seso. Tal vez por eso le tomó el faraón a su servicio, porque no hacía preguntas.

—¿Quieres decir que fue Uni quien ordenó la muerte de mi esposa?

—Jamás. Uni es un juez justo. Le ordenó que la interrogara. Sabía que tu mujer era... susceptible a la riqueza y a los encantos masculinos de un supuesto general del faraón rico y poderoso. Intentó que el soldado la impresionase. No contaba con que el muy imbécil la matara.

—¿Y ese soldado...?

—Uni se libró de él. No podía controlarle. Incluso temía por su vida. Le envió a una guarnición fronteriza como soldado raso, lejos de cualquier vida civilizada, y donde no tuviera ninguna influencia.

El campesino parecía luchar consigo mismo. Mehi escuchó sus dientes rechinar de tal modo que pensó que los iba a romper.

—¿Y mi hijo?

—No lo sabemos. Uni cree que huyó con el arcón, puesto que no fue encontrado, a pesar de que el pueblo fue removido hasta los cimientos. Durante un tiempo...

—Continúa.

—Durante un tiempo, el mismo soldado le buscó, pero Uni le apartó de la misión, como te he dicho.

—¿Me estás diciendo que Uni mantuvo al asesino de mi esposa buscando a mi hijo?

—No fue fácil para él. Te repito que la misión es más importante que todos nosotros.

—¡Al diablo con la misión! ¿Qué ha sido de mi hijo?

—No lo sé. Pero te diré algo: tu hijo es listo, pues si ha escapado durante tanto tiempo a la búsqueda de un rastreador como...

—¿Como quién?

—No creo que debas saber su nombre.

—Es responsabilidad mía.

—Estás a mi servicio y no te doy permiso para vengarte... Al menos de momento.

—Pero tengo tu compromiso de que un día me lo darás, o me liberarás de tu servidumbre.

—Lo tienes. Eres mi amigo. Pero debes jurarme que no irás a por él hasta que yo te lo permita.

—Lo juro. Su nombre.

—Memu.

41

SNEFRU

Año 2.605 a.C.

El faraón se encontraba feliz como pocas veces en su vida. El cuerpo de la reina no había sido maltratado como para temer por su vida eterna, aunque Kanefer no se contentó hasta que no vio personalmente el cuerpo. Fue una crisis pasajera, aunque su hijo no perdonaría fácilmente al constructor... Ni a él mismo.

Aunque, y a pesar de la estupidez de Mehi, la consecuencia le trajo una noticia. Una confirmación. Los sacerdotes no tenían el secreto. En verdad murió con Rahotep. No es que le alegrara. De hecho, perdía cualquier posibilidad de ser un dios...

Pero sería feliz como no lo había sido antes. Se dedicaría a gozar lo que su cuerpo le permitiera, atendería y recuperaría a sus hijos, a los que su secreto apartó durante tanto tiempo. Continuaría con su política de restar poder a la nobleza, y les quitaría a los sacerdotes todos los privilegios y la riqueza que les había dado durante tanto tiempo. Ya no tenía nada que perder. Estaba cambiando los cargos, poniendo a sus «niños» del kap, sin dejar de controlarles para que no pudieran ser tentados. A los que no quitara de en medio, les tomaría a su hijo primogénito para ser enseñado en la escuela real, y de ese modo ganaría un futuro aliado y un presente rehén que asegurase el buen comportamiento de su padre. Haría una purga subterránea. No podía quitarle al pueblo su familia de dioses, pero volverían a ser pobres.

Lo único que le preocupaba era Kanefer. Aún sin querer, le había desafiado. Debía hablar con él. Intentar convencerle de que ya no había carga. Que tal vez nunca la hubo y que la guerra estaba ganada. Él querría saber, y no podría hablarle en profundidad.

Era una situación muy delicada, pues no quería que afectase a la integridad del futuro faraón, amén del cariño de su hijo más querido.

Pero tenía tiempo para pensar en ello. No se apresuraría, como tampoco a casar a Hen con Mehi. El tiempo era buena medicina, y ahora tenía mucho tiempo por delante, tanto para convencer a uno como para gozar de la compañía de la otra antes de entregarla a otro hombre, aunque fuera uno tan querido como Mehi.

Su recuerdo le hizo sonreír de nuevo.

Su pirámide era impresionante, aún sin ser del todo perfecta. El pueblo celebraba la gloria de su rey, el clero estaba en su sitio por primera vez en su vida, los nobles controlados, el palacio y sus hijos seguros en manos de los nubios. El país brillaba como el sol. Hasta las crecidas del Nilo parecían respetarle. El comercio daba frutos sin cesar y no dejaba de construir nuevos barcos que traerían más mercancías.

Incluso él mismo parecía haberse quitado años de encima. Sus astrólogos decían que era por el poder de la pirámide, aunque no era lógico, pues estaba concebida para preservar su cuerpo en un punto muy concreto de su interior, pero quizás de algún modo le transmitía energía en vida. El caso es que se encontró pensando en su gran esposa real, la dulce niña Merittefes, que no parecía haber cambiado un ápice su aspecto y sensualidad. Recordó sus suaves pechos coronados por pequeños pezones oscuros, duros como piedras. Su piel tan blanca en contraste con su pelo negro y sus ojos maliciosos que invitaban al placer.

Estaba muy excitado. Los cuidados de su médico, junto con los nuevos bríos que le dieron su regeneración, el apoyo de Gul y el ánimo al ver tan impresionante pirámide, hicieron que reviviera y las molestias remitieran. Quería poseerla ya. No mandó llamarla como hubiera sido protocolario. Se encontraba tan contento que no le importó darle una sorpresa. Se alegraría de que su marido se sintiera tan atraído por ella.

En la entrada de su cámara, un guardia se agitó inquieto, pero terminó apartándose. Snefru estaba tan contento que su irritación no duró más de un movimiento de cejas. Todo el mundo puede tener una mala noche.

Pero al entrar oyó un gemido agudo.

Quedó clavado al suelo. No era posible. Era un error. Merittefes era muy fogosa. Se estaría masturbando. Sí. No había duda.

Sonrió de nuevo y entró con paso fuerte.

De nuevo se detuvo en silencio.

Dos cuerpos se movían frenéticamente. Al principio pensó que tal vez fuese otra, pero su piel blanca no daba lugar a dudas. Un hombre perlado de sudor se agitaba sobre ella, abrazado por sus piernas. Su reina movía su pelvis al mismo ritmo que él.

Snefru se quedó helado. Sin respiración. Su estómago se agitó y un ardor hirviente se abrió paso desde su vientre, abrasando su garganta, donde pudo contenerlo a duras penas.

Un criado. Era muy común. En oriente, los reyes y nobles usaban eunucos castrados para custodiar a sus mujeres, pero incluso así encontraban la forma de darse placer con sus artefactos rituales o entre ellas mismas. A veces ni

siquiera la castración garantizaba la falta de deseo, y a un egipcio no se le hubiera ocurrido nunca semejante barbaridad. Incluso los sirvientes enanos, tan cotizados en la corte y entre la servidumbre de los nobles, de vez en cuando eran sorprendidos con las señoras, a pesar de su fealdad, su mejor garantía.

Pero hoy... Precisamente hoy...

Mandaría castrar a aquel criado. Sería el primero y último, pues su suerte serviría de ejemplo.

—Meritfeses —dijo con calma.

La sorpresa hizo que los amantes levantaran la cabeza.

El ardor volvió, quemándole las entrañas como jamás antes.

La cara que le miraba fijamente apenas mostraba vergüenza. Casi podría jurar que le sonreía.

Keops.

Un rugido se abrió paso entre el ardor.

—¡Miserables!

Salió de la estancia, de lo contrario mataría a su propio hijo. Miró al guardia con acritud, señalándole con el dedo, amenazador.

—¡Que no salga nadie de ahí! Respondes con tu cabeza. Ya veré qué hago contigo.

Se preguntó por qué no custodiaba la cámara uno de sus fieles nubios. Ella se habría encargado de eso.

Apenas podía caminar. Un sudor frío le caía por la espalda. Sentía un extraño hormigueo en los brazos y una sensación etérea, como si su cuerpo pesase menos.

—Traedme a un médico.

Vinieron varios sirvientes. Le ayudaron a sentarse. Al poco, su mayordomo les despidió.

—¡El médico!

—Está en camino majestad.

—¡EL MÉDICO!

Esperaba el ardor, pero no vino. En cambio, un dolor fue creciendo en su hombro izquierdo, extendiéndose a todo el brazo y el costado. Se encontró jadeando, sin poder respirar. Buscó frenéticamente aire que llevar a su interior, pero no podía.

El dolor era insoportable. Su cabeza ardía. Su cuerpo se convulsionaba... No podía coger aire.

¡Se estaba ahogando!

Y de repente, el dolor desapareció.

Era muy extraño. Todo parecía ocurrir de modo más lento de lo habitual. Veía a su mayordomo gritar frenético pidiendo ayuda, pero no podía oírle.

Y lo más extraño era que no le importaba. Se encontraba muy bien. Como si flotara. Lo que veía parecía lejano, como una vieja historia que le ocurre a alguien con el que no tienes relación.

Un haz de luz se fue abriendo desde la periferia de su visión, ocupando progresivamente todo.

Se sentía muy bien.

La luz pareció entrar en su Ka.

El resto de su existencia es una incógnita, pero el recipiente humano conocido como el faraón Snefru murió.

MEMU

Año 2.605 a.C.

La marcha parecía una excursión entre amigos que charlaban a carcajadas. Los soldados se miraban entre sí, confundidos. La misión no parecía en absoluto tan simple como para frivolizar. Muy al contrario, era extremadamente peligrosa.

Pero aquellos dos oficiales se comportaban como amantes. Dos jefes que se caracterizaban por su conducta estricta, por la disciplina más férrea. En el caso del capitán Memu, por el castigo físico, incluso ejecutado por él mismo.

La distancia era relativamente corta, y en un par de jornadas ralentizaron el ritmo y enviaron a ojeadores y rastreadores para buscar sus pasos.

Tardaron aún dos días más en encontrarlos.

Acamparon a una distancia prudente. Aquella noche no hubo fuego. Nadie durmió. Un par de horas antes del alba, Memu les puso en alerta. Ordenó a dos grupos que dieran una batida por dos frentes distintos.

El se quedó con el jefe Tui y un par de hombres para cubrir la posible retirada de sus enemigos por la única salida posible.

Memu esperó unos minutos antes de separarse unos codos con uno de los guardias. Sacó su puñal y señaló un punto en la oscuridad. El soldado miró inocentemente hacia allí. Ni siquiera vio la hoja rodear su garganta. No llegó a articular una palabra, aunque el gorgojeo de su sangre sonaba extraño, como una cuba de cerveza en fermentación.

Volvió junto a Tui, que se sobresaltó al comprender.

Con el segundo guardia ni siquiera se permitió una sutileza. Lo apuñaló por la espalda, removiendo el arma mientras mantenía su cuerpo inmovilizado, atenazando su garganta con el otro brazo. Unos segundos de movimiento estéril y dejó caer su cuerpo.

Se volvió sonriente hacia Tui, cuyas palabras sonaron nerviosas.

—No me habías dicho nada de esto.

—No quería alarmarte. Cuando hay tanto en juego, hay que hacer bien las cosas.

Tui sonrió, sus labios se movían histéricamente. Estaba disimulando.

Hizo ademán de darse la vuelta para echar a correr.

El puñal detuvo su carrera. A una distancia tan corta, se clavó en su espalda casi hasta la empuñadura.

Memu sonrió. Le hubiera matado igual, pero era una suerte que el puñal no hubiera tropezado con alguna costilla. De haber sido así, Tui podría haber escapado. Se acercó a él y le dio la vuelta. Abría la boca sin emitir palabra. Se abrazó a él.

—Te quejas como tu madre cuando me la follé. No debí matarla. Era la mejor zorra que me he tirado. Tu padre a estas alturas estará muerto. Le enviaron a trabajos forzosos construyendo una pirámide.

Clavó el puñal en su estómago.

—Llevo media vida buscándote. No te hubiera encontrado si no fueras tan bocazas.

Continuó removiendo el puñal mientras reía a carcajadas.

—Me recuerdas tanto a tu madre, que si no te mato ya hubiera terminado por joderte.

Tui ya estaba muerto pero Memu continuaba su monólogo, pletórico, mientras acuchillaba los cadáveres.

—Es todo un alivio pensar que, después de todo, sí soy un buen detective.

—Rió en voz baja—. Voy a ser un héroe.

Se hizo varios cortes con el puñal. Tomó una piedra y se golpeó la frente con ella, con cuidado de no sangrar demasiado, mientras reía de placer.

—Y el faraón mismo me va a pedir que le perdone.

Se echó a dormir tranquilamente.

Le despertaron al cabo de un par de horas. Fue informado de que hubo batalla y muchos de los bandidos cayeron, pero algunos lograron huir.

Memu alegó que un grupo los había sorprendido. Les habían hecho frente, pero eran demasiados y se habían visto superados.

Volvieron en silencio.

Informó de una acción heroica contra un grupo muy superior en número. Trajeron muchas cabezas de enemigos para justificarse.

Le creyeron.

Solicitó que le licenciaran por las heridas sufridas. Un soborno hizo el resto. Ni siquiera hubo de recurrir al armario de Tui. Con sus ahorros bastó. ¡Si hubiera sabido antes que todo era tan sencillo!

Lo siguiente que hizo fue acudir al despacho de Tui con la excusa de despedirse de su amigo.

Le faltó tiempo para abrir el armario y escarbar nervioso en la tierra, rogando al dios que quisiera escucharle que Tui no hubiera sido lo suficiente inteligente para darle una pista falsa; pero sus dedos rozaron un leve desnivel. Profundizó un poco y destapó el borde de unas tablas, que levantó.

Jadeó de felicidad.

Un arcón y un saco.

Abrió el arcón. Mantas de lino polvoriento que envolvían rollos de papiro. Lo volvió a guardar.

El saco contenía dinero. No la fortuna que le había contado el incauto, pero tanto daba. Le bastaría para ir a Menfis como un rey.

Llevó el arcón y el saco a su propio rincón y solicitó a cambio de otro pequeño dispendio una escolta hasta Menfis a su superior, alegando su debilidad y la inestabilidad de los caminos.

—Cómo queráis, pero no es el momento idóneo para viajar.

—¿Y eso?

—El faraón ha muerto.

Año 2.605 a.C.

El caos se adueñó de la capital. El comercio se paralizó. Apenas se intercambiaban los alimentos de primera necesidad. Se prohibió la circulación nocturna y la reunión de más de tres hombres que no fueran familia directa. Todos se encerraron en sus casas, o acudieron a los templos a realizar sus ofrendas apresuradamente, únicas salidas permitidas hasta que el orden se restableciese.

Por las noches nadie dormía.

El palacio real estaba cerrado como si los extranjeros hubieran invadido el país. Nadie entraba ni salía. El único trasiego era el de los soldados, que corrían por la ciudad portando mensajes, escoltando a nobles, sacerdotes o ciudadanos.

La actividad en los templos era frenética. Todo el país rezaba porque el viaje del faraón en la barca ritual le llevase hasta su morada de eternidad, que se completaba a toda prisa. Los artistas terminaron las pinturas que no pudieron concluir durante la construcción.

Aún había equipos puliendo algunas partes de una de las caras, trabajando día y noche, amparados por los guardias y por sacerdotes y magos que les protegían de las fuerzas oscuras, que campaban a su antojo, fuera de la armonía que el poder del faraón imponía.

Pero él tenía una labor que cumplir. Se hizo acompañar de varios soldados de fortuna, que le llevaron a palacio. Mucho y largo tuvo que discutir con los nubios sólo para que aceptasen su salvoconducto con órdenes concretas que el propio faraón había dictado para la hora funesta de su muerte: debía ser llevado al príncipe Kanefer sin falta.

Al fin le dejaron entrar, a él solo, a una sala donde tomó asiento y le hicieron esperar al menos cuatro horas.

Si algo tenía un escriba, era paciencia.

Al fin, entró el príncipe como el Viento del Norte, golpeando las puertas.

—No tengo mucho tiempo. ¿Qué se te ofrece?

—La última voluntad de vuestro padre.

—¿Quién eres, que dices llevar la palabra de mi padre? ¿Sabes que si no me convences te haré matar por falsificar un documento real?

—He dado mi vida al faraón. Tal vez sea justo que muera a la vez que él.

La respuesta impresionó al que iba a ser nuevo faraón. Le miró como se hace con un enfermo. No le culpaba. Sus mismos criados de toda la vida le habían abandonado. Su cara era una máscara oscura de ojeras negras, llena de tatuajes rituales.

—¿Te conozco?

—Mi nombre es Uni.

—¿Uni? ¿El fiel escriba de mi padre?

—El mismo.

—Hace años que no te veo.

—He estado entregado a la misión que vuestro padre me encomendó.

—¿Y cuál es esa misión?

—Convertirle en dios.

Kanefer arqueó las cejas.

—Ya he escuchado bastante. Lárgate y no te haré matar por el cariño que te tenía mi padre, pero si continuas con...

—¿No queréis saber quién y por qué profanó el cuerpo de vuestra madre?

Vio al príncipe abrir la boca sin encontrar palabras, entre la indignación de que le interrumpieran y la curiosidad insatisfecha. Cerró los puños hasta que tuvo miedo de su reacción, pero al fin, acercó una silla y tomó asiento.

—Te escucho.

—Sabéis que vuestro padre siempre ha enriquecido a Ra por encima de lo razonable.

—Así es.

—Era parte de un trato. Los sacerdotes le prometieron la divinidad a cambio de riquezas y apoyo. Así, le legitimaron en el matrimonio con vuestra madre para reinar.

—No te creo.

—Era parte del legado verbal de Imhotep. Y era Rahotep el custodio. — Kanefer volvió a quedarse sin habla—. Por eso le quitaron de en medio. Los sacerdotes nunca digirieron que vuestro padre maltratara a los nobles, sus aliados naturales, a través de cuya debilidad disminuían su propio poder. Jamás autorizaron a Rahotep, medio hermano de vuestro padre, a que le traspasara el secreto.

—Era un buen hombre.

—Sí. No era ambicioso. Jamás quiso reinar, y hubiera tenido las mismas posibilidades que vuestro padre.

—Tenía el supuesto secreto.

—Por eso no les convenía a los sacerdotes que fuera rey. No le podrían manejar como manejaron al faraón.

—¿Y por qué no se lo entregó a mi padre?

—No lo sé. Tal vez por presión de los sacerdotes, tal vez porque el secreto le quedaba grande incluso a un grandísimo rey como Snefru.

El príncipe frunció el ceño.

—¡Estamos hablando de una quimera!

—¡No! Algunos hemos dedicado la vida entera a buscar el secreto por otros caminos. El general Gul, el constructor Mehi...

—¿Mehi? ¡Un indeseable que hizo profanar el cuerpo de mi madre antes que entregar su vida!

—Hizo bien. Su vida era más valiosa que la mía o que cualquiera de los demás. Incluso que el cuerpo de una reina.

Kanefer perdió el color, pero se obligó a respirar y contenerse, contestando entre dientes.

—¿Y eso por qué?

—Porque es el único que se acerca al legado de Imhotep sólo con su genio. Ha construido una morada de eternidad para vuestro padre que tal vez algún día le procure el lugar junto a las divinidades que merece. Y construirá otra mejor para vos, si os cuidáis de su protección. Es un corazón puro y fiel, y una inteligencia sin par. Y el único que triunfará donde los demás fracasamos. Cuidadle bien, pues ha dedicado su vida a vuestro padre sólo por el amor que le profesaba como amigo. Entre nosotros no había órdenes ni enfados.

—Es fácil decirlo ahora.

—Es la verdad.

—Pues ya la he oído. Podéis ir en paz.

—No he terminado. En Palacio hay un espía. Puede que más. Tened cuidado.

—Tu insolencia pone a prueba mi paciencia.

—También me dijo que confiéis en Gul... o le permitáis volver a Nubia. No le mantengáis si tenéis alguna duda. No sería justo para él.

—¡Ya basta! ¡Esto es demasiado! ¿Un loco insolente con la cara pintada como un demonio que dice ser escriba me dicta lo que tengo que hacer?

—¡Este loco insolente ha entregado su alma a cambio de vuestra inmortalidad! Yo he hablado con la voz de los muertos. He conocido a los espíritus de la noche, he visitado al mismo Imhotep en busca de su secreto. Vuestras amenazas no me dan miedo porque he visto la muerte y no la temo. ¡Recordad que servía a vuestro padre, y no a vos!

—¡FUERA! ¡GUL!

El nubio acudió corriendo con su arco corto listo. Vio la escena y se contuvo.

—¡Matad a este cuervo!

Uni sintió la zarpa de Gul levantarle como si fuera un niño. Se lo llevó hasta una cámara subterránea, donde apartó un tremendo armario que ocultaba un agujero que llevaba a un túnel.

—¿Estáis loco? ¿Cómo le habláis así al faraón?

—Necesita que le abran los ojos.

—Pues esa no era la forma.

—Le dará que pensar.

Gul sonrió.

—Eso sí es seguro.

—Estoy listo.

—¿Listo para qué?

—Para recibir la muerte.

Gul cabeceó exasperado, como siempre que se asombraba de la estupidez de los egipcios.

—¿Eres imbécil? ¿Por qué habría de matarte?

—Te lo ha ordenado el faraón.

—Snefru tenía razón. Tanto médium te ha vuelto loco. Lárgate. El final del túnel da a una mansión fuera de palacio. No te muestres en unos días.

Le empujó hacia el túnel, pero el escriba tenía más fuerza que la que el nubio le suponía. Se agarró a su brazo.

—Huye. Llévate a los tuyos o encontrarás la muerte aquí. Tu papel ha terminado.

—No necesito tu consejo. Estás loco.

El pequeño escriba le miró fijamente. Gul se preguntó si reconocía en aquellos ojos al viejo amigo. Sintió un miedo irracional por primera vez en su vida.

—No es un consejo. Lo he visto. Vete.

—Lo haré.

MERITTEFES

Año 2.605 a.C.

La primera noche fue horrible. Temía que alguien supiera de su adulterio. No sabía cuánto tiempo había tenido Snefru para alertar a sus hombres. Tampoco sabía si podía confiar en el guardia. Keops le dijo que no se preocupara por eso, pero su arrogancia sin contención no resultaba una opción inteligente. La necesitaba, y ambos lo sabían.

Había intentado influir en Snefru desde aquella mañana gloriosa en que el destino había querido exponerla de la mejor forma. Era ambiciosa y aprovechó el momento. Le dio tanta pasión que logró ser gran esposa real, pero Snefru nunca confió en ella más allá del sexo, a pesar de que escuchaba pensativo sus consejos.

Se había consolado de la torpeza como amante del rey con Kemet, pero el jefe de los nubios se lo arrebató. Había confiado tanto en modelarle a su antojo...

Ella necesitaba controlar su situación, de lo contrario, pronto perdería su atractivo sexual y alguna furcia más bonita engancharía al rey tarde o temprano, como ella misma había hecho a pesar de las continuas purgas que ordenaba para diezmar el harén.

Y la ocasión llegó pronto. El joven Keops, fogoso, iracundo, egocéntrico... Perfecto para ser manejado. Incluso le daba placer. Llegó a dominarle hasta la saciedad. Pero debían ser cautos. El tímido y santurrón Kanefer, que parecía una versión moralista de su padre, y al que no pudo seducir, era inteligente, aunque un cobarde, pues no se atrevía a poner en cintura a su hermano. A ella le beneficiaba, pero sabía que un rey no podía permitirse tales signos de debilidad. Al fin y al cabo, con su ayuda y a poco que la diosa la apoyase, pronto intentaría el asalto al poder. Quería ser reina de facto, y gobernar con voz y voto, aunque fuera a través de un marido manejable e infantil como Keops.

Tejió una red de informadores en Palacio. Usó a criados, escribas, sirvientes, esclavos... y sus frutos llegaron, colmando sus expectativas más fantasiosas. El arquitecto las confirmó todas.

Fue una pena que el maldito general Gul le quitase a Kemet. Fue gracias a él que se enteró de la comitiva real a la pirámide y pudo dar aviso a los nobles

enemigos de su marido, que escapó por poco, aunque pronto pudo llevar a cabo su venganza.

No obstante, se sentía inquieta.

Había llegado la hora de tomar cartas tras tanto tiempo en su papel vergonzosamente pasivo. Ella, que era más inteligente que cuantos hombres había conocido.

Pero el tiempo se acababa. Pasada la primera noche, confió en que estaba a salvo y reunió a su red. Debía ser informada de cualquier cosa. Cualquier nimiedad. No ocurrió nada relevante durante horas, salvo la visita de un escriba loco a Kanefer, que a pesar de sus intentos no pudo interceptar, aunque sí espiar personalmente.

Asistió a la revelación con tal intensidad que casi se olvidó de respirar.

¡La divinidad!

¡Aquello era la llave del reino, de...!

¡Iba a ser una diosa!

Le costó tanto reaccionar que apenas pudo moverse de su escondite, en la terraza, desde los vanos de ventilación. No le importó que el sol quemara su delicada piel. Amenazó a los guardias con la muerte si no le contaban todo en torno a Palacio.

Pasó algunas horas reflexionando hasta que un criado llegó con noticias.

—Ha venido un capitán llamado Memu que ha preguntado por Kanefer, diciendo que tiene los papiros de Imhotep. El príncipe Kanefer dice que ya basta de locos.

—Traédmelo. Y mandad llamar primero al príncipe Keops con discreción. Que no venga nadie más. Que no se entere el príncipe Kanefer de que le hemos recibido. No volváis a fallarme. Respondes con tu vida.

No tardó mucho en llegar Keops.

—Te dije que no temieras. Nadie nos ha delatado. No es momento para sexo. Mi padre ha...

—¡Calla! Escucha. Hay alguien que ha pedido audiencia a Kanefer. Puede ser una locura o quizá algo interesante.

—Espero que no me hagas perder el tiempo.

—Si Kanefer no le quiere, tal vez nos sirva a nosotros. Creo que tiene mucho valor.

—Que entre.

Ambos vieron a un hombretón alto, de porte altivo, musculoso pero de una cierta edad. Tenía cara de idiota, pero sus pequeños ojos bajo sus parpados caídos hablaban de un peligro latente.

—Capitán.

—Mi señor.

Merittefes se sintió ignorada salvo por un brillo de ansiedad sexual. Sonrió al reconocerlo. Le sería fácil manejarle.

—Hablad.

—Vuestro padre me tuvo a su servicio desde hace muchos años para recuperar algo que buscaba. Debe ser muy importante, porque gastó una verdadera fortuna.

—¿De qué se trata? —Keops se aburría. Estaba a punto de mandar cortar la lengua.

—De los papiros de Imhotep.

—¿Qué papiros de Imhotep? Las escrituras de Imhotep se encuentran registradas y guardadas en la casa de vida que mi padre creó para que los conocimientos se perpetuaran. ¡No tienes nada que ofrecerme!

Merittefes hizo callar a su joven amante con un gesto.

—Capitán. Dejados solos un momento.

Cuando el hombretón salió tras mirarla con indisimulado deseo, se dirigió a Keops.

—Escucha a ese hombre. Te va a dar algo que tu padre buscó durante toda su vida y no encontró.

—¿Qué?

—La inmortalidad. La divinidad.

—¡Qué tontería!

—No es tontería. Tú siempre te has preguntado por qué tu padre hacía el juego a los sacerdotes de Ra.

Keops frunció el ceño.

—Continúa.

—Le prometieron hacerle un dios a cambio de dar preeminencia y riqueza a Ra, pero no cumplieron con su parte.

—¿Y quién tenía tal secreto?

—Rahotep

Merittefes vio trastabillar a su amante. Se acercó a él. Su cara estaba lívida.

—No puede ser cierto.

—Lo es. Tu padre siempre buscó por su cuenta el secreto. Pero Rahotep no se lo dio.

—¿Por qué no? Era su amigo.

—Los nobles y sacerdotes de Ra no se lo permitieron. Y tu padre le consideraba su amigo y jamás le forzó a decírselo.

—Yo le hubiera aplicado tortura hasta que hubiese hablado.

—No hubiera hablado.

—Así que los sacerdotes...

—Retiraron a Rahotep cuando creían que se ablandaba y le iba a contar el secreto a tu padre. Lo intentó con todas sus fuerzas: a través de Mehi, el arquitecto, de este soldado y de Gul. Quizás alguno más.

—¿De Gul?

—¿Qué más da? Piensa en lo que esto supone. En lo que puedes llegar a ser...

—¡Por Ra bendito!

Keops tapó su boca de pura sorpresa. Creía que los hechizos entraban por la boca abierta, como de igual modo salían de ella. Le costó mucho reaccionar. Meritfefes se sentó en su regazo.

—Mis planes eran hacerte rey... y ahora te voy a hacer un dios.

Keops lloró por primera vez en su vida adulta. Jamás lo había hecho. Apenas en su niñez, ni siquiera cuando vio morir a su padre. Pero aquello le sobrepasó. Meritfefes le dio mucho tiempo hasta que se recompuso.

—¿No me preguntas nada?

El joven la miró con suspicacia.

—¿A cambio de qué? ¿Qué precio tiene tu ayuda?

—Que me hagas tu reina y tu diosa. Te hago tanta falta como tú a mí. Soy inteligente y controlo la información de palacio. Juntos reinaremos.

—¿Y Kanefer?

—Te ayudaré a convencerle. Será un gran visir.

Las carcajadas de Keops las oyó el mismo Memu, al que llamaron. Les encontró abrazados besándose. Esperó de nuevo, excitado por la belleza de la menuda mujer, que parecía controlar al hombre.

El capitán aguardó a que terminasen de hacer el amor, con temor al principio, pues sintió que se encontraba en presencia de poderosos como no había conocido antes, de un poder distinto al del faraón, que era más humano. Estos eran como animales del desierto. Como... ¡Seth!

Se envaró en su silla. No era una persona supersticiosa ni muy creyente, pero incluso él percibió maldad en aquella pequeña cámara. Sin embargo, parecía traer muy buenas noticias, a juzgar por la reacción de ambos, y se creció ante las sonrisas francas de los dos. Keops se acercó a él.

—Te daré riquezas. Haré de ti mi hombre de confianza como lo fuiste de mi padre. Pídeme lo que quieras.

Memu vaciló.

—Cualquier cosa.

El capitán humedeció su lengua mirando a Meritfefes. Había fuego en sus ojos.

Ella miró a Keops con embarazo. El príncipe rió una carcajada malévola.

—Tal vez algún día.

Meritfefes no solía temer a los hombres, pero la mirada salvajemente lujuriosa del soldado la puso en guardia.

45

GUL

Año 2.605 a.C.

No tuvo tiempo de llorar. La noticia le golpeó con dureza, pero sus hombres pedían órdenes. Todos corrían de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer hasta que él tomó las riendas y dio instrucciones. Todo debía llevarse a cabo con discreción. Los jueces y el visir debían enterarse primero. Hablarían con Aj y los sacerdotes y darían oficialidad a la noticia. Pero era un momento delicado, en el que la seguridad debía ser garantizada.

Pero Gul no se sentía con fuerzas. Había querido a Snefru como a un hermano, y como tal había sido tratado, pero era con él con quien había pactado y no sabía cuáles serían las intenciones del inseguro Kanefer. Necesitaría de su protección, pero le temería. Lo veía en sus ojos. No era una buena situación. Algunos de sus generales ya estaban frente a él esperando algo más que órdenes rutinarias.

—Huiremos. Preparadlo todo. Esperaremos unos días y cuando preparen las ceremonias nos iremos.

No podía llorar. La muerte era algo natural para un guerrero. Pero sentía un peso en el pecho que le oprimía hasta casi impedirle respirar. Odiaba dar la razón a aquel loco de Uni, pero sería lo mejor.

Pasaron un par de días hasta que fue llamado a consulta con el príncipe heredero. Se sorprendió al encontrar allí también a su hermano Keops y a Meritfetes.

—Mis señores.

—Gul, como guardián y hombre de confianza de nuestro padre tienes derecho a presenciar esta reunión.

—Cuyo fin ignoro —dijo Kanefer, visiblemente irritado.

Repasó la mirada de todos. La gata sonreía con suficiencia. A Keops le brillaban los ojos y Kanefer estaba a punto de explotar. Su hermano tomó la palabra.

—Gul, ¿mi padre mencionó alguna vez los papiros de Imhotep?

El nubio se revolvió incómodo.

—No quisiera faltar a la confianza que vuestro padre puso en mí.

—¡Snefru está muerto!

Fue Merittefes quien escupió las palabras. Gul pensó que no parecía sentir su muerte, pero se abstuvo de decirlo.

—Eso no tiene que ver con mi relación con él.

Kanefer se apresuró en asentir.

—Así es. Y alabo tu prudencia, Gul. —Se dirigió a su hermano—. ¿A dónde quieres ir a parar?

—El secreto de la inmortalidad del cuerpo y el alma. Todos lo sabéis. El clero traicionó a mi padre guardando el secreto.

—¡Eso son patrañas!

—En absoluto. El mismo Gul trabajó para lograrlo.

Gul se puso en alerta.

—¿Quién os ha dicho tal cosa? Mi relación con el faraón Snefru es particular y no violaré su confianza.

—¿Lo ves? El que calla otorga.

—Pensad lo que queráis.

Kanefer balbuceó extrañado.

—Pero, ¿por qué el clero había de negarse a dar la inmortalidad al faraón?

Merittefes intervino con tanta acritud como Keops.

—Porque darían el poder religioso a un hombre. Entregarían la llave de todo el control de la cosmogonía, el poder de decidir, de reinar sobre los dioses. Ellos perderían la supremacía y, con ella, la vida fácil. No les conviene.

Kanefer se estaba poniendo muy nervioso.

—¿Y qué hay de esos papiros?

Keops sonrió. Sus labios fríos se abrieron mostrando sus dientes. Parecía un zorro.

—Los tengo yo.

Se armó un pequeño revuelo. Gul miró a Kanefer a los ojos. Era una trampa. Automáticamente, su oficio se impuso. Miró disimuladamente a los vanos de iluminación y ventilación. ¡Unos ojos les espiaban! Intentó expresar prudencia a Kanefer con sus ojos, pero nunca había sido un buen comediante. Y el heredero tenía un carácter fuerte.

—¡No te pertenecen! Son míos por derecho. Eran de padre y soy su heredero. ¡Gul! Ordena prenderle.

El guerrero rechinó los dientes. Intentó señalar con los ojos a Kanefer que estaban siendo vigilados. Los amantes lo interpretaron como cobardía y se abrazaron entre carcajadas.

—El buen Gul no se va a interponer en una disputa entre hermanos, ¿no es así?

Gul pensó a toda velocidad. En verdad no era asunto suyo. Sobre todo cuanto la situación le reafirmaba en su propósito de escapar.

—Vuestro padre no lo hubiera querido.

Keops caminó hasta situarse junto a su hermano.

—Kanefer, te quiero, y jamás haré nada contra ti. Pero con esta llave tenemos la oportunidad de sacudirnos el dominio del clero y declararnos dioses vivientes. —Le abrazó sin fuerzas—. Los dos sabemos que no tienes agallas para luchar contra los sacerdotes. Te atemorizarían y tu propia conciencia religiosa te impediría tomar acciones contra ellos. Y sin embargo sabes que hay que hacerlo. Padre lo buscó durante toda su vida. Fíjate en la pirámide de Huni. En el cuerpo de madre. Ni siquiera padre consiguió la clave, y sólo el genio del constructor Mehi le salvó de la corrupción del cuerpo. No podemos dejar esos agravios impunes. Padre debería haber tenido la divinidad, pues si alguien la merecía era él, y los sacerdotes se la negaron para evitar nuestro poder omnipresente. Ahora no podemos dejar de hacerles pagar su crimen. Incluso aunque no tuviera los papiros, padre no debería quedar sin venganza.

Kanefer bajó la vista. Keops le tomó las manos, mientras continuaba, crecido por su silencio y sus dudas visibles.

—Yo sí puedo combatirles, pero no quiero hacerte daño. Al contrario, necesito tu ayuda. Quiero que seas mi visir. Serás tratado como yo mismo y compartiremos la morada de eternidad más majestuosa que el mundo verá jamás. Levantaré en tu honor el mayor monumento civil que se haya construido, y te prometo que pondré tu nombre al nivel del primer gran visir Imhotep. ¿Aceptas?

Kanefer apenas podía mirarle a los ojos.

—No me hagas promesas vanas si no piensas cumplirlas. No quiero encontrarme un día con un cuchillo o un veneno. No hubieras preparado esto si no hubiera guardias detrás de la puerta. Para eso has traído a Gul. Acaba de una vez. Es más fácil que me deportes o me hagas matar aquí mismo; prefiero eso a que me mientas.

—Hablo en serio. Eres mi hermano y te quiero conmigo de buena fe. No contemplo otra opción. Si me dijeras que no, tendría que matarte, pues no podría permitir que vivieras, como comprendo que si Gul hubiera tomado partido por ti yo hubiera muerto, pues tú mismo no podrías permitirte mantenerme con vida.

Gul admiró la inteligencia y la nobleza de Kanefer. No sabía si había visto los ojos de los guardianes, pero no ignoraba que debían estar ahí. Le miró con ojos brillantes. Kanefer levantó la vista. Miró a su hermano largo tiempo. Miró a la astuta mujer, que sonreía con ojos pícaros.

Gul vio al viejo faraón en aquellos ojos y se emocionó. Casi lamentó no haber tomado partido por él, pues era lo más justo. Podía ser colérico, pero era humano. Keops no lo era. Ni siquiera era inteligente. Lo vio todo con claridad, como si tuviera la videncia que Uni se atribuía. Se le pusieron los pelos de punta cuando Kanefer acusó a su hermano de tenerle a él para matarle. Temió profundamente que se lo ordenara Keops. Hubiera sacado su espada y se la hubiera clavado a los dos amantes de un solo tajo. Sabía perfectamente que había guardias tras los muros. Incluso arqueros apuntando desde los vanos de

ventilación. Kanefer lo había imaginado. Veía en sus ojos la decisión que iba a tomar, y la rabia le hizo apretar los puños hasta que la sangre dejó de circular por ellos. Se agarró las manos para no actuar.

Tembló de pies a cabeza. En un breve instante tuvo el destino del reino en sus manos. Su conciencia le decía que Kanefer debía ser el faraón, pero, en cualquier caso, había terminado su labor allí. Veía en los ojos de los dos hermanos que no confiaban en él. No tenían el don de su padre de saber leer el alma de las personas.

No. No haría nada. Era lo que su amigo le hubiese pedido. La suerte la decidió el idiota de Uni al presentarse de aquella extraña guisa ante Kanefer. Si hubiera sido el de antes, el príncipe le hubiera tomado en serio y no hubiera acudido a esta cita sin sus guardias. ¡Si hasta a él le pareció un loco! Le costó reconocerle entre los tatuajes. Pero no era el Uni que él conoció. Sus ojos eran otros. No había sentido tanto miedo en su vida.

Los hermanos se abrazaron. Gul pensó que Kanefer era una buena persona, un buen estratega o un necio. Meritfefes rompió el silencio.

—¿Qué hacemos con Gul?

El nubio dio un respingo. Había pensado que su presencia era para certificar el acuerdo entre los hermanos, pero tal vez sólo querían librarse del último atisbo de la presencia de Snefru. Se aclaró la garganta y habló con la calma que muchos años de oficio le habían enseñado a aparentar, mientras miraba fijamente a Kanefer:

—Eliminarme sería un error. Estaríais a merced de los espías del clero y la nobleza que sólo yo sé filtrar. No me opongo a vuestro acuerdo. Contad con mi servicio como contó vuestro padre o dejadme ir, pero sin mi presencia mis hombres se rebelarán. Recordad que no servimos a nadie salvo a Snefru. Muchos de vosotros y vuestra familia morirían. Os hemos servido una vida entera por un pacto con vuestro padre, que podéis renovar, pero no somos vuestros soldaditos. Sellad el pacto conmigo como hizo vuestro padre. No podéis saberlo, pero se benefició mucho de nuestro acuerdo.

Keops ignoró el gesto terco de Meritfefes, que no pasó desapercibido al nubio.

—Ni por asomo pensaba en ninguna acción violenta. Simplemente nos preguntábamos si deseabais continuar vuestro servicio con nosotros o bien preferiríais regresar.

—Si regresara, significaría la desunión de las dos tierras. Y ya os he hecho mi oferta sincera.

—Que aprobamos. Te daré más poder y atribuciones.

—Dádselas a mi pueblo. Ese era el acuerdo.

—Así será. Esperaremos unos días y lo haremos oficial. Puedes retirarte.

Gul salió de la estancia sintiendo en la nuca el odio de Meritfefes y la indiferencia del nuevo faraón. Tendrían que huir rápido.

HENUTSEN

Año 2.605 a.C.

La muerte de su padre había sido un golpe tan duro que sólo la breve visita de Mehi la consoló. Pasaron unas horas en silencio, haciendo el amor y llorando abrazados, pero él tenía muchas obligaciones y no pudo demorarlo más. Partió a supervisar por última vez la morada de Snefru.

Pasaron un par de días de reflexión. Todo había cambiado, pero Kanefer era su hermano más querido y no le negaría la gracia... Salvo que ya tuviese otros planes para ella. No lo creía, pues no había tenido tiempo de asimilar su nuevo status, pero todo era posible.

Al atardecer del segundo día no pudo aguantar más la incertidumbre. Pidió audiencia con Kanefer, quien la recibió inmediatamente.

—Hermanita.

Se abrazaron. Ella rompió el hielo.

—No he podido rendirte homenaje como nuevo faraón y pedirte el primer favor.

—Henutsen...

—Deseo casarme con el constructor Mehi.

—Hen...

—No tuvimos tiempo de pedírselo a padre, aunque lo hubiera concedido con toda seguridad. Me prometió...

—¡Henutsen!

El grito llenó la estancia y los ojos de su hermano de lágrimas. Algo iba muy mal. Kanefer bajó la cabeza.

—No voy a ser faraón.

—¿Qué?

Las lágrimas fluyeron como la lluvia.

—Va a ser Keops.

La pena dio paso a la furia.

—¿Qué te ha hecho?

—Hemos... llegado a un pacto.

—¡Por supuesto! El reina y tú sigues vivo.

Salió corriendo, ignorando la débil llamada de su hermano.

Buscó a Keops por palacio hasta que le dijeron que estaba reunido con consejeros y nobles. El guardia nubio no se atrevió a negarle la entrada. Entró pisando con la fuerza de un hipopótamo.

—¡Keops!

Todos callaron, mirándola. Keops se levantó.

—Mi hermana Henutsen viene a felicitarme.

—¿Qué le has hecho a Kanefer?

Su hermano se encogió de hombros.

—Le he concedido un gran honor. Va a ser gran visir.

—¿No te da vergüenza? ¿Ni siquiera nos hemos despedido de padre y ya estás maquinando el papel de todos? ¿Cuál va a ser el mío?

Keops se levantó de su trono con calma, caminando hacia ella.

—Te lo voy a enseñar.

Un tremendo bofetón le hizo perder la visión durante unos segundos. Notó una mano atenazando su cuello y un tremendo tirón. Cuando abrió los ojos, estaba desnuda.

No tuvo tiempo de mirar a Keops a los ojos. Se sintió empujada por el cuello y cayó de espaldas golpeándose la cabeza contra el suelo alfombrado. Cuando levantó la vista, sus ojos se centraron en un falo enhiesto frente a ella. Keops le dio una patada, abriendo sus piernas, y se arrodilló.

—Éste es tu papel.

—¡No!

Intentó cerrar las piernas, pero otra bofetada hizo que perdiera la conciencia un instante.

Cuando volvió a abrir los ojos, la primera sensación fue el peso de un cuerpo encima del suyo. Apenas podía moverse. Intentó combatirlo, pero no sirvió de nada. Sólo podía intentar dificultar su avance.

Una nueva bofetada la distrajo lo suficiente para que Keops introdujera sus piernas a modo de cuña. Lo siguiente que sintió fue un dolor ardiente, la presión de un cuerpo sudoroso y el aliento de su hermano.

Gritó con fuerza.

Parecía que la quemasen por dentro. Pero lo peor era la vergüenza. Cerró los ojos para no ver los rostros de los demás mirando.

No pudo moverse, atenazada por el peso. Sólo sollozó. Nada ni nadie iba a remediarlo.

—¡No!

Rezó a Isis, repitiendo su nombre sin cesar e intentando que la diosa la distrajera, para que se acabara antes.

Dejó de sentir dolor. Ni siquiera se dio cuenta de que ya no tenía a Keops sobre ella.

Tardó mucho en salir del estado de conmoción y levantar la vista.

Estaba desnuda, con las piernas abiertas, tan tensas como cuando su hermano empujaba sobre ellas. Las contracciones de los músculos agarrotados eran tan visibles como el kohl recorriendo su cara entre las lágrimas.

El dolor era tan intenso que no podía moverse y continuaba mostrándose a la sala entera, lo que casi la mató de vergüenza, a pesar de que todos miraban hacia el lado contrario, a la pared, en una protesta silenciosa tan estúpida como estéril. Fue lo único que hicieron. Los consejeros que asistieron al infame acto no se atrevieron a actuar. No sólo se trataba del faraón de Egipto... Se trataba del colérico y vengativo Keops. Hubieran jurado que se trataba del mismísimo Seth en persona.

Algunos hombres se agarraron las manos. Otros se dieron la vuelta y se marcharon. Todos miraron al suelo.

La violación era el peor crimen; no sólo entre los hombres y sus leyes escritas, sino entre los mismos dioses. El pueblo egipcio era amante de la vida, y entre las normas de su código moral no se llegaba a imaginar la violencia contra la mujer, que estaba protegida por la ley.

Y los presentes en aquella sala recordarían aquel día toda su vida. Henutsen levantó la nuca con un terrible dolor. Keops se anudaba el faldellín. Cuando vio que ella reaccionaba, sonrió.

—¿Qué creías, que te iba a entregar a quien tú dispongas? Eres mi esposa. Cuando me des un hijo tal vez te subaste. Varios de los presentes pagarían por poseerte. Más de uno se ha excitado, por mucho que disimulen patéticamente.

Nadie se movió. Algunos rezaban en silencio o entre murmullos.

Keops volvió a su silla y reanudó la reunión como si nada hubiera pasado, aunque nadie prestaba atención.

Henutsen intentó levantar su cuerpo, pero no podía mover las piernas abiertas. Tenía todos los músculos agarrotados de cintura para abajo.

Notó una presencia a su lado.

Meritfefes.

Pensó que iba a ayudarle, pero no la tocó. Situó su cara junto a su oído y susurró:

—No voy a dejar que me lo robes ahora. Voy a acabar contigo. Zorra.

Y se fue, dejándola de nuevo entre sollozos convulsos. No podía moverse.

Al fin, fue Gul el que se acercó y juntó sus piernas con ternura, cubriéndola con su propia túnica y levantándola en brazos suavemente. Sólo dijo en su oído:

—Toda mi vida lamentaré no haber actuado, y daré cuenta de este crimen a vuestro padre y a Osiris mismo el día cercano de mi muerte. Pero si lo hubiera

hecho, todos hubiéramos muerto en ese mismo instante. Hay guardias con arcos prestos.

Aún oyeron la voz de Keops en el mismo tono en que se pide comida a un sirviente.

—Ni se te ocurra aplicarte un remedio anticonceptivo, querida. Necesito un heredero. Si no me lo das, mataré a tu constructor.

Ella no dijo nada. Sólo dejó que él la llevara a su cámara y la tumbara sobre su lecho. Gul ordenó a sus sirvientas que le masajearan las piernas y le prepararan un bebedizo de adormidera. Se quedó mientras le hacía efecto, acariciando su cara, y justo antes de que cerrara los ojos dijo:

—Os ayudaré. En nombre mío y de vuestro padre, os juro que este crimen no quedará impune.

KEOPS

Año 2.605 a.C.

Le temblaban las manos. Estaba a punto de abrir el arcón con el legado del sabio Imhotep. La llave que le convertiría en un dios viviente.

Miró alrededor. Nadie perdía detalle. Memu sonreía ansioso. Meritfetes jadeaba de un modo casi sexual. Cuando abriera el arcón, la tomaría ahí mismo. Le había excitado tomar a Henutsen delante de todos sin que nadie se hubiese atrevido a respirar. Recordaba cuando debía pedir permiso para casi todo. Ahora tomaría lo que era suyo cómo y cuándo quisiese.

Gul era el único que permanecía impassible. No le duraría mucho el desafío. En cuanto fuera entronizado y se hiciera con guardias de confianza, acabaría con él.

Volvió la vista al viejo y sucio arcón. El fruto de toda una vida. De varias vidas. El estudio de la mente más sabia que hubiera pisado Egipto. Él no era un hombre tan instruido como su hermano. Ni siquiera como su padre, pero sabía de la importancia de lo que estaba a punto de tocar.

Tal vez aquellos papiros tuvieran la fuerza de la divinidad, pues en ellos estaba reflejada la palabra de los dioses por boca del sabio. Tal vez había algún hechizo en ellos...

Sintió miedo. Sus manos temblaban. Apenas podía tocarlo. Pensó en rezar, pero su cara enrojeció de orgullo. Aquello no tenía nada que ver con Ra, y al fin y al cabo, pronto le miraría de igual a igual.

Finalmente rompió el sello que Memu había falsificado. Suspiró hondo y abrió el arcón.

Paños.

Levantó el primero con gran reverencia. Otro y otro más hasta que dio con el primer rollo. Era un papiro común. Sin riqueza ni decoración. Intentó controlar el temblor y lo abrió.

Devoró las letras con ansiedad, pero lo que mostró su cara fue estupor.

¡Un tratado de elaboración de cerveza!

No lo podía creer. Lo repasó entero. Podía ser una trampa, una tapadera. Pero no. Le dio la vuelta, lo puso del revés, lo miró al trasluz...

Y lo arrojó contra la pared. Cogió otro, abriéndolo con furia.

¡Cosmética!

Otro.

¡Caza!

Fue mirando uno tras otro, plegado sobre el arcón como un buitre.

Protocolo. Cocina. Jardinería...

Un rugido se abrió paso desde lo más hondo de su ser, rematándolo con un grito que sobresaltó hasta al hierático Gul.

—¡Arrrrrrrhg!

Levantó el arcón y lo estampó contra el suelo.

Cuando se volvió, sus ojos estaban inyectados en sangre. Miró a Memu.

—¿Qué mierda me has traído? ¡Habla antes de morir!

El capitán buscó entre el pánico las palabras que le salvaran la vida.

—Una familia entera ha muerto torturada lentamente por esto. Es lo que les fue entregado originalmente como el legado del sabio. Si no, yo lo hubiera sabido. No me presentaría así por nada. Una vida de trabajo da que pensar que es algo importante. Si le fue dado como una pista falsa, no es mi culpa.

Keops hizo un gesto torpe y le golpeó. Memu aguantó sin pestañear. Fue un arrebato sin fuerza que no le hizo ni daño. El nuevo rey cambiaba de postura sin cesar, como uno de los leones enjaulados de palacio.

—Gul. Mátales. Ya.

Pero el maldito nubio permanecía tan quieto como le había conocido toda la puñetera vida.

Keops se agarró la cabeza entre las manos, jadeando.

—¿Qué voy a hacer? Mi hermano me matará.

Meritfetes se adelantó y le dio una bofetada a Keops.

Incluso Gul abrió la boca de la sorpresa.

—No. Memu dice la verdad. Cálmate.

—¡Pero sin la llave no soy nada! ¡No soy Dios!

—Sólo lo sabemos los que estamos aquí. Nadie más lo sabrá y serás faraón. Tenemos mucho tiempo para buscar los verdaderos papiros. —Recogió los rollos colocándolos amorosamente en el arcón—. Esto es el legado de Imhotep y tú eres faraón. Construiremos una pirámide perfecta para nosotros y nuestro hijo, y ambos seremos dioses, porque así lo proclamaremos, por derecho legítimo.

Keops lentamente reaccionó, sorbiendo sus lágrimas.

—¡Sí! Sí. Nadie lo sabrá. Conseguiremos el legado. La llave. Sí. —La besó con furia—. Sí. Sí. Sí.

Meritfetes miró a Memu.

—¿Quién más conocía la búsqueda?

—El escriba Uni.

—Buscadle. Interrogadle. Si no sabe nada, que muera. ¡Gul!

El nubio se estremeció.

—Sí

—¿Qué vas a hacer? ¿Cuál es tu posición sobre lo que has visto?

—No he visto nada. Yo no he estado aquí.

—Bien. Te prohíbo ver a Kanefer. Se te vigilará. Memu: ni intentes huir, ni pienses que puedes mejorar tu posición. Mientras nos seas fiel, serás afortunado. Tu destino es paralelo al nuestro. Si le cuentas algo a Kanefer, los dos moriréis. ¿Entiendes?

—Sí.

—Bien. Largaos.

Se fueron. Ella volvió a tomar la cara de Keops en sus manos.

—Esto sólo es un leve retraso. Nada ha cambiado. Serás faraón y yo seré tu reina. Y juntos seremos dioses —repitió.

Le besó. El respondió con furia. Ella se tumbó sobre él, tomando su miembro entre las manos y acoplándose con un suspiro. Se movió, repitiendo en cada suspiro.

—Faraón.

—Faraón.

—Faraón.

MEHI

Año 2.605 a.C.

Las ceremonias se llevaron a cabo de manera apresurada. Keops fue coronado Rey.

No vi a Hen en meses, y cuando fui llamado por el faraón, la busqué en palacio. Era normal que la actividad cortesana permaneciera hermética mientras el nuevo faraón se asentase y consolidase o cambiase el personal, aunque Hen era una sirvienta menor y no tenía por qué ser devuelta a su pueblo o vendida. Lo hubiera sabido. Así que estaba tranquilo.

También era normal que me hiciesen esperar un par de horas y lo asumí con tranquilidad, como si se tratara de un viaje.

Aunque estaba nervioso. Había tratado siempre con mi amigo Snefru. Y si Kanefer, del que decían era un hombre justo, me había abofeteado, ¿qué no haría el loco de su hermano?

Finalmente fui recibido por el faraón. Me impresionó la compañía de la reina Meritthes, a la que no podía sostener la mirada sin sentir rubor, pues tantas veces la había tratado con cortesía en compañía del viejo rey que sentía vergüenza. No comprendía que Keops pudiera mirarla a la cara.

Pero sobre todo me impresionó el semblante y el protocolo que Keops daba a la reunión. Con su padre hubiera sido una charla entre amigos. En cambio, el nuevo rey parecía una de las estatuas que le representaban, esculpidas a toda prisa. Como si el original fuera el de piedra y la mala copia la humana. Llevaba los atributos del poder: el incómodo tocado en la cabeza, con los símbolos de las dos tierras, la barba postiza, el cetro y los brazos cruzados sobre el pecho cubierto de collares. Era patético hasta para mí, que no era sino un escriba.

Daba que pensar. Necesitaba verse como faraón. Necesitaba ese protocolo para afirmarse. Para creérselo.

Y eso me preocupaba, pues yo no era nada para que me recibieran así. O me daban una importancia acorde a tal representación, lo que significaba que sabían de mi verdadera misión, lo cual me hizo temblar.

Su reina, también cubierta de joyas, sonreía triunfante y Gul... sólo era Gul. Fue ella quien habló.

—Constructor Mehi, te echamos de menos en las ceremonias de coronación. No nos rendiste pleitesía como es protocolario. No es muy cortés.

—Mi reina: yo no soy un cortesano, sino un constructor. Mi sitio está en la humildad de las piedras y no en la corte. Debía supervisar la finalización de los trabajos del difunto faraón. Por eso siento que mi ausencia haya causado esa impresión. No hace falta que os transmita mi lealtad. La tenéis sin duda por herencia del trono y por el cariño que tenía a vuestro padre y esposo, el rey Snefru —dije con la cabeza gacha.

Pude sentir la irritación de ambos cuando nombré a aquella furcia como esposa del viejo rey, pero no pude evitarlo. Era mi pequeña venganza.

—Agradecemos y aceptamos vuestro sincero ofrecimiento.

Ahora era Keops el que hablaba, casi sin mover los labios. Aquellos labios gruesos en esa eterna cara de niño cruel, que manejaría el país con la misma indiferencia con que un chiquillo juega a quitarle las alas a una mosca.

—Pues tenemos una misión para vos. Una morada de eternidad que deje pequeña a la del... anterior faraón.

Yo asentí.

—Os presentaré mi propuesta de acuerdo a las posibilidades técnicas y del terreno que escojáis.

—¡No hay posibilidades ni negociaciones!

El grito me pilló por sorpresa. No supe qué decir. El rostro del faraón se había congestionado de repente y aparecía tan encarnado como alguna de sus joyas.

—Quiero una pirámide perfecta. No un burdo apaño, sino una que garantice la eternidad. Sabéis cómo hacerme un dios, así que no me toméis por estúpido.

—No tengo los conocimientos. Vuestro padre y yo mismo los buscamos toda una vida.

—Pues encontradlos. Tenéis toda mi vida para hacerlo.

—Si no han aparecido ya, no creo que lo hagan. Si os mintiera, faltaría al respeto de la confianza que tenía a vuestro padre. No hay nada que se pueda hacer.

—Lo encontrarás si quieres ver a mi esposa secundaria de nuevo. No te mataré por haberla cortejado. Considéralo una cortesía. Una muestra de mi bondad.

Las alarmas se encendieron en mi alma. Me sentí mareado. Solo pude balbucear.

—Qui... ¿Quién?

Keops sonrió. Yo tuve que agarrarme a la silla.

—La princesa Henutsen. ¿Quién sino?

—La... princesa... ¿Hen...?

—Sí. Mi hermana.

Mi mente no pudo soportar aquello y caí. Ni noté el brazo de Gul levantándose. Vi pena en sus ojos y un extraño brillo de comprensión. De solidaridad. Entonces, me susurró:

—Contente o moriremos aquí.

Keops y Meritfetes se miraron con sorpresa y rompieron a reír a carcajadas.

—¿Así que te había ocultado que es mi hermana? Es encantador. ¿Qué era? ¿Una sirvienta? ¡Como en los viejos cuentos!

Meritfetes dejó de reír de pronto.

—En cuanto tenga el hijo que espera, podríamos entregártela o podríamos... dársela a los soldados. Tú escoges.

—¿Está....?

—Embarazada. —Keops sonrió—. De mi heredero. Decide ahora.

—Tendréis vuestra pirámide... perfecta.

—Puedes irte. Llévate el cuerpo de mi padre y prepáralo. Piensa... y luego ven. Hablaremos de mi pirámide.

Intenté dar un paso, pero fue imposible. Estaba paralizado. Gul miró a los reyes. Meritfetes asintió y el nubio me agarró con su brazo, ayudándome a incorporarme. Me sacó de allí. Yo no podía ni llorar. Le mire a los ojos. Se revolvió incomodo, leyendo la acusación implícita. Había sido un servidor leal por simple afinidad, fuera de todo protocolo y cargo, como lo fui yo. Pocas personas habían gozado de tanta confianza.

Evitó mi mirada. Me llevó fuera de Palacio, y una vez que recobré las fuerzas, miró hacia todos los lados y me susurró:

—Haré lo que pueda. Todos corremos peligro. Proteged a Uni. Ha sido condenado. Memu le busca para matarle.

Y se fue.

KANEFER

Año 2.605 a.C.

Tuvo que asistir a su propio hermano en la coronación que debía ser suya.

Pero no estaba enfadado. Debió comprenderlo hacía mucho tiempo. Keops sólo había buscado una excusa. Y había encontrado la astucia y la ambición de esa pequeña zorra lujuriosa. Pero sin ella hubiera encontrado otra, tarde o temprano.

Y le hubiera matado.

Permaneció tan lejano como pudo, alegando que dejaba la ceremonia en manos de los sacerdotes, que eran quienes debían coronarle como el dios que tal vez algún día sería.

Se llevó a cabo a toda prisa. Apenas duró un día.

La sorpresa del pueblo sólo fue comparable a la oleada de cambios en apenas un mes de mandato.

En un sólo día, Keops prohibió el culto a Ra en varias ciudades, denunció una conspiración contra él y ordenó ahogar a todos los sacerdotes de los templos principales. ¡Jóvenes novicios, adolescentes sin apenas experiencia, que habían sido colocados por su propio padre desde el kap! Confiscó lo que él creyó el grueso de sus bienes cuando ya habían sido puestos a buen recaudo. Gul le contó que el mismo Mehi hizo un ingenioso recuento ya hacía muchos años, en el que los bienes eran tan cuantiosos que la parte que Keops sustrajo era irrisoria, una representación poco menos que insultante, que no daría para construir su pirámide, como él había calculado.

Encontró supuestas irregularidades en la gestión de las minas y envió ejércitos a apoderarse de todo cuanto hallaran fuera de las fronteras del reino, sin importarle agraviar a los mandatarios vecinos.

Ni siquiera podía encontrarse con aquellos en quienes confiaba, pues temía ponerles en peligro. Sólo Gul se atrevía a visitarle, tras un concienzudo trabajo de filtro de los espías. Y sólo entrando a un túnel oscuro de tierra, cuyo origen ignoraba. Todo eran secretos últimamente.

—¿Cómo estáis?

—Bien.

Gul le miraba con sorpresa.

—Sois un hombre admirable.

—¿Y eso?

—Cualquier otro en vuestro lugar lamentaría su suerte.

—Respóndeme a una pregunta. Tú conociste mejor que yo a mi padre. —

Gul no se molestó en negarlo, lo que le causó una punzada de celos—. ¿Crees que fue feliz?

—No. No lo fue. Tal vez el último año de su vida. El incidente con Mehi que tanto os enfadó supuso su único periodo de felicidad verdadera.

—¿Y eso?

—Porque la respuesta del clero, profanando el cuerpo de vuestra madre, probó que los sacerdotes jamás tuvieron el legado de Imhotep, que se había perdido en el olvido con la muerte de Rahotep. Sólo en ese momento se dedicó a su familia y a sí mismo. Fue como una liberación.

Recordó la conversación que les había apartado. Su padre había preferido que le odiase antes que hacerle infeliz toda su vida.

Las lágrimas acudieron a su rostro.

Desde entonces había rehuido todos sus intentos de contacto. Había sentido envidia de la felicidad pasajera que había compartido con Henutsen, pero su orgullo le había impedido confiar en él.

El orgullo estúpido de la juventud.

El ejemplo y la sabiduría de su padre le hicieron ver que la postura prudente, aunque cobarde, que había adoptado con su hermano, era la correcta.

Gul se permitió poner una mano en su hombro, adivinando sus pensamientos.

—Vuestro padre hizo lo que debía, y vos habéis sido prudente, como él hubiera querido.

—Y... teniendo en cuenta que de ningún modo iba a ser un dios... ¿Qué más daba ser faraón que visir, conservando la vida, consciente de su valor? Al menos intentaré remediar como visir lo que mi hermano estropee como faraón.

—Vuestro padre estaría orgulloso de vos.

—Gracias. Creo que es lo que él hubiese hecho. No está claro que realmente tengan el legado de Imhotep en los pocos papiros que contiene un cofre. Creo que su legado ocuparía mucho más. Pero al menos viviré. Y lo más importante... Viviré feliz, como sólo puede vivir el que ha conocido a infelices, sin ese anhelo. Como vivió padre su último año.

—Es mejor eso que ser un Rey sin corona legítima, y un dios sin poder, que temerá por siempre el momento en que se enfrente a los verdaderos dioses. Y, efectivamente, no tienen el legado, aunque no dejéis que sepan que lo sabéis o nos matarán.

Dejaron pasar un tiempo sin hablar. Quizás ambos intentaban convencerse de sus respectivas posiciones. Kanefer sonrió al nubio.

—¿Qué vas a hacer?

Gul sonrió también, levemente, con tristeza.

—¿Qué haríais vos en mi lugar?

—Huir.

—Sí. Temo que una noche de estas haya una... limpieza.

—¿Por qué crees que he tomado a la mayoría de vosotros a mi servicio fuera de palacio? Si no estáis juntos, no intentará nada. Le dará miedo que quede con vida la mitad de los mejores soldados del reino.

—Gracias. Pero es una cuestión de tiempo que lo haga.

—Sí.

Ambos miraron una pintura. Como casi todas en palacio, y en toda Menfis, los artistas habían cambiado la cara y los atributos y nombre de muchas de las escenas para que la cara de Snefru quedase borrada y apareciera ahora, brillante, el rostro de niño de su hijo Keops.

HARATI

Año 2.605 a.C.

Al principio se negó rotundamente. Pero no podía evitar pasar más y más tiempo entre ellos. Era una ironía que él, que había sido el más ferviente de los creyentes, que había sacrificado a su familia por el deber con su dios y su faraón, se hallara ahora tan a gusto entre criminales de todo tipo: brujos, curanderos, magos... todos ellos sin dios ni patria, sin familia ni futuro, por encima de las leyes de faraones, hombres y dioses.

Se enteró de que era Snefru el que había oficializado el extraño grupo, pero que éste y sus leyes existían desde hacía generaciones. Ahora estaban protegidos por el sistema legal, pero nada había cambiado.

Y, extrañamente, se sentía más feliz entre ellos que entre el resto de los mortales, salvo el buen Mehi.

Apenas salía del complejo de los oscuros, como se les solía llamar, en la orilla oeste. La mayoría eran callados e introvertidos. Ni siquiera buscaban compañía y vivían entre sombras, como las arañas. Otros eran amables y locuaces, aunque todos callaban su vida anterior. Incluso él. No comprendía aún que se ocultaban donde no era necesario hacerlo.

Hasta que habló con Mehi.

Llegó, como esperaban, en medio de la gran comitiva funeraria, que quedó a una distancia prudente y que dejó a Mehi con un sarcófago de madera, como si regurgitara lo que no podía digerir, lejos del fasto de las ceremonias. Cuando llegó al templo, no era sino otro hombre muerto. Otro producto que tratar, como un cordero en la matanza.

Fueron por ellos. Harati fue a abrazar a Mehi, pero le notó sin fuerzas. Le miró extrañado, pero no vio expresión ni vida en sus ojos. Hubo de sacudirle por los hombros mientras el cadáver del faraón era conducido al interior del complejo.

—¡Mehi! ¿Qué te ocurre?

Una sonrisa leve. Ahora le reconocía.

—Harati, estás cerca de cumplir tus deseos. Van a matar a Uni. Protégelo. Pero quiero de ti un último favor. Una pequeña espera antes de tu venganza.

Ahora fue Mehi el que sujetó a su amigo, pues su cuerpo se aflojó de tal modo que hubiera jurado que se iba a desplomar, tornándose su rostro tan pálido como el del propio Mehi. Harati le instó a explicarse.

—¿Recuerdas el amor que sentías por tu esposa?

—Cada día de mi vida.

—Y sentías que morirías por ella.

—Por supuesto.

—Entonces me comprenderás mejor que nadie. Yo encontré una mujer que me amaba sin saber qué o quién soy, y a la que yo amaba de igual modo. Y el destino jugó con los dos, pues aunque ella sí supo al fin quién era yo, yo sólo me he enterado de quien era ella cuando la he perdido.

—¿Ha muerto?

—No, aunque quizás es peor. Tal vez si hubiera muerto al menos todo habría terminado y yo podría guardar un recuerdo feliz. Pero vivir con esto...

—¿Y quién es?

—Era una sacerdotisa de Isis, y yo, ingenuo, creía que podría comprarla y vivir con ella para siempre.

—¿Y quién diantre es?

—Ahora no voy a volver a verla...

—¡Mehi!

—La princesa Henutsen.

Harati suspiró.

—¿El viejo rey te la hubiera dado?

—Sin duda.

—¿Y por qué no te la daría el nuevo rey?

—Por que la ha hecho su esposa.

—¡Isis divina!

—Y hay más. Ella está embarazada, y ni el rey ni yo sabemos de quién es el niño.

Harati resopló.

—Es muy propio de ti. Grandes proyectos, grandes expectativas... No podías tener un amor sencillo.

La mirada furiosa de su amigo le dijo que no era momento de bromas. Harati se obligó a pensar.

—Podría ser niña. Tal vez así te la cediera.

—No. Quiere tener herederos con ella. Jamás me la dará. Quieren que les construya una pirámide perfecta a cambio de mantenerla viva.

Un silencio incómodo llenó la estancia. Harati comprendió que su amigo no se atrevía a continuar.

—Dime qué quieres de mí y por qué he de esperar.

—Hay una posibilidad de que Henutsen pueda escapar, y no quiero eliminarla. Si alguna vez has pensado que tienes alguna deuda conmigo, la

cobraré de este modo. No se trata de ninguna misión. Ya no me importan. Ni Snefru, ni Keops, ni nadie. Nada me importa. Sólo ella.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que retrases tu venganza. Por lo que Gul me dijo, creo que Memu juega un papel crucial en esto y debo dejar al nubio investigar. Él me ayudará si puede.

Harati apretó los puños. Esperó un largo rato antes de responder, como si se quitase un peso de encima.

—No hacía falta que apelases a ninguna deuda.

Mehi asintió con los ojos velados.

—No podía arriesgarme. Lo siento. Estoy desesperado.

—¿Y qué hay de Uni? ¿Si espero no le pongo en peligro?

—Del mismo modo puedes saldar tu deuda con él. Protégele y llévatelo donde no llegue Memu. Habla con Gul. Él te ayudará.

La voz de Harati sonó glacial.

—Si tan sólo se trata de liquidar cuentas, tal vez cuando esto acabe no quiera volver a ser tu amigo.

Mehi cogió su brazo con el suyo sin mirarle, con fuerza.

—Lo siento, Harati. Si pudiera, recurriría a los espíritus malignos. Daría mi alma a cambio de su libertad. No me importa pedir viejas deudas.

—Ni perder a viejos amigos.

El constructor bajó la cabeza. Ambos apretaron sus manos. Estaban sellando un pacto. Cuando se soltó, Harati se levantó.

—Tienes un año. Hasta nunca.

51

GUL

Año 2.605 a.C.

Algo le decía que debía salir de ahí cuanto antes. Sentía el peligro como un ratón que se esconde en su madriguera de una serpiente hambrienta, sabiendo que el reptil tiene mucha paciencia y mucha hambre.

Pero no podía faltar a su amigo. Cuando vio que aquel engendro violaba a su propia hermana, aun sabiendo que había flechas apuntando a su cuerpo, poco le faltó para no degollarle en pleno coito.

Hizo lo que debía, pues hubiera puesto la vida de la pobre Henutsen en peligro, pero tuvo que cerrar los ojos, y luego lloraría en silencio por primera vez en su vida adulta. Sentía la mirada de reproche de Snefru sobre él.

No creía en la comunicación con los muertos como el loco de Uni, pero sabía sin duda alguna que Snefru le hablaba. Tan cierto como que lo hizo la mirada suplicante de su hija.

No tenía ningún vínculo afectivo con ella, aparte de la simpatía que sentía por la única hija que ejercía como tal, pues en vida uno de los hijos jugaba a ser faraón y el otro ahogaba su resquemor en fiestas, licores y mujeres que los nobles le procuraban, alimentando su odio por Kanefer y su padre. Henutsen, en cambio, era tan cariñosa como cualquier padre pudiera desear.

Y bella. Dolorosamente bella. Esa belleza que no puede evitar enamorar a cuantos la rodean. Ni el mismo viejo Gul era inmune, por mucho que supiera cuál era su lugar y su posición en el corazón de su amigo, por lo que la consideraba como una sobrina lejana, inaccesible.

Su belleza era natural. Sin maquillajes ni aderezos, sin pelucas ni vestidos ajustados. Y no era sólo su imagen, sino la simpatía que generaba sin quererlo. Caminaba como una niña, aunque su cuerpo había cambiado y ella no se había dado cuenta. Regalaba su sonrisa por puro placer, sin pretender obtener nada a cambio. Incluso las ropas discretas que vestía contribuían a aumentar su hermosura y a crear imágenes en la mente que la mitificaban aún más.

Era distinta de Meritfetes. Como la noche del día. No buscaba impresionar a nadie con su belleza artificial, su paso felino y sus estudiadas poses. Cualquier marido convencional se moriría de celos viéndola ostentar su provocación continua, sacando partido de la atracción insana que causaba.

Henutsen hacía que las personas quisieran compartir su vida con ella, lograba el amor puro de todos sin pedirlo. Merittefes jugaba con el atractivo meramente sexual y hacía que los hombres convencionales se avergonzasen en parte de lo que querían de ella. Por eso siempre sacaba algo de todos, pues a todos provocaba remordimientos.

Aunque sólo fuera por lo odioso de la comparación, y por la mirada de su amigo, no podía evitar ayudarla.

Se sentía enfermo cada vez que pensaba en el faraón empujando sobre sus piernas. El muy ingenuo debía creer que tenía lo mejor del género femenino en ambas mujeres. Una esposa a la que amar, y una zorra que le calentara. Y que pensase por él. Pero esto no parecía saberlo. Merittefes lo manejaría como al resto de sus amantes, como a uno de sus juguetes sexuales.

Keops era un niño aún. Un adolescente en un cuerpo adulto que se negaba a madurar.

Un niño con total poder sobre la vida y la muerte.

Maldijo su suerte.

Reunió a sus hombres en secreto.

—Quiero daros las gracias por vuestro servicio sin tacha todos estos años. Hoy sois libres para volver a nuestro pueblo. Sin embargo, os pido un servicio. No es una orden, sino un favor personal. Jamás os he pedido nada, pues las órdenes que os haya dado fueron siempre para nuestro beneficio y el de nuestro pueblo. Hoy voy a hacer algo meramente personal, algo que le debo a mi viejo amigo Snefru. Es muy peligroso, y puede que no salgamos vivos. Por eso, el que venga, debe hacerlo de forma voluntaria y consciente del peligro, pues lamentaría profundamente cargar con la muerte de una persona por mi egoísmo.

Ninguno dejó de prestarse voluntario, lo cual le emocionó, aunque que no lo mostrara. Escogió a los más válidos como si fuera una misión rutinaria. Kemet se adelantó.

—Yo voy.

—No. Tú debes ser responsable de los que quedan. Lo arreglarás todo para coordinar que todos salgan a la vez, un poco después que nosotros, y tienes que hacer que nos esperen en la casa y nos lleven lejos tan rápido como sea posible. Recuerda que llevamos a una mujer embarazada.

—He dicho que voy.

—Y yo digo que no. ¿Quieres que lo arreglemos al modo tradicional?

—No lucharía contigo, y lo sabes.

—Entonces obedece.

—Otros pueden hacer eso. ¡Yo quiero estar ahí, contigo! Te... Te lo debo.

—¡Maldito seas! ¡No me lo hagas más difícil y obedece!

Todos se miraron. Era muy significativo. Gul nunca perdía los nervios. Los mensajes de alarma se transmitieron de unos ojos a otros en segundos, pero nadie se echó atrás. Kemet insistió.

—Necesito formar parte de eso. Yo también estoy en deuda con el viejo rey.

Gul se calmó y le abrazó.

—Eres parte vital. Si yo muero, tú deberás terminar mi misión.

No quería pensar. Lo preparó todo con días de antelación y lo repasó concienzudamente una y otra vez. Era su última misión antes de volver a casa como el dios en vida que era, y quería dejar de sentir el aliento oscuro de su amigo. O reunirse con él.

Y como en todos los periodos en los que se piensa poco, aunque fuera por disciplina militar, el tiempo pasó rápido.

Llegó el día. Lo afrontó de manera habitual. Nada debía ser diferente. Recibió los informes de sus hombres, visitó como tenía costumbre al jefe de los médicos, al de los mayordomos, al de los enanos, al de los sirvientes, al visir, a quien nada dijo pues temía que su vulnerabilidad le traicionase, y al sacerdote personal de la familia real: Aj.

Cumplido el protocolo, dejó pasar un tiempo prudencial, y en la hora más aburrida, tras la comida, sus hombres ya estaban en guardia, despejándole el camino que tan difícil se le hacía.

Lo más duro fue entrar en la cámara de Henutsen y encontrársela cara a cara. Estaba preparado para morir en la lucha, pero no para eso. Ella reaccionó levemente cuando entró sin pedir permiso. Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio su cara. No había perdido la belleza, pero sí la alegría. Miró su incipiente barriga para evitar ver el reproche en sus ojos. No le quedaba mucho para dar a luz, pero no tenía más tiempo que perder. Pasó su mirada sobre ella sin querer ver sus ojeras, fruto de las horas de llanto. Meses de llanto.

—Princesa.

—¿Vienes a llevarme con mi... marido?

—Con el legítimo. Con Mehi.

Ella se agarró al sillón para no caerse. Su cuerpo temblaba. Gul la ayudó, sosteniéndola un poco más fuerte de lo que aconsejaba la prudencia.

—¡Dime que es cierto!

—Y tanto. Pero nos vamos ya. No hay tiempo para nada. Ya os proveerán de lo que os haga falta.

—Lo que me hace falta es Mehi. Vamos.

Hizo una seña a sus hombres. Le confirmaron que el paso estaba despejado. Tomó delicadamente a Henutsen en sus brazos e inició el camino, susurrando en su oído, sin dejar de prestar atención al gesto del hombre que tenía más cercano.

—¿Seréis capaz de perdonarme? Yo nunca lo haré.

—Kanefer dijo que no intervinisteis para proteger mi vida, aunque en ese momento la quería perder.

—No digáis eso. Tenéis un futuro. Os dije que os ayudaría.

—Sí. Isis me ha escuchado.

Gul pensó que Isis aún podía ignorarles. No sabía por qué, pero tenía más miedo del que había pasado en su vida. Se obligó a hablar a Henutsen porque, si no se distraía, se volvería loco.

—¿Cómo va...?

—Bien. Los médicos dicen que va a ser un niño.

—¿Y?

—No sé de quién es. Pero lo sabré.

—A Mehi no le importará.

La tensión en su cuerpo le dijo que había puesto el dedo en la llaga. Gul insistió.

—Le conozco muy bien. No le importará. Si es vuestro, lo amará igual que si fuera de otro.

—¿El sabe...?

—¿Qué sois princesa? Sí. Se lo dijo Keops. Utiliza vuestra seguridad para obligarle a construir su morada de eternidad.

—¡Pero él la haría encantado sin necesidad de coacción!

—Es mucho más complicado que eso. Pero si todo va bien, él mismo os lo contará.

—Dice que quiere una morada de eternidad incluso más grande y perfecta que la de padre, que quiere nombrarse hijo de Ra. Que quiere ser dios.

—Ningún dios le querría a su lado. Y Ra no es como Mehi. No aceptará un hijo que no es suyo.

Lo había dicho en tono de broma, pero le salió lúgubre.

Caminaron por el túnel. Henutsen se asustó al principio por la oscuridad, pero Gul la tranquilizó.

Al fin, vieron la luz y salieron.

Pero sus hombres no estaban al otro lado, sino Keops y Memu, junto a un auténtico ejército.

—No te molestes en intentar huir. El palacio ya está controlado.

Henutsen se desmayó en sus brazos.

Bien. No vería nada violento. La depositó dulcemente en el suelo, apartada del centro de la estancia, y besó su frente, saboreando su perfume y la suavidad de su piel por última vez, como haría un padre con su hija.

—Adiós, princesa. No temáis. La vida es larga y dará muchas más oportunidades —susurró con cariño.

Curiosamente, dejó de sentir miedo. Se encontró muy bien. Incluso de mejor humor que en todo el día.

Echó mano tranquilamente a la espalda y sacó su espada. Los arcos se tensaron. Sonrió.

—En mi país, estos asuntos se dirimen en combate singular, entre hombres. No necesitáis un rebaño de corderos con arcos. Resulta insultante.

Keops rió como un niño.

—No me importaría presenciarlo. ¡Memu!

—Ya vencí una vez a uno de ellos.

Sacó su espada. Les abrieron un espacio. Gul sonrió. Moriría como un guerrero y en su país le adorarían con más énfasis que si hubiera vuelto. Hubiera sido muy embarazoso ser capturado.

Memu amagó un ataque. Gul ni se movió. Sabía que no se atrevería a atacarle frontalmente, y no iba a dejarse amedrentar por el primer gesto.

Pero no era un ataque. De su mano salió algo. Un polvo que, en contacto con sus ojos, volvió el mundo viscoso y traslúcido.

Cubrió su guardia con su espada. Debía haber previsto algo así. Sabía que, sin una artimaña, Memu jamás se hubiera atrevido a batirse con él.

Pero no dejó de sonreír. Al fin y al cabo no iba a variar su destino. Tanto daba. Él también podía planear estrategias.

—¡Vamos, cobarde! ¿O vas a soplar me polvos hasta que me caiga de culo como si fueras una tormenta de arena?

Keops rió la broma, aplaudiendo como si se tratara de un espectáculo. A Gul no le hizo falta más, una vez supo de dónde venía la risa.

Lanzó un golpe con todo el peso de su cuerpo, de arriba abajo, hacia donde suponía que estaba Memu con tal fuerza que éste trastabilló, dejando durante un instante la guardia descubierta.

Era el momento. Tomó impulso en el salto más poderoso que jamás diera, y alzó su espada con ambas manos para descargarla de arriba abajo.

Pero no saltó hacia el soldadito.

Mataría al faraón.

En el aire, imprimió fuerza al recorrido de su espada, rogando a su dios Uadjet que le concediera la gracia de matar a un dios.

Notó un millar de impactos, pero obligó a sus brazos a bajar la espada con fuerza mientras rezaba para que se encontrara con el cuerpo del infame rey.

No fue así.

Cayó de rodillas, atravesado por más flechas de las que podía contar.

No sintió dolor, aunque notaba que la vida se le escapaba.

Se imaginó de nuevo en su tierra, bajo el sol abrasador, recibido por su pueblo.

Sonrió.

MEMU

Año 2.605 a.C.

No había conocido mujer como aquella. Se diría que las putas que había frecuentado hasta entonces no eran mujeres, sino reses. Tan honda impresión le había causado la primera vez que la vio.

Descubrió en ella algo más que belleza. Supo que aquella mujer sí gozaría de su modo de hacer el amor. Eran tal para cual. Eran iguales: ambiciosos. Y ella ya tenía un largo recorrido disfrutando del fruto deseado; el poder.

Sabía que era terreno vedado, pero no podía evitar mirarla y perder la noción del tiempo. La recorría con los ojos pensando en lo que gozaría con su cuerpo. La imaginaba retorciéndose bajo él, pidiéndole más y más.

Debía ser cauto, pues incluso su marido, nada menos que el propio faraón, había descubierto sus intenciones. ¡Y no le había hecho matar! Él mataría a cualquiera que mirase más arriba de sus pies, y sin embargo no cambiaría un ápice su manera de vestir. Era ella, auténtica y poderosa, bella y peligrosa, como las serpientes que solía cazar en el desierto para vender su piel a los mercaderes extranjeros.

Y el faraón le había dicho: «algún día». Algún día...

Desde entonces ya no existió otra mujer. Y cuando coincidían en un acto público, ella se estremecía ante su mirada, y él debía contenerse para no tomarla en sus brazos y poseerla allí mismo, como hizo el faraón con su hermana. Jamás compartiría una mujer como aquella con nadie. En el momento que la poseyera, y estaba seguro de que lo haría, no podría seguir sirviendo al faraón. O huían, o debería matarle.

No le importaba cometer el grandísimo pecado: matar a un sobrino de Ra. Él se llamaba hijo del dios. Pues bien, mataría a un dios. Para Memu no había más diosa que aquella gata, que le deseaba tanto como él a ella.

Meritfeses le había mirado cuando avisó a su marido de la existencia de los túneles y de una conspiración para sacar a Henutsen de Palacio. Y el cabecilla era nada menos que el buen Gul.

¡Cómo se había reído cuando vio la cara del faraón recibir la noticia y encajar la traición del nubio! Al principio lo había negado, e incluso había

acusado a su esposa de mentirle. ¡A su gata! A punto estuvo de atravesarle el cuello con su espada. Lo hubiera hecho de buena gana.

Él mismo se había ocupado de comandar la operación de vigilancia. Incluso habían excavado huecos en los túneles para apostar hombres que estarían atentos a cualquier paso o conversación. Los nubios fueron discretamente vigilados y espiados cuidadosamente, incluso con enanos apostados dentro de muebles.

No les costó mucho saber la fecha de la fuga. La noche anterior habilitaron unas cuantas cámaras cerradas y selladas, contiguas a la del túnel, y las llenaron de hombres armados que pasaron la noche en ellas, de manera que nadie sospechara nada.

Habían inspeccionado bien el túnel y pusieron un pequeño ejército en las casas contiguas a su salida, enviando a sus inquilinos a una mansión durante unos días.

De manera que los nubios no sospecharon. Cuando Gul y la princesa entraron en el pasadizo, los soldados acabaron con los que guardaban su retaguardia, y a la vez, entraron en la casa, matando rápidamente con sus arcos a los nubios, que se defendieron con valor, pero sucumbieron debido a que eran diez veces más que ellos.

Así, sólo tuvieron que esperar a que Gul saliera del túnel y degustar su cara de sorpresa, como un licor añejo.

Pero el nubio les decepcionó. Se diría que había adivinado lo que iba a ocurrir. No movió un músculo de su cara. Mal asunto. Eso le hacía más peligroso, sin el efecto sorpresa que tanto daño había hecho a sus compañeros.

Se limitó a dejar a la princesa en el suelo y sonreír.

Él hubiera dejado que le ensartaran a la primera, pero no podía dar esa orden con el faraón delante.

Y había previsto la eventualidad de tener que combatir con él. Al fin y al cabo, el rey no era sino un crío estúpido, ávido de emociones y juegos.

Jamás le hubiera batido en duelo de igual a igual, pero para él, el combate era algo más que un intercambio de golpes. Aquellos escribas de carrera sabrían mucho de signos, justicia, medicina e historia, pero él había aprendido a luchar en escuelas mejores que las de los escribas. Visitó al médico y le pidió unos polvos muy especiales.

Amagó un golpe que ni sobresaltó al nubio, pero le sirvió para acercarse lo suficiente y soplar los polvos que llevaba en su mano hacia la cara de Gul.

Inmediatamente supo que había dado en el blanco. El nubio agitó la cabeza, cegado.

Pero al instante, se recompuso... ¡Y sonrió! ¡Le estaba mirando!

Memu sintió miedo. Nadie había escapado jamás tras el efecto de los polvos. Cegaban durante unos minutos. Él mismo los había probado. Durante un día entero tenías molestias y apenas podías ver formas.

Aquel nubio del demonio era algo más que un guerrero. Tal vez un espectro, un fantasma, un espíritu maligno, un diablo del sur.

Y pareció percibir su miedo, pues lanzó el golpe más fuerte que jamás había soportado. Hubo de pararlo sujetando su espada con las dos manos. Un hachazo no hubiera sido más fuerte, y la espada quedó a apenas un par de dedos de su cabeza.

Pero era sólo una distracción.

En el instante que dura un pestañeo de ojos, se dirigió hacia el faraón y flexionó sus potentes piernas mientras cambiaba la sujeción de la espada.

Memu gritó entonces.

—¡Disparad!

Fue providencial. Había adivinado el propósito y la estrategia de su contrincante. Sí que estaba cegado, pero había oído la risa del faraón y le había distraído con su golpe lo suficiente para acercarse a él.

La experiencia de un millar de batallas, y aquella fiebre que le dominaba cuando se hallaba en situación de combate, que parecía ralentizar todos los movimientos, le puso en alerta con la suficiente antelación para gritar la orden.

Sus hombres estaban bien aleccionados por el miedo, y tan pronto como la orden salió de su garganta, las primeras flechas volaban ya hacia el cuerpo de Gul, que las recibió con apenas un leve balanceo de su cuerpo.

Los primeros impactos apenas mermaron un ápice su propósito, y muchos más hicieron falta para hacer que sus brazos bajaran, al tiempo que el faraón era apartado.

Memu se levantó sin dejar de mirar el cuerpo del nubio, que no dejaba de sonreír. Parecía burlarse de él...

Entonces percibió un leve movimiento tras de sí.

Un soldado corría hacia la princesa Henutsen con su espada alzada. La bendita fiebre hizo que le viera moverse lentamente. Ni oyó su grito, aunque sí le vio abrir sus labios y rechinar sus dientes en un esfuerzo que, sabía, sería el último.

Le resultó insultantemente fácil mover su espada lateralmente por encima del cuerpo inmóvil de la princesa, y acertar al soldado en un costado, abriendo su cuerpo con tal fuerza que el empuje le lanzó contra la pared, ya sin vida.

Henutsen quedó bañada en la sangre del asesino, aunque no llegó a ser tocada.

El faraón se adelantó, mirándole con ojos vidriosos.

—Pídeme lo que quieras.

MERITTEFES

Año 2.605 a.C.

Pasó los mejores meses de su vida. Ni siquiera cuando reinaba su anterior marido, el malhadado Snefru, que los dioses confundan, tuvo tanto lujo.

Los dignatarios extranjeros no cesaban de entregarle regalos. Algunos incluso los desechaba con un gesto de desprecio, o los regalaba a algún sirviente, aunque Keops era poco amigo de regalar nada, obsesionado como estaba con reunir fondos para construir su pirámide.

Estaba orgullosa de uno en concreto. Una caja para guardar las joyas, de madera de ébano policromada, con incrustaciones de nácar y piedras preciosas. Grande, con muchos cajoncitos que le servían para guardar tanto sus joyas más íntimas —tenía tantas que apenas les prestaba atención—, como sus preciados «amuletos de placer», como ella los llamaba.

Lo que más le gustaba de aquella caja era, aparte de su funcionalidad, que no estaba decorada con los motivos que tanto le cansaban. Estaba más que harta de las escenas de su faraón abriendo la cabeza de sus enemigos. Su faraón... El de antes era listo como ningún otro hombre, pero no le daba placer y la ninguneaba. No concebía que ella pudiera ser inteligente. Y era ella la que le había causado la muerte.

Sabía que estaba enfermo. Lo sabía bien, pues había seducido al jefe de los médicos, un hombrecillo pusilánime con miedo a todo. Hacía que le informara puntualmente de cada una de las revisiones diarias que hacía al rey con la amenaza de contarle que la había violado. El sentimiento de culpa del médico, junto con el recuerdo del primer y único encuentro sexual y la promesa de que sería suyo de nuevo, le procuraron cuanta información necesitaba.

La fiesta de regeneración había sido un espejismo. Se encontraba mejor por el ánimo recibido de su pueblo, pero la enfermedad seguía su curso, y se debilitaba día a día.

Los médicos pensaban que se trataba de un parásito muy común y le trataban con antimonio, pero los síntomas, lejos de remitir, aumentaban en intensidad, desde la aparición de sangre en la orina, la irritación permanente del miembro, dolor lumbar y cólicos frecuentes. Los médicos diagnosticaban el debilitamiento continuo de los riñones y el corazón.

Esperó pacientemente. Aunque el hecho de saber que pronto iba a librarse de él hacía que cada día fuese más largo que el anterior, y apenas aguantaba el asco que le causaba su cara de viejo babeante sobre la suya cuando podía tener el cuerpo joven que deseara.

Hasta el día que el médico le dijo que su corazón no aguantaría un sobresalto más. Ese día dio gracias a la diosa, a todos los dioses, con cuantos de sus iconos sexuales tenía, en la más larga sesión de ofrenda a los dioses y acción de gracias de su vida.

Aún esperó unos días para que se debilitara un poco más. Ella misma preparó un afrodisíaco e hizo que ambos lo tomaran. Padre e hijo.

El resto fue fácil. Sólo tuvo que retener a Keops dentro de ella en el instante en que su padre les vio, aumentar el placer de él hasta que fuera imposible que los remordimientos pudieran con su potente influjo sexual. Ella misma tuvo el mejor orgasmo de su vida mientras su marido moría.

Tanto le daba que hubiese sobrevivido. Estaba débil y quebradizo como un papiro seco. Había influido lo suficiente ya en el joven príncipe para alimentar su codicia a la vez que su placer. Hubiera encontrado la manera de que asesinara al santurrón Kanefer, al que no pudo seducir. Tanto a él como al constructor. Los quería muertos, tanto por que no interesaban a sus planes como por resistirse a sus encantos.

Así que, cada vez que abría la caja y notaba el suave tacto de la madera oscura, recordaba al único hombre que de verdad la había hecho gozar plenamente: Kemet. El capitán del perro de Gul, al que también conseguiría hacer matar.

Por desgracia, había hecho un uso más común que de costumbre de la caja, puesto que su nuevo marido, el joven faraón, ya no requería de su placer.

Esa puta de su hermana le había apartado de ella, poniendo en peligro sus planes. Para empeorar las cosas, la muy zorra se había quedado preñada a la primera, cuando ella lo intentaba con todos los remedios que pedía al nuevo jefe médico. Se había cansado de aguantar los requerimientos del anterior. No se podía negar que Memu, aunque estúpido, era muy eficaz. Asesinó al viejo médico sin mover ni una ceja.

Tenía que tener cuidado. Si Keops llegaba a lograr la divinidad, sería una ironía digna de Seth que la que reinara junto a él como diosa fuera su hermana en lugar de ella, que era su verdadera reina y la que le había puesto en el trono.

No podía dejar de felicitarse. La red de informadores entre los servidores de Palacio, que tanto le costaba entre regalos, chantajes y favores sexuales, funcionaba de maravilla.

Un enano le contó que había una actividad inusual entre los soldados nubios, y que la cámara de la princesa era custodiada con especial celo.

No le costó mucho atar cabos. Confirmó las informaciones y se presentó ante su marido

—Mi señor, voy a hacerte un regalo que hará que vuelvas a quererme como antes.

—No tengo tiempo para regalos.

—Este te gustará. Se trata de tu gran esposa real.

Como había previsto, se detuvo de inmediato.

—¿Qué sabes tú de mi esposa?

—Tu amado Gul quiere sacarla de Palacio.

—No te creo.

—A través de un túnel excavado por los nubios en tiempos de tu padre.

—Muéstramelo.

El resto había sido fácil. Aprovecharía para librarse de su rival.

Hizo investigar a los soldados hasta encontrar a uno ahogado por deudas de juego y licor, con familia y cargas. No fue muy difícil atraerlo a su lecho como una mariposilla nocturna a una lámpara. Le prometió que su sacrificio haría rica a su familia y que obraba en beneficio de Ra, matando a la traidora que pretendía escapar de los brazos de su propio marido junto con el demonio nubio. El acto le redimiría ante Osiris y haría que su corazón fuera tan liviano como el mejor de sus linos.

Miró su cuerpo ante el inmenso espejo, uno de los costosos regalos que había recibido tiempo atrás. El espejo más grande que cualquier mujer haya tenido nunca. Bruñido durante meses sin parar por los esclavos más fuertes para reproducir tan fielmente su imagen que incluso se excitaba mirándose.

Estaba satisfecha. Ella misma se había maquillado, vestido y aplicado los aceites que hacían que sus vestidos nuevos se ciñeran a su cuerpo. Se puso su mejor peluca, que Keops nunca había visto antes, y se aplicó una pasta en el sexo para favorecer la fertilidad. Nada debía fallar. Sabía que todo había salido según su conveniencia. Así lo habían confirmado sus informadores.

Se sintió segura de sí misma. Aún era joven y bella. Le quedaban los mejores años aún, y se sabía la persona más inteligente de Palacio.

Salió de su cámara sin mirar a los guardias enclenques que su marido le había puesto recientemente. Decía que eran buenos soldados, aunque ella prefería a los musculosos nubios que tanto impresionaban con su brillante piel oscura. No se quitaba de la cabeza a Kemet. Cuando confirmara su poder, haría que lo buscasen hasta en los más lejanos confines de las dos tierras.

Se dirigió a la cámara de su marido, que le recibió con frialdad, sin saludarle salvo con un gesto.

—Mi señor.

—No te he mandado llamar.

—Hace mucho que no vienes a verme.

—¿No te basta con tus juguetes?

—Sabes que no. Quiero a mi joven rey, que tanto me hace gozar.

Keops sonrió. Ella se creció y se acercó a él, poniendo su mano sobre el faldellín. Pero la respuesta no fue la esperada. La retiró con asco.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres yacer con tu esposa?

—No. Ya te avisaré.

—Sabes que intento darte un hijo. Creo que es el mejor momento...

—¡He dicho que te vayas!

Sintió la rabia dominar su alma como una tormenta de arena.

—¿Es por culpa de esa zorra hermana tuya?

—Estás hablando de mi esposa. Cuida tu lenguaje.

Se alarmó inmediatamente. No parecía preocupado. Había esperado encontrarle destrozado por la muerte de su esposa, convenientemente vulnerable. Y hablaba como si no hubiera muerto.

No se contuvo más. Le abofeteó.

—¡Tienes mala memoria! No recuerdas que eres lo que eres gracias a mí.

Keops se limpió una gota de sangre de sus labios, aunque torció el gesto cuando sintió el escozor al sonreír.

—¿No crees en el destino? Voy a ser un dios. Es la voluntad de los dioses y la mía. No has tenido nada que ver en eso.

—¡Si no fuera por mí aún estarías arrastrándote entre las putas que los nobles se dignaran prestarte!

El faraón se encogió de hombros.

—Entre ellas y tú... ¿qué diferencia hay?

Ella sintió que el fuego llenaba su cara, pero se contuvo. Aún tenía una baza que jugar.

—¿Te sientes enfermo?

Logró captar su atención. Sabía de su horror a la enfermedad. Los informes del viejo médico eran exhaustivos.

—¿Y eso?

—¿No te das cuenta? Tu hermana estaba enferma. El constructor debió pasar alguna enfermedad o maleficio a su sexo. Gracias a Maat ya no volverá a contaminarte con su...

Las carcajadas del rey frenaron la frase.

—¿De qué te ríes?

—La enferma eres tú. Tú transmitiste la enfermedad a mi padre. Y a mí. Me costó mucho curarme.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién intenta alejarme de ti? ¿La zorra?

—¿Te crees que eres la única que tiene informadores? Sólo hay que seguir el rastro de cortesanos y sirvientes a los que has contagiado. Me das asco. No mereces ni nombrar a mi esposa, a la que, por cierto, he salvado de tu plan.

Meritfes perdió los nervios. Se echó sobre él, clavándole sus largas uñas en el rostro y pecho. Keops se la quitó de encima de un empujón.

—¡Memu!

El soldado apareció. Llevaba un faldellín hinchado y sus ojos brillaban.

—¿Aún la deseas?

—Sí, mi señor.

—Pues es tuya.

Meritfetes rió con la risa de los locos. Una carcajada franca y grave que estremeció la cámara real. Escupió las palabras con furia mientras reía.

—¡Nunca sabrás si el hijo que espera la zorra es tuyo o del constructor!

Keops se detuvo de inmediato.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. Tendré que hacerle más hijos.

Y se fue, dejándola sola con aquel animal, que se acercó lentamente, como sopesando que no ocultara ningún arma. Se arrepintió de no haberlo hecho. En su querida caja guardaba un pequeño puñal de empuñadura de colmillo de elefante, tan afilado que cortaría hasta la felonía de su marido.

Memu se acercó lentamente, mientras se desataba el faldellín.

—¿No lo has oído? Estoy enferma. Te contagiare la enfermedad.

—Me da igual. He yacido con putas mucho peores que tú.

Sus ojos brillantes, carentes de inteligencia pero fríos como el espejo de su cámara, la recorrieron con avidez tras arrancarle el ajustado vestido. Apenas tuvo que hacer fuerza para rasgar la fina tela.

La reina sintió miedo. Un miedo profundo, irracional, un instinto animal.

Aquella bestia la iba a matar.

No se resistió. Sabía que no serviría de nada. Simplemente se dejó caer e imaginó a su querido Kemet, intentando que fuera su rostro el que viera cuando el bruto la poseyera.

Funcionó durante los primeros envites, pero a medida que fue empujando con más y más fuerza, y el dolor fue creciendo, su cara desapareció. Intento zafarse sin éxito, viendo que se excitaba con su rebeldía, así que dejó caer sus brazos lacios a los lados del cuerpo y le dejó hacer, mientras pensaba en su caja, contando cada uno de los cajoncitos y lo que había dentro.

En un pequeño cajón oculto en un doble fondo había conservado un pequeño recuerdo de cada uno de sus amantes. Recordó su numeroso contenido.

El cabello negro y rizado de Kemet.

El amuleto de la pluma de Maat de Hemiunu.

Una de las piedras de cobre que el médico usaba para purificar el agua que bebía el faraón.

Un trozo de la red que le había servido para cautivar al viejo.

La pequeña hoja afilada del jefe del harén de Snefru.

El pedazo de tela de la capa encarnada del jefe de los mayordomos enanos de Palacio.

Un pedazo de vela del sumo sacerdote Aj.

Un trozo de papiro del supuesto legado de Imhotep, de Keops...

Año 2.605 a.C.

Harati partió, y reuní a los oscuros.

—Quiero embalsamar el cadáver de mi amigo, el faraón Snefru. Sé que es vuestra labor y no me inmiscuiré en vuestras leyes. Quiero que me aceptéis como uno más, porque aparte de con vosotros no creo que vuelva a hablar con nadie fuera de estos muros. No deseo más vida que ésta y, si puedo, volveré de nuevo aquí, pues poco más tengo en cualquier vida.

Se adelantó un anciano.

—Te ayudaremos.

—¿Tú eres el que dicen sacerdote?

—Soy un sacerdote. Y merezco más respeto.

—No me hagas reír. ¿Qué has hecho para estar aquí? ¿«Respeto»? Tal vez mereces ser ahogado, lapidado o apaleado, pero respeto...

Escupí las palabras con ira. Estaba harto de dar falso respeto. Si había de ser la máxima autoridad, lo sería con todas las de la ley.

—El sacerdote merece respeto. —Se adelantó uno de los oscuros. Jamás le había visto, pero en su mano brillaba un puñal—. El que manda aquí es el sacerdote. ¿Estás de acuerdo?

Sentí miedo. Los ojos de aquel hombre no mentían. Me rajaría. Y lo haría con la misma indiferencia con que se pela una fruta.

—Lo estoy.

Tuve que tragarme el orgullo y aceptar que era el sacerdote el que gobernaba allí, aunque él no se hacía llamar jefe de nadie.

Comenzamos el proceso de embalsamamiento:

En primer lugar, el cuerpo fue lavado con agua. El sacerdote llevaba a cabo distintas ceremonias en cada ocasión y ante cada comienzo y final de proceso, lo que resultaba exasperante, a pesar de que no retrasaba demasiado los trabajos.

Días más tarde, tuvo lugar el proceso que más me repugnó: abrieron conductos con unos ganchos que introdujeron por las vías nasales de mi amigo, agitándolos hasta remover y licuar la masa encefálica, que se vertió por ellos. Lavaron la cavidad con agua y natrón, la secaron y vertieron por los conductos resina caliente mezclada con aceites esenciales olorosos. Tuve que salir a vomitar varias veces entre la mirada reprobatoria de los hombres.

Lo siguiente no resultó menos desagradable. Se abrió una incisión en el lado izquierdo del abdomen, se sacaron las vísceras y se secaron con natrón. Luego su destino serían unos bellísimos vasos de alabastro blanco. Amset, en forma de cabeza humana, velaba por el hígado; Hapi, representado por la cabeza de un cinocéfalo, por los pulmones; Duamutef, en forma de cabeza de perro, protegía el estómago, y Quebesenuf, con cabeza de halcón, el intestino. Los vasos representaban a cada uno de los hijos de Horus u Osiris, los cuales representan a su vez los puntos cardinales. Llevaban la forma del animal al que se asociaba la divinidad en las tapaderas de cada vaso.

Se limpió la cavidad intestinal con agua para arrastrar la inmundicia, luego se secó cuidadosamente.

Se sumergió el cadáver en natrón durante setenta días para que el cuerpo y los tejidos secaran bien. Este, era el número de días establecido como límite, los mismos que el sol tapaba a la estrella Sothis¹ entre el ocaso y el orto elíaco.

Se le aplicaron aceite de palma y capas sucesivas de resina caliente y aceites, rellenando finalmente la cavidad abdominal con vendas para que no cediese cuando se pusiera la máscara sobre el rostro y pecho.

Una vez momificado el cuerpo, se procedió a vendarlo cuidadosa y artísticamente, introduciendo símbolos, joyas y pequeños objetos rituales entre cada capa. Después, se vertía resina caliente y aceites olorosos por encima. Luego se volvía a vendar. Una y otra vez, hasta colocarlo en su sarcófago.

El sacerdote velaba por que se leyeran las fórmulas correctas y se realizaran los rituales apropiadamente. Se cerraban las incisiones con placas de oro, que se decía era la carne de los dioses, decoradas con el ojo udjat, signo de integridad. Entre las capas de lino, en el proceso de envoltura, se colocaban diversos amuletos, entre ellos el amuleto rojo con forma de corazón que ayudaría al difunto a pasar el juicio en el Más Allá; el nudo de Isis con forma de Anj, que representa la vida y el ojo Udjat; el escarabajo, símbolo de la creación.

Tomé nota de todo escrupulosamente. Una vez en la tumba, se sacaría el cuerpo ya embalsamado del sarcófago y se procedería al último de los ritos: la Apertura de la Boca, que le devolvía al difunto la facultad de hablar, ver, escuchar y degustar.

Un sacerdote embalsamador sostendría la momia de pie, mientras un sacerdote novicio, o en su caso el primogénito del difunto, quemaría incienso y, con la ayuda de instrumentos, procederían al mágico ritual. Al mismo tiempo,

¹ Sirio

el sacerdote lector pronunciaría las fórmulas mágicas escritas sobre un rollo de papiro.

Se reanimaría al difunto en el curso de una larga ceremonia que podría durar varios días, según el rango al que perteneciera, ceremonia que también se practicaba con las estatuas y las pinturas que iban a acompañar al difunto en el panteón.

La familia procedería entonces a despedirse del fallecido y la momia volvería a ser colocada en su sarcófago.

En el templo de eternidad se celebraría un banquete, en donde se consumían, entre otros muchos alimentos magníficamente cocinados, bueyes asados sacrificados ritualmente.

Las exigencias de los muertos no se reducían a la ejecución de estos ritos fúnebres. Tenían la necesidad de alimentarse, y numerosas ofrendas alimenticias, que se tendrían que acompañar de gestos rituales y de plegarias, serían obligación del hijo.

Confundiendo en los poderes de la magia, junto con la escritura y las imágenes también se representarían ofrendas en las paredes de las tumbas, y de este modo bastaría con que alguien pronunciara el nombre de las ofrendas para que el difunto pudiera saborearlas.

Al principio no deseaba hablar con nadie. El único amigo que me quedaba era Harati, y lo había alejado de mí.

Rehuía el contacto con todos porque no quería exponerme, pero también porque me asqueaban. No tenía nada en común con ellos. No era un criminal, ni un mago, ni conocía oscuros secretos que no quisiera compartir con nadie. No me conocían y yo no les conocía. No me hicieron preguntas y yo no las hacía. Esa era la ley. Sólo obedecía cuando me ordenaban, del mismo modo que me ayudaban o me obedecían cuando mis órdenes eran coherentes y útiles.

Compartíamos la misma comida. No había ningún contacto con el exterior, no había ni jefes ni aprendices, aunque yo era lo más parecido a uno.

Una noche, anotaba el procedimiento a la luz de una vela cuando algo me sobresaltó.

—No dijiste nada de anotar el proceso.

—Se lo prometí —dije señalando la cámara donde reposaba el rey.

El anciano me miró con suspicacia.

—¿Eres un escriba?

Tanto daba. Asentí.

—Pues escribe: la momificación está basada en la leyenda de Osiris: Seth, su hermano, como sabes, descuartizó su cuerpo y fue Isis quien reunió los trozos y recompuso el cuerpo, lo vendó y le devolvió el hálito de vida en la que se considera como primera Ceremonia de Apertura de la Boca. Las partes en

que se compone el ser individual son: Jat, Ib, Ka, Ba, Ju, Sejem, Sah, Ren y Jaibit. El Jat es el cuerpo. En el momento de la muerte es el espíritu, Ba, el que vuela hacia los dioses. El Ka es la forma intermedia o doble del cuerpo, relacionada por algunos con la sombra o Jaibit. El Ib es el corazón, sede de la mente, sentimientos, de la vida física en sí. El cuerpo, junto al corazón, debe permanecer incorrupto para que la individualidad de la persona no desaparezca. Ju es la inteligencia. Sah es el cuerpo espiritual. Ren es el nombre, sin el cual nada puede existir. Sejem es el poder que mantiene unidos todos los elementos que forman el conjunto. Así, la tumba pasa a ser el hogar del alma, siendo la pirámide la morada del cuerpo. Las estatuas del difunto están presentes por si el cuerpo desaparece. Las pinturas sirven para recordar los buenos momentos de la vida.

Apenas podía seguirle. De repente, me preguntó:

—¿Conocías a Snefru?

—Era su amigo. Tras su muerte caí en desgracia y perdí a mi familia y a la mujer que amo. Ya nada tiene sentido.

—La existencia aquí lo tiene.

Yo reí.

—Le debo la promesa. No encuentro placer en esto.

—Créeme: yo tampoco.

Me miró con sorna. Ambos reímos entre dientes.

—¿No deseas servir al faraón actual?

—Es un usurpador. Ni siquiera tiene la inteligencia necesaria para evitar ser manejado.

—Todos lo son.

—Snefru no. Seguía sus propias reglas.

—Estaba igual de manejado.

—¿Qué sabes tú?

Se encogió de hombros.

—Nada.

Se fue. Yo no pude ni moverme de la sorpresa. Su silencio me dio mucho que pensar, pues comunicaba sin hablar de modo tan evidente como el rugido de un león. Aquel no era un criminal anónimo. No quise forzarle. Tenía mucho tiempo.

Me convertí en su servidor. No me había dado cuenta, pero era muy, muy viejo, y estaba enfermo. Yo tenía conocimientos de medicina, y comencé a prepararle emplastos que cuidasen sus huesos y le arrancasen la humedad que le provocaba tanto dolor.

A cambio, él me informaba sobre el proceso de embalsamamiento. Participé con él en la ceremonia de secado de los órganos, que introdujimos en

los frascos que nos fueron traídos a tal efecto, bellamente decorados por los mejores artistas del reino.

Cuando terminábamos, yo continuaba atendiendo al viejo sacerdote. Lo era porque hacía una ceremonia de cada acto. Y lo era porque sentía cada uno de esos rituales y ofrendas.

Una noche, le pregunté:

—¿No habéis perdido la fe? No comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—A medida que vamos avanzando, mi humanidad se evapora, como el cuerpo de Snefru. Y vos continuáis representando las ceremonias como si aún creyeráis en ellas. Cuando terminemos, su cuerpo estará tan seco como mi alma.

—Lo que hacemos no es incompatible con la fe.

—Mira a tu alrededor. No veo un solo sacerdote. Todos han renegado de la vida para venir aquí. Estamos muertos.

—Yo soy un sacerdote. Y me encuentro muy vivo.

—Si no has renegado de tu fe, es que te han traído aquí contra tu voluntad.

—Tampoco es correcto.

—¿Me quieres decir que has venido al último rincón del mundo por voluntad propia y sin haber hecho nada de lo que debas arrepentirte?

—Encuentro nobleza aquí.

—Para encontrar aquí alguna virtud, tienes que haber lamentado vivir en el mundo exterior. Encontrarlo tan amargo que no desees sino esconderte de la luz.

—Tampoco es exactamente eso.

—No te entiendo. Si lo que haces aquí no es forzado, ni voluntario, y aceptas tu destino, es muy extraño. Además, parece saber lo que haces cuando estos ritos jamás se han llevado a cabo desde hace cien años...

La respuesta vino de pronto a mí.

Le miré asombrado. Me costó mucho digerir mi propia suposición. Todo parecía encajar y, aun así, no me lo creía; o me resistía a creerlo.

Mis manos temblaban. No podía ser cierto. Sería mezquinamente irónico, una broma pesada, que el portador del conocimiento se hiciera dolorosamente presente cuando el que lo merecía ya había dejado el mundo de los vivos y nunca disfrutaría de la conciencia de llegar a ser un dios.

Y yo estaba allí.

¿Era eso casualidad?

Tuve miedo de decirlo en voz alta, por mucho que debiera hacerlo. Una vez que hablara, si el sacerdote callaba, no habría ninguna oportunidad. Suspiré hondo y reuní el valor para liberar las palabras:

—Entonces fuiste enviado porque eras el único que podía transmitir el secreto de la inmortalidad.

Se levantó y se fue.

La suerte estaba echada, aunque de nuevo su silencio decía más de lo que callaba. Toda una vida. Miré el cadáver de mi viejo amigo. Toda una vida buscando la explicación, y ahora que la tenía, se me escapaba.

Era evidente que él era el portador del conocimiento. No había mejor lugar para esconderse. Y tampoco me parecía lógico que ahora quisiera compartir la información, cuando no la había entregado a nadie en toda su vida, pues no se hubiera mostrado tan misterioso y ambiguo en sus silencios si no quisiese algo de mí.

Pero tampoco iba a ganar nada lamentándome. Los que estaban allí huían de su pasado y la mayoría estaban de vuelta de la vida. Sólo querían tranquilidad tras haber perdido cualquier ambición. Aquel lugar era atemporal y yo mismo sentía que podría estar toda una vida en él, ahora que se me escapaba el futuro.

Recordé a Henutsen y lloré amargamente.

No me importó que me vieran. Nadie me prestaría atención. Cuerpos anónimos pasaban a mi lado, y sin embargo estaba más solo de lo que jamás había estado. Nadie me hablaría. Lloré tanto que mis lágrimas cayeron sobre el suelo seco de tierra apisonada de la estancia, cuyo centro ocupaba como una estatua de palacio, a la que todos ven pero en cuya presencia nadie repara.

Horas más tarde, le ayude a desvestirse y le masajé la vieja y nudosa espalda. Le cambié los apósitos y le ayudé a acostarse.

Al día siguiente, o tras unas horas, ya que no veíamos el sol y la percepción era aquella que nos dictaba nuestra mente, continuamos preparando el cuerpo de Snefru, entre aceites, natrón y vendas, una y otra vez.

Me dictaba las órdenes y yo las cumplía.

Así pasaron los días. Tantos que perdí la cuenta.

HENUTSEN

Año 2.604 a.C.

Los días se hicieron eternos. Una sucesión de horas tumbada en su magnífico lecho, con la barriga hinchada, notando los movimientos y patadas del ser que crecía en su interior.

No tenía un especial sentimiento maternal, sólo quería morir.

Sin embargo, la leve posibilidad de que el hijo fuera de Mehi le hacía mantenerse viva y comer con puntualidad las raciones que le traían.

Al principio había encontrado consuelo en la compañía de los guardias nubios, sobre todo cuando el buen Gul prometió ayudarla. Si tan bien había servido a su padre, la sacaría de Palacio.

Eso le hizo cobrar la vida. Se levantaba de la cama y se esforzaba por mantener las fuerzas que le harían falta para escapar.

Pero todo había fallado.

Gracias a la dulce Isis, se había desmayado y no había presenciado la muerte de Gul. Sólo Ra sabía lo que hubiera hecho si lo hubiese visto.

Y había vuelto al estado de postración. Ni siquiera encontró las fuerzas para rajarse la garganta con cualquier instrumento. Por el niño. Por Mehi.

Pero cuando tuviera a su hijo, todo sería distinto. Conocía a su hermano. No quería placer de ella que no obtuviese de Meritfetes o sus concubinas. Era sólo el hecho de tener un hijo, y aplastar a Mehi para que le hiciera su pirámide, que los dioses maldigan. Se haría matar tan pronto tuviera aquel niño y leyera en sus ojos de quién era.

Curiosamente, la persona en la que quiso confiar para que estuviera a su lado en el parto era la vieja que le había hecho la vida imposible cuando era novicia. No encontraba una mujer que le tuviera cierto afecto, aparte de la motivación económica, por supuesto. Y se acordó de la sacerdotisa de Isis, a la que hizo llamar y pagar en abundancia.

Se comportó como una vieja tía. Cariñosa y servicial, pero dura y sincera.

—No estás aquí para servirme. Quiero que me atiendas en el parto y que controles que nadie más se acerca a mí. Temo por mi vida y por nada del mundo dejaré que me toque un médico de palacio.

Ella lo entendió. La reputación de Meritfetes no era vana, y ella mejor que nadie conocía su relación con Mehi. No había que explicarle más detalles.

Kauab vino al mundo entre terribles dolores. Henutsen no quiso tomar la flor de adormidera, ni azahar, ni melisa, valeriana o cualquier otro relajante que pudiese ser adulterado. Sólo agua caliente y mucha paciencia. Merecía pasar ese dolor, cuando otros habían dado la vida entera por ella. Si moría en el parto, lo que era común, abrazaría la muerte con cariño, como una vieja amiga. Era otra de las razones por las que no quería la atención de un buen médico que supiera controlar una hemorragia.

Al fin salió, medio cruzado como estaba. A punto estuvo la pérdida de sangre de llevar a cabo el trabajo que hubiera hecho antes el veneno y casi lamentó no haber dejado pasar a los médicos, por mucho que Keops la amenazara de muerte si su hijo moría.

Había rezado para que fuese una niña y resultase inútil a su hermano. Tal vez una niña la mantuviese con vida. Se había sentido mezquina por aferrarse a la vida de aquel modo tan sucio.

Pero fue un niño. Exactamente como los médicos habían previsto.

Pidió verlo enseguida, mientras la vieja cortaba el cordón umbilical. Pero por más que lo examinó, no encontró señales de un parecido concreto con Mehi o Keops.

Lloró desconsolada, aunque sabía que era mejor así. Sería criado como un rey. Si Keops le hubiera encontrado parecido con el constructor, probablemente los hubiera matado a ambos.

Y sin embargo lloraba sin saber por qué. Tal vez deseaba que todo fuera así. Quería morir.

La vieja salió y entró un médico, que ni la miró. Se llevó a Kauab de entre sus brazos.

Sintió como si le arrancaran el alma. Los sollozos no la dejaban ni ver. Casi ni notó que la lavaban y aplicaban remedios para curarla: aceites en su piel, aloe vera en las estrías de su barriga... Tampoco percibió que cambiaban su lecho, ni que la envolvían en túnicas de lino.

Soñó con Mehi. Se reencontraba con él en una barca.

Todo le parecía familiar... Hasta que recordó cuando vio las primeras luces en el río. La fiesta de las lámparas de Osiris.

Miró su rostro arrebolado. Observó sus ojos del color de la miel, que eran como lámparas de una suave luz que podría guiarle entre la oscuridad más completa. Las lágrimas llenaron su rostro, y él las besó con ternura. Sintió la

caricia de su barba suave. Recordó que cuando tuvo lugar aquella escena apenas era un muchacho, y sonrió ante la confianza del joven que cree tener fuerzas sobradas para luchar contra el mundo. Había pasado tanto tiempo...

Sabía que se trataba de una imagen pasada que conservaba en su memoria, pero aún y así, la paladeó como el manjar más sabroso.

Una sensación extraña se adueñó de ella. Un leve mareo, un súbito calor en la cabeza. Sintió que se movía, y a la vez veía su cuerpo quieto, abrazado al de Mehi.

Se sintió libre, y vio su cuerpo desde al aire. Comprendió. Era su alma, que se había separado de su cuerpo. Por eso había vuelto a recrear aquel momento, pero había abandonado el cuerpo de antaño y volvía a estar sola.

La tristeza la dominó a medida que se alejaba de la escena de los dos amantes compartiendo el calor de los cuerpos mientras admiraban las lucernas moverse al ritmo que el río marcaba.

Comprendió que jamás volvería a verle. Acaso el sueño fuera un regalo de Isis, un recordatorio, un premio a su sufrimiento, quizás un episodio de locura; tal vez estuviera delirando por la falta de sangre tras el parto.

A lo mejor estaba muriendo y veía la vida pasar, como algunos decían, justo antes de ver a Osiris.

Pero despertó.

Y a su lado estaba su hermano Kanefer.

No pudo reprimir las lágrimas. Él intentó abrazarla, pero ella no se lo permitió. Se sentía sucia, contaminada, indigna, enferma. Lloró en silencio con los ojos cerrados, deseando que cuando los abriera él no estuviera allí.

—Hen... —No obtuvo respuesta, así que comenzó de nuevo instantes después—. Hen, debes vivir. No importa las pruebas que tengas que pasar. No importa el destino que te sea entregado. Ni mucho menos importa que tengas que soportar a Keops, ni criar a sus hijos. Recuerda que Isis te vela y te quiere. Soporta tu pena como tú misma... Como ella misma soportó la pena de ver a su marido descuartizado. Dime, ¿qué sería más doloroso para ti: pasar por todo lo que estás pasando, o bien contemplar cómo tu amado sufre una prueba similar?

Henutsen abrió los ojos.

—Se lo han llevado. La única razón que tenía de vivir se la han llevado.

—Tienen miedo de que cometas una locura. Pero te lo entregarán de nuevo. Necesita una madre, y Keops no permitirá que sea otra quien lo críe. Pero no me has respondido.

Un llanto violento la poseyó. Kanefer se acercó y la abrazó con cariño, acariciando su cara hasta que las convulsiones cesaron.

—Comprendo lo que sientes, pero dime que no prefieres ser tú la que pasas por esto en vez de que lo sufriera Mehi. Te conozco. Sé lo que piensas. Te quiero.

—¿Igual que quieres a tu otro hermano?

—Keops es una alimaña. Si me hubiera puesto en su camino, estaría muerto. Ninguno de los dos hemos tenido elección. Él sucumbirá, presa de su ambición y de su sueño imposible. Y aunque llegue a vivir cincuenta años más, jamás será feliz. En cambio, nosotros somos inmunes a la enfermedad que le aqueja, y podremos soportar la existencia a su lado sin sufrir de su mal. Eso nos da una posibilidad de ser felices como padre lo fue en su último año.

—Yo nunca seré feliz.

—Sí lo serás. Porque sabes que alguien te ama y piensa en ti cada segundo. Y mientras exista la posibilidad de que puedas volver a reunirse con él, aguantarás tu existencia sin pensar en quitarte la vida.

—¿Por qué?

—Porque él lo está pasando peor que tú. Ponte en su lugar.

Henutsen comprendió. Si la intensidad de su amor era la misma, no cabía duda. Prefería pasar por eso cien veces a que fuera él quien lo sufriera. Y él moriría de pena cada vez que pensara en ella.

—¿No puedes ayudarme?

—No por ahora. Keops tiene controlado a Mehi. Si hiciéramos algo, él moriría.

—Pero necesita su pirámide.

—También a ti. Y sabe que estáis unidos. Si uno de los dos fallara, mataría al otro por puro orgullo, sin pensar que perdería la divinidad.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—¡Hen! Padre descubrió la felicidad el último año de su vida. Dime: ¿crees que valió la pena?

Tardó mucho en responder. Recordó el breve tiempo que compartió con él. Su alegría en la fiesta del jubileo. Los paseos juntos, las confidencias, las caricias, las risas...

—Sí. Valió la pena.

—Entonces, aguanta. Y cuando Keops venga a verte, piensa en Mehi. Y en Isis, que vela por ti. Por vosotros. Yo estaré alerta, esperando el momento. Y llegará. Te lo prometo.

MEHI

Año 2.604 a.C.

Las conversaciones aumentaron —yo no sacaba el tema del secreto de la divinidad—, y charlábamos como un profesor y su alumno más aventajado. Le encantaba hablar de matemáticas y astronomía con alguien de cultura. Una noche, le tenté.

—Salgamos a ver las estrellas.

Me siguió alegre. Lo envolví en una manta y le llevé en brazos. Sabía que a su enfermedad le iría bien el aire fresco y seco de la noche. Pesaba menos que Hen. Su recuerdo me dolió hasta lo más hondo, y el anciano, que se hacía llamar Huni, se dio cuenta.

—Tal vez peso demasiado.

—Sois ligero como la pluma de Maat.

—Es mi corazón el que pesa.

Sonrió. Le había gustado la metáfora. Yo le miré, sorprendido.

—Yo creo que es al revés. No sé por qué, pues no os conozco, pero mi corazón me lo dice así.

—Tanto da ya. Los dos tenemos secretos que pesarán en la balanza, por poco que pesen nuestros huesos. Cuéntame tu historia.

—Hemos venido a ver las estrellas —gruñí yo—. ¿O es que os volvéis locuaz cuando no habláis de vos mismo?

Suspiró.

—Mi locuacidad te pondría en peligro. La tuya consolaría a un viejo de sus pesares.

Le miré, confundido.

«Al diablo. Tanto da. No me lo va a contar...»

—Estoy aquí por algo más que el embalsamamiento de mi amigo. Antes no lo sabía, pero ahora que os conozco lo sé demasiado bien.

—¿Y por qué te crees digno de tal secreto cuando varios faraones no lo han sido?

Me encogí de hombros. Por lo menos se ponían las piezas sobre el tablero.

—No lo soy. No tengo nada especial. Y cada día soy más escéptico. No sé si creo en algo. Y vos, ¿creéis en algo?

—Creo en Ra.

—¿Y entonces por qué negáis su esencia a nadie? ¿No debería conocerse?

—No lo entenderías.

Volví a encogerme de hombros.

—Es probable que no. Ya os dije que no soy nadie especial.

Estuvimos largo rato mirando las estrellas sin hablar. Al fin, el viejo habló con voz ronca.

—Me hago viejo.

Yo le miré con cara de burla. El sonrió.

—Quiero decir que mi secreto debería extinguirse conmigo.

Sonreí. No iba a insistir. No podía triunfar donde Snefru había fracasado. Pero al menos sabría de mi amigo.

—Habladme de vuestra relación con vuestro medio hermano.

—¿Por qué crees conocerme?

—Hagamos un trato: ninguno de los dos insultará la inteligencia del otro, ¿de acuerdo? Simplemente, si no queréis hablar de algo, decidlo, y yo haré lo mismo.

Asintió, sonriente.

—Me crié con él. Era mi hermano, aunque sólo fuera por parte de padre. Y le quería. Pero teníamos destinos distintos. Él como juez y yo como sacerdote.

—¿Y cómo llegó el secreto a vos?

—A través de un viejo maestro. La diferencia es que entonces no se conocía la existencia de la posibilidad de alcanzar la inmortalidad... Y yo la divulgué. ¡Estúpido de mí!

—¡No me lo puedo creer!

—Así es. Yo era muy joven. Mi devoción era real, como mi humildad. Así que pensé que haría un bien al dios dando a conocer un secreto que ya llevaba bastante tiempo oculto.

—Y desatasteis la tormenta.

—Sí. Debería haberme callado. Snefru sería un dios hoy.

—Tal vez no. Sin el secreto y la negociación por su causa no hubiera llegado a reinar.

—Hubiera reinado de todos modos. Era ideal para el reino. Y lo ha demostrado.

—Como Kanefer.

—Sí. Qué pena.

—¿No podríais haber influido en la reparación de esa injusticia? Tal vez podríais haberos descubierto y decir que todo era una tontería, una estrategia de negociación inexistente. Un farol. Eso hubiera hecho fuerte a Kanefer.

—Keops me hubiese hecho matar. Y estoy viejo ya. Han de ser otros los que luchen.

—Ya. Como yo, que no soy ni príncipe, ni noble ni sacerdote.

El anciano rió con sorna.

—Tampoco yo escogí mi destino. Pero tú sí. Snefru te dio a elegir.

—Es cierto.

Yo continúe mirando las estrellas sin volver la cara. Pero recordé algo que me picó la curiosidad.

—Hay algo que tal vez podáis decirme: ¿por qué enviasteis una pista falsa?

—¿El arcón? —Yo seguí mirando al cielo. Responderle hubiera sido un insulto a nuestra inteligencia—. Necesitaba un señuelo. De lo contrario no me hubiera resultado fácil escapar. Les dije que conocía el secreto. No les conté el secreto en sí. Era joven, pero no tan imbécil. Me hice pasar por el mismo faraón.

—Y éste era el único lugar para escapar.

—No creas. Pasé por muchos, pero siempre me seguían la pista. El faraón, los nobles o los sacerdotes. Busqué a alguien al que pudiera confiarme, alguien que reuniera los requisitos... Pero me hago viejo y no lo encuentro.

—¿Y los requisitos?

—Es fácil. Sólo hay que responder a una pregunta.

Me levanté del suelo. Dejé de mirar las estrellas. Aquello me había sorprendido cuando no pensaba que ya nada pudiese hacerlo.

—¿Una pregunta? Después de todo... de vidas perdidas, de generaciones de búsqueda... ¿Todos los requisitos se limitan a una pregunta?

El anciano rió con picardía.

—Antes era distinto, pero lo creas o no, a día de hoy es así.

—No lo creo.

—¿No? ¿Quieres conocer la pregunta?

Me fui corriendo. No estaba preparado.

Año 2.604 a.C.

La muerte de su amigo le había sumido en un estado de tristeza tal que no deseó volver a estar inmerso en tensiones mundanas.

Estaba enfermo y lo sabía. Su cuerpo débil no aguantó las exigencias sobrehumanas de sus experimentos, y sin embargo, como si fueran una droga, cada vez necesitaba más y más de ellos. Quería llegar cada vez más lejos, sin pensar que cada nueva incursión tenía un coste.

Neferti se había ido hacía ya años, pues no quería llegar a exponerse de la manera que él lo hacía. Siempre fue un comerciante, un engañador de nobles. Les procuraba un espectáculo, les daba lo que ellos querían ver y luego huía con el dinero para no arriesgarse a provocar la ira de su cliente. Por otro lado, el alumno pronto había llegado a superar al maestro, ya que éste no se atrevía a traspasar lo que él llamaba «los límites». ¡Qué ridículo! ¿Dónde estaban los límites? Sin duda, en tu cuerpo y en tu alma, y en la gravedad de la causa por la que lucharas, pero para nada en la profundidad de la investigación.

Si aceptabas correr con los riesgos, era fácil llegar donde nadie más había llegado.

Pero el final de su investigación había llegado. Por dos razones. Una, porque el faraón que merecía la divinidad había muerto, y la segunda... porque se lo había ordenado así el mismísimo Imhotep.

Justo antes de la muerte del rey, cuyo estado físico conocía, cuando se hacía más acuciante la necesidad de llegar al fondo de cualquier abismo con tal de obtener una respuesta, invocó al sabio, exponiendo su vida y su alma mismas, sin importarle el camino de retorno.

Y tuvo éxito.

Aunque deseó no haber llegado tan lejos, pues le resultó tan aterrador que su alma quedó dañada para siempre y su cuerpo perdió la poca vida que le quedaba, apenas un débil soplo, como un viejo que espera la muerte.

Cambió su residencia a una pequeña mansión que él mismo cuidaba. Contrató a una cocinera y a una limpiadora que le atendían unas horas al día, y a las que pagaba con las pequeñas rentas que le quedaron tras gastar la mayor parte de su fortuna en su oscura aventura.

Desde entonces se había dedicado a la vida tranquila y contemplativa del anciano anónimo que era, y a dejar que sus visiones le llegasen, intentando sobrevivir cada vez.

No podía evitarlas.

Así recibió al bruto.

Oyó que entraba intentando no hacer ruido.

—Pasa, Memu. Has tardado mucho. Tal vez te estás haciendo viejo, como yo.

El soldado entró, espada en mano. Le miró durante un buen rato, asombrado.

—¿Uni?

—Sí.

—¡Por Osiris! ¿Qué te ha ocurrido?

—La misma investigación que has seguido tú. Veo que a ti te ha sentado algo mejor.

—No puedes ser tú.

—No puedes imaginar lo que he pasado.

—Keops dice que has experimentado con la magia oscura.

—Así es. Pero no tengas tanto miedo, que no empleo ponzoñas ni conjuros. Tan sólo invoco a los muertos.

—¿Tan sólo?

El viejo escriba se levantó, buscando una jarra oculta en un estante.

—Pero no estés tan tenso, que te va a dar un ataque. No voy a hacerte daño. Creo que te gustaba el buen licor. Te he guardado una jarra desde hace mucho tiempo. Te gustará.

—¿Sabías que venía?

—¡Claro!

—¿Y a lo...?

—A matarme. Lo sé. Pero lo que vas a matar ya lleva tiempo muerto. Lo que soy es una mera sombra. No hubiera durado mucho más tiempo, así que agradezco tu puntualidad. Me ahorrarás la indignidad de quitarme la vida cuando los dolores sean insoportables. Además, Harati me busca también para protegerme de ti, pero ya estoy cansado y he llegado al fin de mi investigación, por lo que prefiero reunirme con mi esposa ya antes que alargar una vida de sufrimiento, así que me alegro de que hayas llegado.

Memu miró la jarra con asco. Uni rió tanto que casi ahorró el trabajo al gigante.

—No lo pruebes si no quieres, pero es bueno. Te repito que no es más que licor. Hace un tiempo sí te hubiese matado en cuanto hubieras entrado por esa puerta. Ni un ejército te hubiera salvado. Pero hoy, ya nada tiene sentido.

Memu finalmente bebió, ante la mirada sonriente del escriba. Paladeó el licor con gusto.

—Es muy bueno. Gracias.

—De nada.

—Dicen que ves visiones, que eres un mago.

—Es cierto.

—No lo creo.

—No deberías subestimar a los escribas porque parecen menos musculosos que tú.

—Respóndeme a una pregunta: ¿has tenido éxito en tu investigación?

—Sí.

El soldado se levantó de un salto.

—¿Tienes el secreto?

—No. Son dos preguntas distintas. Mi investigación buscaba contactar con el sabio Imhotep. Y lo conseguí. Aunque ya ves a qué precio.

—¿Y qué os dijo?

—Que ningún humano merece ser un dios.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto.

—¿Y dices que puedes ver el futuro?

—Sólo lo que me es revelado. No escojo lo que veo.

—Y me has visto dándote muerte. Hoy. Ahora.

—Sí.

—¿Y no te importa?

—Si tuviera algo de vida, me importaría, pero en mi estado, ya no. He muerto cien veces.

—Creía que éramos enemigos.

—Y lo somos. Nunca me pareció ético usar a una bestia como tú para ningún fin que no fuera la vanguardia en la batalla. Denigras a los escribas, a los soldados, a los jueces y a la misma Maat. Snefru te utilizó cuando aún pensaba que el fin justifica los medios. Cuando cambió de idea, ya fue tarde para él.

—Y para ti.

—Sí. Pero yo nunca dañé a nadie, salvo a mí mismo.

—No comprendo que no quieras defenderte. Intentar algo contra mí.

—Lo único que te pido es que seas rápido. Sírrete más vino.

Memu lo hizo, expectante. Parecía que iba a decirle algo importante. Tal vez una de sus visiones.

—Mi venganza llegará a ti. No lo dudes. No por mí, sino por aquellos a los que has hecho daño. Lo mereces.

—¿Cómo y cuándo?

Uni rió.

—Amigo mío. Eso forma parte de otra visión.

MEHI

Año 2.604 a.C.

—Ya podéis hacerme la pregunta. No creo que la responda, pero tampoco creo que pueda vivir con la curiosidad de no conocerla.

—Te haré la pregunta, pues. ¿Cuándo crees que un hombre es maduro y feliz?

—Lo pensaré.

No hablamos más aquel día, aunque no dormí las dos siguientes noches. Me planteaba dos cuestiones.

«¿Por qué un faraón no era digno de la esencia de Ra?»

«¿Y cuándo un hombre es maduro?»

Pensé mucho, aunque la respuesta a la primera pregunta la conocía por boca de Gul, con quien había hablado en mi casa. Él me había contado la escena entre Keops, Meritfeses, él y Memu, por la que Uni debía ser ocultado. La respuesta era fácil. Un rey que puede ser dios no será un buen rey. Querrá distanciarse de los humanos y sus necesidades y acercarse a los dioses y su arbitrio caprichoso. O sea, la locura, pues nadie conoce a un dios hasta que deja de existir.

Comprendí que no se trataba de una cuestión religiosa, sino política y social. Snefru había sido el mejor faraón de la historia de las dos tierras, y si conseguía el secreto para Keops no habría otro mejor, pues todos degenerarían. Sonreí ante la ironía. Casi haría un favor a mi amigo haciendo un dios a su hijo.

Y había sido el mejor faraón porque había sido hombre y no dios, por mucho que pretendiese cambiarlo.

Lo que me llevaba a la segunda pregunta.

«¿Había sido Snefru un hombre feliz?»

La respuesta era clara.

—No.

Entonces... ¿Cuándo es feliz un hombre que puede ser un dios?

Había dos respuestas correctas posibles:

«Evidentemente, si llegaba a serlo, o bien si abandonaba la pretensión»

Sin el secreto, jamás llegaría a conseguirlo, que era el caso de Snefru, lo que sólo me dejaba una opción.

«¿Hubiera sido capaz de abandonar por completo la búsqueda y centrarse en la búsqueda de felicidad humana en la poca vida que le quedaba?»

No lo creía.

¿Y eso tenía que ver con la felicidad?

Yo continuaba asistiendo a Rahotep. Aunque sólo le llamaba así en la más estricta intimidad, pues todos lo conocían por el nombre que él mismo había elegido para sí: Huni. El nombre de su padre.

Estaba enfermo y su vida se apagaba como una vela.

Una tarde le saqué a que le diera el sol.

—Si os diera la respuesta correcta... ¿Me daríais el secreto sin importaros si lo difundo o no?

Se encogió de hombros.

—Hasta ahora ha sido mi responsabilidad y mi decisión. Si me das esa respuesta, pasaría a ser tu carga. Podrías hacer con él lo que quisieras y yo sería libre para desprenderme del peso y aliviar mi corazón antes de presentarme ante Osiris. Y estoy ansioso. ¿La tienes?

—¿No teméis dar el secreto demasiado alegremente? ¿Quizás me lo habéis puesto fácil para libraros de la responsabilidad de la carga?

—No lo he puesto fácil. ¿La tienes?

Asentí, aunque no estaba contento. Las lágrimas acudieron a mis ojos.

—Sé que la tienes porque comprendes que no es un don, sino una responsabilidad.

Asentí de nuevo.

—Pero quiero oírtela decir.

Sonreí.

—Habíamos quedado que no insultaríamos la inteligencia del otro. Pero debe hacerse así. —Y continué—: La madurez de un hombre le llega cuando comprende que la felicidad implica la aceptación de la mortalidad. Cuando saborea un placer terrenal con la intensidad del que sabe que su fin tiene una fecha. En ese goce sereno y en esa felicidad triste y efímera está la madurez.

—Y un faraón-dios sería un mal hombre y un mal rey. Causaría la destrucción del país.

—Así es.

El viejo lloró. No lo supe hasta que me acerqué a él, pues no se movió un ápice. Sólo vi las lágrimas en sus ojos. Comprendí que eran de felicidad. No le estropecé el momento. Ya hablaría cuando quisiese. Esperamos hasta que la oscuridad se hizo y las estrellas y la luna nos iluminaron. Me tocó la cabeza. Supongo que pensó que me había quedado dormido.

Me señaló una estrella.

—Sah² —comenté.

—Sí. ¿Y su constelación? ¿Cuáles son las tres estrellas que más brillan?

Le señale las estrellas que la componían. Las fui citando.

—Zeta Orionis es la más brillante. Sobre ella, Epsilon Orionis y finalmente Delta Orionis.

—Sí. Antiguamente se conocía a Sah como una figura masculina que representa a Osiris sobre una barca, portando el símbolo Ankh en una mano y una vara en la otra. Sobre su cabeza hay tres grandes estrellas en fila, estando la más alta ligeramente desviada hacia la izquierda. Imhotep encontró esta representación antigua junto al saber de las viejas civilizaciones. Por eso el sabio construyó barcos rituales junto a la pirámide, que tú también levantarás en canales excavados junto a ella.

—Continúe.

—El reflejo de las estrellas de Sah en la tierra y la pirámide encima de él, correspondiente a la estrella más brillante, es la morada de eternidad del Ba.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que tres pirámides deben ser construidas en la misma posición que ocupan en el cielo las tres estrellas, pues allí es donde el alma del difunto residirá si es capaz de llegar.

—Eso me lo dijo Snefru. Las caras lisas de las pirámides son el rayo de sol de Ra que se eleva al cielo.

—Esto es muy importante. Ya sabes cuál ha de ser la orientación de la pirámide.

—Sí. El eje de la cara noble de la pirámide ya no debe seguir la dirección Norte-Sur, sino el recorrido del sol. Así, la cara noble debe mirar al amanecer.

—Correcto. Pues desde la cámara del rey y de la reina han de partir dos estrechos canales. Desde la cámara del rey, el canal Norte mirará hacia la estrella del Norte, Thuban, y el canal Sur debe mirar hacia Zeta Orionis, la más brillante de las tres estrellas principales de Sah, casa de Osiris.

—¿Y la cámara de la reina mirará a...?

—El canal Norte hacia Kochab, y el Sur hacia Sepdet³.

—¡Isis!

—Así es. La esposa de Osiris.

—Y Thuban y Kochab son las estrellas imperecederas que apuntan al norte, pues el cielo o Duat, la casa de Osiris, Sah, es la morada de eternidad del Ka. Cada faraón que levante una gran pirámide en esta disposición reposará como un dios con su propia estrella en la constelación. En la tierra, la estrella del faraón será representada por el piramidión, la punta de la pirámide en lo más alto, de oro, para que su brillo se vea por doquier, como una estrella.

² Orión

³ La Osa Menor y la estrella Sirio respectivamente.

La revelación era impresionante. La digerí durante varios minutos, asociando los conceptos, las dimensiones y las representaciones religiosas.

—¿Cómo llegó Imhotep a esto?

—A través del conocimiento verbal transmitido desde las grandes civilizaciones, corroborado por inscripciones separadas que garantizan cada parte.

—Así que el conocimiento no estaba tan oculto, sino desperdigado en partes.

—Como el cuerpo de Osiris.

—Así es. Pero también debéis explicarme un nuevo concepto. Hasta ahora conocemos el Ka y el Ba.

—Explícamelos tú.

Sonreí. Hasta el fin de mis días no dejarían de ponerme a prueba.

—El Ba es el alma. Se le representa con apariencia de pájaro con cabeza humana. Será el alma del difunto que volará por los canales hacia las estrellas, independientemente de su cuerpo material. Necesita ser periódicamente reintegrado y por eso es reproducido en pinturas y su nombre repetido constantemente, y también por eso se le representa alimentándose del árbol y fuente sagrados.

Rahotep asintió con la cabeza, instándome a continuar.

—El Ka es una noción mucho más abstracta. Se le ha descrito como el reflejo inmaterial del cuerpo. Un doble. Un protector que nace con el hombre, pero que cuida de él solamente después de su muerte. Khnum modela en su rueda de alfarero dos imágenes, la del hombre y su ka, como expresión de las fuerzas sobrenaturales que habitan en él. Para sobrevivir, el Ka necesita un soporte físico, constituido ahora por el cuerpo momificado, y antes por el cadáver conservado por la arena del desierto. No tiene capacidad dinámica como el Ba. Está concebido como la continuación infinita de la vida del hombre difunto. Tiene el poder de evitar molestias a los vivos, y por eso se recitan fórmulas especiales en los ritos fúnebres para evitar que pueda salir de la tumba. Debe ser alimentado mediante ofrendas, y se representa por dos brazos alzados.

—Muy bien. Pues te explicaré el concepto del Akh. Es el que da la divinidad al faraón. Se representa con el ibis. Es el principio espiritual más elevado, la transfiguración de lo divino en lo humano. ¿Lo comprendes?

—Por eso su significado es brillar, y de ahí también la palabra Akhu que describe a los fantasmas y demonios.

—Exacto.

Yo miré hacia el cielo.

—¿Eso es todo?

—El resto lo sabes. Eres el mejor constructor de Egipto.

—¿Cómo sabíais...?

—¡Vamos, Mehi! Me encanta que me subestimen, pero no peques de demasiado ingenuo.

—¿Sabíais quién era en todo momento y el hecho de que sea constructor no os importa?

Grité. Me sentía ofendido.

—Hemiunu me mantuvo informado de tus éxitos. En cuanto al secreto, como ya te dije, es tu elección. Al menos eres consciente de lo que supondrá. Con eso me basta. Ya puedo morir en paz.

Me serené.

—¿Vos creéis en todo eso?

Rió entre dientes.

—Yo soy mortal. Creo en Ra y en Osiris. El resto —se encogió de hombros— no tardaré en saberlo. Yo sí creo. Creo que Imhotep dedicó una vida entera a estudiar a los antiguos. Se dice que eran portadores de conocimientos que hoy en día nos dejarían como niños. Recopiló el saber, descubrió los textos... Y concluyó que Djoser no era digno de ellos. Sí. Creo que dio con la llave de la divinidad que los antiguos conocían.

—¿Qué haríais vos en mi lugar?

—Callaría o huiría. O tal vez engañaría de algún modo al faraón. Pero yo no soy constructor, ni soy Mehi. Ni tengo más que perder que mi simple vida.

Asentí. Comprendía que necesitaría construir esa pirámide perfecta. Y comprendía que tenía alguna razón añadida. Probablemente sabía lo mío con la princesa, ahora gran esposa real.

—Gracias.

Ahora comprendía a qué se habían enfrentado los sacerdotes. Por un lado, a la corrupción de sus propios hombres y fieles. Por otro, al conflicto político entre el faraón, la nobleza y el pueblo llano, a la ignorancia de todos y la incompreensión. Comprendía que, como en todos los ámbitos humanos, había hombres buenos y responsables, y hombres mezquinos y corruptos.

Comprendía que Snefru había sido un gran hombre, y había estado a punto de lograr esa luz del conocimiento de la felicidad por sí solo, aunque el sacerdote probablemente jamás lo hubiera sabido, envuelto en la trama de su captura.

Comprendía lo difícil que había sido guardar el legado del sabio Imhotep en secreto, y comprendía el escepticismo de Rahotep sobre el secreto mismo, pues al fin y al cabo, el mismo Imhotep pretendía ser un dios o alcanzar el conocimiento del secreto de la inmortalidad, lo que le apartaba del conocimiento de la madurez del hombre.

¿O quizás no?

En fin.

Y comprendía la tremenda y agobiante responsabilidad que había contraído, como una enfermedad de los pantanos.

No debería, como hombre justo, exponer al país a ese conocimiento y el riesgo de su destrucción, y por el contrario, mi propio carácter de constructor me obligaría a construirla.

Y luego estaba Henutsen, que para mí era mayor razón que cualquier otra. Al menos, en ausencia de Snefru.

Rahotep tenía razón. Era una carga.

Pero mi propio deseo de búsqueda de la felicidad como hombre entraba en conflicto con el secreto, pues por su naturaleza debería ser callado para siempre; pero eso nos haría infelices a Hen y a mí.

Por otro lado, también entraba en conflicto con mi naturaleza como constructor.

Así que tenía un bonito dilema.

Al día siguiente, el viejo se extrañó de verme.

—¿Qué haces aquí?

Yo reí con ganas.

—¿Pensabais que saldría corriendo a construir mi pirámide? Creía que teníais mejor concepto de mí.

Rió levemente, con tono burlón.

—No esperes que mi juicio te consuele. No voy a pronunciarme sobre lo que hagas. Ya no es cosa mía, sino de Osiris y Maat.

—No me engañáis. Os preocupa la suerte del secreto.

—Tanto como a ti cuando llegue mi hora. Así que no seas hipócrita y vete. ¿O pensabas cuidarme hasta mi muerte?

Balbuceé.

—Eso mismo pensaba hacer. Aunque sólo fuera por tener tiempo para pensar qué voy a hacer.

Rahotep rió con franqueza.

—Ahora sí eres sincero. Cámbiame los apósitos. Tengo mucho que explicarte aún. Toda la información debe ser ampliada. Lo que te he dicho es sólo una ínfima parte.

Sonreí.

HEMIUNU

Año 2.604 a.C.

Mehi tardó en salir. Meses. Y salió blanco, más que de costumbre, y compungido. Esperaba su escolta y no la del constructor jefe, pero se encogió de hombros y se fue directamente hacia él.

—¿Qué pretendes? ¿Atacarme de nuevo?

—¿Cómo sabías que era yo?

—Recordé tu voz cuando lo hiciste aquella noche. Y además, no podía ser nadie más.

—¿Y ahora qué temes de mí? ¿Por qué habría de atacarte de nuevo?

—No puedes hacerme nada. Ya no tengo nada que quieras.

—Ya lo veremos.

—¿Te ha dicho Keops que estaba aquí?

—No. Sabía que tarde o temprano acabarías en este lugar.

Eso sorprendió a Mehi.

—¿Y eso?

—Yo le conduje hasta aquí. Si no podía convencerle de que nos diera el secreto, al menos lo traspasaría a un tercero.

—¿Quién?

—No me insultes. Rahotep. Debe haber muerto cuando finalmente sales por tu propia decisión.

Mehi sonrió.

—Lo reconozco. Eres inteligente. Me descubro ante ti.

Hemiunu hizo una reverencia.

—Y yo ante ti, pues has arrancado un secreto al viejo donde ni la tortura lo logró.

Mehi le miró con desprecio. Su oponente se limitó a encogerse de hombros. Lo que había en juego lo justificaba sin duda. Caminaron juntos. El noble le hablaba como si fuera su amigo de toda la vida, lo que casi resultaba cómico.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué crees que voy a hacer? Soy constructor, como tú. Levantaré esa maldita pirámide.

Hemiunu sonrió

—No esperaba menos de ti.

—Aún no sé lo que esperas de mí.

—Que compartas el secreto.

—Lo haré. Con el faraón.

—¿Sabes que podría torturarte?

Mehi se encogió de hombros.

—Hace años te hubiera resultado muy fácil. Al primer golpe te habría dicho todo lo que quisieras saber. Pero ahora...

—¿Ahora?

—Me da igual vivir que morir. Me abandonaría a la tortura hasta que me mataras. Me da igual.

—Ya. O sea, que nada de tortura. Mehi rió.

—Dímelo de una vez. El hecho de que finjas ser mi amigo resulta tan patético que me hace reír.

—Bueno. No todas las negociaciones tienen por qué ser violentas. Si ambos sacáramos un buen provecho de nuestro trato, no tendríamos por qué ser enemigos. Yo admiro tu capacidad. Y reconozco tu genio. Te envidio. No me importa reconocerlo. Me hubiera gustado ser yo quien se llevara la gloria por ser el constructor de las pirámides de Snefru y Keops. Aunque debe resultar muy frustrante no llegar a saber si tu obra es al fin perfecta y da la divinidad al faraón, o no.

—Gracias por el halago. Pero me estás poniendo nervioso.

—Tengo algo que sí puedes querer de mí.

—¿Qué?

—Puedo ayudarte a recuperar a Henutsen.

Mehi se quedó parado de golpe. Hemiunu tuvo que volver hasta él, sonriendo.

—¿Qué sabes tú de Henutsen?

—Recuerda que yo era buen amigo de Keops.

—Ya veo la clase de buen amigo que eres.

—Tú me das el conocimiento antes que al faraón y yo te entrego a tu princesa sana y salva. Y hasta incluyo a tu posible hijo en la oferta.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Tengo recursos.

—Ya. Los que utilizaste para profanar el cuerpo de la reina.

—Por ejemplo.

—¿Y qué garantía tengo de que, una vez que te de la información, simplemente no te olvidarás de mí?

—Ninguna.

—¡Oh! Esa cantinela ya me la conozco. Es la que habéis utilizado toda una vida con Snefru.

—Sí, pero al revés. Ahora el conocimiento lo tienes tú. Y ese activo es más importante que una vida o dos.

—Pero no confío en ti. Dame a Henutsen; consígueme un salvoconducto hasta Nubia y una mansión allí, y te juro por Maat que te daré el secreto. Sin duda, hasta tú lo mereces antes que Keops. No te miento.

—No. Debe ser al revés.

—Acabas de decir que mi parte es más valiosa. ¿Y sin embargo tengo que jugar con tus reglas? No, gracias. Tuve un buen maestro.

Hemiunu se echó a reír ante la cara de sorpresa del constructor. Sin duda, esperaba una reacción violenta por su parte, que evidentemente no se llevó a cabo.

—¿No vas a amenazarme?

—No.

Caminaron un buen rato sin hablar. Hemiunu con las manos entrelazadas en la espalda, mostrando su incipiente barriga. Envidiaba a aquel constructor de verdad, pues su médico no hacía más que pincharle con la comida. Y en cambio Mehi... delgado como una anguila.

Al fin, Mehi comprendió:

—Has llegado a un acuerdo con Keops. Me estabas poniendo a prueba.

—Así es.

—Ya veo. Keops quiere saber si en verdad tenía el secreto. Y también, probablemente, quiere saber hasta dónde estoy dispuesto a jugar para lograr su pirámide. Y tú juegas a ser espía.

—Todos somos espías. Algunos no lo sabéis.

—¿Y los nobles a los que representabas?

—Creen que Rahotep murió. Yo lo oculté. Si no podía tener el secreto, al menos sabía que, tarde o temprano, le sacaría provecho. Créeme. No fue fácil robárselo a los sacerdotes.

—Supongo que tampoco sabía que eras un espía.

—Él es muy listo. No se le escapa una.

—¿Y qué te ha prometido Keops para que cambies de tal manera?

Hemiunu se encogió de hombros. Mehi dio un respingo, sonriente.

—¡Ah! Ya me lo has dicho. La gloria de ser el constructor de las pirámides de Snefru.

—De nuevo me descubro ante ti.

—¿Y no sientes vergüenza? En tu fuero interno siempre sabrás que fui yo.

Hizo un gesto cómico. Parecía estar buscando algo entre los bolsillos de su túnica.

—Pues no. La vergüenza no es buena consejera en una negociación. Me siento muy bien. Voy a ser más famoso que Imhotep.

MEHI

Año 2.604 a.C.

Tras concluir la breve entrevista con Hemiunu, fui llevado a Palacio. Sin atarme, pero con una escolta suficiente como para una veintena de criminales, lo que me confundía, pues no me sentía tan peligroso ni importante.

Lo que más me impactó fue que no tardé ni un minuto en ser llevado a presencia del faraón Keops, que acunaba un niño entre sus brazos.

Mi hijo. Tal vez.

O tal vez no.

Tras él, un gigante con ojos de res. Unos ojos que daban mucho miedo.

—Tú debes ser Memu.

—Uni me dio recuerdos para ti. Antes de morir.

Cerré los ojos. Dejé que pasase la oleada de ira que me nubló la visión. Lo que aquel bruto quería era que me fuese hacia él. Pero era dos o tres veces más grande que yo. A una bestia como aquella había que ganarle con mis armas. Jamás con las tuyas, la fuerza bruta. Me obligué a pensar. Al menos, Harati seguía vivo, aunque me odiaría por siempre, pues el año que me concedió de plazo le costó la vida al buen Uni.

Ya tenía otra carga.

La furia pasó y quedó la pena profunda. Pero ya tendría tiempo de llorar al amigo. No era el momento de ser previsible.

Cuando volví a abrir los ojos, Keops sonreía. Tenía todas las cartas. Pero no se lo iba a poner fácil.

—¿Dónde está Henutsen?

Era lo único que podía sorprenderme.

—¿No está aquí?

Memu rugió como un león.

—No juegues con nosotros. Podríamos hacerte hablar bajo tortura.

—¿Como a Rahotep? No conseguirías nada. Vuestras amenazas ya no valen conmigo, si Henutsen no está.

Keops sonrió. Me enseñó al niño.

—¿A quién crees que se parece?

Había pensado mucho en ello. Y ahora lo tenía delante. Me acerqué a verle.

—Se parece a ella. No sabría decir más.

Keops sonrió.

—Has conseguido el secreto. Transcríbelo y serás libre.

—Sólo si me voy con él. Señalé al niño.

—Jamás.

Keops sacó una lujosa y brillante daga de entre sus ropas. La puso en la garganta del niño.

Perdí el color y sentí frío. Un frío profundo. Dentro de mí. Un pesar hondo, un dolor físico.

—No serás capaz.

Keops lo cogió con una sola mano. El niño quedó colgado de un pie.

—¿Por qué no? Tengo cientos de concubinas y varias ya están en estado. La inmortalidad es más importante que un hijo, ¿no?

—Si piensas eso, es que no mereces el secreto. Él es tan faraón como tú. Incluso con más derecho, ya que es primogénito. Tú has robado un derecho que no era tuyo.

Keops rió con ganas.

—Este niño no será faraón. Y si lo es, créeme que su reinado será breve.

—¿Por qué?

—Porque podría ser tu hijo.

El niño no dejaba de llorar. Lo dejó en brazos de Memu, que le puso uno de sus gordos dedos entre los labios con brusquedad hasta que calló. Me sentí tan insultado que mordí mis labios hasta que sangraron.

—¿Me transcribirás el secreto?

—¿Me darás a Henutsen?

—¡Jamás! —gritó—. Ella es mía. Nunca la tendrás. Aquí será más feliz que contigo. Ha cambiado. Me desea. Responde a mis abrazos. Tengo una buena noticia: voy a tener otro hijo con ella. Y éste es mío, sin duda.

Rió con fuerza, echando la cabeza hacia atrás. Les miró con acritud, como si ellos debieran haber reído la broma también. Ni a Memu le hizo gracia.

—Pues en cuanto tengas tu sucesor, dámela. No puedes querer nada más de ella.

—Te equivocas. La quiero para siempre.

El peso de la bóveda celeste pareció caer sobre mí. Esperé ver el rostro de Nut sobre el mío. Quise morirme en aquel mismo instante. Me obligué a recomponer una cara que no le hiciera sonreír.

—¿Y qué gano yo? Tal vez lo que me das es tan poco que prefiera morir antes que darte el secreto.

—Dejaré que viva tu hijo.

—¿Me dejarás ver a Henutsen?

—¡Jamás!

Pensé durante algunos minutos. Tuvieron la decencia de respetar mi silencio, aunque no así el niño, que a ratos lloraba tan fuerte que me penetraba las entrañas.

Al fin, me levanté con la poca dignidad que sentía.

—Te daré la inmortalidad. A ti y a dos descendientes tuyos. Levantaré una pirámide grandiosa que os hará inmortales. Serás un dios, después de todo. Y tu hijo; y después tu nieto. Pero nadie más allá. Proyectaré dos pirámides perfectas más. Y ahí morirá el secreto. No lo transcribiré. Es mi única oferta.

—Si las levantas, serán fáciles de imitar.

—Pero no serán perfectas.

Fue Memu el que continuó con su mueca burlona.

—Pero ellos no lo sabrán.

Me obligué a no mirarle. Intentaban que perdiera los nervios.

—Es mi única oferta. Respetaréis la vida de ese niño y mantendréis los derechos sucesorios. Me da igual que hagáis con él lo que has hecho con tu hermano Kanefer, pero quiero que viva.

—¿No quieres que sea un dios?

Yo sonreí.

—Quiero que sea feliz. Y te auguro que la divinidad te va a evitar la felicidad.

—¡Bah! La felicidad nunca ha sido algo que la riqueza no pueda procurar.

Se miraron con gestos extraños en sus caras. Pero no había terminado.

—Hay algo más. Cuando levante la pirámide y proyecte las otras dos, seré libre de marcharme si así lo estimo. Esa es mi oferta. Es mucho más de lo que merecéis y probablemente me cueste la eternidad, pero como dijo Rahotep, es mi decisión.

—Tengo que pensarlo. Tal vez, después de todo, decida torturarte.

Yo ignoré la estupidez.

—¿Puedo...?

Me acercaron al niño, que acuné con ternura. Necesitaba verle con tranquilidad.

Salieron de la estancia. Yo sabía que estaba siendo vigilado, así que no intenté moverlo para que no pareciera que buscaba alguna marca o señal que pudiera delatarme. Me resultó cómico imaginarles desnudándome y mirando hasta los pliegues más recónditos de mi piel en busca de una marca. Me hizo sonreír.

Sólo le miré la cara. Trataba de discernir si se parecía a mí o no.

Me reí.

¿Cómo iba a saberlo? No sabía apenas cómo era mi propia cara y tampoco podía recordar a mis padres.

Pero mirándole sentí una calidez que nada tuvo que ver con lo que se estaba haciendo encima de mis piernas.

Sonreí.

Y entonces ocurrió el milagro.

El niño sonrió.

Supe que no necesitaba nada más. Me importaba poco si era fruto de la semilla del hermano de Henutsen. Sería mi hijo.

Debía sentirme triste, pues con ese descubrimiento hipotecaba mi vida entera. Y sin embargo, me sentí el hombre más feliz del mundo y las lágrimas corrieron por mi cara.

Así me encontraron Keops y Memu.

—Tengo una condición —dijo el rey.

—Y yo otra.

Les invité a negociar con un gesto.

—¿Dónde vas a levantar la pirámide?

—En la meseta de Guiza.

—¿Con la piedra de la cantera anexa?

Asentí.

—Así lo quise para Snefru, pero se empeñó en Dahsur. ¿Cuál es vuestra condición?

—Queremos que proyectes un monumento grandioso en honor del visir Kanefer.

Yo tuve una inspiración. Sonreí.

—El monte que queda junto a la disposición de las pirámides es de piedra caliza de mala calidad. No puede usarse para extraer piedra para una pirámide. Ni siquiera es fiable para levantar un templo o cualquier otro monumento civil. Pero sí para esculpirlo como si fuera una estatua. No en forma de hombre de pie o sentado.

—Entonces... ¿en forma de qué?

—Tiene forma de esfinge. Es una vieja broma entre constructores. Podéis ponerle la cara de vuestro hermano. Será un digno monumento a la ingenuidad.

Era una ironía. Una burla. Pero le encantó. Nunca sabría si tomó mis palabras con la misma maldad con la que las lancé, pero aceptó la propuesta.

—¿Y tu condición?

Miré al niño.

—Quiero tener acceso a él. Como su maestro principal. Nadie le enseñará sino yo. Jamás sabrá que podría ser su padre, pero sí quiero darle el cariño de un padre que vos no le daréis, ya que tengo que estar encadenado a vosotros durante media vida.

Keops me miró ceñudo.

—Si llega a sospechar, le mataré.

—No sospechará.

—La pirámide la firmará Hemiunu.

—Lo sé. No me importa.

—Entonces tenemos un acuerdo.

Memu miró al niño.

—Si no podemos convencerte de que lo transcribas.

—No es negociable. Ni aunque nos matéis a los dos. Sería un pecado más grande que las propias pirámides. Y amo a mi país lo suficiente para morir por él con dignidad.

KEOPS

Año 2.594 a.C.

No podía creer en su suerte.

Todo cuanto podía salir bien, salía bien.

El país iba muy bien, aunque no le profesaban el amor que sí habían dado a su padre. Snefru no tuvo que luchar contra ninguna mala crecida y, en cambio, él tuvo que vaciar los graneros un año para alimentar al país. Evidentemente, al año siguiente todos tuvieron que trabajar duro para volverlos a llenar, pero nadie comprendió que debían sacrificarse por su propio bien.

Como no entendieron que debían dar una pequeña parte de su vida para que su faraón alcanzara la divinidad.

Se proclamó hijo de Ra y legítimo en el derecho a reinar entre los dioses. Rebajó el poder de los sacerdotes y los puso bajo su completo control.

Sabía que de algún modo influirían en la opinión de la gente llana, pero no soportaba que en las ceremonias no le aclamasen como recordaba hacían con su padre. Al fin y al cabo, él tampoco había tenido a Rahotep. Pero, con el tiempo, el pueblo le temió, y las aclamaciones fueron más intensas, si cabe, que en tiempos de Snefru.

Su pirámide crecía espectacularmente. Habían cambiado varias veces los diseños de las cámaras interiores, e incluso habían excavado en la dura piedra, una vez construido el conjunto interno.

Era tan grande y se alzaba con un ángulo tan agudo que llegaría al cielo y le alzaría hasta el ombligo de la mismísima Nut. Mehi era un constructor genial. Quizás incluso mejor que el sabio Imhotep, que sólo fue capaz de levantar una serie de mastabas superpuestas con piedras ridículamente pequeñas que obligaban a una restauración periódica. Pero su pirámide sería perfecta y duraría cuando el mundo se acabase y los dioses decidieran que había llegado el momento de la regeneración de los cuerpos. De su cuerpo.

Incluso la actitud de su esposa Henutsen había cambiado. Los primeros años siempre se preguntaba si sería la última vez que la poseyera, puesto que temía que se quitase la vida, tal como le había avisado su médico. La habían vigilado constantemente, pero si decidía morir de pena, nada podrían hacer.

Pero sus hijos fueron la mejor terapia. Kauab, Djedefre y Kefrén.

Ni los médicos tuvieron jamás la certeza de que el primero de los hijos fuera suyo o del constructor, pero tanto le daba. Nunca sería faraón.

Les veía crecer en torno a su madre. Ese fue su mayor acierto. Entregárselos de nuevo, pues recuperó las ganas de vivir.

Jamás le dio el amor que él hubiese querido. Ni siquiera el respeto ceremonial que su madre dio a Snefru. Cuando se veían, ella agachaba la cabeza, sin hablarle. Y cuando le ordenaba que yaciera con él, se desnudaba y se tumbaba sobre el lecho, mirando al cielo y girando la cara para evitar sus besos.

Pero a él le bastaba. Era a ella a quien quería, y la tenía. No era ni del maldito constructor, ni de su hermano, ni siquiera de Isis. Era suya, y ese sentimiento le animaba a seguir visitándola. La encontraba encantadoramente bella en su indefensa resignación, y aunque le excitaba de manera distinta a como lo había hecho Meritfetes o las mujeres del harén, le daba algo que ellas no podían darle: una familia legítima. Sangre pura.

Y un aceptable sucedáneo del amor verdadero.

A veces la recordaba en sus juegos de niños, y con eso le bastaba para estrechar el vínculo que su indiferencia quería intentar romper.

Y sus hijos eran parte de aquella familia tan poco ortodoxa como satisfactoria.

Sólo Kauab se crió tan patéticamente cariñoso y soñador como su madre. Si no iba a ser faraón ni visir, tanto le daba que fuera sacerdote. Pero a los dos que sí eran suyos con seguridad, enseguida les educó con los mejores maestros, como él y Kanefer habían sido criados, pero sin descuidarles, como había hecho su padre.

Y estaba orgulloso de ellos. Reconocía a Kanefer en Djedefre y a sí mismo en Kefrén. Intentaba que éste último no heredase su carácter visceral y cuidó de que se llevaran bien, aunque fuera por la fuerza, usando para ello la disciplina. El cariño era cosa de mujeres.

Y luego estaba el gran visir. El dueño del país: Kanefer.

Al principio había temido represalias por parte de su hermano. Algún tipo de acción para recuperar la corona. Por eso le había hecho investigar.

Pero no había rencor en su corazón, y eso le hizo cambiar su opinión sobre él. Al fin y al cabo, la divinidad era un dulce demasiado apetitoso. Y Kanefer había sido capaz de ignorar ese dulce para dedicarse al bien del país y el suyo. Sabía que por sí solo jamás hubiera sido capaz de gobernar las dos tierras, y de hecho, apenas tomaba decisiones. Todo pasaba por el visir, y todo lo hacía bien.

Keops tenía muy claro que él jamás hubiera aceptado la situación si los papeles no se hubiesen intercambiado, y por eso, con el tiempo, en verdad tuvo claro que su hermano no ambicionaba el poder, sino que incluso encontraba una carga el gobierno del país, pero lo hacía por amor a Egipto...

Y a él.

Cuando tuvo conciencia de lo que hacía, y a lo que renunciaba Kanefer, recuperó el cariño perdido. Jamás había entendido el concepto «familia». Él

siempre había pensado que las personas eran individuos egoístas, y llegados a una cierta edad, los vínculos se evaporaban a favor de los intereses, porque envidiaba la situación de su hermano, por el poder y por el cariño de su hermana y su padre.

Pero al llegar al poder, y una vez superada, a base de años de férreo control, la paranoia de que todos ambicionaban su puesto, se sintió un poco la mala persona que debía ser.

—«Cree el ladrón, que todos son de su misma condición».

Lo escuchó la primera vez, de labios de su propio hermano, en un juicio. Al principio pensó, como siempre hacía, que tal vez lo hubiera dicho a propósito, pero estaba tan enfrascado en el juicio, como en cualquier actividad a que se dedicara, que era imposible que la malicia necesaria pudiese encajarse en otro tema.

No. Su hermano no era así.

Y no le guardaba rencor.

Al principio casi deseó que le culpara de su codicia, de haberle apartado de ser un faraón y un dios. Se hubiera sentido mejor si le odiase, porque iría mejor con su carácter irascible y agrio.

Pero le amaba.

En aquel momento, y sin medir su reacción, se levantó de su trono, rompiendo el protocolo, y abrazó a su hermano. Las lágrimas acumuladas y muchos años reprimidas salieron como un torrente. Los guardias se asustaron tanto que desalojaron la sala de la casa de vida en segundos, con la ayuda de las espadas y lanzas cortas. Hubo dos muertos y cien heridos.

—Keops. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enfermo?

—No. Estoy bien.

Kanefer ordenó llamar al médico. No se creía que su hermano pudiera abrazarle de manera espontánea. Aquello terminó de convencer a Keops de su propia maldad y del trato que había dado a su hermano. Hubo de amenazar al médico con cortarle la nariz para que se fuera y les dejase a solas.

—Keops... ¿Qué te ocurre?

—Quiero que sepas que te aprecio como el hermano que eres y como el que nunca te he tratado. Todo va a cambiar.

Kanefer le tocó la frente. Y no era broma. ¡En verdad se preocupaba por él!

—Estás enfermo. Algo debe pasarte.

Keops rió de felicidad.

—No. Pero he pasado demasiado tiempo consumido por el poder. Y no he disfrutado de las cosas simples que alegran una vida.

—¿Ya no quieres ser un dios?

—¡Qué tontería! Claro que sí. Es sólo que quiero recuperar tu confianza y tu cariño.

—Nunca los has perdido.

—Pero nunca lo supe. Hasta hoy.

—Pues sí que te ha costado.

—Pero voy a compensarte. Quiero que delegues un poco de poder y vivas mejor. ¿Recuerdas que te dije que iba a hacerte el mayor monumento que jamás se hubiera conocido en las dos tierras? Se lo encargué a Mehi.

—No necesito un monumento. Con tu cariño me basta. Además, Mehi ya tiene bastante trabajo con tu morada de eternidad.

—Pondré a Hemiunu a trabajar. Haré una esfinge con tu cara. Te haré más conocido que a Imhotep.

—¡Ya estamos otra vez con Imhotep! No quiero parecerme a él. Su recuerdo obsesionó a padre y te obsesiona a ti.

—¿Y por qué querías que dejase de ser un dios?

—Porque sólo a partir del momento en que padre abandonó esa idea tan peregrina comenzó a ser feliz, durante tan sólo un año. Me recuperó a mí, a Hen, e intentó recuperarte a ti...

—Pero yo no me dejé.

—Así es. En cualquier caso, me alegro de que esté de vuelta el Keops jovial y alegre que eras cuando éramos niños. El país lo agradecerá.

—Al demonio el país. Yo quiero tener la felicidad que teníamos cuando éramos niños, la que padre encontró.

—Pues deja de querer ser un dios.

—¡No me ordenes lo que debo hacer!

Kanefer puso los ojos en blanco.

—Te deseo que seas feliz, dios o mortal. Me da igual. Eres mi hermano y me harías la vida más fácil. Y sobre todo a Hen, que lo ha pasado tan mal.

—¿Qué ocurre con mi esposa?

—Que no la tratas como debieras. Visitarla cuando tu miembro se hincha no es tratar bien a una esposa. ¡Por Ra! Te ha dado tres hijos.

—¿Y qué pretende el gran visir que haga con mi esposa?

—Adiós, Keops.

—¡No me dejes con la palabra en la boca!

Antes de salir, su hermano le lanzó una mirada entre el reproche y el cariño. Keops sonrió.

—¡Será una esfinge magnífica!

MEHI

Año 2.594 a.C.

Fueron unos años duros.

Sentí la muerte de Gul como la de un familiar cercano. Era el mejor amigo de Snefru, y su mayor aliado en la búsqueda de su secreto. Se me dijo que había conspirado contra el faraón Keops, pero no lo creí. Nunca.

Y con él murió mi esperanza de recuperar a la mujer que amaba. No tenía ya ningún aliado. Ni siquiera un amigo. Lo más parecido a una amistad que tenía eran los ingenieros que me rodeaban y el personal asignado a mi casa, y tampoco les prestaba más atención de la que se da a un papiro en mal estado.

Yo vivía por y para mi pirámide, haciendo de ella mi razón de ser, y llegando a obsesionarme con ella de manera casi insana. Era el único modo de aislarme y no pensar en el pasado. En cualquier pasado.

Y la pirámide avanzaba a buen ritmo. Lo más complicado era situar en el espacio del futuro conjunto de la pirámide las cámaras funerarias.

Recibía visitas periódicas del faraón examinando todo con tan poco ojo clínico como mal criterio.

En una de esas ocasiones, ya le vi venir y me armé de cautela. Comenzaba a conocerle y sabía que cuando estaba enfadado le brillaban los ojos como a los perros.

—¿Por qué la cámara subterránea no está excavada debajo de la pirámide?

—Porque es así como debe hacerse para preservar mejor vuestro cuerpo, una vez vea la luz.

—¡Pues la quiero bajo ella!

—¡No es posible!

—¡No oses discutirme!

—¡Discuto desde mi posición de conocimiento. Pero si queréis que vuestro cuerpo se corrompa, construiré gustoso lo que a su alteza se le antoje!

Y la construí excavada bajo el túmulo de piedra sobre el que se asienta la pirámide. Me costó más de un año convencerle de que no era correcta y que me diera permiso para levantar la cámara en la posición inicial.

Eran años de superstición y los difuntos habían sido enterrados en las arenas del desierto, ya fuera en pozos, cámaras excavadas en su fondo, forradas

de muros de adobe o madera... pero en pozos. Sobre ellos construirían túmulos, mastabas y ahora pirámides, pero Keops se resistía a que su cuerpo no fuese albergado por Geb.

Para eso, le mandé llamar y construí las mismas maquetas que hice para su padre, con los ángulos de inclinación correctos y el experimento con la carne para convencerle de que era en el centro de la pirámide donde actuaba la energía que generaba, salvaguardando su cuerpo, aunque este faraón ni tocó el pedazo de carne, tan supersticioso como era.

Y no lo hice por él, evidentemente, sino por mí mismo. Como arquitecto, odiaba la idea de hacer algo mal.

El peor año fue el de la mala crecida, que dio origen a una terrible hambruna. Los hombres de la ciudad de los constructores recelaban, pues era famosa la actitud de Imhotep, que en un año aciago como aquel pidió el auxilio del dios Jnum, señor de la isla Elefantina, en la primera catarata, donde se creía que se generaba la crecida del Nilo.

Reprochaban al faraón que no se moviera de su palacio salvo para inspeccionar las obras de su morada de eternidad y ordenar que los latigazos se redoblaran si creía que bajaba el ritmo.

Estaba obsesionado con la divinidad y el control férreo de los sacerdotes, hasta el punto de que ordenó acciones militares contra cualquier templo del que sospechara que acumulaba riqueza sin su permiso.

Incluso hubo una revuelta. Varios representantes del bienestar de los trabajadores de la morada de eternidad del faraón se presentaron ante mí exigiendo que se les permitiera volver a cuidar de las tierras y procurar alimentos para sus familias, que estaban muriendo de hambre porque el grano del faraón no les llegaba.

Yo no pude darles una respuesta satisfactoria porque no la tenía. Estaba igual de explotado que ellos y, por suerte, así lo vieron y no actuaron contra mí, pero sí hubo un intento de boicot en la pirámide: varios bloques fueron descuidados y se rajaron por anomalías en el transporte y defectos de mantenimiento en la rampa.

El rey en persona vino con su ejército.

Hubo cien muertos.

Y yo fui declarado culpable por el mismo faraón.

—¡Tú eres el responsable de la buena marcha de la construcción, y debes dar ejemplo!

—Los obreros trabajan muy duro mientras sus familias mueren de hambre, y lo que ganan no les basta. No puedes pedirles que mantengan el ritmo de la pirámide de tu padre. Dales un permiso para que cultiven sus tierras y den de comer a sus mujeres e hijos durante un par de meses, y cuando

vuelvan, el ritmo aumentará mucho más que si les mantienes oprimidos, sabiendo que tienen algo por lo que vale la pena trabajar, una familia y la confianza de su faraón. Pero si no tienen a nadie a quien mantener, tarde o temprano se irán.

—¡Tú les metes esas ideas estúpidas en la cabeza!

—¡No! Es la realidad. Tu padre construyó dos pirámides, cuyo volumen supera incluso a ésta, con el amor de su gente. Tú las levantas con la sangre de tus súbditos. No esperes que sea fácil.

—¡Harás lo que yo diga. Y ellos también!

Se acercó a mí y me susurró:

—Maldito chantajista. Sabes que no puedo matarte, pero haré que me respetes.

Me llevó a los pies de la pirámide, e hizo congregarse a todos los habitantes de la ciudad. Más de veinte mil almas fueron testigos de mi vergüenza.

—El jefe de los constructores ha permitido una revuelta. Él es responsable de todos vosotros, de vuestro éxito, pero también de vuestros fallos. Un día se llevará la gloria de haber construido la mejor y más imponente morada de eternidad que jamás se haya levantado, por encima del propio Imhotep, pero hoy ha contribuido a que la marcha de la pirámide se haya demorado y al descontento de los trabajadores, y me ha hecho perder mi valioso tiempo al tener que venir a sofocarla personalmente, por lo que merece un castigo.

Yo levanté la cabeza, asombrado. No me lo podía creer. La multitud misma rugió y se movió como una marea, estrellándose contra el ejército desplegado. Muchos murieron entre las lanzas de los soldados y el empuje de la riada.

Varios soldados me agarraron y me ataron a uno de los postes de madera, mientras el mismo faraón tomó un látigo de manos de uno de sus generales.

—Que los artistas reproduzcan esta escena en uno de los muros de Palacio.

Y me golpeó en la espalda desnuda con el látigo. Fue como si me arrancaran la piel. Sentí que los mismos huesos me quemaban. El chasquido en mi cuerpo hizo que rompiera uno de mis dientes al rechinar por el dolor.

El segundo golpe fue peor. Me alcanzó en el vientre. Levantó la piel y sangró abundantemente.

El tercero de nuevo en la espalda.

El cuarto llegó hasta mi cuello. Fue el que más me dolió.

Perdí el conocimiento. No supe cuántos golpes más me propinó, pero estuve una semana sin poder moverme de mi casa, y más de dos meses hasta que recobré el movimiento normal.

Las cicatrices tardaron un año en cerrarse.

En mi alma, mucho, mucho más tiempo.

KANEFER

Año 2.593 a.C.

Supo que era el momento.

Jamás había pensado que su hermano se ablandara con los años. Pero le conocía, y a pesar de su tosquedad, el hecho de que le abrazara en público le resultó tan extraño que se preguntó si no tenía remordimientos porque tal vez al fin se habría decidido a matarle.

Fue una grata sorpresa. Jamás imaginó que quedara algo de humanidad en el faraón. Ni siquiera la buena de Hen le había sacado jamás un gesto de bondad. Su pobre hermana, aliviada con la presencia de sus hijos, que parecía haberle perdonado y aceptado su papel, jamás había merecido ser obligada a procrear para él en contra de su voluntad. Keops estaba obsesionado con la divinidad, y no concebía tener hijos con una mujer que no tuviera sangre divina en las venas. Él mismo cuestionaba la pureza de su sangre, pues su mismo padre reinó tan sólo por la intercesión de la sangre de su madre. Sólo Henutsen podía darle unos hijos perfectos que pudieran ser dioses. Además, siempre se había sentido celoso de su cariño. Y como hizo con su país, lo que no pudo obtener de buen grado lo tomó por la fuerza.

Pero ella, animada por sus hijos y el consuelo de Isis, parecía darle el trato que Heteferes daba a su padre Snefru: correcto, sin pretensiones ni desafíos. Se limitaba a darle los hijos que él quería y a vivir la vida de ellos, que no la suya. Keops lo podía haber interpretado como un perdón...

Y sin embargo, debió sentirse culpable ante él.

Por un lado, era muy esperanzador el hecho de que mostrara signos de humanidad. Pero no era una humanidad completa. Era como un sueño. Estaba representando un papel. Mostraba la persona que quería ser, pero no lo era. En el momento en que, tras mostrarse humano, alguien le decepcionara, cosa que ocurría cientos de veces a diario pues su nivel de exigencia era divino, se sentiría vulnerable, burlado y engañado, y su venganza sería horrible, para volver a mostrarse de inmediato hermético y cruel. Pero había flaqueado ante él.

Eso le dijo que ya era hora. Tenía una vieja deuda que cumplir.

No esperó mucho. Un mes más tarde, se presentó en su cámara privada.

—Mi señor faraón.

—Hermano. Sabes que puedes llamarme por mi nombre, así que no me enfades tratándome como si no fueras familia mía.

—Tengo un informe que muestra irregularidades en las minas del este. La producción ha descendido, lo que no consta en los informes sobre sus reservas, que son cuantiosas. Seguirán dando frutos cuando tú y yo hayamos muerto. Por otro lado, las correrías de beduinos se hacen más y más frecuentes. Incluso se ha hablado de patrullas extranjeras que se acercan demasiado. Creo que comercian ilegalmente con algún responsable corrupto de las minas, enriqueciendo a algún escriba y llevándose nuestras piedras.

—Es grave. Envía al ejército.

—Ya se les ha enviado varias veces. Durante un corto espacio de tiempo parece que su presencia pone orden, pero dura poco. Unas cuantas muertes, unos meses de calma, y todo vuelve a ser como antes. Si no hubiera enviado ya al ejército, no te habría molestado.

—Pues ve tú.

—Keops, yo no puedo. No soy un soldado. No sé nada de estrategia militar. No impondría respeto. Recuerda que soy visir. Además, tengo demasiado trabajo controlando el flujo de impuestos para tu morada de eternidad. Incluso mi esfinge me da quebraderos de cabeza, pues es época de crecida y hay que racionar los obreros. Todos tienen obligaciones personales, y han de trabajar en los campos para que los silos reales se puedan llenar.

—Ya te dije que no quiero que baje el ritmo de la construcción.

—Y no baja, pero me obliga a buscar nuevos recursos, y a administrarlos con mucho más cuidado, pues si la crecida no bastara, y el trabajo no diera buenos frutos, el país se quedaría sin alimento. Y tú te quedarías sin pirámide.

—¿Y Memu?

—Memu está viejo. Apenas puede ya moverse de su casa, y Meritthes le quita las pocas fuerzas que le quedan. —Ambos sonrieron—. No. Debes ir tú.

—¿Yo? Nunca he salido de Palacio.

—Pues es hora de que lo hagas. El faraón debe ser visto por el pueblo para ser querido. Padre tampoco salía mucho, pero se encontraba más cómodo entre gentes comunes que en la corte.

—Yo no soy padre.

—Pero tampoco has probado a conocer a tu pueblo. Padre decía que las mayores aclamaciones, el cariño más intenso, las mujeres más cariñosas y el mejor licor y fiestas, no se encontraban en la corte, con su artificio y su falsedad, sino entre las gentes más pobres, que se quitaban el alimento de la boca para agasajarle con un banquete.

—Padre era más populista que yo.

—Eso no lo sabrás si no te mueves de aquí. Y además, si quieres ser dios, tendrás que conocer los templos de los dioses, hacerles ofrendas, tratarles de tú a tú. Tienes que ir a Abydos, a Elefantina, a Siwa, al delta...

—¿Y tú crees que el pueblo me querrá?

—Todo el pueblo egipcio ha de venir a tu ciudad para construir tu pirámide y mi esfinge... ¡Y ni siquiera te conocen! ¿Cómo no van a valorar que vayas a verles y te intereses por ellos? Diles que su sacrificio es en pos del bien del país, que honras su trabajo y haces ofrendas en sus míseros templos. Te amarán, como amaron a padre.

—Pero padre era un soldado.

—Tonterías. ¿Tu viste alguna vez combatir a padre? Su virtud era hacer que todos quisieran morir por él, no combatir como dicen los relieves.

—Pero trajo media Nubia con él.

—¿Y viste el ejército que se llevó? Podría haber llegado donde hubiera querido. Puso el miedo en el cuerpo a los nubios con su poder, negoció con ellos un acuerdo, por el cual trataría a Nubia como una provincia de pleno derecho, y a cambio obtuvo ganado, riquezas y la mejor guardia que un rey tuvo nunca. Marchó como un militar y volvió como un héroe. Tú puedes hacer lo mismo. Llévate un ejército que haga temblar la tierra a su paso. Ya lo tienes aquí. Sin hacer nada más que guardarte de las mujeres de tus nobles. Y un ejército ocioso se ablanda y es caro de mantener. De aquí a las minas hay mucho camino. Entra en territorio extranjero y saquea cuanto encuentres. Haz una purga que les quite las ganas de robarte durante generaciones, pon a algún administrador de tu confianza a cargo y vuelve lleno de riquezas. Haz útil al ejército y hazte respetar ante él. Pasa por todos los pueblos y haz regalos, bebe sus vinos, come sus frutas y ama a sus mujeres. Te adorarán como si ya fueses un dios.

—Lo soy.

—Lo eres, hermano, lo eres. Pero el pueblo no lo sabe. Sólo lo sabemos tú y yo. Hazlo saber. Que se enteren todos, en las dos tierras y más allá.

—¡Sí! ¡Cómo me van a adorar si todo se queda en la corte! Vivimos encerrados en nuestra ciudad.

—Te prepararé los recursos necesarios. No serán muchos, puesto que vas a volver lleno de riqueza. Será una inyección extra para tu morada de eternidad. La aligeraremos el equivalente a varios años.

—Y tu esfinge.

Kanefer sonrió inocentemente un poco nervioso antes de lanzar su cebo.

—Ordenaré a la familia real que se prepare para el viaje.

—No. Padre jamás viajó acompañado. Y creo saber por qué. Si decía que disfrutaba fuera de Palacio, era porque no se llevaba el Palacio con él. Que se queden. Iré con mi ejército, como él solía hacer.

Kanefer sonrió de nuevo.

No tardó mucho en prepararlo todo, emocionado como estaba el faraón de ostentar su nueva condición de dios. Kanefer preparó un ejército como no se había conocido en las dos tierras. Lo pertrechó de las arcas maltrechas, y aún y todo, no quiso bajar el ritmo de construcción de la pirámide y la esfinge.

Pero no le importaba. Era cierto que probablemente, y conociendo su tenacidad, no volvería si no era cargado de riquezas, así que vació los graneros para pagar el ejército y a los obreros.

Se encogió de hombros. Al fin y al cabo, si su previsión fallaba, moriría, así que... ¿Qué más daba?

Preparó fastos y ceremonias que despidieran como es debido a un dios que va a viajar por el país, hacerlo más extenso y traer riquezas, esclavos y ganado, como hizo su padre. La ciudad entera salió a la calle a despedirle, animada por los regalos que derrochó en algunos casos, y en los más, coaccionada por los soldados y jueces.

Esperó unos días. Aprovechó la resaca de las fiestas en honor al faraón, y la desidia en Palacio tras su partida. Todo se relajó, pues nadie mandaba salvo él. Incluso las órdenes reales tenían que ser aprobadas por él. Y la primera vez que se relajaba la disciplina, fue una fiesta para la corte.

Así que no le costó preparar una expedición. Sus hombres de confianza entraron por los antiguos túneles sellados. No le importó romper los sellos, ni violentar a los habitantes de la casa contigua al palacio, donde desembocaba el túnel. Al fin y al cabo, Gul murió por una traición de su hermano. Era justo que alguien pagase por ello.

Entró en la cámara de la reina en la hora en que los niños eran instruidos. Sólo Kauab estaba con ella, puesto que no tenía derecho a la instrucción real; lo había ordenado Keops sólo por la posibilidad de que no fuera su hijo.

Henutsen se volvió hacia él con una sonrisa sincera.

—Kanefer. ¡Qué sorpresa!

—Nos vamos.

—Estupendo. Me sentará bien un paseo por el jardín.

—No, Hen, querida. Nos vamos lejos. Mejor dicho. Te vas tú.

—¿Me llama Keops a su lado?

—No.

—Entonces no comprendo.

—Ya es hora de que vivas tu vida con Mehi.

Silencio.

—Es un sueño imposible. Ya no vivo pensando en él, y desde entonces he encontrado algo extraño, algo que quiere imitar la felicidad sin serlo, pero mejor que el estado en el que me encontraba.

—Es real.

—¡No! No lo es. Llevo media vida pensando en eso. Y ya no me lo creo. Mehi ha muerto.

—No es cierto.

—Lo es para mí. Es mejor así.

—No te creo.

El grito hizo que Kauab se acercara.

—Madre. ¿Estás bien?

—Sí. Sólo hablaba con el tío Kanefer.

El visir se acercó a su sobrino.

—Ya tienes edad para conocer a tu padre.

—Sé quién es mi padre.

—No lo sabes. Y mereces saberlo.

Henutsen agarró el brazo de su hermano. Sus ojos estaban húmedos y el kohl resbalaba por sus mejillas.

—Kanefer. Por favor. Si sale mal, no lo resistiré.

—Si sale mal, todos moriremos. Pero saldrá bien. No he esperado tantos años para planearlo mal. Y siempre valdrá la pena arriesgarse.

—¿Por qué lo haces?

—Porque os lo debo. A padre y a ti. Y a mí mismo. Es mi manera de tomarme la revancha con mi hermano. Él me quitó algo que era mío, y yo le quito algo que jamás fue suyo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Kauab miró a su madre.

—¿Quieres que llame a la guardia?

Henutsen pareció pensarlo, durante tanto tiempo que Kanefer tembló. Secó sus lágrimas y sonrió a su hijo.

—No, mi vida. Tu tío tiene razón. Si todo sale bien, mañana conocerás a tu padre... Y los dos empezaremos a vivir.

HENUTSEN

Año 2.593 a.C.

En un solo instante se alteró tanto que sus manos corrían más que su pensamiento. Tiraba todo cuanto tocaba.

Estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer. Era como si hubiera perdido el control de sus funciones más elementales. Incluso temió orinarse encima, como los niños sobreexcitados.

Jadeaba como si escapase de Seth. Temió sufrir un ataque. Se sentó con las manos temblando sobre su cara y lloró.

Kanefer le tomó las manos.

—No necesitas nada que se pueda comprar. Sólo vístete con ropa resistente y discreta, y lo mismo para Kauab. Que pase el día contigo. Por la noche, un hombre te susurrará mi nombre. Ve con él, sin temor. Yo te esperaré al otro lado del túnel.

—¡No! Por el túnel no. Me moriré de miedo.

—Esta vez no habrá nadie extraño al otro lado. Te lo aseguro. Ya no hay rescoldos que avivar, salvo entre tú y Mehi.

—¿Y mis hijos?

—Me temo que ya no son tuyos. No abandonarán un futuro de poder y divinidad para irse contigo lejos. Además, tu marido no dejaría aldea sin arrasarse a su paso en su búsqueda. Llévate lo que es tuyo. Me parece un trato justo. Tal vez incluso él lo acepte.

Kanefer la besó y salió.

Kauab se acercó y, sin decir nada, la abrazó tiernamente.

—Madre. ¿Quién es Mehi? ¿El maestro de construcción?

—Tu padre. Ya has oído. Tenemos que buscar ropas discretas.

—¿Y cómo viste la gente fuera de Palacio?

Henutsen rió. Su hijo tenía ese efecto balsámico en ella. Se sintió más tranquila.

—No importa. Ya nos procurarán ropas. Vístete. Y ayúdame a mí. Ya estoy vieja y no se arreglarme sin las sirvientas.

Las horas se le hicieron tan largas que pensó cien veces que había pasado la hora del encuentro y de nuevo mil cosas habían salido mal.

Después de tanto tiempo. Y de tanto esfuerzo para olvidarle. Ahora sin más le era regalada una nueva oportunidad.

¿Qué le diría?

¿Habría cambiado?

¿Tendría una vida, como la tenía ella, aunque fuese a su pesar?

¿Su esposa se parecería a ella?

¿Tendría hijos?

¿La aceptaría?

¿Querría escapar con ella?

¿O tal vez estaba tan entregado a su trabajo que se abrazarían, hablarían de los viejos tiempos y luego cada uno volvería a su vida?

Se habría creado tal vez una nueva vida, donde le resultase cómodo pensar que ella no existía ya, que había formado parte de un sueño lejano, un recuerdo extraño y distante, como de otra vida, o de un relato contado por un viejo, acaso cuando era niño.

Ahora tal vez se rebelaría contra la realidad, cuando ésta era peor que la inventada.

Exactamente como ella había hecho.

Se sintió mezquina. Si no fuera por Kanefer, jamás habría vuelto a pensar en verle de nuevo.

¿Aún la amaba?

De nuevo perdió los nervios. Incluso se había limpiado el kohl de su cara porque sabía que no podría controlar el llanto. No había vuelto a llorar desde que Gul murió por ella. Lloró tanto que pensó que quedó irremisiblemente seca para siempre.

¿La encontraría bella?

Mehi había conocido a una niña. Incluso él era apenas un muchacho. Se miró al espejo. No encontraba sino arrugas. Años de infelicidad disimulada.

Había pasado de la cuarentena en una época en que pocos llegaban a esa edad. Se encontraba bien, puesto que nunca tuvo que desempeñar trabajo alguno, salvo el tiempo que fue sacerdotisa de Isis y que ahora recordaba como una bendición.

¿Cómo sería su cara? Imaginaba que su vida no debía haber transcurrido en mejores condiciones que la suya, aunque él no hubiera alumbrado hijos.

Pero había cedido a un chantaje de toda una vida para salvar la suya y la de su hijo. Kanefer se lo había contado.

Toda una vida era demasiado tiempo.

¿No le guardaría rencor por eso? ¿Tal vez por acomodarse y vivir de la manera más fácil con su marido, su propio hermano, mientras él mantenía su integridad moral?

¿No le reprocharía no haberse comunicado con él? Lo había intentado una y mil veces, pero siempre interceptaban sus mensajes y castigaban con crueldad al mensajero, haciéndole saber que su intento era vano. Había terminado por desistir.

¿Tal vez no debiera haberse quitado la vida y haberle liberado de su carga? Quizás encontraría más digno morir que dejarse violar por su propio hermano.

—Madre.

Se sobresaltó.

—Hay un hombre en la puerta.

Gracias a la dulce Isis. Si no venía de una vez... Si no la interrumpía alguien, le hubiera dado un ataque al corazón. No podía pensar más.

Con el alma en un puño, se acercó a la puerta. Un sirviente que no conocía susurró:

—Kanefer. Salid. Rápido.

Salieron corriendo. Había más hombres. Al menos tres más. Pero no vieron apenas nada, pues fueron llevados casi en volandas hasta el túnel.

Cuando vio el agujero sintió el pánico más absoluto. Se encogió como las hojas de ciertas plantas al ser tocadas, temblando violentamente de pies a cabeza y agarrándose a cualquier cosa con tal de no entrar.

—¡Madre!

—¡No puedo!

—Cierra los ojos. Yo te guiaré. No tengas miedo.

Se obligó a cerrar los ojos y a pensar que Mehi estaba al otro lado. Pero no podía moverse.

Apeló a Isis, a Ra, incluso a Seth, para que hiciese más soportable la oscuridad. Pero todo en vano.

Los hombres se exasperaban, exhortándoles furiosamente a que se movieran de una vez.

Henutsen pensó que si algo salía mal, ella misma se quitaría la vida, y apagaría la de su hijo, pues la nueva posibilidad de volver junto a Mehi y separarse del horror maquillado que había sufrido era aún tan lejana como si hubieran de cruzar cientos de túneles como aquel.

Y curiosamente, fue ese pensamiento el que le dio fuerzas. Si algo salía mal, lo peor que le ocurriría sería la muerte. Bajo ningún concepto volvería a Palacio.

El dolor remitió y la sangre volvió a circular por sus venas, liberando la inmovilidad, aunque casi se cayó cuando dio el primer paso; pero su hijo la llevaba firmemente del brazo, y la apremió de nuevo, con cariño pero con autoridad.

Cerró los ojos, pero esta vez sus piernas le obedecieron. Anduvo una vida entera. Y cuando su hijo le tocó la cara y le susurró que abriera los ojos, había luz.

Kanefer la abrazó con fuerza.

—Vamos. Tengo preparada una silla. Iremos por barco. No hay tiempo que perder.

—¿Dónde vamos?

—A buscar a Mehi.

La reina dio un respingo.

—¿Es que no lo sabe?

—No. Lo hubiera echado todo a perder con su ansiedad. Exactamente como tú casi has hecho.

Salieron al exterior. No había nadie en la casa. Montaron a toda prisa en la silla, y corrieron las cortinas. Dentro había unas túnicas grises del lino más basto que Kauab había visto en su vida, pero no protestó.

No tardaron mucho en llegar hasta uno de los muelles comerciales, donde subieron inmediatamente a una barca con aspecto de llevarles directamente al fondo del río. Los hombres remaron con tal fuerza que Henutsen pensó que la embarcación se movería incluso en tierra firme.

Cada codo que le acercaba a Mehi la ponía más nerviosa. Ya no temía que los hombres del rey la llevaran de vuelta. Una vez cruzado el túnel y fuera del palacio, le parecía que estaban a un mundo de distancia.

Le daba un miedo atroz que el hombre al que amaba no estuviera allí; o no la quisiera.

Les dieron de comer, pero no tenía hambre. Se sintió desnuda sin su maquillaje y sus ropas lujosas que la hacían atractiva. Pero al instante se supo mezquina. El Mehi que ella había conocido hacía tanto que dolía, no repararía en su túnica de lino basto.

¿La reconocería?

De nuevo escondió la cara entre las manos.

Pero algo la sacó del trance. Escuchó:

—¿Qué voy a decirle a padre?

Sonrió. De un modo u otro, su hijo siempre la apartaba de sus propios pensamientos, lo que era la mejor medicina. Se dio cuenta de lo egoísta que había sido. Kauab iba a descubrir a su padre. Su vida entera había cambiado en un instante, como la suya. Y era más valiente que él.

Llegaron al puerto. Casi tan grande como el del palacio. Había muchos barcos junto al suyo. De aprovisionamiento de la ciudad de los obreros, de transporte de instrumentos, piedras preciosas e incluso algunos de los tremendos bloques; los usados para las cámaras interiores. No les extrañó.

Sin embargo, cuando pusieron pie a tierra, la lucha se desató de pronto.

Tuvieron conciencia por los gritos de los primeros caídos por las flechas.

Henutsen se puso a temblar. Cerró los ojos y rezó a Isis para que acabara con su vida y se llevase la de los menos soldados posibles, pues no era justo que murieran por ella. Cuando dejase de escuchar señales de lucha, si no resultaba alcanzada por alguna flecha o el filo de una espada, abriría los ojos, buscaría el arma más cercana y se quitaría la vida.

Los gritos de los hombres más cercanos le dijeron que el fin se acercaba. Rezó en voz alta.

—¡Isis, ayúdame!

Ruidos de armas.

Gritos y amargos lamentos cuando alguien resultaba herido. Sentía cada gemido como si fuera ella quien recibiese los golpes, y en su imaginación, todos los caídos eran sus hombres.

Pero no podía abrir los ojos.

Tenía mucho miedo. Más que nunca antes, pues ya no era la única en soportar las consecuencias. Tal vez si los mantenía cerrados, la muerte la encontrase.

Tal vez despertase en Palacio y todo fuera un sueño.

Tal vez...

Los ruidos cesaron.

No más combate.

La suerte estaba echada.

Pero se negaba a abrir los ojos.

Una risa.

Una risa conocida.

Abrió los ojos.

Meritfefes.

Miró su rostro. Aún era bella, pero arrugas de odio surcaban su cara y la mantenían tensa, angulosa y firme, aunque le daban ese aspecto feroz de desequilibrada que daba tanto miedo.

Ella sonreía como si al fin hubiese accedido a la divinidad.

—Sabía que tarde o temprano esto pasaría. Ha valido la pena esperar. Al fin volveré a ser reina... Y diosa. Y tú morirás. Todo volverá a ser como debería.

Se acercó a ella. Tenía un cuchillo en su mano.

Pero a Henutsen ya no le daba miedo. Ni siquiera la odiaba. Recibiría a Osiris casi con dicha.

Un ruido seco.

Un gemido.

Un ruido sordo de un cuerpo al caer.

Un silbido.

Un grito breve.

Otro cuerpo que cae.

Una sucesión de cuerpos que caen bajo respectivas flechas.

Todo pasó tan rápido que apenas fue consciente. Sólo vio el brillo en las manos de Meritfefes.

El cuchillo.

Cerró los ojos. Aceptaba su destino y daba las gracias a Isis, pues era exactamente lo que le había pedido. Si no podía reunirse con Mehi de nuevo, no quería sino morir. Cuanto antes mejor. Tanto le daba que fuese ella como cualquier otro.

Un silbido.

Un gorgojeo.

Un ruido extraño.

Abrió los ojos.

No vio nadie alrededor suyo.

Hubo de bajar la vista.

El cuerpo de Meritfefes se retorció en el suelo. Una flecha le atravesaba la garganta. No tardó mucho en morir.

Lo siguiente que sintió fue el abrazo de su hijo. Había temido que hubiese resultado herido o muerto.

Kanefer apareció, cubriendo una herida en su brazo.

—Tranquila. No es grave.

—¿Quién...?

Unos hombres aparecieron. Destacaban por sus músculos abultados... Y su piel negra. Uno de ellos se acercó. Le acompañaba un hombrecillo de aspecto frágil, pero de mirada tan profunda que daba miedo.

Fue el negro quien le habló; aún empuñaba el arco cuya flecha había acabado con la infame Meritfefes.

—Mi nombre es Kemet. Y tenía una deuda pendiente con vos y con mi amigo y jefe Gul.

—No os conozco. Pero os agradezco profundamente que hayáis salvado mi vida. Estoy en deuda con vos.

Kemet se acercó. Tomó su mano y se arrodilló ante ella, visiblemente emocionado.

—No hay más deudas. Fui el segundo de Gul. Y por mi error, esta mujer descubrió el uso de los túneles con los que medró y causó la muerte de mi amigo, vuestra desgracia y mi eterna vergüenza. Intenté sacaros de Palacio antes, pero el faraón sabía que quedábamos muchos de los nubios que sobrevivimos a la caza, y nos resultaba muy difícil movernos pasando desapercibidos. Trató de capturarnos durante muchos años y nos diezmó, pero la promesa de un nubio es poderosa, y Gul os prometió que os ayudaría.

—¿Cómo nos habéis encontrado?

—No podíamos organizar una red de espías que nos alertara, así que hicimos lo más sensato.

—Vigilarla a ella.

—Exacto. Sabíamos que nunca dejó de espiar, incluso a pesar de perder el favor real. Siempre pensó que lo recuperaría el día que os diese caza, y por eso mantuvo su red de informadores alerta, a pesar de lo caro que le supuso. Por eso no dijo nada a su marido, el soldado Memu.

—Pues habéis sido de gran ayuda. Gracias.

—Mi tarea no termina aquí.

—¿Y qué más podéis hacer por mí?

—Completar lo que os ofreció Gul. Yo ocupo su lugar ahora. No podía volver a mi país sin terminar la misión que él comenzó. Incluso entonces, mis dioses me juzgarán con dureza.

—¿Queréis llevarme a Nubia?

—A vos y al constructor Mehi. Esa era la misión. Sólo allí estaréis seguros.

—El faraón me buscará.

—No si no sabe dónde hacerlo. No hay rastro de nuestra presencia, y de hecho, sólo yo estoy al descubierto mostrando mi piel oscura. Me esconderé de nuevo en mi barco y no volveré a salir a la luz del sol hasta que estemos en Nubia.

—¿Y Mehi?

—Id a buscarle. No temáis, pues nadie más sabe ya que estáis aquí.

El hombrecillo se adelantó tras trastear en el cadáver de Meritfetes, donde puso algo. Se dirigió a sus hombres.

—Llevadla a casa de Memu y dejadla en su puerta, de noche. Tened cuidado de que no despierte. Es un luchador temible.

Se acercó de nuevo a ellos. Su piel era blanca como la leche, y su mirada oscura como la noche.

—Yo también os acompañaré si me lo permitís. Mehi se alegrará de verme.

—¿Quién sois vos?

—Mi nombre es Harati. Es mi único amigo.

—¿Y cómo...?

—Mehi me pidió zanjar una deuda y pusimos fin a nuestra amistad. Me dijo que buscase a Gul, y encontré a su segundo, Kemet. Me costó mucho tiempo ganarme su confianza.

—¿Y ya habéis zanjado esa deuda?

—En realidad, esto no forma parte de ella. No quiero perder su amistad. Os lo contaré todo. —Sonrió—. Tenemos tiempo.

Dejaron a Kauab con Kemet en el barco. Henutsen y Kanefer tomaron dos caballos y, acompañados por algunos soldados, galoparon a toda prisa hacia la ciudad de los constructores, sin hablar.

Henutsen no había visto la llanura de Guiza hacía ya años, y lo que vio le impresionó profundamente.

Aquello era una monstruosidad digna del carácter loco de su hermano. El monumento a la crueldad y a la locura.

Las proporciones eran tan tremendas que la asustaban. Se veía que iba a ser grandiosa, pues a medio construir ya era más alta que cualquier cosa que conociera.

Sólo las rampas eran una construcción tan fabulosa que resultaba impresionante el montón de tierra en torno al cuerpo central, del que sobresalían las puntas del conjunto de las cámaras interiores.

Se imaginó aquel volumen de piedra, aquel trabajo, aquellos obreros, los medios puestos en obras de ingeniería como las que su padre sufragó. Era cierto que también se construyó no una, sino dos pirámides, y que en total superarían el volumen en piedra de aquella, pero antes había dotado al país de obras similares en cuanto a capacidad. Lo que cambió fue que los mismos medios que puso en construir canalizaciones, acequias, muros de contención, caminos, templos, casas de vida, barrios de trabajadores, casas y asociaciones de campesinos, más tarde fueron puestos para su pirámide, y el pueblo lo hizo con gusto por el rey que tanto les había amado.

Pero aquel monstruo fue comprado con el dinero del país, con el grano, el hambre y el egoísmo. Hasta había prostituido a su entonces primera esposa y había amenazado con hacer lo propio con ella misma si no cambiaba su actitud.

Por eso, donde la pirámide roja le parecía bellísima, aquel engendro le parecía horroroso. Por lo que significaba y por el demonio que albergaría.

Incluso se sentía acongojada por el peso de toda la infelicidad que la pirámide había causado.

Incluso aunque Mehi consiguiera que aquella pirámide fuese perfecta para conseguir la divinidad, Henutsen creía que jamás le haría un dios, puesto que todos los campesinos aún murmuraban el nombre de Snefru cuando sembraban o cosechaban, para revivirle.

Ese sí era el medio, en su opinión, para divinizar a un rey. El recuerdo del pueblo y los pequeños templos y mesas de ofrendas en su honor por doquier, hasta en la más mísera de las casas circulares de adobe.

Aquella pirámide no haría divino a Keops.

No sabía de arquitectura. Apenas tenía nociones de astrología, aunque conocía perfectamente las relaciones de la cosmogonía heliopolita, y Kanefer le había explicado lo poco que sabía.

No. Ella entendía de sentimientos y de la energía que desprendía esa barbaridad. No era una energía positiva. Si le hacía dios, sería un dios oscuro y malvado, peor que Seth.

Pero los pensamientos se evaporaron cuando Kanefer paró frente a una pequeña mansión. Él y Harati entraron. Ella no podía moverse y se quedó en la entrada, esperando fuera, con los nervios a flor de piel.

No quería pensar, porque sabía que se desmayaría. La entrada de la casa estaba lejos. Había un amplio jardín seco y yermo, lleno de piedras y pequeñas pirámides abiertas y agujeros, que sólo se podía cruzar sin caerse por un camino, en el que tenía la mirada fija.

Esperó con la mente vacía, agarrándose las manos para evitar el temblor.

Al fin salió.

Una pequeña figura lejana, corriendo como un niño. Tropezó y trastabilló, aunque no llegó a caer. Ella rió nerviosa, reconociendo al muchacho que la enamoró, aunque con un paso más limitado que le dijo que el tiempo había pasado con dureza.

Corrió a lo largo de todo el camino. No se detuvo hasta que unos pocos codos les separaron lo justo para intentar reconocer la cara del otro. Paró a recuperar el resuello, sin dejar de mirarle.

Parecía dudar, preguntarse cosas. Seguro que las mismas preguntas que ella se había hecho tantas veces en tan poco tiempo. Parecía tener miedo de moverse un ápice, de que aquello fuera un sueño, de que no fuera ella, de que no le quisiese, de que sólo fuese una visita de cortesía, de que alguien les sorprendiese...

Ella se acurrucó bajo la túnica. De repente tenía mucho frío. Él caminó unos pasos más.

Sonrió al ver su cara. Aquella sonrisa pícara de niño travieso. Aquellos ojos francos.

Henutsen vio sus ojos del color de la miel hablarle sin palabras. Aquellos ojos que la hechizaban.

Volvió a ser la chiquilla asustada tras una columna del templo de Isis.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sonrió de nuevo, tan francamente como sus ojos, donde, si te dejabas caer, ya no existía el paso del tiempo.

Y ya no tuvo más dudas.

MEMU

Año 2.593 a.C.

Había sido insultantemente fácil acabar con el escriba. Ni siquiera había disfrutado machacando sus huesos a golpes. No le hubiera hecho falta ni la maza. Con su puño desnudo lo hubiera hecho igual. Le quedaba tan poca vida, que tal vez con el primer golpe ya murió. Pero, al igual que en la cama, en la guerra no podía parar cuando debía hacerlo.

Fue fácil. Sólo tuvo que seguir a los nubios que quedaron en Menfis. Hubiera podido prenderles y ejecutarlos por prófugos. Incluso tal vez hubieran podido hablar bajo tortura. Seguro que muchas conspiraciones se hubieran ahorrado. Se decía que no todos los nubios que sobrevivieron volvieron a sus tierras, incluso a pesar de la estricta orden de búsqueda y captura y las sucesivas recompensas ofrecidas.

Había sido su última batalla. Desde entonces, sólo había servido a las órdenes del faraón como su asistente, su general y su guarda.

Como era Gul para Snefru. Sin apenas trabajo.

Había pedido al faraón un retiro dorado, pues era ya muy viejo, y su mente era más lenta. No se sentía con fuerzas para controlar la seguridad del faraón, y aunque era imposible atentar contra él, entrenó a un cuerpo especial para servirle antes de retirarse.

Vivió con Merittefes cuando el faraón se la entregó, después de subastarla entre los nobles para financiar la construcción de su pirámide. Pasó por la cama de tres o cuatro viejos que apenas la tocaron, pues ella tenía aún artes para que la vieran como la diosa que era.

Había temido que muriera aquella noche que Keops le dejó su cuerpo tras matar al nubio. Al principio no se inmutó, pero cuando él comenzaba a exasperarse, ella se movió debajo de él. Al principio tímidamente, incluso sorprendida de que un poco de dolor pudiese causarle gozo...

Pero al poco, descubrió un placer que jamás había conocido, y sin el que no podría volver a vivir.

Era, sin duda, la mujer de su vida.

Aquella noche, muchos médicos cuidaron de que no muriera. Y comprendió que quería conservarla. Que debía medir su fuerza, ahora que había encontrado a alguien que sí apreciaba sus artes amatorias.

Ella no quiso verle durante un año entero, pero el placer que encontró aquella noche era como una droga, y volvió a él.

No le importó que el faraón la vendiera a los nobles para obtener dinero, pero cuando sacó una buena fortuna de su cuerpo, le pidió que se la diese para siempre. Apenas se veía ya joven y sus movimientos ya no tenían aquella gracia infantil gatuna. El rey no la quería, y entre la corte era una puta. Sólo él la quería como mujer.

Y se la dio.

Y ella vivió bien todos aquellos años con él, una vez domado aquel fuego y encontrado el punto de equilibrio en que los dos gozasen sin que el dolor pudiese causar secuelas.

Pero la zorra, la hermana del faraón, su propia esposa, había huido con el hijo del constructor. Y antes de irse, se vengaron de ella.

La encontró muerta en la puerta de su propia casa. Una flecha le atravesaba la garganta. La mueca de su cara era una máscara de horror. Acarició su rostro dulcemente, intentando componer un gesto que le dijera lo que la amaba. Pero la carne estaba rígida. No pudo ni cerrar los ojos, que le miraban acusadores clamando venganza.

Examinó el cuerpo.

Habían puesto entre sus brazos un pequeño rollo de papiro, teñido del rojo de su sangre.

No había llorado nunca jamás. Ni tan siquiera las veces que tan cerca estuvo de la muerte, ya fuera en combate, de hambre, por exceso de licor...

Pero aquello era lo peor que le habían hecho nunca.

No se creía capaz de querer a nadie, y a nadie había querido... O al menos eso pensaba, hasta que la encontró.

La falta de ella le afectaba como si le quitasen el aire. Había envejecido veinte años en un instante. Le dolía respirar. Pensaba que le resultaría más fácil rendirse y dejar de hacerlo. Tumbarse en su lecho y recordar su rostro y sus caricias, hasta que la muerte le encontrase allí. Ella le esperaría y recorrerían la eternidad juntos. Osiris sería indulgente con él, pues había prestado un buen servicio a dos faraones. Y ella había dado placer a dos faraones. No podían negarles la felicidad, ahora que la habían encontrado.

Pero no podía abandonarse. Tenía algo que hacer.

Vengarse.

Era un soldado. Los soldados vengan las muertes de sus compañeros. ¿Cómo no iba a vengar a la única persona que había querido? Muchas le habían

dado placer, aún en sus últimos instantes de vida. Pero sólo aquella le había amado.

Encontraría a su asesino y le mataría cien veces.

Se obligó a encontrar la fuerza para seguir respirando, tomar las viejas armas medio oxidadas, vestirse como un guerrero con la dificultad de sus kilos de más, y reunir a cuantos mercenarios pudo.

Lo primero fue hacer llamar a un escriba, al que pagó una enorme suma.

—¡Léeme esto!

—Es un manual para la creación de cerveza.

El escriba sintió miedo. Y alivio a la vez.

—No hace falta que leas más. Puedes irte.

—Pero...

—Cobrarás. Vete.

Su memoria no era la misma desde hacía años. Nunca fue buena, en verdad.

Y sin embargo, recordó en un instante la misma expresión de incredulidad del escriba que recibió una fortuna por una cosa tan simple.

En el faraón Keops.

Cuando abrió el arcón donde se hallaban los supuestos papiros de Imhotep que él buscó durante media vida por orden de Uni.

Pero él mató a Uni. ¿Quién más sabía...?

La respuesta acudió a él, al instante.

Harati.

Era una señal. Una cita. Le estaba citando donde comenzó todo, hacía una vida.

En aquel malhadado pueblo donde comenzó la misión. Donde acabó con la vida de la mujer del campesino.

Una mujer que merecía morir mil veces. La única víctima por la que Osiris le felicitaría en vez de juzgarle. Y sin embargo, aquel rascatierras quería vengarse.

¡Pues él también quería vengarse!

Recordó la promesa de Uni que tanto le asustó en su momento. Su venganza llegaría. Tal vez era una trampa. Esperaban que fuera allí.

¿Por qué no? Si ya no quería vivir... Pues vería qué ocurría.

Sería su última aventura.

HARATI

Año 2.593 a.C.

Había pasado mucho tiempo entre los oscuros.

Al principio, no deseaba sino salir, pero se quedó. Tenía mucho que aprender, y sabía que sin duda desarrollaría las artes que durante tantos años aprendió, aparte del trabajo de embalsamamiento y las conversaciones con el sacerdote que templó su alma y sus ansias de venganza. Él le enseñó que es un manjar que se ha de tomar frío, que no importan los años que pasen. A veces la venganza no aporta ningún placer, pero es necesaria.

Pensaba en ésta como algo personal, algo suyo, pero cuando un escriba le llamó, comunicándole la muerte de Uni y su testamento, en el que le dejaba una fortuna, la idea de vengarse no fue sólo patrimonio suyo.

Había conocido a Uni en todas sus etapas, y aunque no le apoyó en su locura, siempre le quiso como la persona justa que era. Le daba dinero para que volviese a hacer de su pueblo lo que había sido, y le encargaba su venganza.

Lo había preparado todo con esmero.

La primera vez que había visitado su aldea había supuesto una de las peores experiencias de su vida debido a los recuerdos que le asaltaron.

Pero aquel no se parecía en nada al pueblo en el que vivió tantos años de felicidad inocente.

Entró caminando. Había dejado atrás su caballo y a sus hombres. Era una aldea mísera. Uni cumplió su palabra. Llevó al pueblo la misma pena que le habían causado a él. Casas derruidas, despobladas, apenas unas cuantas casetas de adobe desperdigadas entre campos secos. No había hombres que los trabajasen, ni semillas que plantar.

Las viejas acequias estaban anegadas de tierra y serpientes. Recuperar lo que un día fue llevaría mucho trabajo.

Entró en su vieja casa, que él mismo había ayudado a construir cuando era apenas un muchacho. Se caía de vieja por la falta de cuidados.

Recordó con dolor cuánto le gustaba cuidar sus jardines, que habían sido su afición más grata. Flores de varios tamaños y colores, elegantes lirios y crisantemos mandrágoras, cuyas flores eran símbolos de amor, bellísimas flores

del venerado loto, cuyas raíces se comían asadas o hervidas y con cuyos granos se hacían unos dulces que se repartían en la fiesta de la cosecha...

Paladeó durante un instante aquellos tiempos felices hasta que rememoró la ceremonia de fecundidad en que yació con su esposa en el fango por última vez, antes de que comenzaran todos sus avatares.

Aquel no era ya su pueblo. Le dolía cada paso que daba. Llamó a una casa, pidiendo agua. Le recibieron con malas caras y le negaron la hospitalidad más básica. No le reconocieron. Identificó sus campos, cuarteados ahora por la sequedad. No. No se quedaría allí, porque los que hicieron de aquel pueblo un lugar donde Uni hubiera deseado volver como si nada hubiese pasado, eran las personas que antes lo moraban, no las casas ni los campos.

Sabía que en cada persona hay muchos espíritus, y el ka de un ser como Nefret podía alterar la voluntad y el carácter de todo un pueblo, anulando la bondad y exacerbando lo peor de cada uno.

En eso le daba la razón a Keops. Ya nunca confiaría en las personas como había hecho entonces, dándoles la tierra y el trabajo en régimen de cooperativa, compartiendo el sudor y los frutos.

Había vuelto a la capital, rastreando en busca del nubio llamado Kemet. El mismo Rahotep se lo aconsejó.

Y pasó mucho tiempo hasta que se ganó su confianza, pues ya no parecía aquel joven ingenuo de antaño. Permaneció con él, esperando la oportunidad mientras hacía los preparativos de su venganza.

Así que, cuando todo ocurrió, se vio como un espectador y se sintió muy mal.

Por eso decidió que quería volver a ver a Mehi y recuperar su amistad.

Se iría con Mehi y Henutsen a Nubia, si le aceptaban. Allí sí fundaría un pueblo y se comportaría como el patrón benévolo que había sido, pero sin la ingenuidad de antaño. No debatiría en exceso e impondría la disciplina razonable a la fuerza.

Tenía mucho que perdonar a Mehi, y éste, a su vez, le tenía que perdonar muchas cosas. Pero serían amigos. No con la pasión de la amistad infantil, pero sí con la fuerza serena del que ha visto tanto y tan importante en su vida, como el Nilo mismo.

Pero se había despedido de ellos. Tenía algo muy importante que hacer antes de abandonarse a una vida en calma como una barca atada al Nilo.

Y volvió al pueblo.

En realidad había regresado varias veces, hasta que la casa quedó acondicionada para su propósito: recibir a Memu.

No tardó mucho. Apenas trajo unos hombres, pues había comprado a los que su adversario intentó comprar primero para que le abandonaran. Y los que trajo no

eran sino la escoria que se vende por licor, exactamente como había sido Memu cuando Uni le encontró.

Acamparon unas horas antes de entrar en combate.

No eran buenos soldados, pues una guardia se hace responsable de la vida de todos los demás...

Y no despertaron ya.

Memu lo hizo solo. Harati no le vio, pero imaginó su reacción. Vio su cara crispada, sus ojos abiertos, su mueca de rabia y el miedo en su cuerpo.

Pero su voluntad era firme.

Le esperó en la puerta de su casa. Cuando le tuvo a unos codos, le saludó.

—Hola, Memu. Ha pasado mucho tiempo.

—Pero no el suficiente para que olvides.

—No. Tú tampoco olvidaste a Uni.

—Obedecía órdenes del faraón.

—Tú siempre has tomado las órdenes por el lado que te interesaba.

—Pero siempre he cumplido.

—Pues cumple de nuevo.

El gigante avanzó hacia él. Harati cruzó con toda tranquilidad la sala más grande de la casa, totalmente a oscuras, hasta la puerta del fondo, donde se situó.

Memu entró. Cruzó la sala. La puerta se cerró a sus espaldas.

El viejo soldado escuchó un grito:

—Sitúate en el centro de la sala.

—¡Haré lo que quiera!

—Como quieras, pero las serpientes están despertando.

Dio un tirón de una sogas que sujetaba unos cortinajes que habían contenido la luz, que inundó ahora la sala.

Memu dio un grito de terror cuando contempló a cientos de serpientes por toda la cámara, salvo un estrecho pasillo por donde Harati y él habían pasado.

—En el centro de la sala hay un círculo donde no entrarán. Ahí estarás a salvo.

—¿Qué es esto?

—Heká. —Harati sonrió—. Y unos extractos de plantas que repelen a las serpientes. A lo mejor no me hubiesen mordido sin las fórmulas mágicas, pero cualquiera corre el riesgo... ¿verdad?

Memu se situó en el centro, mirando hacia todas las direcciones.

En efecto, las serpientes despertaron de su letargo, irritadas por la droga administrada. Se movieron ansiosas hacia él, pero algo las contuvo a un par de codos alrededor suyo.

—Vas a tener tiempo de pensar el mal que has causado en toda una vida.

—No te tengo miedo. Ven y acabemos con esto.

—Jamás se me ocurriría. Ni yo mismo soy capaz de controlar a tantas serpientes a la vez. ¿Sabes?, le he dado muchas vueltas a cómo me vengaría de

ti en nombre de Uni y en el mío propio. Un amigo me aconsejó que lo hiciese de manera impersonal, pues tan asesino es el que mata por venganza como por necesidad o por orden, y eso no me haría sentir mejor. He aprendido mucho entre los oscuros. Podría haberte matado de maneras tan horribles que excederían incluso el castigo que mereces, pero no quiero acabar como Uni. Así que recordé que en esta casa, en los tiempos felices, tenía una vieja cobra desdentada. Me servía para espantar a los ratones e insectos, y su sola presencia mantenía asustados a los intrusos, por mucho que su mordedura apenas provocaba una hinchazón y un par de días de fuerte dolor. Le tenía cariño a esa serpiente. Representaba la salvaguarda de todo lo que había conseguido. Me costó mucho comprarla, pero me dio más de lo que pagué por ella, pues me gustaba verla unos minutos al amanecer, mientras pensaba lo afortunado que era.

Memu gritó, fuera de sí.

—¿Me vas a contar una puta historia?

Harati sonrió y continuó:

—Curiosamente, la serpiente murió, y aquel pareció ser el principio de todos mis males. Así que pensé que era justo ponerme en manos de la diosa serpiente de nuevo, encomendar mi felicidad a ella y no volver a dejarla de lado cuando tan bien me protegió en su momento. Por eso aprendí a tratar con ellas. No es tan difícil cuando un nubio te enseña. Hay maneras de cazarlas sin que se violenten. Te sorprenderías hasta qué punto se puede ser su amigo. Y su veneno no sólo sirve para matar. En Nubia lo usan como medicina, en dosis muy pequeñas. En verdad es una diosa bondadosa. Y como tal, hay que rendirle culto.

—¿Qué quieres por librarme de esto? ¡Te daré lo que desees!

—Tienes unos días hasta que el efecto de las plantas se disipe en la tierra. Además, las serpientes se pondrán muy nerviosas cuando sientan hambre. No te preocupes por su veneno. No son muy venenosas, aunque sí violentas.

—No te tengo miedo, ni a ti ni a ellas. Me quitaré la vida antes de que una me toque.

—Pues no hay más que hablar, Memu. Te veré en la otra vida, o quizás en esta misma, en alguna forma no humana, pues me temo que mi corazón no sea muy liviano. Quizás en forma de serpiente. Adiós.

Harati cerró la puerta. Pagó a los hombres y se dirigió al Nilo. Un barco le esperaba. Ya era libre.

MEHI

Año 2.593 a.C.

En verdad iba a ser una construcción magnífica. Estaba orgulloso. Si las instrucciones de Rahotep eran ciertas, Keops sería un dios, aún sin merecerlo.

Ya habíamos terminado el templo interior, el conjunto que albergaría todas las estancias que el caprichoso rey quiso, y que tanto retardaron el conjunto.

Los canales entre la piedra, que llevarían el alma del difunto hacia las estrellas, estaban limpios y pulidos. No podía saber hasta qué punto eran rectos, pero confiaba en que servirían a su propósito. Tales piedras fueron ensambladas a la perfección para que el conducto destinado al viaje del Ka fuese uniforme, recto y liso. Se medían y construían especialmente, y para ensamblarlas se seguía el procedimiento habitual, salvo la calibración del resultado final. Si la diferencia era mínima, se limaban los bordes del conducto con una vara metálica, hasta hacerlos coincidir. Luego se limpiaban con agua, que se recogía en la cámara correspondiente, midiendo así si se filtraba por las juntas. Debía llegar a la cámara la misma cantidad de agua vertida por el conducto. Tan perfecta debía ser la unión.

Toda precaución era poca, y se habían ideado muchas formas de evitar que la morada fuera profanada. Una enorme galería estaba destinada a almacenar tres inmensos bloques de granito, que obstruirían el corredor tras el funeral del faraón, aunque se desechó esta idea, construyendo la cámara superior y la antecámara con su propio sistema de bloqueo, que ofrecía suficiente seguridad a la cámara superior.

Las cámaras de descarga se calcularon hasta el último detalle para evitar problemas de absorción de empujes indeseados, como en la pirámide de Huni.

Sólo faltaba pues revestir el interior y el exterior, rellenarlos con material de desecho allí donde las hiladas de piedras se juntasen, y continuar levantando hiladas de la pirámide hasta terminarla.

Por suerte, el retraso con los bloqueos había servido a los canteros y talladores para trabajar con un poco más de tranquilidad, con lo que prácticamente tenían los bloques listos hasta casi las últimas hiladas, de modo que no se tardarían muchos más años a ese ritmo.

Al principio me había preocupado mucho, pues la ciudad de los constructores no respiraba la misma alegría que conoció en la pirámide roja. Los métodos de control de los obreros no eran los mismos, por mucho que impusiera disciplina. Keops enviaba su propia policía, y el que aminoraba el ritmo o no empujaba lo suficiente, era azotado. Las raciones eran menos abundantes que en tiempos de Snefru y no existía el mismo entusiasmo que atrajo a tanta mano de obra en su día. Ahora eran obligados como servicio al faraón. Pagados y alimentados, pero obligados como parte de su deber religioso, del mismo modo que en muchos lugares la formación militar era obligatoria, y sus protestas calladas a golpes de látigo y bastón, cuando no algo peor.

Apenas me habían dejado ver a Kauab, y no tenía noticia alguna de Henutsen. Se decía que le había dado ya tres hijos al faraón, y que éste la tenía en muy alta estima, hasta el punto de apartar a su primera esposa, Meritfefes, que tanto placer había dado al viejo Snefru, por lo que se decía que Hen debía ser especialmente buena en la cama. Este comentario me mortificaba especialmente, e incluso llegué a pelearme alguna vez al escucharlo de voz de algún obrero lenguaraz.

Había continuado la construcción a pesar de que Keops había incumplido su parte del trato. No había sabido qué hacer, así que dejé que la rutina del trabajo fuese la única conciencia real en mi vida, pues nada más me importaba ya.

Me gustaba mantener la mente ocupada y pensar que así protegía a Hen y a su hijo. Mi hijo...

Y no podía negarlo: era un constructor. No podía hacer nada más. No sabía hacer nada más. Aquella pirámide era lo más importante en mi vida. Me daba igual el fin que persiguiese. No era ya asunto mío.

El dolor que sentía era un rescoldo, unas brasas que quemaban si las agitaba, pero que no hacían daño si las dejaba reposar. Incluso podía ya poner la mano encima de las heridas causadas por el látigo.

Escuché un pequeño revuelo y Kanefer entró por sorpresa, sujetándose el brazo herido, manchado de sangre.

—¿Qué ocurre?

Tras él entró Harati. El semblante tan serio como le conocía ya hacía muchos años, cuando nuestra amistad se había corrompido.

Yo me quedé mirándole sin saber qué hacer, mudo de la sorpresa. Se limitó a sonreírme levemente.

Sin hablar.

Si no fuera por su sonrisa, hubiera pensado que venía a vengarse de mí, y me sentí profundamente avergonzado por la manera en que le había tratado, apelando a una deuda que jamás había existido. Bajé la cabeza.

Tuvo que ser Kanefer quien rompiera el silencio.

—Keops se ha ido.

Me encogí de hombros. Podía irse al infierno.

—¿Y qué?

—Te hemos traído a Henutsen.

La impresión fue tan fuerte que mi mente se quedó en blanco, como un desierto yermo. Pasé unos segundos totalmente desorientado. Parecía que me hablasen de cosas que tuvieron lugar en otra vida y me costase recordar.

Sentí que me sostenían, y durante unos segundos todo dio vueltas a mi alrededor. Me encontré sentado en el suelo, asistido por el gran visir y el amigo perdido.

—¿Que habéis traído a...?

—Sí.

No podía ser cierto.

—Espero que no sea una broma. No lo...

—No lo es. Es cierto.

—¿Dónde?

—Está fuera, esperándote.

Mi mente pareció buscar algo a lo que agarrarse, pues tenía miedo de repente. Un miedo horrible a abrir la puerta y enfrentarme a la felicidad y perderla de nuevo.

—¿Y la pirámide?

Los dos se miraron. Debían preguntarse si estaba loco.

—Que la termine Hemiunu.

—Sí. Sabe hacerlo. Tiene escribas que le informan...

—¡Mehi!

Parecí despertar de algún sueño. Estaba en trance.

—Sí.

Me miraron. Volvieron a mirarse entre ellos. Yo reaccioné. Recordé lo que les había traído aquí.

—Debo ir fuera. Me espera.

—Sí.

—Sí.

Pero no podía moverme. Harati me sacudió.

—¡Vete de una vez!

Busqué las fuerzas que movieran mis piernas. Me sentía viejo, y lo era. Tenía casi cincuenta años, y aunque me conservaba muy bien y no llevaba a cabo trabajos pesados, el alma a veces pesa en vida tanto como tras ella.

Pero apenas podía moverme.

Crucé el umbral. Al fondo había una silueta envuelta en lo que parecía una capa gris. En tiempos la hubiera visto desde muy lejos, pero ahora mi vista no era tan buena.

Caminé lentamente mientras fui divisando más claramente su silueta, las formas de su cuerpo... Su pelo... Su cara...

Y su sonrisa tímida.

Sus ojos bañados en lágrimas.

No pude controlarme más. Eché a correr como un niño, con el corazón luchando por escapar de mi pecho y mis pulmones castigándome por un esfuerzo tan repentino.

Tuve que pararme a unos codos de ella, pues me iba a dar un ataque. Luché por recuperar la respiración jadeante que no podía controlar, amenazando con reventarme como a un caballo en la batalla.

Levanté mi cuerpo de la postura doblada que mis pulmones me habían obligado adoptar.

Y allí estaba. No era un espejismo. No era un sueño.

El tiempo retrocedió muchos, muchos años. Vi a una niña con sus ropas bastas y raídas del templo de Isis.

Sonreía como una chiquilla feliz.

Corrió hacia mí y me abrazó, besándome mil veces.

—Ven. Tu hijo también quiere abrazarte como padre.

KEMET

Año 2.590 a.C.

Honró la memoria de Gul cuanto pudo. Repitió su nombre y ofrendó en su honor, según las viejas y las nuevas creencias.

Había vivido tanto tiempo con la vergüenza, que ésta condicionó toda su existencia.

Si en cualquier ejército la fidelidad es obligación, entre los nubios el vínculo era más estrecho si cabe. Y a eso había que añadir la especial relación con su general. Habían sido más que hermanos. Su mentor... su segundo padre.

Y le había traicionado por una fuerza tan deplorable como el sexo. Contó a aquella arpía muchos de los planes de Gul y del Rey, le mostró los túneles... A punto estuvo de morir de vergüenza cuando el viejo Snefru fue atacado en su visita a su pirámide; sabía positivamente que él era el culpable.

Y le abandonó.

Por mucho que fuese él quien se lo ordenara sin equívoco, era algo que trascendía los límites de la disciplina militar, y por lo tanto, no debía haberle hecho caso. Pero lo hizo, y ahora vivía con la pena y la vergüenza.

Cuando Gul murió, se abandonó, hasta que recordó que tenía a hombres bajo su mando. Y debía vengar a muchos otros que cayeron con su general.

Lo primero que hizo fue reconocer su felonía ante sus hombres y esperar su castigo. Les habló con palabras sinceras. Les rogó que le mantuvieran vivo, pues había contraído una deuda con Gul y con aquellos con los que éste, a su vez, se había comprometido. Una vez cumplida la deuda, él mismo se entregaría a la justicia o se daría muerte por su propia mano.

Curiosamente, y tras una larga deliberación, los hombres le siguieron. Le dijeron que accedían a su petición por saldar las deudas, por ayudar a los nubios a salir de Egipto y volver a su país, porque aún confiaban en sus dotes como general, segundo de Gul, porque ya habría tiempo de hacer justicia... Y porque no había ni uno de ellos que no hubiese dejado de caer en el mismo pecado.

Escondió a los hombres, compró confianzas, mandó a muchos a Nubia para forjar la vuelta de los demás y crear un nuevo orden político en el que los

veteranos tuvieran el protagonismo que merecían. Todos volvieron a sus pueblos y sólo tomaron el oficio de espías en Egipto bajo servicio voluntario.

Menos él. Fue el único que se quedó por entero. No se permitiría volver hasta que tuviera la conciencia, si no tranquila, pues Gul nunca le perdonaría, sí aliviada en cuanto a los terceros. Así, celebró el momento en que Kanefer por fin se decidió a ayudar a Henutsen, como sospechaba. Lo había preparado todo para ser él mismo quien lo hiciera, ahora que el faraón estaba fuera, pero fue mejor así, pues expuso menos a sus hombres y pudo dedicarse a controlar mejor a Meritfefes. Sabía que intentaría cobrarse venganza. Eran muy parecidos. Ambos podían convertir una idea en obsesión durante años. En el caso de ella, la venganza. En el suyo, la justicia.

Así que siguieron a distancia la comitiva con los prófugos. Pero incluso a ellos les sorprendió la celeridad del ataque de los hombres de Meritfefes. Temió que el mismo Memu les comandase, pues era un adversario digno de respeto.

Pero estaban bien apostados en barcos cercanos a ambos lados, y aunque corrieron el riesgo de herir o incluso matar a alguno de los que debían proteger, sus arqueros eran certeros, y él mismo disparó la flecha que acabó con la vida de la gata cuando estaba a punto de matar a la reina.

Cuando vio la flecha asomar por su garganta, sintió un jadeo. Algo clavándose a su vez dentro de él y matando una parte de sí mismo.

No había conocido mujer como aquella. Le había regalado su cuerpo y una enfermedad, pero a través de sus silenciosas y exhaustivas sesiones sexuales sin palabras, le había entregado algo más.

Tal vez la llave de la felicidad.

Lamentó el hecho de que si la hubiera conocido en otras circunstancias hubiera podido ser la mujer de su vida, y en cierto modo lo fue, pues ninguna otra marcó su existencia como ella. Pero le tocó ser escogida en contra de su voluntad como concubina del faraón en su expedición a Nubia, exactamente como a él mismo. Y ambos sobrevivieron como pudieron.

No sólo había fallado a Gul. Quizás si hubiese permanecido junto a ella la habría salvado de su propia codicia, pues sabía que, del mismo modo, él le había entregado algo que no compartiría con nadie más. Algo extraño que sólo se vive una vez. Una difícil y extraña unión. Cómo explicar que los dos habían conectado sus almas y visto en el otro con tal profundidad, que sabía sin duda que podría haber cambiado el curso de los hechos si se hubiera arriesgado a mantener aquella relación...

Incluso a pesar de la enfermedad.

Así pues, era responsable de su propia desdicha y de la de ella, junto a todos los desmanes que originó.

No lo supo de modo cierto hasta que no acabó con su vida.

Y algo murió en él.

No obstante, resultó muy grato reencontrar a dos viejos amantes con la misma intensidad prohibida. Algo había hecho bien. No pudo evitar salir del

barco y asistir al encuentro a pesar del color de su piel, que cubrió con varias capas de tela.

Simplemente quería observarles.

Ver cómo se habían mirado sin hablar durante horas, sentados uno frente al otro, examinando cada rasgo, cada arruga, recuperando el tiempo.

Y la relación de Mehi con Harati. Aquel personaje tan complejo y misterioso, que se fue sin apenas dar cuenta.

Se llevó el cadáver de Meritfefes. Dijo que también tenía una deuda con Memu.

Al llegar a Nubia, se sinceró con sus hombres y se puso en sus manos.

Pero para su sorpresa, no sólo le absolvieron de su crimen, sino que le pusieron al frente del gobierno del país. Aunque él nunca se perdonó a sí mismo.

La compañía del inteligente Mehi le sirvió para dar un sentido a su vida, pues se dedicó en cuerpo y alma a su nueva tarea, sin pensar en el pasado.

Con el tiempo, se convirtió en su amigo. Le regaló un pequeño palacio. No tan lujoso, pero sí más encantador que los de Menfis. Fue Harati el que lo proyectó. Allí les visitaba.

Una vez, en uno de los paseos que soban dar junto al Nilo, Mehi le miró con curiosidad.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza?

—¿El qué?

—El secreto de la divinidad.

—Nunca me atrevería a preguntarte si en verdad lo tenías, como se decía. Nuestra amistad es más valiosa que eso, y no creo que lo dieras a nadie más sin merecerlo.

—Tal vez un día llegues a merecer el secreto, y a ser un dios, como se honra a Gul.

—Gul sin duda lo merece. Yo jamás sería digno.

—Te maltratas demasiado. Tu vida ha cambiado. Eres un hombre nuevo con una nueva existencia. Y, sin embargo, te empeñas en reprocharte algo de una vida pasada.

—Eso no tiene que ver con el secreto.

—Lo sé. Pero creo que es justo que lo sepas. Sólo debes responder a una pregunta. ¿Cuándo crees que un hombre es feliz y maduro?

—Podría responderte a eso. Podría hablar de un hombre. De todos los hombres. Encontraría la respuesta. Pero no si te hablo de mí. Yo jamás seré feliz. Eso salda cualquier discusión ulterior. No quiero ser un dios.

—Pues salda de igual modo tu rencor. Con él, jamás serás un buen rey si lo alimentas de la felicidad de los demás, pero si lo entierras bien hondo y eres capaz de ser mínimamente feliz, tu pueblo lo será contigo. No tiene que ver, como dices, con el hecho de ser o no un dios, pero te ayudará a ser feliz si lo tomas como una responsabilidad hacia tu pueblo. Tal vez como una orden personal de Gul. Es una pena que Uni haya muerto. Si en verdad podía invocar a los espíritus, hubiera zanjado esto hacía ya tiempo.

Kemet sonrió la broma de su amigo.

—No lo había pensado de ese modo, aunque parece que tergiverses la cuestión para intentar hacerme perdonar.

—De ningún modo. Todos te han perdonado. Y tú has hecho por tu pueblo tanto como hizo el mismo Gul, o más, pues éste nunca pudo hacer nada desde aquí. Ya es hora de que pienses en ti.

—Lo haré.

—Recuerda: cuanto más feliz seas, más feliz será tu reino. No tergiverso nada. Piensa en el pueblo de Gul, en el de Keops y el de Snefru.

—Tienes razón.

Se abrazaron. Caminaron durante un rato sin hablar. Kemet guardó silencio, y su amigo le dejó solo con sus pensamientos.

Al fin, encontró que quizás sí era posible que Gul le perdonara después de todo. Miró a su amigo.

—Puede que no llegues a ser tan famoso como Hemiunu, ni como Imhotep, pero sin duda eres más sabio que ellos. Si alguien mereciera la divinidad, serías tú.

Mehi miró hacia la casa que él le había regalado.

—Ya la tengo, amigo mío. Ya la tengo. No quiero más.

Kemet rió entre dientes.

—No obstante, y aunque no quiera el secreto, sí hay algo que podrías hacer por mí, amén de construir templos y casas.

El constructor le miró con interés.

—Dime.

—He llegado a la conclusión de que el tamaño de las pirámides es proporcional al orgullo desmedido de sus gobernantes.

Mehi sonrió la ocurrencia.

—No lo había pensado, pero es totalmente cierto.

—Así que podríamos ponernos en paz con los dioses en el momento de nuestra entrada a la luz, y de acuerdo con el tamaño razonable de nuestro Ba.

—No te comprendo.

—Construiremos pequeñas pirámides que nos preserven, de acuerdo con la concepción perfecta de la eternidad, aunque, en ningún caso, para alcanzar

divinidad alguna. Pirámides que no supongan un empobrecimiento de nuestros recursos, y que puedan levantarse con medios asumibles.

—Me gusta la idea. Es digna de un gran rey.

—Y de su sabio entre los sabios. Tú no la mereces menos.

MEHI

Año 2.590 a.C.

No era mi papel educarle como se educa a un hijo. Había recibido una formación mejor que la mía. Dicen que la letra por la espalda entra, pero yo le malcriaba. No podía evitarlo. Sólo quería enseñarle a que fuera una buena persona, aunque no tan ingenuo como su madre y yo.

Aunque era bastante juicioso. Supongo que lo heredó de Henutsen.

Cuando podía, y con la excusa de su instrucción, me lo llevaba a mi taller y le enseñaba las piedras: las clases, cuáles son más blandas, porosas, cuáles más duras. Por dónde se abrirían si les aplicáramos cuñas. Qué tamaño era el ideal para cortar, dependiendo de su finalidad.

Me preguntaba si algún día le contaría el secreto. Si se criaba con la capacidad de madurar, de aceptar que nunca será más bello que en este mismo instante, que la muerte recorta el tiempo que nos queda al mismo ritmo que nos comemos una fruta madura, y que precisamente porque no somos eternos somos felices, quizás algún día se lo diría. No le haría ningún favor, pero sí le daría sabiduría. Porque ahora se sentía mejor sabiéndolo. Más rico y más feliz, por cuanto más mortal.

Le explicaba el gran hombre que había sido su abuelo Snefru. No podía explicarle que la morada de eternidad de su abuelo fue construida por amor a él, y la de su medio padre, aunque pagada con sueldos no tan buenos, con el acicate del temor al poder del faraón que era también un dios viviente. No le podía explicar que Keops despilfarraba los tremendos recursos generados por el genio de su abuelo, cuando su pirámide roja sería mucho más digna que aquellas tres grandes moles que se construirían en Guiza, que casi rascarían la ciudad de los espíritus en la constelación de Sah.

No podía explicarle que él no moraría bajo esas pirámides mientras esperaba que su Ka volviera a recobrar su cuerpo, y que tal vez tres hombres que no lo merecían llegarían a ser dioses. Ellos dormirían el sueño de los justos, abrazados por la cálida madre tierra, Geb, como tantos hombres y mujeres antes que ellos.

Ni le explicaría que el clero había caído en la corrupción, viviendo de los favores económicos de la familia real y de los nobles, caídos con Snefru, y aunque ni infinitamente en el nivel original, levantados de nuevo por su padre.

Él ignoraría todo esto, aunque cuando fuese mayor sabría que su abuelo fue el faraón más inteligente y el más querido por su pueblo, y Keops, sin lugar a dudas, el más temido, y secretamente odiado.

A mí me daba igual mientras pudiera abrazarle y hablarle sobre construcciones.

No quedaban muchos años para terminar la pirámide y me quedaba un dolorcillo en el alma de saber que me resultaría difícil verla de nuevo concluida, y con la firma del mezquino Hemiunu además.

Y, sobre todo, me hubiera encantado ver aquella increíble esfinge con la cara de mi amigo y cuñado Kanefer.

Pero no volveríamos. Kemet había cumplido su palabra. Keops nos buscó, pero no tenía ninguna pista, ni pudo relacionar nuestra falta con Nubia, a pesar de que envió una expedición de castigo, pero sin fuerzas, pues no podía provocar una guerra. Pero nos ocultaron bien. Kemet se hizo cargo de su pueblo. Hizo pública la vergüenza que arrastraba, que más tarde le dio prudencia, sabiduría y bondad.

Todos pensábamos que sospecharía de su hermano Kanefer, pero sin pruebas dependía demasiado de él para el gobierno del país.

—¡Padre!

En aquel momento llegó Harati con mi hijo de la mano. Habían estado jugando entre las piedras del templo que estaba construyendo en la ciudad de Buhen, a la altura de la segunda catarata, y el pobre apenas tenía resuello. Habíamos viajado hasta allí para construir por expreso deseo de Kemet.

—¡Padre! Están comenzando a llevar piedras. ¡Vamos a ver cómo transportan los bloques en la plataforma!

Me encogí de hombros. Era demasiado viejo para eso.

—¡Vamos!

EPÍLOGO

El estudio histórico del periodo es harto difícil. Y difícil resulta mantener el rigor histórico en un periodo tan lejano a nosotros. Recuerden que hablamos del 2.600 a. C.

He intentado reflejar fielmente el reinado de Snefru y su hijo Keops.

Hay episodios fielmente reflejados en documentos históricos, como la escena de recreo de Snefru en el río, en la que se excita ante una red pegada al cuerpo de una mujer, en el papiro Westcar. Incluso la profecía que pongo en labios de Uni es real.

También es cierto que el cuerpo de la esposa real Heteferes fue profanado. Este es uno de los grandes misterios del periodo.

Están documentadas las expediciones a Nubia de Snefru y su éxito comercial, como las de Keops a las minas.

El historiador Manetón establece el cambio de la dinastía III a la IV, encontrando razón suficiente para ello el que Snefru, hijo de Huni, lo fuera de una esposa secundaria.

En cuanto al famoso Rahotep, que fue sumo sacerdote de Ra, también hay discrepancias, como sobre casi todo. La mayoría de especialistas coinciden en que era hijo secundario de Huni, como el mismo Snefru.

Manetón también sugiere que Snefru llega al poder por causa de un pacto con el clero, lo que era perfectamente común.

También parece claro el hecho de que Keops fuese tan cruel como dice el célebre historiador, aunque las referencias sobre este tema no sólo se limitan a tal fuente. Manetón decía que prostituyó a su hija entre los nobles para obtener fondos. No he querido pensar que llegase a tanto, aunque Manetón es claro respecto a su crueldad.

Espero que determinadas escenas en lo que respecta al trato cruel con los personajes femeninos no hieran a los lectores. No he querido dejar de reflejar la brutalidad de estos actos en contraste con la sociedad del momento, en que se trataba a la mujer con el respeto que merece. No había peor crimen que la violación y, por mi parte, mostrar la injusticia de estos horrores con la vehemencia que merecen creo que es un pequeño homenaje a las grandes mujeres del periodo y mi compromiso firme en contra de la violencia de género en cualquier tiempo o ámbito.

Hay discrepancias sobre si fue Keops o Kefrén el primero que se proclamó Hijo de Ra, aunque lo lógico es pensar que fue Keops el que inició la identificación del rey con un dios. Sí está claro que fue él quien rebajó el poder

de la iglesia para atribuírselo a él mismo, tanto como que Snefru socializó el poder, quitó importancia a la nobleza y favoreció el cooperativismo de la agricultura, promovió el cuerpo de escribas, construyó casas de vida y creó una red de infraestructuras de riego.

No se sabe claramente de qué murió, aunque la enfermedad que describo era una de las más comunes en aquel tiempo.

Los autores aún especulan con la razón del cambio de construcción de mastabas a pirámides, y sobre todo, del cambio y la transición de la pirámide de Imhotep a la de Huni en Meidun, la romboidal en Dahsur, la pirámide roja y, especialmente, la de Keops.

Las pirámides de Snefru fueron el punto de partida o campo de experimentación, partiendo de los primeros pasos que dio Imhotep, para la concepción de las grandes pirámides que todos conocemos: perfectas en su forma, magnificencia, significado religioso y misticismo, alimentado por tantas leyendas.

Pero resulta claro que una vez construidas estas tres pirámides, no volvieron a levantarse moradas de eternidad tan complejas.

Evidentemente, la causa es la falta de recursos económicos y humanos, pero también la falta de medios técnicos. Los historiadores aún se preguntan por qué no se volvieron a repetir construcciones tan magníficas. Incluso en épocas de esplendor, los faraones pasaron a ser enterrados en el interior de montañas con forma de pirámide, aunque siempre imperfecta. Una burda imitación de aquellas construidas, cientos, miles de años antes.

Curiosamente, en Nubia se conservó el uso de pequeñas pirámides, numerosísimas, la mayoría de las cuales aún siguen cubiertas por la arena, sin descubrir o desgastadas por la erosión, no quedando de ellas sino túmulos.

La teoría que relaciona la constelación de Orión con la creación de la pirámide de Keops, su orientación junto con las otras dos grandes pirámides, y la disposición de los supuestos canales de ventilación desde la cámara interior, ha sido comúnmente aceptada en su versión más básica. Los autores coinciden en que no hay duda sobre la veracidad del concepto básico de Robert Bauval, en el que relaciona la disposición de las tres grandes pirámides con la posición en el cielo de sus tres estrellas más brillantes, ni de la creencia, totalmente novedosa, de que los canales apuntaban a Orión y servían para el tránsito del alma. La discrepancia surge cuando Bauval va más allá y pretende relacionar más pirámides del campo de Guiza con la constelación.

Pido perdón por utilizar los nombres conocidos de las estrellas de la constelación, así como otros nombres actuales, en vez de sus nombres originales, para ayudar a que el lector los identifique con rapidez, que ya tiene bastante trabajo con la retención de los complicados nombres egipcios.

Los datos de embalsamamiento son relativos, ya que la técnica fue variando y no obtuvo su perfección hasta el reinado de Keops, aunque sí es cierto que el cuerpo de Heteferes fue el primero que se embalsamó de acuerdo al nuevo concepto relacionado con la nueva forma de enterramiento.

La esfinge es la única gran licencia histórica que me he tomado. Su origen es toda una incógnita. Hay autores poco creíbles que dicen que es mucho más antigua que la IV dinastía, y que es una reminiscencia de las viejas grandes culturas perdidas en Egipto. Los autores cuestionan si se construyó en el periodo de Keops o en el de Kefrén. Nadie sabe a ciencia cierta si se trata de la cara de un faraón o de un príncipe real, con lo cual, dejo caer mi sugerencia novelesca, con la seguridad de que pudo ser perfectamente como yo lo cuento. Incluso encuentro mucho más lógica mi propuesta que muchas de las teorías que se han escrito.

Sobre el uso de magia negra, estaba totalmente integrado en la vida común, hasta el punto de que uno de los médicos personales del faraón era un especialista en la materia. Se sabe que practicaban con médiums, aunque no hay tratados que lo describan con profundidad.

El personaje de Hemiunu es muy discutido. Hay quien dice que fue visir real. Hay quien dice que fue príncipe, hijo de Snefru. Personalmente, y tras contrastar todas las corrientes, yo no lo creo. En lo que sí hay unanimidad es en que se le atribuye la construcción de la pirámide de Keops, a pesar de que no hay seguridad, como lo demuestra el hecho de que su nombre no sea famoso como el del genial Imhotep.

Las fiestas de regeneración, como la de masturbación ritual, están perfectamente documentadas. He intentado reflejar su ceremonial y su enorme importancia.

Es muy complicado discernir cómo se hablaba en aquel tiempo, incluso cuál de los nombres de los faraones escoger, pues hay voces que suenan distinto, dependiendo de cada lengua. El criterio que he seguido, insisto, es el nombre que mejor comprenda el lector, ya que se usan vocablos y expresiones modernos, que quizás choquen; como ejemplo, ciudades con nombre helenizado o musulmán.

Reitero pues mi compromiso con el estudio de la época y mi obsesión por recrear el periodo de una manera justa. No pretendo imponer mis verdades, sino sugerir al lector que se embarque en el ameno estudio del antiguo Egipto.

De acuerdo con las creencias del antiguo Egipto, si se pronuncia en voz alta o dentro de uno mismo el nombre de un difunto, se le daba vida, así que me alegro de insuflar un poco de vida a estos maravillosos personajes.

Como todas mis novelas, el propósito, amén de los secundarios —el afán de recrear la vida cotidiana, la personalidad de las figuras históricas, la ruptura de tópicos, etc.—, es el de entretener, pues no hay otra verdad que el hecho de que una novela histórica, sin tener en cuenta de las verdades o ficciones que cuente, debe entretener al lector, hacerle pasar un buen rato, ponerle en la piel de los personajes y emocionar con sus sentimientos. Espero haberlo conseguido tanto como yo me he emocionado al meterme en la piel de estos personajes reales que son tan queridos para mí.

Si lo he logrado, me doy por muy satisfecho.

Y les doy las gracias.

Santiago Morata

AGRADECIMIENTOS

A mi esposa Patricia, por su paciencia y por respetar las muchísimas horas de estudio y trabajo que la novela ha requerido cuando me gustaría habérselas dedicado a ella y al resto de mi familia, pues sin duda las merecen. Por ayudarme a transcribir la novela y a repasarla conmigo.

A los expertos egiptólogos Francisco Martín Valentín, Teresa Bedman por el prólogo, por su confianza, por su paciencia, simpatía y amistad. Muchas gracias.

A José Luis Corral, por su apoyo y ayuda. Es un honor recibir un cumplido de una referencia mundial de la novela histórica como tú.

A los egiptólogos Nacho Ares, José Miguel Parra y Miriam Azahara, por aportar sus conocimientos y su asesoramiento desinteresado, por amor al tema. Gracias por alumbrar mi ignorancia.

A los escritores y amigos Antonio Garrido, Amando Lacueva y Marcelo Choren, por prestarse a corregir mi novela y darme sus sugerencias como grandísimos escritores que son, y por cuya amistad me siento muy honrado.

A Julia Duce, por leerla con tanto cariño y dedicación. Muchas gracias por tu apoyo.

A mi editor, por ayudarme tanto en la corrección, por creer en mí y por tener tanta paciencia.

A los amigos de los foros de literatura, por tenerme en tan alta estima y con tan altas expectativas. Es un placer.

A los escritores que me han servido de estímulo.

A los lectores que me siguen y que han leído mis novelas, por crecer conmigo.

Y, como dice en la dedicatoria de la primera página del libro, a mis amigos, por quererme tal cual soy, con o sin libros y pinturas, por mis virtudes, pero sobre todo con mis defectos. A Isabel Fuentes y Marc Marli (y la familia Fuentes), Fernando Martínez y Ana Cris Jordán, a Anabel Pozuelo y Luis Lamana, a José Vicente Hernández y Lourdes Romera, a Pepe Pedrajas y Begoña Reina, a Luis Arguedas y Rocío García, a Joan y Montse, a Alberto Pereira e Isabel, a los Ipurdis, a Manuel Cortés y Transi, a Antonio Garrido y Maite, Antonio Bazalo, Mati Morata (gran escritora de cuentos para niños) y Antonio, Carlos Aurensanz, Jorge Balet y Sergio García, Juan Carlos Romero y Berta, José Angel Muriel, Juan José Pérez Martínez, Julia Duce y Ángel (el chiquitín), David Muñoz y Clara, Laura Alonso, Cristina Baca, Mercedes Pinto, Juan Carlos Moreno, Francisco, de la librería La Unión de Jaca, los amigos de la

Librería París de Zaragoza, Manuel, de Librería Albareda Zaragoza y el personal de la librería de El Corte Inglés de Zaragoza. A Paco Ota (y Valentina), Carlos Blasco (y María) y los amigos del Tío Jorge. A todos los amigos que me dejo.

... Y a todos los lectores.

Muchas gracias.

ÍNDICE DE PERSONAJES Y CRONOLOGÍA

PERSONAJES REALES

SNEFRU Primer faraón de la IV dinastía (según Manetón)
KANEFER Hijo de Snefru, visir de Keops
KEOPS Hijo de Snefru, faraón.
HETEFERES Esposa real de Snefru
MERITTEFES Esposa de Snefru y Keops
HENUTSEN Hija de Snefru
UNI Escriba.
HEMIUNU Jefe de constructores
MEHI Constructor

PERSONAJES FICTICIOS

GUL General nubio
MEMU Soldado
HARATI Campesino
KEMET Segundo capitán de Gul

MONARCAS DEL IMPERIO ANTIGUO

DINASTÍA III (2700-2625 a.C.)

Nebka
Djoser
Sejemjet
Jabai
Mesojris
Huni

DINASTÍA IV (2625-2510 a.C.)

Snefru
Keops
Djedefre
Kefrén
Hordjedef
Baufre
Mikerinos
Shepsekaf
Tameftis